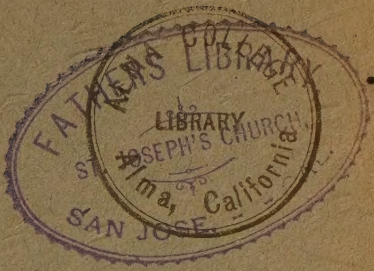
P. Garzón

Meditaciones Espirituales

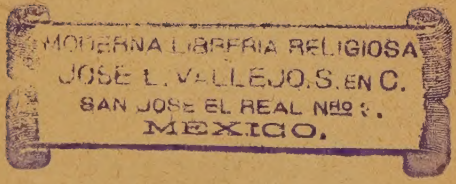
Oai

$5.00

6 tomos



MEDITACIONES ESPIRITUALES



MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN PARTE DE LAS DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

Segunda edición notablemente corregida.

TOMO PRIMERO

Contiene desde el día primero de Enero hasta el Domingo de Carnaval.

ALMA COLLEGE
246.71
LIBRARY
G199
Alma, California.

ALMA COLLEGE
LIBRARY
Alma, California
FATHERS LIBRARY
ST. JOSEPH'S CHURCH
SAN JOSE.

MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
14—Plaza de Santo Domingo—14

1905

44970

Imprimatur

Matriti 1 Januarii 1905.

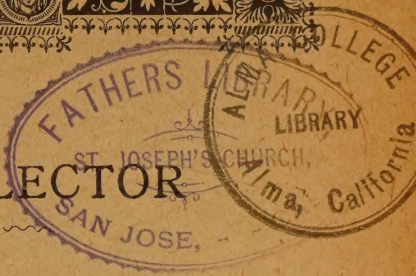
JOSEPHUS MARIA PAGASARTUNDUA

Praepositus Provinciae Toletanae.

ES PROPIEDAD

Con licencia eclesiástica.

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54.



AL LECTOR

Extraño podrá parecer á muchos, que siendo tal y tanta la muchedumbre de libros de meditaciones, ó escritos en nuestra lengua ó traducidos de las extranjeras, hayamos pensado en dar á la pública luz uno nuevo, cuando en realidad tantos sobran, y muchos de los que más corren en manos de las gentes devotas son, ó muy poco útiles, ó al menos, seguramente, no necesarios.

Pero si se para mientes, no ya en el número, sino en la calidad de tales obras, examinándolas despacio y á la luz de un juicio recto, veráse que la mayor parte, ni satisfacen los deseos de una piedad sólida, ni llenan los anhelos de un entendimiento ávido de la luz clara y abundante que brota de las verdades de nuestra fe ni, en una palabra, ofrecen á los lectores el jugo de doctrina, ni la unción mística que en ellos buscan las personas dadas á los ejercicios de la meditación diaria, porque, á la verdad, unos pecan de tan concisos y escuetos, y proponen la materia de los puntos tan á la ligera y como en síntesis y abreviatura, que á gentes poco avezadas á la vida interior, ó poco hechas á desenvolver y desentrañar, mediante el trabajo serio de las facultades del alma, lo que allí sólo en germen ó semilla fecundísima se contiene, las dejan tan áridas y se-

cas, que por todo fruto suelen sacar de tales libros el hastío de un ejercicio que no cuadra ni á lo rudo ó perezoso de sus entendimientos, ni á lo frío y seco de sus corazones.

Otros libros, por el contrario, resultan tan extensos y difusos, y proponen la meditación de modo tan cabal y completo, que más que para meditar y trabajar el lector por sí y para sí, son buenos para leer y descansar, deleitándose santamente. El entendimiento más agudo y perspicaz nada tiene que discurrir, antes quedará tan pagado y satisfecho, que nada le quedará que desear en la materia.

Mas no es ese seguramente el fin de la meditación, que supone, no esfuerzos, ni discursos, ni afectos, ni propósitos ajenos, sino algo más, que no se busque ni se encuentre en los libros, sino que brote de nosotros mismos, como de nativo y mucho más provechoso manantial. Porque es claro que orar y meditar no es leer cosas muy altas y discretas de Dios, ni penetrar por medio de humana sabiduría en sus más recónditos y obscuros arcanos, iluminándolos con la luz de la verdad revelada y los destellos de nuestra humana razón; ni es tampoco oir hablar soberanamente de Dios, escudriñando y buscando con incansable afán la doctrina celestial; orar es hablar personalmente y sin intermediarios ni intérpretes con la Majestad divina; es elevarnos, como los ángeles, al íntimo trato y comunicación con Dios y subir hasta su luz inaccesible desde la lobreguez y obscuridad de nuestra nada y desde el abismo de nuestros pecados; es oirle, recibir de Él la manifestación de sus verdades y de sus secretos más íntimos; recibir de Él la justa y severa reprensión de nuestras faltas y miserias, escuchar de su divina boca la dulce esperanza del perdón de nuestras culpas; beber en su corazón divino, como en

torrente de celestiales delicias, consuelos inefables que el mundo ignora; en una palabra: orar es estudiar por nosotros mismos á la luz inconmutable del eterno sol de la verdad, lo que somos nosotros, lo que es el mundo, lo que es Dios; y con esa luz y con sus rayos invariables, verlo todo y juzgar de todo, lo transitorio y eterno, lo celestial y lo terrestre.

El hecho es, y nadie que no sea del todo lego en estas materias lo podrá negar, que de los libros en lengua patria escritos sobre meditaciones, los unos, por extremadamente lacónicos, sólo sirven para personas religiosas que apenas han menester una breve indicación, y como materia primera para la meditación diaria, no para gentes devotas pero que viven en el mundo, á las que es preciso, por su poca práctica y aptitud en general, prepararles ese manjar diario para el espíritu con más abundancia y más esmero.

Otros, por su excesiva extensión, dejan poco ó nada que trabajar á las potencias del alma, y hacen de la meditación un ejercicio de piadosa lectura. Y si á esto se añade que para desgracia de la piedad sólida y á la antigua, y para castigo del habla castellana, muchas de las gentes elegantemente piadosas á la moderna, van á buscar materia y puntos para su meditación diaria (que así la llaman), ó en libros extranjeros ó en versiones tan incorrectas y malas que son mancha y desdoro de nuestro idioma, se tendrá un nuevo motivo de nuestro no ligero trabajo. Porque sabida cosa es que muchos de esos libros, ó extranjeros ó mal y aun pésimamente traducidos, son tan frívolos y superficiales, se deslizan tan someramente sobre la corteza de las verdades y misterios de la fe, tienen tan poco jugo de devoción crucificada, y tan poca subs-

tancia de vida verdaderamente espiritual, enseñan tan poco á amar la cruz y la abnegación interior, base y cimiento de toda virtud sólida, que no es extraño que con su manejo y lectura se forme esa piedad falsificada, ese barniz de devoción que no va en los libros más que á caza de brillantes novedades y de agudezas sin fondo, y que es una de las mayores plagas de la virtud en nuestros días.

Gran mengua es para nosotros que la tierra de los mejores y más grandes místicos que el mundo ha conocido, tenga que mendigar en manuales ultra-pirenáicos y buscar allí, en pobres y tenues hilitos, lo que en inmensos raudales y en inagotable mina poseemos en nuestra patria.

Pero sea de todo esto lo que se quiera, el hecho es que todavía, á pesar del número sinnúmero de libros de meditaciones, muchas personas espirituales andan perplejas sin saber cuál de ellos tomar, ni cuál dejar, ni satisfacerse con ninguno, y el confesor se encuentra á veces no menos embarazado para responder, dado el modo de ser devoto é inclinado al bien de suyo, pero poco profundo y penetrante de quien pregunta.

Porque cierto que si se tratara de contestar siempre á personas hambrientas de la virtud, de carácter firme y de voluntad é ingenio varoniles, la respuesta era bien sencilla, puesto caso que entre los libros de meditaciones que encierra el caudal ascético de nuestra lengua ninguno es comparable, ni por la abundancia y solidez de doctrina, ni por la alteza y novedad de las sentencias y aplicaciones, ni por la luz vivísima que derrama sobre los más arduos senderos del camino espiritual, ni, sobre todo, por la inefable y no interrumpida corriente de suavísimos afectos y coloquios, con la obra imperecedera del venerable P. Luis de la Puente.

Es este fecundo escritor y extático varón uno de los doctores místicos más insignes, no sólo de nuestra patria, sino de todo el mundo. Sin poseer, ciertamente, ni la sublime concisión y originalidad de fray Luis de León, ni la majestad ciceroniana y rotundidad majestuosa de Granada, ni la irreprochable galanura de Rivadeneyra, ni el inimitable gracejo de Santa Teresa, ni otras soberanas cualidades de otros grandes clásicos nuestros, á ninguno cede, antes á muchos supera por lo acabado y grandioso de sus planes, por lo bien concertado de las partes que los componen, por lo sólido de su doctrina, por el caudal inmenso de esa sabiduría que parece celestial y no humana, y, sobre todo, por la sólida devoción y tiernísima piedad que á torrentes se esparce y derrama por sus libros, llevando á todas partes lágrimas de contrición y dulzura y el fuego de llamas de divina caridad.

Su obra de *Meditaciones*, con no ser ni la más completa y grandiosa por el plan, ni la más acabada por la forma, ni la más limada y pulida por el lenguaje, es, sin duda, y gracias á su materia, la más vulgar y conocida de los fieles. Tratado perfecto de teología dogmática, moral y mística para uso del pueblo cristiano, allí enseña el arte divino de orar y meditar, y, siguiendo el método de los ejercicios de su Santo Padre Ignacio de Loyola, empieza por las verdades eternas, y después de exponer y desenvolver cuanto con la ciencia de la salvación y perfección se relaciona, explica los misterios de la vida, hechos y Pasión de Cristo Nuestro Señor, explana sus parábolas y acaba por remontarse hasta los más recónditos senos de la divinidad, sin dejar en el curso de su obra misterio, verdad ó hecho histórico sobre el que no derrame un torrente de luz y de claridad sobrenaturales.

Es obra, en su género, cabal y completísima. Verdadero océano en donde se encuentra, por quien lo busca con afán, todo lo que se relacione con la ciencia de la oración y de la perfección cristiana y religiosa. La doctrina sana y abundantísima, á veces en demasía, tratándose de obra de esta índole; el lenguaje, el de nuestros grandes siglos de oro, brotando de un corazón encendido en el celo de las almas y de una pluma que, al escribir, no hace otra cosa más que trasladar al papel, no lo que el autor ha aprendido en las aulas de la humana sabiduría, sino lo que Dios le comunica é inspira en maravillosas contemplaciones. Así que, como escribe orando y para escribir ora, se ve que á cada paso desátase de su corazón el mal contenido torrente de tiernísimos afectos y enamorados coloquios, y nos hace sentir con él, llorar con él, derretirnos con él en requiebros amorosamente divinos, nos levanta á regiones donde se respiran brisas que no son de la tierra, donde se ve todo á los rayos serenos del sol de la verdad eterna y se perciben ecos que parecen y en verdad son del cielo. Esos purísimos y ardientes afectos de que están sembrados todos los místicos escritos del contemplativo autor, son obra tan dulce y peregrina, tan propia de un alma enamorada del sumo y único Bien, y encierran tal abundancia de celestiales dulzores, que sólo la podemos comparar á los suavísimos soliloquios de San Agustín.

Pero sin querer mermar en lo más mínimo el mérito de la obra inmortal del P. Luis de La Puente, nos atrevemos á decir que, precisamente por ser inmenso el caudal de doctrina que en ella se atesora, á algunos lectores, no muy diestros ni espirituales, paréceles difuso y largo en demasía y poco á propósito para prepararse en ella á la meditación diaria;

y aun no es raro, por desgracia, encontrar quien tache al insigne escritor vallisoletano de pesado y enojoso. Si los primeros no tienen razón, los segundos no saben lo que se dicen.

Será largo, y, sobre todo, pesado para quien, ajeno á toda reflexión seria y madura, no busque en los libros enseñanzas que alimenten el espíritu con vigor y lozanía, sino pasatiempo ó recreo superficial y frívolo; para quien, hecho á lecturas que sólo deleitan la fantasía con locas y desbaratadas imágenes, tienen ya estragado el paladar y pervertido el buen gusto, llevando en el alma tal desbordamiento en las pasiones y tal tumulto en las ideas, que todo lo que sea solidez en las sentencias, profundidad en la doctrina, alientos y razones para la vida de cruz, voces de combate y de lucha con nosotros mismos, en una palabra, todo lo que sea predicarles abnegación y penitencia, huída del mundo y espíritu de mortificación y sacrificio, se les hará empalagoso é irresistible. Pero vean estas almas vanísimas y veleidosas, cómo á otras personas, tan hijas de Adán como ellas, no sólo no hastían estos manjares sólidos, sino que, al revés, los hallan tan nutritivos y sabrosos, que se les caen de las manos el libro insubstancial, la novela fantástica, y no digamos la escandalosa y encanallada, la crónica de la disipación y del lujo y aún de los libros de devoción, aquellos que, ya vagos y nebulosos en el fondo, á la alemana, ya brillantes é ingeniosos en la forma, á la francesa, vienen á dejar el alma vacía y ayuna de aquella devoción maciza y aquellas enseñanzas puras y clarísimas, de que son inimitables maestros los místicos españoles de nuestros incomparables siglos de oro.

De todos modos, no hay duda que tomando la obra del P. La Puente en su conjunto, nos veríamos

forzados á decir, que puesto caso que la intención del venerable autor no fué poner una meditación para cada día, ni en cada meditación puntos para media ó una hora, no es de extrañar que las personas que crean que han de agotar la materia que La Puente señala para cada meditación en el tiempo, no largo, que ellas dan á su piadoso ejercicio, lo encuentren difuso y de todos modos no acomodado, ni á su capacidad ni á su tiempo. Por esta causa ha sido anhelo constante de todas épocas, desde que se dió á la estampa por primera vez el libro de nuestro místico Doctor, hacer de él un buen compendio ó resumen, de tal manera, que los fieles devotos encontrasen en él como por raciones diarias, dulcemente aderezado y apetitoso, aquel manjar que por darlo el P. La Puente en abundancia tal parecería, á muchos de complexión espiritual poco recia, servirles de hastío más que de provecho.

Porque, á la verdad, el P. La Puente propone meditaciones que son verdaderos tratados místicos, tan cabales y perfectos que agota la materia y nada deja, si se lee toda ella, ni para trabajar ni que discurrir. Era, como arriba indicábamos, la oración profunda, extática, admirable y larga de muchas horas del contemplativo, espiritual y endiosado varón trasladada al papel. Pero como en medio de tantos libros como cada día se estampan acerca de oración y meditación, nuestro insigne autor es y seguirá siendo, en nuestra patria y fuera de ella, el príncipe de los escritores en este género de ascética, de ahí el que desde el siglo XVII muchos hayan querido compendiarlo, o lo hayan intentado en una ú otra forma y con varia fortuna.

No han sido, á nuestro juicio, en general, venturosos los esfuerzos de los compendiadores; y así tenía que ser, porque es muy difícil separar lo precio-

so de lo vil ó menos precioso, allí donde todo es oro preciosísimo. Conocemos compendios hechos en castellano y en varias lenguas extrañas [1]. Pecan unos de tan áridos y secos, que allí se echa de menos la mente profunda, y más aún el encendido corazón del autor. Otros, sobre no reflejar el lenguaje castellano en sus más puros esplendores, que es cuando, manejado por plumas como la de Granada y Santa Teresa, nos habla de Dios y del cielo, reducen su labor, no ardua por cierto, á transcribir de La Puente textos y más textos de la Sagrada Escritura y los Santos Padres, como si fuese aquél prontuario de predicadores, ó como si bastase para meditar al vulgo de las gentes pías, textos desnudos del Sagrado Evangelio. Otros autores, con más fortuna, han entresacado las meditaciones más apropiadas al fin que ellos se habían propuesto, pero sin pretender acomodarlas á los puntos de cada día del mes y sin dar á las gentes devotas esa especie de manjar cotidiano que es lo que, por más fácil á ellas, más les agrada. Este último ha sido nuestro

1 De toda la obra ó de parte de ella, conocemos los siguientes:
El del P. Nicolás de Arnaya, 1612.

EN CASTELLANO

El de Martín de Bonilla, 1655.
El de Rafael Figueró, acerca de la Vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, 1661.—Otro sobre la misma materia, por Lucas Martín de Hermosilla, 1698.
Arca de Salvación, ó sea curso de meditaciones espirituales para todo el año, sacadas en su mayor parte de las obras del V. P. La Puente, ordenadas y adicionadas por el R. P. Ramón Genover.—3.ª edición, 1892. Y otras menos importantes.

TRADUCCIONES

Compendio delle meditazioni..., por Banarretti, 1698.
Compendium meditationum, por Ximenez, 1620.
Meditationes, P. L. de Ponte in compendium redactae á Nic. Frison, S. J., 1892.
Abregé des méditations, por le P. Darde, 1645.
Y muchísimos más que sería prolijo enumerar.

plan, hasta ahora por nadie realizado, que sepamos, en castellano. Dejando intacto el texto substancialmente, sin poner cosa importante de nuestra cosecha; cercenando con dolor amplificaciones á veces hermosísimas, pero menos necesarias; podando sinónimos, textos y redundancias; tomando de aquí y de acullá lo preciso para completar lo que resultaba menos cabal y perfecto; dividiendo unas meditaciones, juntando otras, acortándolas todas, al fin hemos conseguido que el P. La Puente ofrezca á las almas piadosas una meditación diaria, dividida en tres puntos no muy largos, para dejar tiempo al propio trabajo mental, que es más provechoso; no cortos, para las personas seglares (y son las más) que no saben sino leer, y á lo más rumiar, pero no meditar. Y decimos seglares, porque no aconsejaremos jamás á religiosos ni á almas contemplativas el que dejen el texto original del P. La Puente por este, que al fin y al cabo es sólo arreglo, ó más bien, desarreglo de aquél. Nuestro trabajo ha sido, en parte, el de la paciente abeja que sólo libase en un prado, aunque amenísimo, ó el del arquitecto que con las piedras de una sola y rica cantera construyera el edificio.

Y decimos en parte, porque, como á pesar de ser el P. La Puente tesoro riquísimo de meditaciones, no contiene ni las suficientes para completar todo un año, ni las propias de muchas festividades en las que los fieles hallan devoción y espiritual deleite, nos hemos visto obligados, ó á suplirlas de nuestra sequedad y pobreza, ó á entresacarlas y traducirlas de diversos autores, procurando, sin conseguirlo, copiar el fondo doctrinal y el lenguaje de nuestro insigne maestro. Estas meditaciones han sido muchas; bien pronto las conocerá el lector; pero tal vez la misma variedad dé mayor sabor y gusto á

este trabajo que emprendemos, siendo tan poco á propósito para él, después de haber procurado en vano que lo llevasen á cabo personas mucho más aptas. Si hemos conseguido que las almas piadosas tengan un Manual de meditaciones diarias, sólido en la doctrina, lleno de unción y de verdadera piedad, escrito en castizo lenguaje, aderezado de modo que haga apetitosa y deleitable la ciencia divina de la oración y que á ella lleve y amaestre en ella á muchas almas para que más y más conozcan y amen á Dios Nuestro Señor, nos daremos por muy contentos de nuestro pobre trabajo [1].

Damos esta obra á la pública luz en las condiciones con que tantas otras en el Apostolado de la Prensa, no con los primores de una obra de lujo; pero sí con decoro y mucho deseo de hacer el bien, y con tal baratura, que el pobre artesano y la humilde y piadosa costurera podrán, de aquí en adelante, sin esfuerzos extraordinarios, no sólo contentarse con rezar, sino aprender á ser almas de oración, y poco á poco llegar á poseer una biblioteca de lo mejor que en ascética ha producido la fe y piedad de nuestros mayores.

Francisco de P. Garzón,
S. J.

Madrid 1 de Enero de 1900.

Fiesta titular de la Compañía del Nombre de Jesús.

1 Las meditaciones del venerable P. Luis de La Puente están traducidas: en francés, por el P. Balinghen, en 1611; por el Padre de Montereul, en 1646; por el P. Brignon, en 1683; por A. Jennesseaux, en 1872, sin contar otros traductores no Jesuítas.—En italiano, por Julio César Braccini, 1620.—En latín, por el P. Trevinnius.—En portugués, por Juan Galbao, 1686.—En inglés, por el P. Th. Everard.—En árabe, por el P. Fromage.—En bohemio, por el P. Constanz y el P. Steyer.—En flamenco, por los PP. Mans y Susius.

Dicho se está que la mayor parte de estas versiones se han hecho, sobre todo de las latinas y francesas, infinitas ediciones.

BREVE MÉTODO DE ORAR [1]

¿Qué es meditación?

La meditación, á la que otros llaman oración mental, es una pía y afectuosa consideración de las cosas divinas, con la que es movido el hombre á alabar á Dios, seguir las virtudes de Cristo y de los santos, abrazar el bien y huir eficazmente el mal. He dicho consideración afectuosa, porque no consiste tan solo en el ejercicio del entendimiento, sino también en la moción de la voluntad, por medio de la cual somos excitados al amor de Dios, al odio del pecado y al desprecio de las cosas vanas y perecederas. De aquí es que el real Profeta, muy ejercitado en este modo de orar, exclamaba: *In meditatione mea exardescet ignis;* esto es: se excitará el fervor y prontitud del ánimo para huir lo dañoso y abrazar lo útil, despreciar lo temporal y seguir lo eterno. En este ejercicio mental pasó Cristo con los discípulos las noches sin dormir entre los montes y desiertos. En este ejercicio confería consigo misma la bienaventurada Virgen las cosas que había oído de Cristo, según nos dice San Lucas. En este ejercicio pasó San Juan Bautista su vida en el yermo, y después de él muchísimos otros anacoretas. Pasa-

1 Tomado de las obras del P. J. Buseo, S. J.

ron, por fin, por este ejercicio los santos todos, Basilio, Jerónimo, Agustín, Benito, Bernardo, Francisco, Domingo, Ignacio, Javier y cuantos brillaron por la santidad de sus costumbres y elevación de su espíritu.

De las partes de la meditación.

La meditación se divide en cuatro partes, que son: preparación, representación ó composición de lugar, consideración y coloquio ó petición.

1. La preparación es aquel acto con que el hombre se dispone á meditar. El Eclesiástico (c. 18, v. 23) nos hace sentir su necesidad con estas palabras: *Ante orationem praepara animam tuam et noli esse quasi homo qui tentat Deum.* Porque si hubieses de tratar con el rey, el obispo, ú otro príncipe, de seguro mirarías de antemano lo que debes decirle: ¿cuánto más, pues, has de mirarlo, debiendo en la oración hablar con el mismo Dios?

La preparación es de dos clases: remota y próxima. La *remota* consiste en leer el día anterior la materia que debe ser objeto de la meditación; recordarla por la mañana en el momento de despertarse, excluyendo todo otro pensamiento y cuidado, supuesto que la meditación requiere un espíritu quieto y tranquilo. La *próxima* consiste, 1.° en tomar agua bendita y hacer la señal de la cruz tan luego como va á empezarse la meditación; 2.° estar por espacio de un *Padrenuestro* y *Avemaría* pensando y persuadiéndote firmemente que has de comparecer ante el trono de su divina Majestad, al que rodean todos los santos, y que luego debes hablar con el mismo Dios; 3.° arrodillarse reverentemente, como si se estuviese en presencia del mismo Dios, y pedirle en seguida la gracia de referir á su mayor gloria todas las accio-

nes y pensamientos. Puédese, asimismo, implorar los auxilios de la Virgen, del ángel custodio y de los santos á quienes se tenga más devoción, y volver á leer, si se quiere, los puntos de la meditación, para tenerlos más presentes en la memoria.

2. La representación ó composición de lugar es aquella parte de la meditación en que el hombre se representa antes los puntos que debe meditar, esto es, pone ante sus ojos el lugar, personas y acciones de las mismas, expresadas en el misterio que debe ser objeto de su meditación. Como si teniendo que meditar sobre la crucifixión de Cristo, se representa el monte Calvario, á Cristo clavado en la cruz y á una innumerable turba de personas á su alrededor. Asimismo, debiendo meditar sobre la muerte, conviene considerarse á sí mismo, ó á otro tendido en cama, pálido y cercano á exhalar el último suspiro. Pues semejante representación aprovecha mucho, no sólo para evitar las distracciones, sino también para excitar movimientos de dolor, compasión, temor y otros. En esta representación no se ha de pasar más tiempo que el necesario para excitarse al amor, penitencia ó alegría. No obstante, si la meditación versa sobre un asunto desprovisto de circunstancias de lugar ó de personas, después de la preparación debe pasarse inmediatamente á las consideraciones.

3. La consideración es el acto del entendimiento con que atiende cuidadosamente el hombre á todo lo contenido en cada uno de los puntos, con vivos deseos de sacar de allí algún fruto espiritual. Al discurrir sobre las circunstancias, como cuando se medita sobre algún punto de la Pasión del Señor, debe mirarse: quién es el que padece; á saber: el Hijo de Dios, criador de cielos y tierra; qué es lo que sufre; á saber: los más atroces tormentos; por quién

los sufre, por ti, vil é ingrata criatura; por qué motivo: para librarte de la eterna condenación.

4. El coloquio ó petición consiste en que, después de haber considerado todo lo contenido en los puntos de la meditación, y excitándose al amor, dolor ú otro afecto cualquiera, se pida á Dios aquel fruto que se desee sacar de ella. Ordinariamente acostumbra pedirse mayor luz para mejor conocerse á sí mismo y á Dios: asimismo puede pedirse el perdón de los pecados, el dolor de los mismos, la tranquilidad de espíritu, el progreso en las letras ó en aquellos negocios á que uno se dedica, y, por último, todas aquellas virtudes que pueden hacernos más agradables á Dios. Puédese dirigir este coloquio á Dios, ó á cada una de las personas de la beatísima Trinidad, á Cristo crucificado, á la bienaventurada Virgen, á los santos Patronos, ó á todos juntamente.

De los medios más convenientes para meditar bien.

1. El primero es un lugar idóneo, esto es, apartado de todo ruido: es muy bueno que sea obscuro.

2. Tiempo determinado y estable. Conviene, pues, no mudarlo sino por un justo motivo. La hora más á propósito para meditar es la mañana, antes de entregarse al estudio ó bien á otras ocupaciones. Conviene emplear una hora entera, ó por lo menos media, en la meditación.

3. La posición del cuerpo debe ser modesta y devota. Es preferible estar de rodillas, y si no se puede tan fácilmente, puede levantarse algún tanto, volviendo un poco después á arrodillarse. Algunas veces conviene, á imitación de Jesucristo, principalmente cuando hay alguna grande tentación, medi-

tar por breve tiempo teniendo inclinado el cuerpo. Por fin, se ha de colocar en aquella posición que más favorezca para tener el espíritu atento y devoto.

4. Cuando al meditar sobre un punto se sienta uno fuertemente movido, no hay que pasar á otro hasta que se haya quedado completamente satisfecho del primero. Y si transcurre el tiempo señalado antes de haber meditado sobre los tres puntos, no hay por qué afanarse para concluirlos; en este caso puede guardarse para otra vez, después de haber brevemente repetido aquellos mismos puntos en los que se encontró tanto consuelo espiritual. Muchas veces es útil repetir una misma meditación, variando únicamente el coloquio.

5. La esencia de la meditación, más consiste en la afectuosa moción de la voluntad, que en el discurso del entendimiento; así, pues, hay que advertir que el afecto de la voluntad ordinariamente debe ser suave, á fin de que con la continuación no se perjudique la cabeza ni el pecho. Con la divina gracia fácilmente se excitará este afecto, mediante una diligente consideración de las Personas de la Santísima Trinidad, de Cristo, de la bienaventurada Virgen, no dirigiéndose á ellos con palabras, sino con el corazón, á la manera que los ángeles en presencia de su divina Majestad extáticos le saludan continuamente con el cántico de *Santo, Santo, Santo*.

6. Si Dios alguna vez concede un afecto más vivo, de modo que haga prorrumpir en dulce llanto, admítase humildemente hasta cuando Dios se digne continuarlo. Mas este no debe ser duradero, principalmente cuando ha sido excitado por uno mismo, á fin de evitar el perjudicarse la cabeza. Aprovecha muchísimas veces este afecto en algunos casos: 1. Al

tener que hacer confesión general de toda la vida, ó de todo el año, en la que hay que procurar excitarse á una contrición verdadera y perfecta, la que, según los teólogos, sirve para expiar toda la culpa y toda la pena. 2. Cuando se padece alguna grave tentación contra la fe, castidad ó vocación. 3. Cuando se nota frialdad ó flojedad en el progreso de la piedad ó vocación. 4. Si, cuando hay que emprender alguna obra grande para la mayor gloria de Dios, se halla cerrado el paso con dificultades.

7. Si sucede que en la meditación no se encuentra gusto ni consuelo alguno, no hay por qué desmayar por esto. Si fuese por culpa propia, á causa de no haber entrado preparado en la meditación, no hay más que humillarse, reconociendo la falta, y al punto renacerá la calma. Pero, al contrario, si no fuere por tu culpa, piensa que Dios lo permite, ya para que aprendas que no está en nuestra mano obtener un tal gusto, sino que es un don de Dios, ya para que veamos que Dios trata de probarnos, por si en tan santa obra buscamos simplemente el puro amor de Dios, ó más bien la satisfacción de nuestro amor propio. Y así, en tiempo de desolación no hay más que decir: no he empezado esta meditación para encontrar en ella mi consuelo, sino para encenderme en deseos del puro amor de Dios.

8. Si uno se halla agitado por muchas distracciones, no hay que dejar por esto la meditación; basta pensar que no hay en ellas pecado, mientras que no sean voluntarias. Al advertir que te distraen, resístelas, por más que vuelvan de nuevo; no por eso será menos agradable á Dios tu meditación, que si la hicieses con extraordinaria devoción sensible. En estos casos aprovecha mucho recurrir á los coloquios, y reconocer con sumisión que nada podemos con solas nuestras fuerzas; ó bien acusar-

se humildemente atribuyendo á nuestros pecados la dificultad que sentimos en hablar con Dios por un breve tiempo; y con esto experimentarás al punto el auxilio divino.

9. No poco aprovecha para una fructuosa meditación, el tener á Dios presente en todas las acciones; hacer durante el día varias oraciones jaculatorias; leer con ánimo sosegado libros espirituales; frecuentar á menudo la sagrada Mesa, después de confesado; tener familiaridad con varones piadosos; refrenar los sentidos, principalmente la lengua; practicar algunas obras de caridad y de penitencia, y cumplir con exactitud los propósitos hechos en la meditación.

MÉTODO

PARA HACER LA MEDITACIÓN

PREPARACIÓN REMOTA

Apartar de nosotros todos los obstáculos que la impidan, como son: la soberbia, el amor propio, la sensualidad y el regalo, la disipación y poca guarda de los sentidos.

Pónganse en su lugar las virtudes opuestas, como son: una gran humildad y desprecio de sí mismo, mortificación constante de nuestros gustos, y gran recogimiento de todo nuestro ser, apartándolo de todo cuanto nos rodea.

PREPARACIÓN PRÓXIMA

Léase el día anterior la meditación.

Antes de empezarla, excítense primero los afectos que han de ser objeto de ella, y foméntense los mismos conforme á la materia de que se va á meditar.

Entrese después en la meditación con ánimo sereno y tranquilo, fuera de toda inquietud,

PRINCIPIO

Hallándose ya preparado, figurarse que tiene á Dios delante de sí.
Adóresele profundamente de rodillas.
Dígase la oración preparatoria.

PRELUDIOS.

Recuérdese brevemente el asunto que se va á contemplar.
Fórmese la composición de lugar adecuada á este asunto.
Hágase la petición de la gracia especial para conocer bien la parte esencial de la meditación, y para sacar el fruto que de ella se desprende.

MEDIO

MEMORIA...

Tráigase pausadamente á la memoria el objeto principal de lo que se leyó para la meditación.

ENTENDIMIENTO.

Pregúntese á sí mismo:
1.° Qué vamos a considerar.
2.° Qué resoluciones prácticas nos proponemos sacar.
3.° Qué motivos nos impulsan á tomarlas. Si la decencia, si la utilidad de bienes espirituales, si lo agradable que es cumplir con la santa ley, lo fácil que es la carga del Señor y lo necesario que es llevarla para la tranquilidad del alma.
4.° En qué estado nos encontramos hoy con relación á estas cosas que meditamos.
5.° Qué debemos hacer en adelante para proceder bien.
6.° Qué obstáculos debemos vencer, y qué impedimentos deben removerse para esto mismo.
7.° Qué medios debemos elegir.

VOLUNTAD.

Excítense los piadosos afectos más con el corazón que con la boca.

FÓRMENSE PROPÓSITOS.....

Sobre alguna de las cosas meditadas.
Que sean prácticos, y con resolución firme de cumplirlos.
Ya sobre cosas particulares, ó para hacer algo especial.
Acomodados al estado presente en que se está.
Fundados en motivos sólidos, como la salvación y tranquilidad del alma.
Con humildad y mucha desconfianza de sí mismo.
Suplicando á Dios que nos dé el auxilio de su gracia.

FIN

RECAPITULACIÓN... Hágase un resumen en el cual se confirmen los conceptos y propósitos formados. Tráiganse á la memoria, si es posible, textos de la Sagrada Escritura ó Santos Padres referentes á la meditación y propósitos.

COLOQUIOS. Ténganse, ya directamente con el Corazón de Jesús, ya con la Virgen María ó con otros santos.

REFLEXIÓN

EXAMEN.... Hágase siempre acerca del modo como se practicó la meditación: dé gracias si procedió bien, ó arrepiéntase de las faltas cometidas.

RECAPITULACIÓN...
De toda la meditación.
De las conclusiones prácticas sacadas, de los motivos en que se han apoyado y de los afectos y propósitos que se han notado.
De los propósitos particulares y luces ó ilustraciones especiales que se hayan tenido.

OFRECIMIENTO Y COLOQUIO DE SAN IGNACIO

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, á Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me bastá.

ORACION

QUE SAN IGNACIO DE LOYOLA SOLÍA DECIR MUCHAS VECES DURANTE LOS EJERCICIOS

Anima Christi, sanctifica me.
Corpus Christi, salva me.
Sanguis Christi, inebria me.
Aqua lateris Christi, lava me.
Passio Christi, conforta me.
O bone JESU! *exaudi me.*
Intra tua vulnera, absconde me.
Ne permittas me separari a te.
Ab hoste maligno defende me.
In hora mortis meae voca me.
Et jube me venire ad te.
Ut cum sanctis tuis laudem te
In saecula saeculorum. Amen.

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh buen Jesús! óyeme.
Dentro de tus llagas escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo defiéndeme.
En la hora de mi muerte llámame.
Y mándame ir á Ti.
Para que con tus santos te alabe
Por los siglos de los siglos. Amén.

MES DE ENERO

DÍA PRIMERO

Del misterio de la Circuncisión.

ORACIÓN PREPARATORIA.—Puesto con viva fe y en actitud devota y recogida en la presencia de Dios, di con los labios, ó al menos con el corazón, la oración siguiente, ú otra análoga que el Señor te inspirare:

Dios y Señor mío, creo firmemente que estáis aquí y en todo lugar, y aunque indigno de parecer en vuestro divino acatamiento por mis pecados, que detesto con toda el alma, confiado en vuestra divina bondad me presento delante de Vos y os ofrezco esta meditación con todos mis pensamientos, afectos, deseos y propósitos, pidiéndoos humildemente gracia abundantísima para hacerla como es debido á gloria vuestra y bien y provecho de mi alma [1].

Preludios.—Imagínate ver á la Sagrada Familia asistiendo á este soberano misterio, y pide al divino Niño Jesús la gracia de imitar las maravillosas virtudes de que en él nos da ejemplo, y de circuncidar tu corazón con sus vicios y concupiscencias con el cuchillo de la mortificación interior y de la penitencia exterior.

1 Como la oración preparatoria es siempre la misma en todas las meditaciones, la ponemos sólo esta vez para que sirva de modelo

Punto I

La Santísima Virgen y San José en el misterio de la Circuncisión.

Considera cómo al octavo día del nacimiento del Niño Jesús, la Virgen y San José determinaron de circuncidarlo en cumplimiento de la ley, que ponía este riguroso precepto á los padres.

Mira primeramente la obediencia de la Madre de Dios y de su santo esposo, tan puntual y pronta á este precepto, con saber que su ejecución había de ser penosa y dolorosísima al Niño, que tanto amaban. Pero la voluntad de Dios ha de ser sobre todo, la cual estimaba tanto la Virgen, que si fuera menester Ella misma, como otra Séfora, mujer de Moisés, tomara el cuchillo y circuncidara á su Hijo por obedecer á Dios.

Medita lo segundo, la caridad y devoción de la Virgen, la cual sin duda quiso hallarse presente á este sangriento espectáculo: lo uno, para acariciar á su Hijo, como quien tanto lo amaba; lo otro, para recoger la preciosísima sangre que allí se derramaría, porque era sangre de Dios y de inmenso valor. ¡Oh, con cuánta devoción la adoraría y guardaría en su pecho! ¡Oh qué palabras de amor diría á esta sangre preciosísima, y cómo pediría al Padre Eterno que por ella perdonase al mundo, suplicándole que, si era posible, se contentase con esta sola, pues valía tanto!

Por otra parte, estaría la Virgen atravesada de dolor por lo que su Hijo padecía. Lloraba con El por verle llorar y por la causa que llo-

raba. ¡Oh pecado original, diría, cuán caro cuestas á mi Hijo! ¡Oh culpa de Adán terreno, cuán amarga eres á este Adán celestial! ¡Oh Virgen benditísima, ojalá pudiese yo acompañaros, llorando mis culpas, para alcanzar remedio de ellas por virtud de la sangre de vuestro Hijo!

Punto II

El Niño Jesús en la Circuncisión.

Considerará los heroicos actos de virtud que ejercitó Cristo N. S. en su circunsición, la cual en El no fué sólo ejercicio de padecer, sino obra de virtudes excelentísimas.

La primera fué obediencia divina á la ley; porque no estando obligado á ella, quiso de su voluntad sujetarse á este precepto penosísimo, y juntamente protestar que guardaría toda la ley; pues quien se circuncidaba era obligado á cumplirla toda, por más dura que fuese; y así este Niño benditísimo se ofreció entonces á llevar esta carga, poniendo toda la ley en medio de su corazón, á fin de darnos un perfecto dechado de obediencia. ¡Oh alma mía! ¿Cómo no te ofreces á llevar el yugo suave de la ley nueva, pues tu Salvador se ofrece á llevar por ti el durísimo de la ley antigua? Si El obedece por tu ejemplo en las cosas duras á que no estaba obligado, ¿por qué huyes de obedecerle en las cosas fáciles que te manda? Perdonad, Señor, mi desobediencia, y ayudadme á seguir el ejemplo de obediencia que me disteis.

La segunda virtud fué humildad; porque ya que este Señor no podía tenerse por pecador,

quiso ser tenido por tal sujetándose á la circuncisión, señal de niños pecadores: y quien le viera circuncidar, dijera de El que tenía pecado; lo cual ordenó para confusión de los que siendo pecadores no queremos parecerlo, sino tomar hipócritamente disfraz de justos. Por tanto, alma mía, humíllete la caridad de tu Señor, y pues conoces ser digna de humillación por tus pecados, desea ser humillada por todo el mundo.

La tercera virtud fué caridad ardentísima, derramando aquella sangre con tanto amor, que si fuera menester derramarla toda luego, así lo hiciera; y si conviniera recibir luego otras muchas y mayores heridas, á todo se ofreciera por el amor de su Padre y por el bien nuestro. ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh paciencia invencible! ¡Oh humildad profunda y obediencia perfecta de mi Redentor! ¡Oh virtudes soberanas, de las cuales se teje la vestidura sacerdotal de nuestro sumo sacerdote Jesús, mucho más preciosa que de grana y púrpura, de jacinto y holanda retorcida! ¡Oh sumo sacerdote que os vestisteis hoy esta vestidura para ofrecer el sacrificio de la mañana, y os la vestiréis después en la cruz para ofrecer el sacrificio de la tarde! Vestidme con otra igual para que ofrezca mi cuerpo y alma en hostia viva, santa y agradable á vuestra soberana Majestad. Avergonzado estoy, Señor, viéndome tan desnudo de estas cuatro virtudes; ayúdeme vuestra gracia para que cubra mi desnudez y me vista de ellas á imitación vuestra.

Punto III

De la Circuncisión espiritual que pide Cristo á los suyos.

Meditaré cómo Cristo N. S., con el ejemplo de esta circuncisión corporal, me enseña y mueve primeramente á que circuncide y corte de mí todas mis demasías en regalo, honra y comodidades de la carne, mortificando los vicios y aficiones desordenadas para cumplir la ley de Dios, aunque sea menester para esto derramar sangre del alma.

Demás de esto, he de llevar de buena gana que otros me arranquen estas demasías, ora lo hagan con buena intención, ora con mala y por injuriarme, llevando con paciencia cuando me quitaren algo de mi honra, comodidad ó regalo, aunque sea con derramamiento de sangre; pues, como dijo San Pablo, no hace mucho quien pelea contra el pecado, cuando no llega á resistir hasta perder la vida, si preciso fuera.

Considera, por último, que Cristo N. S. derramó su sangre preciosa en tres lugares y á manos de tres suertes de personas. Lo primero, en la circuncisión por el ministro de Dios. Lo segundo, en el huerto por sí mismo, con la consideración de los trabajos de su pasión. Lo tercero, en el monte Calvario por mano de los ministros de Satanás; para que yo me persuada que tengo también de estar preparado á dar mi sangre y padecer de estas tres maneras. Lo primero, sujetándome á lo que los ministros de Dios ordenaren, aunque sea circuncidando lo que mucho amo. Lo segundo, siendo yo el

verdugo de mí mismo, moviéndome á obras de penitencia y mortificación. Lo tercero, sufriendo los dolores y trabajos que me vinieren por manos de mis enemigos.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús! por la sangre que derramaste en este día, te suplico alientes mi corazón para que se ofrezca, si fuere menester, á derramarla por ti; y pues tiene tanto que circuncidar y el amor propio le detiene para no hacerlo, Tú, Señor, por tu mano le circuncida, y da traza como otros le mortifiquen, para que no haya en él cosa que desagrade á tu divina Majestad.

Propósitos.—Saca de esta meditación firme propósito de empezar á cortar de tu corazón cuanto sea obstáculo á tu aprovechamiento, y de comenzar en este año nuevo á vencer y sojuzgar tu pasión dominante y á ejercitarte en actos de mortificación interior y de penitencias corporales, siempre con el consejo y dirección de un confesor sabio, prudente, piadoso y caritativo.

2 DE ENERO

Del dulcísimo Nombre de Jesús.

Preludios.—Oye en tu interior la voz del cielo que dice, *Jesús será su nombre*, y pide que ese nombre dulcísimo se grabe en tu corazón en la vida y en la muerte.

Punto I

Por qué Cristo Nuestro Redentor se llamó Jesús.

Considera que el que principalmente puso este nombre al Redentor no fué la Virgen, ni San José, ni el ángel, sino el Padre Eterno; porque es tan grande la excelencia de este Niño, que ninguna criatura de la tierra ni del cielo podía por sí mismo ponerle nombre que le cuadrase, sino sólo su Eterno Padre. Y quiso que se llamase Jesús, que quiere decir Sal-

vador, porque su venida al mundo fué principalmente para salvarnos de la muerte y del pecado, y este fué su oficio. Porque aunque otros tuvieron este nombre, no fué más que por ser figura y sombra de este soberano Niño, el cual, á boca llena y por excelencia, merece ser llamado Jesús, Salvador y Libertador, no solamente de los cuerpos, sino sobre todo de las almas, lo cual hace con tres excelencias admirables.

La primera, librándonos de toda suerte de males, de ignorancias y errores, de culpas y de penas, así temporales como eternas.

La segunda, concediéndonos excelentísimos bienes, para que nuestra salud y salvación sea copiosa y perfecta; y así nos comunica la gracia y sabiduría celestial, las virtudes y dones del Espíritu Santo, con abundancia de merecimientos para ganar la corona de la gloria, hasta entrarnos en la tierra de promisión, no como el otro Jesús en la tierra, que mana leche y miel de regalos temporales que recrean el cuerpo, sino en la tierra que mana leche y miel de regalos eternos que recrean y hartan sin fin el alma.

La tercera excelencia es en el modo de salvarnos. Este nombre de Jesús, ni puede convenir al que fuere sólo Dios, ni á puro hombre ó angel, sino solamente á Cristo por razón de ser Dios y hombre verdadero. Sólo hombre no puede salvarnos, sólo Dios puede salvarnos con misericordia sola; pero Dios y hombre nos salva también con rigor de justicia, ganando por punta de lanza y por sus merecimientos la salvación que su nombre significa. ¡Oh dulcísimo Jesús, sea para bien el nombre tan glo-

rioso que hoy os ponen! ¡Gózome que no sea nombre vacío, ni de sombra, como otros le han tenido, sino lleno de verdad y de toda perfección!

Punto II

Cómo se le puso al Redentor el Nombre de Jesús.

Considera cómo la Virgen nuestra Señora declaró en la circuncisión el nombre que su Hijo había de tener, cuyas excelencias conoció perfectísimamente después que el ángel se lo reveló, y así, con suma reverencia y devoción, dijo: *Jesús será su nombre.* ¡Oh, qué alegría tan grande sintió la Virgen sacratísima cuando por primera vez pronunció este nombre dulcísimo, y no sólo Ella, sino el glorioso San José y los demás que estaban presentes! Oyéndolo sintieron una suavidad y fragancia celestial y divina.

¡Oh, con qué gusto repetiría la Santísima Virgen aquellas palabras de su cántico: *Engrandece mi ánima al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi Jesús y mi Salvador, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y su nombre santo!* [1] ¡Oh Virgen soberana! suplicad á vuestro Hijo imprima en mi corazón la estima y amor de este santo nombre que imprimió en el vuestro. ¡Oh nombre dulcísimo! derrama sobre mí tu fragancia celestial, para que mi alma flaca, enferma y miserable, se conforte y sane con ella, y sea libre de las miserias en que está, gozando el fruto de su copiosa salvación.

Considera que pusieron á nuestro Salvador

1 Luc., VI, 46, 49.

este nombre al octavo día, en la circuncisión, por dos causas principales.

La primera, para honra del Niño, porque viéndole su Eterno Padre tan humillado y que tenía imagen de pecador, quiere que entonces sea ensalzado, dándole un nombre sobre todo nombre, que es el nombre de Jesús; para que se entienda que no sólo no tiene pecado, sino que es Salvador de pecadores y perdonador de pecados.

La segunda es, para que se vea que el nombre y oficio del Salvador le había de costar derramamiento de sangre. Y así nuestro dulce Jesús, en tomando el oficio de Redentor, da por señal del precio que ha de pagar en el rescate, una poca de sangre que derrama en su circuncisión, con determinación de pagar todo el precio enteramente en la pasión, derramando toda su sangre por nosotros. Verdad es que esta poca sangre era bastante precio por todos los pecados del mundo y de otros mil mundos que hubiera; pero su caridad y liberalidad quiso que el precio fuese toda ella en el Calvario.

¡Oh Salvador dulcísimo, cuyas fuentes, aunque son de sangre derramada con grande dolor, son también fuentes de agua viva de inmensas gracias, que han de ser cogidas con grande gozo y amor! Alábete mi alma por esta infinita caridad con que abres estas fuentes y me mandas que acuda con alegría á gozar del precio que derramas con tanta pena. ¡Oh alma mía! ¿qué será razón hagas tú por tu propia salvación, si tanto hace tu Salvador por ella? Si á El le cuesta su sangre, ¿qué mucho que te cueste á ti la tuya? Veisme aquí,

Señor, preparado para derramar mi sangre por vuestro amor, con tal que me hagáis participante del fruto de la vuestra.

Punto III

Grandezas del Nombre de Jesús.

Considera que el nombre de Jesús es una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo N. S., reduciéndolas á tres, porque es suma de todas las perfecciones que le convienen en cuanto Dios, y de todas las gracias y virtudes que tiene en cuanto Hombre, y de todos los oficios que en cuanto Dios y Hombre hace con los hombres. De suerte que puedo bien inferir que si es Jesús, es infinitamente bueno, santo, sabio y la misma bondad y santidad de Dios, porque todo esto es menester para cumplir con el nombre de Jesús.

También si es Jesús, es sumamente humilde, manso, paciente, modesto y caritativo, porque de todas estas virtudes ha de ser dechado, y de su plenitud han de recibir todas las gracias y virtudes los que se han de salvar. Si es Jesús, es Maestro, Médico, Padre, Juez, Pastor, Protector y Abogado nuestro. De modo que en sólo Jesús tenemos todas ellas, y así le puedo decir: *¡Oh mi Jesús y todas mis cosas!*

¡Oh dulcísimo nombre, tesoro inagotable de todas las riquezas y dulzuras del cielo! Si estoy enfermo, Tú eres mi salud; si hambriento, Tú eres mi hartura; si estoy pobre, Tú eres mi riqueza; si flaco, Tú eres mi fortaleza; si soy ignorante, Tú eres mi sabiduría; si soy pecador, Tú eres mi justicia, mi santificación y

redención. ¡Oh Jesús y todas mis cosas! concédeme que te ame sobre todas ellas, y que en Ti sólo busque mi descanso y hartura perfecta, pues en Ti sólo está por junto todo lo que me puede hartar; porque Tú sólo eres mi único, sumo y todo bien.

Por último, en este nombre dulcísimo están también encerrados todos los nombres gloriosos que los profetas ponen al Salvador, cuales son aquellos que refiere Isaías, diciendo *que será llamado Dios, Fuerte, Admirable, Consejero, Padre del siglo venidero y Príncipe de la paz.* Porque todos estos nombres únicamente convienen á Cristo S. N., en quien se reunen todas las grandezas de Dios con todas las cualidades de quien sólo podía ser la paz y salvación del mundo y la redención de su pueblo.

Así, pues, este suavísimo nombre es el único medio para alcanzar perdón de todos mis pecados; es título para ser oído en mis oraciones; es medicina de todas mis enfermedades espirituales; es arma ofensiva y defensiva contra los demonios en todas las tentaciones; es amparo en todos mis peligros; es luz y guía en todas mis ignorancias; es para mí dechado y ejemplo de todas las virtudes, y, finalmente, es fuego y estímulo que me enciende y guía á procurarlas.

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús! sed Jesús para mí en todas mis potencias, ejercitando en ellas el oficio de Jesús, para que ellas también se ejerciten en todo lo que os honra. Sea tu nombre para mí como óleo divino que me alumbre, unja y sustente: que me alumbre con su luz, para llegar al cielo en las tinieblas de las tentaciones y de este mundo; que me unja como medicina del alma en todas mis dolencias, y que me sustente y fortalezca para caminar

al cielo á pesar de todos los obstáculos que pongan los demonios, á los que he de vencer, como al mundo y á la carne, teniendo siempre en mis labios, en mi corazón y en mi frente el dulcísimo nombre de Jesús.

Propósitos.—De esta meditación he de sacar un gran deseo de que este nombre santísimo esté fijo siempre en mi memoria, para acordarme de Él: en mi entendimiento, para pensar en El: en mi voluntad, para amarle y gozarme en El. Tengo de imprimirlo en mi corazón, para que esté siempre unido conmigo, y tenerlo en mi lengua, para alabarlo y bendecirlo, gustando de publicar sus grandezas, tomándolo por principio y fin de mis pláticas, y nombrándolo con frecuencia y con sumo respeto y amor.

3 DE ENERO

Del modo de llevar gloriosamente el santo Nombre de Jesús.

Preludios.—Imagínate ver el santo nombre de Jesús grabado con letras de luz divina en todas partes, en el cielo, en la tierra, en los seres materiales y en los espirituales, y pide á Dios N. S que lo grabe con caracteres de fuego en tu frente y en tu corazón, para que sepas usarlo y confesarlo delante de Dios y de los hombres.

Punto I

El dulce Nombre de Jesús, sello divino del cristiano.

Considera que es propio de los predestinados llevar en la frente y en el corazón el nombre de Jesús, y puede decirse que cada uno de ellos es un vaso de elección para llevar dignamente este nombre adorable delante de Dios y de los hombres. Los bienaventurados lo llevan en el cielo como signo de triunfo y de gloria, y lo llevaron en la tierra como señal de santidad y de combate. Debemos, pues, nosotros llevarlo en la vida como ellos, si quere-

mos ser del número de los escogidos y llevarlo después en el cielo.

Pero para llevarlo ahora y después con honra, es preciso que lo grabemos en primer lugar en nuestro entendimiento, porque ese nombre es luz que esclarece las tinieblas de la ignorancia, es sol de verdad y de vida eterna; el que, predicado por los Apóstoles, alumbró al mundo con los esplendores de la fe: él, entre todos los nombres del Verbo encarnado, es el que muestra con mayor claridad las misericordias y grandezas de Cristo S. N., el que mejor nos descubre sus divinos atributos, sus oficios, sus virtudes y el amor que nos profesa, el que mejor compendia las grandezas y las humillaciones de un Hombre-Dios. Sea, pues, muy frecuente nuestra meditación y continuo el recuerdo de ese dulcísimo nombre y de las perfecciones de Jesu-Cristo, que en él se representan y simbolizan por maravillosa y divina manera.

Grabémoslo, en segundo lugar, en nuestro corazón, para que lo inflame con el fuego de amor, del que es cifra el nombre de nuestro adorable Redentor: porque nada tan eficaz como ese nombre divino para excitar afectos encendidos de amor á Jesús, cuyo sólo nombre es más dulce que la leche y la miel, porque nos recuerda cuánto nos amó Jesús, que dió su vida por nosotros; el nombre que debemos amar sobre todos los amores, ya que Jesús debe estar en nuestro corazón por encima de todas las cosas.

Después grabémoslo en nuestros brazos, con objeto de que tengan el vigor necesario para combatir con los enemigos de nuestra salva-

ción y practicar con rectitud y pureza de intención y sin humanos respetos todo linaje de buenas obras. Grabémoslo en la lengua, para que siempre bendiga y alabe y glorifique al Señor. Grabémoslo en las manos, para que practiquen siempre el bien, y en nuestra frente para no avergonzarnos nunca de Dios y de la fe, y en todo nuestro cuerpo para que sea puro, y en nuestro espíritu para que sea santo; y procuremos grabarlo también en todo cuanto nos rodea, para que, como dijo San Pablo, *al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y que toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.*

Sea así, oh suavísimo nombre de Jesús, y logre yo verte una y mil veces adorado y bendecido por todos los hombres buenos, temido y respetado por todos los malos, y reinando en el mundo por la fe y tu gracia como reinas en el cielo por tu gloria.

Punto II

Llevar dignamente el Nombre de Jesús es imitar las virtudes de Cristo, Señor Nuestro.

Considera que para llevar dignamente el santo y dulcísimo nombre de Jesús, es preciso tener las mismas virtudes y revestirnos del espíritu con que lo lleva nuestro Salvador.

Espíritu de humildad y de obediencia, espíritu de exterior penitencia y abnegación interior. Así lo llevó nuestro Señor y así debemos llevarlo nosotros, *para que haya en nosotros el mismo modo de sentir y pensar que hubo en Jesucristo* [1].

1 *Ad Philip.*, II, 6.

Los cristianos fervorosos que llevan el nombre de Jesús en sus almas, dice San Juan Crisóstomo, cuentan con una gran fuerza de voluntad y una virtud divina, no sólo en los combates, sino también en la paz; pero han menester resolverse á sufrir, como Cristo, grandes trabajos, á quebrantar en todo su voluntad y someterse á la obediencia en cosas que son contrarias á los sentimientos de la naturaleza corrompida. El nombre de Jesús es un nombre de salvación y de vida, pero, como Jesús, es signo y estandarte de lucha y está sujeto á las más graves contradicciones. Salva, sí, á las almas, pero las salva como Cristo por medio de la Cruz. El que lo quiera llevar, debe alejarse de todos los vicios y disponerse para sufrir persecuciones por él, como dice San Pablo. Este nombre santo es compendio de todas las virtudes, porque todas llevan el nombre de su divina fuente y modelo, que es Jesús. Y no sólo de las virtudes ordinarias, sino de las más elevadas y sublimes, pues que todas se simbolizan en Jesús.

Este nombre, finalmente, es como el glorioso estandarte de la vida cristiana, que de un modo sensible se representa en la cruz; y la cruz y el nombre del Pontífice Sumo que se sacrificó en ella por salvarnos, representan lo mismo y lo mismo significan; es á saber: la necesidad que tenemos de coadyuvar á la obra de nuestra propia redención por medio de la continua mortificación, abrazándonos con la cruz y procurando padecer y morir en ella, porque en la cruz está como corona de triunfo el nombre de Jesús. La salud del mundo está en la cruz; todos los bienes de la gracia y de

la bienaventuranza en la cruz se hallan, y á la cruz hay que ir á buscarlos si de veras los queremos encontrar.

A la cruz, pues, iré á buscarte, ¡oh nombre gloriosísimo! pues en ella reinas, dominas y salvas, y abrazándome con la cruz de la mortificación, lograré con tu gracia, ¡oh dulce Jesús mío! que tu nombre se grabe para siempre jamás en mi corazón y en mi alma.

Punto III

Cómo recompensa Dios á los que llevan dignamente el nombre de Jesús.

Considera las gracias extraordinarias y singulares favores que hace Dios á los que llevan dignamente este santísimo nombre. Porque él lleva consigo la luz, la alegría, la paz, la abundancia, la gloria y la felicidad, porque como óleo suavísimo arde, alumbra, consuela y cura. Si poseo alguna gracia y alguna virtud, no es por mi esfuerzo, sino porque Dios me hizo marchar por los senderos de su justicia para gloria de su nombre. Si confío en ver un día la Jerusalén celeste, es porque tengo puesta mi confianza en el santo nombre de Jesús. Si los Apóstoles consiguieron la conversión de los pueblos, el nombre de Jesús fué la bandera de tan milagrosa conquista. Si los mártires desafiaron con tanto valor los tormentos, y sufrieron la muerte con tanto heroísmo, fué sólo por la virtud del nombre de Jesús; si los santos obraron cosas admirables y fueron elevados á un tan alto grado de gracia y de gloria, al nombre de Jesús, que es luz, gracia y fortaleza, lo debieron; y por este

nombre hicieron portentosos milagros, y por él igualmente consiguieron reprimir la violencia de sus pasiones y triunfar del mundo, del demonio y de la carne.

Cuando el nombre de Jesús se representa en mi espíritu, decía San Bernardo, y sus rayos esclarecen mi alma, siento al punto que se enfrían mis pasiones, se disipan mis tristezas y me dejan libre las tentaciones. Al pronunciar este nombre adorable, luego se me representa un hombre divino, dulce y humilde de corazón, afable, sobrio, purísimo, misericordioso, adornado de todas las virtudes en grado infinito, y en seguida recuerdo que este hombre es á la vez Dios, Creador y Redentor mío, que me da por un lado el ejemplo de su sagrada Humanidad para que me sirva de modelo, y por otro su gracia y auxilio para que pueda imitarlo. Grabad, concluye San Bernardo, el nombre de Jesús en vuestro seno, en vuestra boca, en vuestro corazón, en todas vuestras potencias y en todas vuestras acciones; grabadlo en todos los lugares en que habitéis mientras que estáis en el mundo, á fin de que, cuando llegue la hora de la muerte, sea el nombre de Jesús la última palabra que pronunciéis, y con ella en los labios y en el alma entréis en la patria del cielo para bendecir á Jesús y su santo nombre por los siglos de los siglos.

Coloquio.—¡Oh Jesús! poneos como un sello en mi memoria para que sólo piense en Vos; como un sello sobre mi corazón para que no ame sino á Vos; como un sello en mis labios para que no hable sino de Vos; como un sello en mis manos para que no trabaje sino por Vos y para Vos. ¡Oh santísimo nombre de Jesús! yo os adoro como un nombre de

grandeza, os amo como un nombre de dulzura y os invoco como un nombre de poder. ¡Oh dulcísimo Jesús! Quiero con vuestra gracia derramar mi sangre para salvarme, ya que Vos habéis dado la vuestra por ser mi Salvador; quiero sufrir dolores en el corazón y morir para que Vos me salvéis, amabilísimo Salvador mío.

Propósitos.—Recibir, no sólo con resignación sino hasta con santa alegría, cuantas humillaciones el Señor se digne enviarnos, y en todas las penas, tentaciones y peligros invocar prontamente y con encendido amor el dulcísimo nombre de Jesús.

4 DE ENERO

Sobre la entrada del año nuevo.

Preludios.—Imagínate á la vida humana como un río rapidísimo que corre hacia el mar inmenso de la eternidad; sentado tú á su orilla, considera lo efímero y engañoso de todo lo transitorio, y pide al Señor vivir de la verdad y no de las mentiras y de las ilusiones de los mundanos.

Punto I

El año que empieza nos recuerda lo ilusorio y vano de nuestra vida.

Considera que el tiempo inexorable ha dado un paso más, y el año que ha muerto acaba de hundirse en el océano de la eternidad como los años anteriores, arrastrando en pos de sí una parte de tu vida.

Ya no existe más aquel año á quien saludamos sonriente y halagüeño hace apenas doce meses con el dictado de *año nuevo*. Ahora es otro el *año nuevo,* condenado, como todos, á dejar de serlo también dentro de brevísimo plazo, para ceder su puesto á otro de tan fugaz existencia como él.

Hace más de sesenta siglos que dura para

el mundo esa sucesión de años, que aun á los más frívolos y ligeros obliga á exclamar: ¡Cómo pasan los años! Y sin embargo... he aquí una ilusión como tantas otras de nuestra vida, tan llena de ellas. No pasan los años. Quienes pasamos, y cierto muy deprisa, somos los hombres.

Por eso después de estudiar los sabios para ponerse de acuerdo en lo que es el tiempo, han convenido en que no es más que la sucesión de las cosas. Ve, pues, ahora si podemos achacar al tiempo su rápido andar y sus infinitas mudanzas, cuando en rigor no es él, sino nosotros, quienes no acertamos á estarnos quietos, sino que, queriendo ó sin querer, corremos constantemente hacia el sepulcro.

Vuelo en ferrocarril y, si no me engañan los ojos, veo pasar delante de mí en desatentada carrera montes y valles, casas y personas y miles y millones de objetos, mientras, al parecer, me estoy yo quieto sin moverme de un lugar.

Pero me engañan los ojos, y no son los objetos los que desfilan por delante de mí: soy yo quien paso delante de ellos; es el tren el que me arrastra impetuoso al través de túneles y terraplenes, hasta dar conmigo en el término de mi viaje.

¡He aquí la vida, he aquí nuestra constante ilusión, he aquí lo que ha de ser nuestro postrer desengaño!

No pasan los días, ni vuela el tiempo, ni hay año nuevo ni año viejo. Hay, sí, una porción de viajeros que se forjan la eterna ilusión de verlo desfilar todo delante de sus ojos, cuando son ellos y sus vidas los que en tropel ruedan

sin cesar por la rápida pendiente de la existencia, cuyo término final es sencillamente la eternidad.

Considera lo sublime y majestuoso de esta palabra; es decir, lo que no pasa, lo que no muda, lo que para siempre permanece, lo siempre antiguo y siempre nuevo. ¿Qué es la vida más larga, si con ella se compara? ¿Qué la juventud más fogosa? ¿Qué la ambición más satisfecha? ¿Qué la fortuna más propicia? ¿Qué la ciencia más encumbrada? Una mentira y una ilusión.

Andamos, pues, ó mejor, volamos sin descanso: muchos tenemos ya un pasado, es decir, no un tiempo que ya pasó, sino un tiempo por el que hemos pasado nosotros. Otros vendrán en pos, recorriéndolo con análogas vicisitudes. A todos aguarda igual paradero. Las fiestas ostentosas; los proyectos frustrados ó realizados; los ensueños que halagaron nuestra mocedad; los sentimientos de nuestro corazón; llantos y alegrías, temores y esperanzas... todo pasó en gran parte, ó mejor, por todo hemos pasado ya, á todo estamos muriendo á cada hora que da el reloj, á cada día que amanece, á cada año que llamamos *nuevo*, para seguir engañándonos con la infantil ilusión de que no somos nosotros los que envejecemos.

¿Y adónde vamos? Infaliblemente al término del viaje, que por añadidura ignoramos si está muy próximo ó muy lejano.

Puesto que todo es una ilusión y cuando crees tener un año más, lo que tienes es un año menos, una rama menos en el árbol de tu vida, procura no vivir de ilusiones, porque *pasa como una sombra la figura de este mundo;*

agárrate á la roca viva de la fe y de la razón y obra el bien y la virtud, mientras Dios te conceda el tiempo.

Saca de estas consideraciones grande fervor y aliento para sufrir cualquier trabajo por Dios y por tu salvación, viendo *cuán breves son los días del hombre sobre la tierra:* toma también más ánimos para trabajar en tu aprovechamiento y acrecentar tu caudal, reconociendo que sólo Dios y la virtud es verdad, y fuera de eso, todo ilusión y engaño.

Punto II

El año que empieza nos recuerda la brevedad de nuestra vida.

Considera que parece que fué ayer cuando celebrabas la entrada del año que ahora acaba de hundirse en el seno de la eternidad. Ayer parece que fué, y ya ha pasado un año... y así pasarán todos los años... Ya tienes, y tenemos todos, un año más en el libro de la muerte, y un año menos en el de la vida; un año más para la eternidad, y un año menos para el tiempo; un año más cerca de Dios, y un año más lejos del mundo; un año más para morir y un año menos para vivir. A la vista de esa asombrosa rapidez y movilidad del tiempo verás claramente la verdad de las expresiones de la Sagrada Escritura, cuando lo compara á la sombra fugitiva que desaparece cuando la queremos abrazar; al buque que corta las olas sin dejar huellas de su paso; á la saeta que cruza el espacio rapidísimamente; al peregrino, que corre sin detenerse jamás, y á otras figuras con que el Espíritu Santo nos representa la brevedad de la vida humana.

Deduce de todo esto que la vida es brevísima para todos los hombres. Es seguro que los más mueren en la flor de la niñez ó de la juventud. Pero aun la vida más larga, ¿qué es en sí misma? Setenta años, luego que pasaron, parecen un momento, y los bienes y los placeres y los honores y las grandezas, todo se disipa como un sueño.

Y si miramos la vida respecto de la eternidad, nos parecerá infinitamente más corta aún. *Mil años* (dice la Escritura) *son como un día en comparación de la eternidad;* ¿qué es, pues, la vida más larga sino una hora, un momento respecto de la eternidad, y una gota de agua respecto de todo el mar? No tenemos, pues, más que una hora de vida, y aún puede ser que no la tengamos, porque nadie se puede prometer una hora más de vida. ¿Por qué, pues, nos embelesamos en formar locas ideas, en adquirir grandes riquezas con tanto ardor y ambición como si tuviéramos que vivir aquí eternamente? No pensamos sino en establecernos aquí, donde hemos de estar pocos momentos, y nos olvidamos de nuestra patria, que es donde hemos de vivir eternamente: pensamos en acomodar bien el mesón donde nos alojaremos, si viene á mano una noche, y olvidamos y dejamos arruinar la casa propia donde estaremos para siempre, la casa de nuestra eternidad. ¿Podrá darse mayor locura? Si así obrásemos en las cosas del mundo, ¿no mereceríamos el dictado de insensatos?

Considera, por último, cuántos empezaron contigo este año, y se han quedado en el camino y no llegaron al fin, como has llegado tú; vuelve los ojos atrás y míralos en los sepul-

cros, comidos de gusanos, cómo acabaron ya sus papeles en la farsa de este mundo; mira sus designios burlados, sus trabajos perdidos, sus haciendas confiscadas por la muerte, sus honras deshechas como el viento: todo pasó como sombra, y de ellos apenas hay ya memoria. Reconoce la fragilidad de esta vida y sus engaños, y que todo es locura, sino buscar lo eterno y lo que dura para siempre.

Considera qué sentirías si te hubieras quedado en el camino como ellos, y qué sería de ti en este momento, y dónde estarías y qué harías y qué pensarías de lo que ahora meditas, y exclama con admiración y llanto, viendo la ceguedad de los hombres, pues por gozar de un soplo de vida, tan breve y engañosa, pierden la eterna y verdadera, y pide al Señor que no te permita caer en tal engaño, y que te dé luz y gracia para despreciar lo temporal y codiciar lo eterno solamente.

Punto III

El año que empieza debe infundirnos nuevos deseos de nuestra santificación.

Considera cómo en la circuncisión se nos pone ya de manifiesto el deseo de salvarnos que tiene Cristo, Señor nuestro, del que nos dió dos pruebas: la primera derramar su sangre, teniendo tal hambre de ello que no pudo esperar á derramarla en el Calvario; la segunda tomar el nombre de Jesús. Pondera aquí que nuestra salvación depende del concurso de dos voluntades: la de Jesús y la nuestra. La de Jesús es tan eficaz, que no sólo hizo por nosotros cuanto era menester para salvar-

nos, sino muchísimo más, porque Él mismo dijo que vino á darnos vida y vida abundantísima. ¿Cómo podremos nosotros corresponder á tanto y tan profundo y ardiente amor? Con la más insignificante de las acciones de su vida, con una sola gota de sangre hubiese rematado la obra que había tomado sobre sí, de redimirnos; pero excediéndose á lo que se requería, quiso conquistarnos la redención con toda su sangre, para que por la grandeza del sacrificio pudiéramos formarnos idea de la importancia que para nosotros tiene la salvación. A ejemplo de Cristo que así empieza su vida, animate á no perdonar sacrificio alguno, incluso el de tu sangre si fuera preciso, para asegurar lo único que te importa, que es la salvación de tu alma.

Mas no te contentes con eso. El tiempo te lo da Dios para que te santifiques. Por tanto, dispónte á empezar el año con un fervoroso deseo de mortificar tus pasiones, sobre todo la dominante, que es la prueba de la santidad perfecta. Considera que Cristo vino á este mundo para destruir el pecado, que es la obra del demonio, y que comenzó á borrarlo derramando su sangre preciosísima. Para imitar á este Maestro divino, básate en la mortificación interior y exterior que atraerán sobre ti las bendiciones del cielo, y con ellas, y sólo con ellas, adelantarás en la virtud.

Procura, por último, empezar el año excitando en tu corazón el amor á Jesucristo, y abrasándote en santo celo, queriendo hacer algo práctico por su amor y por el bien de las almas. Ama, ama muchísimo, todo lo que puedas y alcances, á Jesús, que por muchísimo

que tú le ames será siempre infinitamente inferior tu amor al que Jesús te tiene. Los judíos, viéndole llorar sobre el sepulcro de Lázaro, decían entre sí: «¡Ved cómo le amaba!» Pues si las lágrimas son señales de amor, ¿qué hemos de pensar de su preciosísima sangre, cuyas primicias nos regaló tan generosamente en este misterio de su circuncisión? Considerando esta sangre derramada, digamos á semejanza de los judíos: ¡Cuánto nos ama! Y ¿hemos nosotros de ser siempre ingratos á este amor infinito? ¿Hemos de consentir á nuestro miserable egoísmo que se lleve siempre las primeras horas del día, los primeros años de la vida y los primeros impulsos del corazón, negando todo esto al amantísimo Jesús?

Coloquio.—¡Oh Dios mío y Redentor mío! ya que tan mal comencé mi vida, yo te prometo que he de mudarme por completo, empezando este año á servirte con fervor, dejando el camino ancho que hasta hoy seguí, por la senda estrecha que siguen los escogidos. Me abrazaré con toda mi voluntad y de todo mi corazón con la cruz de la abnegación de mí mismo, hasta hacer algo por tu amor. Estoy pronto á derramar mi sangre por Ti, como Tú por mí la derramaste. ¡Qué dichoso sería yo si hubiese comenzado á servirte al principio de mi vida!... Pero ya que así no fué, comenzaré ahora de veras, pues te dignas concederme un año de penitencia y misericordia. Muy tarde es ya, Señor, es muy tarde; pero nunca lo es para aprovechar el tiempo que me das de vida, para comenzar á serte fiel y no dejar de serlo jamás.

Propósitos.—Empezar el año nuevo con aumentos de fervor verdadero, sólido y constante, proponiendo renovarte en el exacto cumplimiento y observancia de tu plan de vida y en hacer con toda exactitud tus ejercicios espirituales.

5 DE ENERO

Sobre el aprovechamiento del tiempo.

Preludios.—Imagina que estás en el último momento de tu vida esperando el juicio del Señor y oyes la voz de Dios que te dice: *No habrá más tiempo*, y pide gracia para aprovechar bien el que te reste de vida, que tal vez sea cortísimo y este año el postrero de tu existencia.

PUNTO I

Lo que vale el tiempo.

Considera que no hay cosa más preciosa que el tiempo, pues es el precio de la eternidad y el de la sangre de Jesucristo. En cada momento podemos crecer en gracia y caridad, podemos merecer la posesión de Dios y ganar un grado de bienaventuranza eterna. Cada momento, pues, encierra para mí una eternidad de gloria si lo aprovecho bien, ó una eternidad de penas si lo empleo en ofender á Dios.

Según que usare bien ó mal del tiempo que Dios me da en esta vida, seré después de la muerte ó premiado ó condenado. Toda mi salvación depende, pues, del tiempo, y como Dios al criarnos nos impone á todos una estrecha obligación de trabajar por salvarnos, así nos impone á todos un precepto absoluto de aprovecharnos del tiempo que nos dé y de gastarle útilmente.

Deduce de esto que Dios nos dió el tiempo, no tanto para nosotros como para sí mismo y para su gloria. Quiere, pues, que lo empleemos en servirle y glorificarle. No dárselo á Dios usando santamente de él, es caer en el desorden de un criado que rehusase gastar el día en servir á su señor. ¿Soy yo, acaso, me-

nos culpable cuando dejo pasar vanamente el tiempo que debo á Dios y me debo á mí mismo, y puedo tenerme por seguro porque no pertenezco al número de los que el mundo califica de escandalosos y libertinos? Sin hacer otro grave mal, ¿sólo la pérdida del tiempo no es un mal gravísimo?

Eslo tanto más cuanto que el tiempo perdido no puede recobrarse. ¿Dónde están para mí tantos años que pasaron? ¿Dónde el último que pasó? Cada día, cada hora, cada momento más, podía granjearme una corona de méritos; ¿pero qué tengo de ellos, y qué caudal de merecimientos he juntado? ¿Dónde estarán á la hora de mi muerte los años que Dios quisiese concederme de aquí en adelante? Si son años tan estériles como el que acaba de pasar, ¿qué sacaré de este mundo? ¡Qué horrible reflexión en el último día de mi vida! ¡Hubiese podido santificarme, y ya no puedo! Recurriré á Dios, protestaré mil veces que si Su Majestad quiere darme algún tiempo más de vida me aprovecharé hasta de la menor parte de ella. ¡Hermosos propósitos! Mas ¿los escuchará Dios? ¡Ah! Mejor sería tomar desde ahora resoluciones enérgicas, ahora que me pueden ser provechosas y tengo tiempo de ponerlas en ejecución.

Emplea, pues, bien el tiempo; aprovecha estos preciosos momentos tan necesarios á tu salvación; resarce con una saludable penitencia el tiempo que has perdido; emplea bien el presente; prepara el venidero; piensa en tu salvación; mira que el demonio se fatiga por perderte, sabiendo, como dice San Juan, que te queda poco tiempo; no te descuides, porque

pronto vendrá la noche de la muerte, en la que no podrás merecer.

Punto II

Modos de perder el tiempo.

Considera que pueden perder el tiempo lastimosamente aun las personas que se llaman espirituales, de mil maneras, y casi están más expuestas á este desorden que las del mundo, porque están más desocupadas de negocios y de los cuidados temporales que ocupan á los mundanos.

Primeramente, hay personas espirituales cuyos quehaceres son muy limitados: después que han ocupado algunas horas en prácticas piadosas, ¿en qué gastan casi todo el día? Comúnmente en nada. Frívolos y vanos entretenimientos, conversaciones profanas ó peligrosas, largas é inútiles visitas, curiosidad de saber todo lo que pasa fuera de nosotros, afán de criticarlo todo, de informarse de todo: estas son sus ocupaciones ordinarias. ¿Puede darse vida más ociosa que ésta? ¿Y es esto aprovechar el tiempo?

Otras personas que se dicen espirituales hacen más, y se ocupan en obras de caridad, viven siempre agitadas, no tienen el menor descanso; pero ¿cuál es la causa de todas estas agitaciones? ¿Es espíritu verdadero de celo? ¿Es la voluntad de Dios y el espíritu de sacrificio? Lejos de esto, corren riesgo de buscar muchas veces la necia satisfacción de su vanidad ó de su carácter: no es, pues, más que inquietud ó impetuosidad natural la que las lleva de acá para allá: de aquí sucede que se

meten en mil negocios; quisieran meterse en todos, pero sin rectitud de intención ó con espíritu disipado y lejos de Dios. ¿Es esto emplear bien el tiempo, ó más bien desperdiciarle?

Entra dentro de ti mismo y mira en qué pasas el día, cuántas horas pierdes inútilmente, y acuérdate con temor y temblor de que hasta de una palabra ociosa hay que dar terrible cuenta á Dios. Pide perdón del tiempo perdido y propón aprovecharlo más y mejor en adelante.

En fin, otras personas espirituales también, están siempre ocupadas; pero se puede decir que ganan muy poco para la eternidad, porque, ó no cumplen con sus obligaciones sino con negligencia extrema, ó por fines meramente humanos. El tiempo no es útil sino en cuanto se emplea según la intención y voluntad de Dios y sirve para nuestro aprovechamiento espiritual; mas lo que se hace con tibieza suma y negligentemente, ó por respetos humanos, ¿puede ser agradable á Dios? Y si no puede agradar á Dios, ¿de qué nos puede aprovechar todo lo que hacemos para la vida eterna?

De aquí debo sacar, lo primero, que después de haber cumplido con mis obligaciones, si aún me queda algún tiempo, no soy señor de él de manera que me sea permitido gastarlo en vanos entretenimientos: no hay alguna ley particular que determine el empleo que debo darle entonces; pero hay siempre una ley general que me ordena emplearle bien y en servicio de Dios.

Lo segundo, que una vida muy laboriosa

puede ser muy infructuosa, si no es Dios ni el deseo de su gloria, sino vanos intereses y respetos, los que nos mueven á obrar lo que exteriormente parece bueno.

Lo tercero, que para gastar santamente el tiempo, no basta que las ocupaciones sean santas en sí mismas si no lo son en sus circunstancias; y que puedo perder trabajando, mucho tiempo, si trabajo sólo con el cuerpo y no con el espíritu; de donde fácilmente puedo conocer, pero con el más sensible dolor, cuánto tiempo he perdido hasta ahora, y si puedo estar seguro de haber gastado bien un día solo, cuando me consta cuán poco he hecho con verdadera rectitud y pureza de intención, y que más que á Dios me busco á mí, mi propia satisfacción, las alabanzas de los hombres y la sensibilidad natural de mi corazón.

Saca de todo esto que lo que no hagas con suma pureza de intención y sólo por agradar á Dios, te lo premiarán los hombres; pero no Dios N. S., que sólo recompensa lo que se hace por El.

Punto III

Debemos reparar el tiempo perdido.

Considera que aunque en un sentido el tiempo perdido sea irreparable, no lo es siempre, porque puedo redimirlo, según palabras expresas del Apóstol. Los obreros del Evangelio que vinieron los últimos á la viña, recibieron la misma recompensa que los que habían trabajado desde la mañana. ¿Por qué? Porque en el poco tiempo que tuvieron, trabajaron con mayor diligencia que los demás. He aquí cómo está también en mi mano volver á ganar,

con la aplicación y el fervor, todo lo que mis culpas y flojedades me han quitado de merecimientos delante de Dios.

Es necesario, pues, reparar tantos días vacíos en que no he merecido nada delante de Dios, ni adquirido méritos para el cielo; estos son propiamente días vacíos y malos; porque los que debo tener por tales para mí no son aquéllos en que he tenido cruces que llevar, ni penas ó enfermedades que sufrir; al contrario, estos días de prueba son, para las almas verdaderamente fervorosas, días llenos; pero tantos como he pasado de una vida perezosa, de una vida distraída y sin mortificación, estos son días verdaderamente vanos y perdidos que debo redimir.

Dichoso yo, pues Dios me da todavía algún tiempo para convertirme. Esta gracia es la más preciosa que el mismo Dios me puede hacer; pero para aprovecharme de ella necesito no diferir mi conversión; toda tardanza sería muy peligrosa, pues no sé si este será el último año de mi vida. Sé que usando como debo del tiempo futuro puedo suplir el pasado; pero no sé cuánto me durará, y no hay cosa más incierta que el tiempo; sé que Dios me concede lo presente que ahora tengo; pero no sé si me concederá lo por venir. Es, pues, prudente aprovecharme cuanto me sea posible del tiempo que tengo, porque no hay otro sino el presente de que pueda disponer; y aun cuando tuviese todavía muchos años, ¿sería mucho consagrarlos todos á Dios, y tendría más tiempo del que necesito para reparar tanto como he perdido y tanto como debo á Dios por sus beneficios?

Coloquio.—¡Dios de misericordia! Á vuestros pies me tenéis postrado como aquel siervo que, no teniendo con qué pagar, movió con sus ruegos el corazón de su señor. Vos podéis disponer de mí como gustareis, porque habéis medido el número de mis días; pero *tened un poco de paciencia* ¡oh Dios mío! *y os lo pagaré todo* [1]. Dadme algún tiempo más y trabajaré con ahinco para satisfaceros.

Los santos deseaban que se les acabase el tiempo, y suspiraban por la eternidad; no me maravillo, Señor. Sus años eran llenos y, después de haberse enriquecido sobre la tierra, no les restaba más que ir á gozar los frutos de sus trabajos; pero yo, Dios mío, temo, y tengo mucho motivo para temer; temo que la muerte venga muy presto y que me arrebate los días de que necesito para compensar de alguna manera los días perdidos de mi vida. Vuestra providencia, Señor, jamás me abandonará, y en ella sólo confío; pero no quiero perder en adelante un momento. ¡Oh Dios mío! todos los días no son á propósito para servir al mundo, mas en todo tiempo podéis ser amado y servido, y en todos yo puedo santificarme.

Propósitos.—Hacer todas las obras como si cada una hubiera de ser la postrera de nuestra vida, teniendo siempre ante nuestros ojos el pensamiento de la muerte.

6 DE ENERO

(Meditaciones para la octava de la Epifanía.)

De la adoración de los Reyes Magos.

Preludios.—Imagínate á los santos Reyes postrados devotísimamente á los pies del niño Jesús, y pide la gracia de imitar las admirables virtudes y la generosidad para con Jesús y María de los santos Magos, ofreciendo al divino Infante el oro de tu amor, el incienso de tu fervor y la mirra de tu mortificación.

Punto I

De la jornada de los Reyes Magos.

Considera cómo el Eterno Padre, queriendo

1 Matth., c. 18.

que su divino Hijo fuese adorado, no sólo de los judíos y de los pobres, sino también de los gentiles y de los reyes, crió en el Oriente una estrella hermosísima que fuese señal de haber nacido el Mesías. Piensa que aunque lució esta estrella en todo el Oriente y muchos la vieron y entendieron su significado, se hicieron sordos al llamamiento de Dios, y sólo tres reyes se determinaron á salir en busca del Rey recién nacido. Y movidos por la divina gracia, á cuyo llamamiento no se hicieron sordos como los demás, tomaron dones que ofrecer al Niño y se pusieron en camino, dejando todas sus cosas en manos de Dios.

Gracias te doy, Dios soberano, por el cuidado que tienes de que tu Hijo sea conocido y adorado de las gentes, así por su gloria y honra, como por el provecho de los que le conocen. ¡Oh, si todos le conociesen y adorasen para que todos participasen del fruto de su reinado!

Considera después cómo, caminando los Reyes, vieron que la estrella se movía en el firmamento, como queriendo servirles de guía en aquella jornada, de donde sacaré que, si fiando en Dios comienzo á buscarle, su providencia infinita me proveerá de guía, y el espíritu divino y la gracia de mi vocación irán siempre delante de mí, como estrellas, enderezando mis pasos en el día de la prosperidad y en la noche de la adversidad, apartándome del precipicio de las tentaciones y llevándome por las jornadas de la penitencia y de la meditación hasta encontrar á Jesús S. N., como le hallaron los Magos. La lumbre de la razón, la antorcha de la fe, la inspiración del

Espíritu Santo y la dirección de mis superiores son cuatro estrellas que se reducen á una, que es Dios, y á mi cuenta está seguir á esta divina estrella derechamente, sin apartarme ni á un lado ni á otro.

Considera que al llegar cerca de Jerusalén se encubrió á los Magos la estrella, quedando tristes por esto que permitió Dios para probar su fe y perseverancia, y para que, faltando la guía del cielo, buscasen la que Dios ha dejado en la tierra; y así los Magos no desmayaron, sino que se determinaron de entrar en Jerusalén á buscar lo que deseaban, enseñándome con este ejemplo lo que yo debo hacer cuando se me esconde Dios y me hallo en tinieblas y tentaciones, porque en tales casos no he de desconfiar, sino poner los medios que pudiere para buscar y hallar á Dios acudiendo á sus ministros.

¡Oh Dios eterno! Dame la fe constante de los Santos Reyes para que te busque como ellos te buscaron, acudiendo con humildad á tomar los medios humanos cuando me falten los divinos.

Punto II

Los Magos en Jerusalén.

Medita las grandes virtudes que resplandecieron en la pregunta que hicieron los Magos luego que hubieron entrado en Jerusalén: *¿Dónde está el que es nacido Rey de los judíos?*

Resplandeció en esto una fe insigne creyendo lo que no habían visto, confesando á Jesucristo Rey y Mesías prometido, y gran fortaleza porque, aunque advertían el peligro de

ser muertos por Herodes, al que habían de disgustar preguntando en su corte por otro Rey, no entraron á escondidas ni preguntaron con reserva, sino públicamente y en su mismo palacio.

¡Oh heroica confianza en Dios y animosa fortaleza inspirada por el mismo Niño recién nacido, que así confiesa á Jesucristo Rey delante de sus enemigos y á pesar de todos los peligros! Aprendamos de los reyes á tener fe viva en Dios y á confesar á Cristo delante de los grandes y los pequeños, de los fieles y de los incrédulos. Compara su conducta con la tuya, tibia é imperfecta, y avergüénzate y pide perdón al divino Niño Jesús.

Herodes consultó á los sabios, y éstos le dijeron que el Rey por quien preguntaban los Magos había de nacer en Belén, conforme al vaticinio de Miqueas, y así lo comunicó á sus huéspedes, encargándoles que buscasen al Niño y que, en hallándole, le avisasen; en lo que se ve que Dios se sirve de los malos para favorecer los intentos de los buenos, y también que por medio de sus ministros, aunque sean tan perversos como los sacerdotes y doctores consultados por Herodes, descubre la verdad de la divina Escritura á los que desean saberla para su provecho.

Finalmente, me han de atemorizar los secretos juicios de Dios, porque viniendo los gentiles de tierras tan distantes á buscar á Cristo, los judíos que tantos años le habían esperado, con estar tan cerca no se movieron á buscarle, y aunque avisaron á los Magos dónde le hallarían no tomaron el aviso para sí ni se aprovecharon de lo que tan perfectamente sabían.

Entra dentro de ti y mira que tal vez hace ya mucho tiempo que te está Dios llamando con inspiraciones secretas, con movimientos interiores, con la voz del Predicador de Jesucristo, con los avisos y consejos de los confesores, con la lectura de los buenos libros, y con los ejemplos de virtud de los fervorosos. ¡Cuántas estrellas han aparecido á tu vista! Porque estrellas y luces son, y divinas, cuantas gracias é inspiraciones desoyes y desprecias. Cuánto tiempo te está Dios llamando de las tinieblas á la claridad, del pecado á la gracia, del estado de tibieza á una vida más perfecta, y, sin embargo, cierras los ojos á todas estas luces y dilatas de un día para otro tu conversión. ¿Así obedeces á Dios? ¿Qué hubiera sido de los Santos Reyes si, como tú, se hubiesen dejado arrastrar de la pereza? Pero superan todas las dificultades abandonándose á la Providencia, siguiendo la gracia de Dios, que los llama.

¿Por qué no haces tú lo mismo? ¿Por qué dilatas tu conversión de un día para otro? ¿Temes dejar tus gustos, no te puedes desprender de tu amor propio; te asusta la dificultad de la resolución, y amas el descanso y la vida cómoda? ¿Crees vivir en paz mientras estés en guerra con Dios? Pues considera que los Reyes sólo hallaron á Jesús abandonándolo todo.

Punto III

Los Magos en Belén.

Considérese cómo los Reyes, en cuanto supieron lo que deseaban, se salieron de la cor-

te del rey Herodes, huyendo del bullicio que allí había, y enseñándonos que para buscar á Dios debemos huir del bullicio del mundo; y tornaron á descubrir la estrella, y ya no la perdieron de vista más, guiándolos hasta el portal de Belén; porque la luz y gracia de Dios sólo alumbra en el retiro y lejos de los ruidos del mundo y de la corte.

Considérese lo que admiró á los Magos ver parar la estrella sobre un lugar tan pobre y vil como aquel establo; pero, ilustrados con la luz interior, reconocieron que la grandeza del Rey que venían buscando no se mostraba en pompa mundana, sino en el desprecio de ella. Pondérese también que *hallaron á Jesús con su Madre,* como sucedió á los pastores, porque no se halla á Jesús sin su Madre, ni á la Santísima Virgen sin su Hijo Jesús, andando los dos tan unidos, que he de señalarme en el amor y servicio de ambos, para que el amor del uno me confirme y perfeccione en el amor del otro.

En el punto que los Magos vieron á Jesús, salió del divino rostro un rayo de luz celestial que les descubrió cómo era Dios y hombre, Mesías y Salvador, y, postrándose en tierra, le adoraron y ofrecieron oro, incienso y mirra.

Considera el gozo interior que inundó el alma de estos santos varones, porque si la vista de la estrella material les causó tan grande gozo, ¿cuál les causaría la vista de Jesús, estrella de la mañana y Señor de todos los cielos? Participa, alma mía, del gozo de los Santos Reyes, y pide á Jesucristo, gloria del Padre y Estrella de la mañana de la eternidad,

que te ilustre con su luz, te alegre con su vista y divino resplandor, y llene tu alma de los bienes de su celestial influencia.

Medita, por último, que los Santos Reyes, con prostenarse, significaron la suma reverencia, exterior é interior, que tenían á Jesús; porque como el cuerpo se humilló todo lo que pudo, hasta postrarse y coserse con la tierra, así el alma se humilló delante de este Rey, reconociéndose en su presencia como polvo y nada. Y con adorarle, reconocieron con viva fe que aquel Niño era su verdadero Dios y Criador, que había nacido para remedio de todo el mundo, porque no le adoraron como á los reyes de la tierra, sino con la suprema adoración que se da á sólo Dios, reconociendo con viva fe que aquel Niño era su verdadero Dios y Criador: con esta fe vivísima le hablarían y le darían infinitas gracias por haberlos llamado á que le conociesen, y allí se ofrecieron por siervos suyos, cumpliéndose lo de David: *Le adorarán los Reyes de la tierra y le servirán todas las gentes.*

Coloquio.—¡Oh Rey de los reyes y Señor de señores! Gózome de veros tan reverenciado y adorado de los reyes y sabios de la tierra. ¡Oh, si todos los demás os reverenciasen y adorasen como ellos! Haced, Señor, que se cumpla luego lo que dijisteis por los profetas, que todos hincarían la rodilla delante de Vos: vengan, vengan todas las gentes que hicisteis, y, postradas, os adoren y glorifiquen vuestro santo nombre. Amén.

Propósitos.—Saca de esta meditación ánimo y fortaleza para corresponder á la inspiración de la gracia y seguir la luz de las divinas inspiraciones, cueste lo que cueste, hasta hallar á Jesús, lejos del mundo y en la humildad de la cueva de Belén.

7 DE ENERO

Los Magos en Belén.

Preludios.—Considera á los santos Reyes ofreciendo al Niño ricos presentes, y recibiendo de El aumentos de fe, de esperanza y de caridad; y pide para ti, en cambio de tus dones espirituales, todo cuanto necesites para enfervorizarte en el camino de la virtud.

Punto I

¿Qué hacen los Magos en Belén?

Contempla á los santos Reyes saliendo de Jerusalén, apenas averiguaron dónde podrían encontrar al Mesías. En aquel mismo momento reapareció la estrella, que no se contentó entonces con enviarles sus resplandores como en Oriente, sino que marchaba delante de ellos para mostrarles el camino. La alegría que experimentaron ante este nuevo beneficio del Señor, es inexplicable, y un gozo verdaderamente divino y celestial inundó sus corazones. ¡Oh Dios mío, y cómo os bendijeron los santos Reyes por el cuidado con que asistís á vuestros elegidos! porque Vos, Señor, no herís sino para curar, ni afligís más que para consolar á vuestros siervos y amigos.

Llegaron los Magos á Belén. Allí la estrella se detiene y desciende sobre el lugar en que estaba el Rey á quien buscaban. Y ¿qué era aquel lugar? Un establo en que no podían recogerse las bestias... ¡Qué prodigio de fe y de constancia! ¿Sería aquel sucio establo la morada del Rey de los reyes? Los Magos lo creyeron sin vacilar, con perfectísima fe. Grande fué realmente esa fe cuando les de-

terminó á emprender tal viaje; mayor aún y más firme cuando desapareció la estrella que les guiaba y cuando, entrando en Jerusalén, esperaron contra toda esperanza. Pero mayor y más heroica fué cuando llegaron á Belén, y, entrando en la humildísima cueva, conocieron por luz interior que aquel niño era Dios, Rey y Salvador del mundo, y que en El se encerraban todos los tesoros de la divinidad. La pobreza de lugar tan indigno del Hijo de Dios, no les da en rostro ni les hace retroceder. Los pañales que le envuelven, la cuna donde reposa, la debilidad de la infancia á que está reducido no les hace vacilar. La fe les descubre las grandezas de aquel nuevo Rey y la índole de su reinado, y esto basta para que, cayendo de rodillas, le ofrezcan dones y le adoren como á su Dios, su Rey y Salvador, sin escandalizarse del establo ni de los pañales.

¡Cuán penetrantes son los ojos puros de la fe humilde y sencilla! Ella descubre hoy al Dios de toda majestad, bajo la pequeñez de un niño; mañana le reconocerá como Redentor entre las ignominias de la cruz. ¡Oh Jesús mío! Concededme un rayo de esta luz soberana cuantas veces me acerque á adoraros y á recibiros en la Eucaristía. A los humildes y pequeñuelos reveláis vuestros secretos; pues bien, yo quiero abatirme y confundirme ante Vos como los Magos. Descubridme, como á ellos, el tesoro infinito de vuestras divinas perfecciones y el mundo será para mí nada, porque Vos lo seréis para mí todo.

Humíllate ante el acatamiento del Señor, y mira despacio si es la soberbia, el amor al re-

galo, la sensualidad, la disipación lo que te impide entrar con verdadero espíritu de fe y de tierna y dulce devoción en la santa gruta de Belén y el hallar allí á Jesús con su Madre santísima.

PUNTO II

¿Qué ofrecieron los Magos al Niño de Belén?

Considera que sus presentes tienen doble significación: una se refiere á la idea que se han formado los Santos Reyes de Aquel á quien los ofrecen; la otra se relaciona con sus particulares disposiciones. El oro es un tributo voluntario por el que reconocen á aquel Niño como su Rey y soberano; el incienso un homenaje tributado á su divinidad; por la mirra, que servía para embalsamar á los cuerpos, honran su sacratísima humanidad, la que quiere Jesús someter á la muerte para librarnos de la condenación eterna: de este modo dan maravilloso testimonio de ver en él á su Rey, su Dios y su Salvador.

Medita que Jesús es todo esto para nosotros como para ellos. Ofrezcámosle, pues, los mismos presentes, y que Aquel que ve nuestros corazones, vea en ellos lo que vió en los corazones de los Magos. Muéstranos la Escritura á la caridad bajo la imagen del oro purísimo que ha pasado por el crisol [1]: fuerza es comprárselo á Jesús para ofrecérselo al mismo Jesús: *Suadeo tibi emere a me* [2]. Pero ¿cómo comprar el amor? Con el amor mismo. Amando se aprende á amar mejor; y amando al prójimo, se aprende á amar á Dios. Pero acuérdate que el amor se prueba por las

1 Apoc., III, 18. 2 Ibid.

obras y por los sacrificios, y que muchos aman sólo de palabra; pero no con la verdad y con el corazón. El incienso es algo que se consume y que, sólo quemándose, produce delicioso aroma. Anonadémonos delante de Dios, perdiéndonos para nosotros mismos. Renunciarse, olvidarse de sí mismo para inmolarse delante del Señor; he aquí el incienso que El desea. En el lenguaje ordinario de la Iglesia, el incienso es emblema de la oración, y la mirra el de la mortificación. Esta virtud embalsama, hasta cierto punto, nuestras almas, y las preserva de la corrupción del pecado, haciendo de nuestros cuerpos hostias vivas, santas y dignas de ser presentadas á Dios.

¿Vamos así á Belén? ¿Abrimos así nuestros tesoros? ¿Ofrecemos lo que los Magos ofrecieron y como lo ofrecieron? ¿Donde estará la caridad si no se encuentra en los corazones de las almas piadosas? ¿Quién orará con fervor, si ellas lo hacen con negligencia?

¡Oh Jesús mío! Dadme lo que queréis que os ofrezca: un corazón contrito por el recuerdo de mis infidelidades; un corazón abrasado en santos deseos de vivir con Vos en la oración y agradecido á tantos favores de que me habéis colmado, un corazón que se deshaga en continuas acciones de gracias ante Vos.

Punto III

¿Qué reciben los Magos en la cuna de Belén?

Contempla á los santos reyes arrodillados ante la pobre cuna en actitud devotísimamente extática; sus almas están llenas de los más dulces consuelos. Después de haber adorado

al Niño, conversan dulcemente con su Purísima Madre, y le cuentan cuanto les ha ocurrido en el viaje. Ella les va revelando las riquezas ocultas en el interior de su Hijo. El Niño Jesús, mirándolos con bondad, les hace ver cuánto agradece sus homenajes y presentes. Los Magos, por su parte, le contemplan con indecible alegría, tanto con la vista espiritual que interiormente les alumbra, como con la vista corporal, pues era el más hermoso de los hijos de los hombres. Por el oro que le ofrecieron reciben admirable sabiduría que les inicia en el conocimiento de los más elevados misterios de la fe. Por el incienso reciben un don excelente de oración que les une íntimamente á Dios, y, en fin, por la mirra adquieren la divina ciencia de la Cruz, que los prepara al martirio.

Instruídos por un aviso celestial, tórnanse á su tierra por camino diferente del que á Belén les condujo: y publicando por todas partes las maravillas que Dios ha obrado en ellos, conviértense de adoradores de Jesús, en sus apóstoles, para ser luego sus mártires. ¡Qué rápidos progresos en el conocimiento de Dios y en la perfección de su santo amor! He aquí hasta dónde puede conducir una pronta, valerosa y constante fidelidad á la gracia del Señor.

Alma mía, tú has de ir en espíritu á Belén á adorar á tu Salvador, que te está esperando con su santísima Madre. Prepara también tus dones, porque no conviene que te presentes á Dios con las manos vacías. ¿Tienes incienso? ¿Tienes oro? ¿Tienes mirra? Jesús quiere oración, caridad y mortificación. Ofrécele oro

con tus limosnas; incienso con la oración, y mirra con ejercicios de penitencia. Ofrécele tu alma, tu cuerpo y tus bienes, y será el Rey de tu corazón y de tu alma.

Coloquio.—Felicita con fervor á los Magos y ruégales que te alcancen de Dios las disposiciones que tantas gracias les proporcionaron. Y al prepararte hoy para la Misa ó la sagrada Comunión, y en todas tus oraciones, penétrate bien del espíritu de la Iglesia, tan bien expresado en la colecta del presente día. La Iglesia quiere que en esta solemnidad, llamada en Oriente la fiesta de *las santas luces*, pidamos el pleno conocimiento de Dios y de su Verbo encarnado, conocimiento que empieza aquí abajo por la fe y se corona en el cielo por la visión beatífica.

Propósitos.—No negar á nuestro Señor ningún sacrificio que te pida y corresponder inmediatamente á las inspiraciones de la gracia, pues es el único camino para la santidad.

8 DE ENERO

De los presentes que los Magos ofrecieron á Jesús.

Preludios.— Represéntate en el oro, el incienso y la mirra, las virtudes que debes ofrecer al Niño-Dios, y pide al divino Infante que las que tú le ofrezcas sean dignas de Aquel á quien se presentan, y sirvan para tu santificación.

Punto I

El oro, el incienso y la mirra, símbolos de las virtudes cristianas.

Considera cómo los Magos, siguiendo la costumbre oriental de no presentarse ante el Rey sin ofrecerle algún don, después de haber adorado al Niño Jesús, abrieron sus tesoros, y ofrecieron al Rey de ángeles y hombres, oro, incienso y mirra.

Convienen todos en que los dones materia-

les ofrecidos por los Magos, fueron representación de otros más perfectos; no de substancias sensibles, aunque preciosas, sino de afectos de amor y veneración sacados del tesoro de sus piadosísimos corazones. Hay quien dice que el oro simboliza la caridad, el incienso la devoción y la mirra la penitencia y el deseo que tuvieron los Magos, en presencia del divino Niño, de imitarle en sus humillaciones y dolores. Otros ven en los presentes de los Magos los tres votos religiosos: en el oro la pobreza, la pureza en la mirra y la obediencia en el incienso. Y no faltan, por último, quienes creen representado en el oro el don de sabiduría, el de oración en el incienso y el de mortificación en la mirra.

Lo que nos conviene es mirar el tesoro de nuestro corazón, y escudriñar allí cuál es la virtud que deseamos alcanzar, para ofrecérsela á Jesús como presente ó don en la fiesta de la Epifanía. ¿Es la prudencia? ¿Es la castidad? ¿Es el espíritu de penitencia? Pues presentadlas humildemente al divino Niño. ¿No tenéis virtudes que ofrecer? Pues depositad á los pies de Jesús el deseo ardiente de tenerlas, el deseo de santificaros y de serviros y agradarle, de ser suyos en esta vida y en la otra, de convertiros verdaderamente á Dios y de perseverar hasta el fin.

No nos desanime nuestra pobreza. Todos podemos ofrecer al Niño-Dios algo que sea digno de El en cuanto que El lo acepta con reconocimiento y amor. Somos en este punto mucho más ricos de lo que podemos imaginar: todos los momentos son tesoros que Dios ha puesto en nuestras manos, y de los que pode-

mos sacar méritos y riquezas de valor infinito: ofrezcámoslos á Jesús. Pongámoslos á sus pies con la firmísima resolución de emplearlos todos y siempre en su santo servicio, y tengamos la seguridad de que estos dones son al Niño-Dios sumamente agradables.

Postrándote, pues, á los pies del Salvador, ofrécele el oro de la caridad, amándole con todo tu corazón, y por él á tus prójimos, socorriendo sus necesidades con toda liberalidad, y el incienso de la oración, dándole gracias por los beneficios recibidos y haciéndote todo lenguas en alabanza de Dios. Ofrécele la mirra de la mortificación refrenando tus apetitos, macerando tu carne y mortificando tus malos deseos por su amor. Si eres religioso ofrécele estos tres dones en los tres votos esenciales de tu profesión: el oro por el voto de la pobreza, renunciando todas las riquezas por Dios; el incienso por el de la obediencia, ofreciéndote en sacrificio á su divina voluntad, y la mirra por el de la castidad, preservando tu alma y cuerpo de la corrupción del pecado y viviendo en suma pureza, sin dar lugar en tu corazón á pensamiento malo; discurre por los cinco sentidos y por las potencias de tu alma, y ofrece á Dios todas tus acciones, pensamientos, palabras y obras, y pídele gracia para cumplir con tus obligaciones y perseverar hasta el fin en su servicio.

Punto II

El oro, el incienso y la mirra simbolizan las grandezas de Jesús.

Considera que los tres presentes de los Magos son también, en sentir de los santos Pa-

dres, un triple reconocimiento de las principales grandezas de Cristo S. N. Expone San Hilario que, ofreciéndole oro, reconocieron los Magos á Jesús en su dignidad de Rey de cielos y tierra; brindándole con incienso, le acataron como á Dios, y presentándole la mirra confesaron su calidad de hombre verdadero. Y de este modo, con la mirra rindieron homenaje á los dolores y muerte que, como hombre, había de padecer Jesús; con el incienso adoraron el misterio de su resurrección gloriosa, que fué obra exclusiva de su divinidad, y con el oro se sometieron al Juez soberano que ha de juzgar á todos los hombres en el día del juicio final.

San Máximo enseña que el oro significa la redención del mundo, el incienso la religión cristiana y la mirra la resurrección de los muertos. San León, San Jerónimo y otros muchos Padres, dicen que el oro representa la dignidad real, el incienso la divinidad y la mirra la humanidad pasible. Finalmente, es común sentir que en el oro se simboliza la realeza de Jesús, en el incienso su pontificado sumo, y en la mirra su muerte y sepultura.

Todas estas consideraciones deben movernos á honrar y reverenciar á Jesús en sus incomparables grandezas, excitarnos á que le adoremos como á nuestro Dios, le sirvamos como á nuestro Rey y le amemos ardientemente como al Sumo Sacerdote que se inmoló por nosotros sobre el árbol de la cruz, y se inmola diariamente en el sacrificio incruento del altar.

Imitemos también á los Magos en los sentimientos de humildad, de amor, de reconoci-

miento y de respeto con que ofrecieron sus presentes; en las dulcísimas lágrimas de ternura y de santa alegría que derramaron en presencia del divino Niño; en el celo por la gloria de Jesús, que los animaba, enardecía y llenaba sus corazones de profundo ardor para servirle y morir por El, si fuere preciso; de extender su nombre por toda la tierra, y de ver pronto cumplida la profecía de David. «Su imperio se dilatará de mar á mar, hasta las extremidades del mundo: le adorarán todos los reyes y le estarán sujetas todas las naciones».

Alégrate, alma mía, de que sea tu Dios un Niño Jesús tan pequeñito y tan humilde; aprende de El la humildad, que te hará semejante á Dios, y ve cómo en ella está la verdadera y sólida gloria, pues fué preciso que el Verbo de Dios se hiciera carne y habitase entre nosotros, para que viésemos su gloria, como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad [1]; porque en la cueva de Belén, y á los pies del Niño, está toda gracia y toda verdad, y lejos de El sólo la desdicha y el error.

Punto III

Cómo el Niño Jesús agradece y corresponde á los dones que se le ofrecen.

Considera cómo el Niño Dios, sentado sobre el regazo de su santísima Madre, miraba los dones y el corazón de los Magos, y depositaba sobre ellos miradas amorosas que atestiguaban su agradecimiento. No se puede dudar de que al mismo tiempo que los Magos le ofrecían

1 Joann

sus presentes, Jesús les regalaba otros mucho más preciosos, porque no conviene á la bondad y magnificencia del Criador dejarse vencer en generosidad por las criaturas.

Así que, por el oro que presentaron los Magos, les dió Jesús un don admirable de sabiduría para comprender los más elevados misterios de la religión y poder enseñarlos á los demás; por el incienso les otorgó un don excelente de piedad que les hizo despreciar todas las grandezas terrenales para dedicarse enteramente al servicio de Dios; por la mirra les infundió el espíritu sublime de la cruz, que los llevó á la mortificación perseverante, seguida de la corona del martirio, que, según la tradición, alcanzaron al fin de su vida.

Y es de creer que la santísima Virgen, dándoles á besar á su divino Hijo, fué como el canal sagrado por donde recibieron ellos en sus corazones torrentes de delicias y consuelos celestiales, salidos de aquella fuente viva que tenía ella en sus brazos.

Aprende de los santos Reyes á ser liberal y generoso con Dios; nada le niegues de lo que te pida, ningún sacrificio interior ó exterior que reclame de ti, que si lo mereces te dará gracia abundantísima para que dentro de la la cruz, y en el monte de la mirra, encuentres tales deleites de dulzuras que valgan más que todos los placeres de la tierra.

Coloquio.—¡Oh Jesús, que tanto agradeces los dones de las criaturas cuando te son ofrecidos con fina voluntad y deseo de agradarte; yo te ruego que aceptes mis humildísimos presentes y que me concedas tu gracia para que, aumentándose el tesoro de mis virtudes, pueda ofrecerte más dignos dones!

Propósitos.—Saca de esta meditación un deseo ardiente de ofrecer al Niño Jesús mayor fervor, más puntualidad en tus ejercicios de oración y más amor á la mortificación de la carne.

9 DE ENERO

Los santos Magos modelo de fidelidad á la gracia.

Preludios.—Imagínate ver á los santos Reyes siguiendo con maravillosa prontitud la estrella que les guía, y pide al Señor no hacerte nunca sordo á los llamamientos de la gracia, sino ser siempre pronto y diligente.

PUNTO I

Los santos Reyes correspondieron generosamente á la inspiración de la gracia.

Considera que si nada podemos en el gran negocio de la salvación sin la gracia de Dios, con ella lo podemos todo. La fidelidad ó la infidelidad á la gracia es lo que decide de nuestra dicha eterna ó de nuestra eterna condenación. O rehusa, ó difiere el seguir, ó se cansa el cristiano de corresponder á la gracia de Dios, y con estas tres palabras queda explicada la pérdida de tantas almas, á pesar de la muchedumbre y eficacia de los medios que Dios nos concede para salvarnos. Ahora bien: ¿qué hicieron los Magos y en qué deben servirnos de modelo?

En primer lugar siguen la luz y el movimiento de la gracia. La estrella, es la inspiración en los corazones; San León la llama símbolo de la gracia. ¡Cuántos vieron la luz en el Oriente y se contentaron con admirar su resplandor, sin trabajar para descubrir lo que significaba! ¡Cuántos comprendieron en vano

la enseñanza que les daba! Sólo los Magos corresponden á la gracia ofrecida por Dios á todos. Dios los llamó á la cuna de su Hijo y le obedecieron, no obstante los sacrificios que aquella obediencia significaba. Sacrificio de su reposo; ¡qué de trabajos vislumbran en tan rudo viaje! Sacrificio de sus más íntimas afecciones; patria, familia, amigos... Sacrificio de su fama; pasan por sabios y su conducta es tratada de locura, y todos los que los conocen se preguntan cómo hombres de juicio pueden dejarlo todo para ir, fiados en la luz de una estrella, á tributar homenajes á un niño que dicen rey de los judíos, y que acaba de nacer. Los santos Reyes, no escuchando más que la voz de Dios, desprecian los consejos de la humana prudencia y las murmuraciones de la carne y de la sangre, y siguen generosamente la luz de la gracia.

Así obran estos santos, novicios aún en la fe. ¡Qué lección para muchos de aquellos que hacen profesión de vida cristiana y espiritual, y aun de seguir la perfección de la vida religiosa!

Al resplandor de una estrella los santos Reyes salen de su patria, cuésteles lo que les cueste, y van á buscar á Dios, á darse á Dios, á unirse con Dios. Y nosotros, iluminados por mil luces del Señor, no nos movemos de nuestra tibieza. De ese modo procedieron los sacerdotes judíos que instruyeron á Herodes y á los Magos. Como ellos, sabemos dónde hay que buscar á Dios, pero no vamos; enseñamos, quizá, á las gentes el camino de la verdad, pero no queremos andar por él. Nos parecemos á los obreros que trabajaron en el arca

donde Noé se salvó del diluvio, y perecieron con todo el linaje humano porque no entraron en aquella arca. Como ellos podemos decir: *Vidimus stellam*, ¿pero podemos añadir como ellos: *Et venimus?* En aquellos momentos de meditación en que la fe llena nuestra alma de vivos resplandores, vemos con espanto el abismo á que nos arrastra la tibieza; *vidimus*. ¿Pero hacemos el esfuerzo necesario para salir de una situación tan funesta y poder decir *et venimus?* Hemos comprendido la vanidad de las cosas del mundo, ¿pero nos hemos desasido de ellas? Al finalizar el día hemos examinado el fondo de nuestra conciencia y hemos reconocido las faltas que la disipación nos ha hecho cometer; ¿pero hemos estado al día siguiente más recogidos? ¿Adónde vamos y qué pensamos de la pérdida de tantos beneficios divinos? ¿de tantas gracias no correspondidas?

Entra dentro de ti y mira si cuando ves en tu alma la luz de Dios, la gracia de la fe, de tu vocación, de tu estado que te llama á más virtud, á más perfección, á seguir más de cerca á Cristo S. N., dices en seguida: *Hoc signum magni Regis est, surgamus;* ó dejas que los perfectos busquen como los Reyes á Dios, mientras tú en todo te buscas á ti mismo.

Punto II

Los Magos siguen prontamente la luz de la gracia.

Considera en segundo lugar, que apenas vieron la estrella y oyeron la voz interior, se apresuran á obedecer: *vidimus, vimos;* es la gracia que ilumina al corazón; ***venimus*, hemos**

venido, es la correspondencia á dicha gracia. Ninguna distancia entre descubrir la verdad y entregarse á ella, entre conocer el deber y cumplirlo. En un momento pasan del convencimiento al deseo, del deseo á la resolución y de la resolución á la práctica. En esto precisamente, dice santo Tomás, es en lo que consiste la verdadera devoción. ¡Cuánta prudencia se encierra en esta prontitud, y cuántos peligros en la lentitud de la tibieza! Si los Magos hubiesen retardado su partida algunos días tan sólo, ¿habrían llegado á tiempo de ver al divino Niño? Es más que probable que al llegar á Belén se encontraran con que ya no estaba allí, y que se ignoraba el lugar de su retiro. Si Zaqueo no se hubiera apresurado á bajar del árbol, obedeciendo la voz que le decía: *Date prisa á bajar*, ¿habría tenido la dicha de ejercer la hospitalidad en favor del divino Maestro, y de escuchar estas hermosas palabras: *Hodie salus domui huic facta est?*

Cuando Dios habla, la más pequeña indecisión es una infidelidad, y la menor tardanza una pérdida irreparable. Por el respeto que debemos á Dios, por nuestro propio interés, por no hacernos indignos de mayores gracias, debíamos siempre estar prontos á oir la voz del Espíritu Santo que nos llama. La gracia tiene su tiempo y oportunidad: *tempus stellae,* y tardar en obedecerla es exponerse á no obedecerla jamás. Porque, una vez perdida la ocasión, ¿podrá encontrársela después? ¿Acaso ¡oh Dios mío! estáis obligado á esperar hasta que yo me digne recibir los dones de vuestro amor? Quien no cede á vuestra gracia sino lo más tarde posible, manifiesta cla-

ramente que cede á la fuerza, y su obediencia resulta indigna de Vos. Una obediencia tal, ¿puede seros agradable? Dadme ¡oh Dios y Señor mío! tiempo para bendecir vuestra paciencia y para llorar mis criminales é imprudentes tardanzas.

Saca de aquí lo peligroso que es no oir en seguida los llamamientos de Dios, lo terrible que es jugar con su gracia, de la que no disponemos sino cuando El quiere, y que desoir la voz de Dios es el principio del endurecimiento del corazón, y de quedar, como tantísimas almas, en las tinieblas del pecado.

Punto III

Los Magos siguen con perseverancia la luz de la gracia.

Considera que así como nada impidió á los santos Reyes formar un propósito agradable á Dios, del mismo modo nada los desalentó una vez que comenzaron á cumplirlo. ¡Cuántos obstáculos, sin embargo, y cuántas contradicciones les salieron al paso, capaces todas ellas de estorbar y poner trabas á su fe y á su generosidad para con Dios! Cualquiera de ellas bastaría para quebrantar una resolución menos firme. Habían andado una gran parte del camino y se hallaban ya en la Judea, cerca de Jerusalén, cuando la estrella desapareció de repente, dejándoles, para probar su fe, sin guía en tierra extraña y expuestos á grandes peligros. ¿Piensan entonces en volverse á su patria? Ni por un momento. Continúan su peregrinación, no confiados en lo que ven, sino en lo que han visto, fortale-

ciéndose con esta reflexión: ¿Acaso puede haber mudanzas en la verdad? Si en medio de Jerusalén encuentran un pueblo indiferente que no se cuida del Rey y Salvador que acaba de nacer; si los mismos doctores y sacerdotes les manifiestan con gran frialdad que Belén es el lugar de su nacimiento, pero no van con ellos para adorarle; si Herodes se contenta con enviarlos á buscar al Rey recién nacido, todo ello los admira y los aflige extraordinariamente, pero no los desalienta.

¡Ah! Si nosotros fuéramos á Dios con un corazón tan puro y una esperanza tan firme, es seguro que le encontraríamos en la oración. Busquémoslo así, y, ciertamente, nuestra alma vivirá la vida de los justos. En los comienzos de la vida espiritual Dios acostumbra á atraernos á sí por medio de gracias sensibles y consuelos abundantes, y entonces nos creemos seguros y libres de todo peligro y tentación. Pero luego vienen las pruebas. Dios se nos oculta ó nos priva de la dulzura de sus regalos. ¿Lo amamos entonces nosotros menos, ó somos menos amados por El? No; pero la naturaleza se resiente y el amor propio queda crucificado. ¿Qué hacer entonces? Caminar entre las dificultades y las tinieblas, poniendo en Dios toda nuestra confianza. Si los intereses de su gloria y de nuestra santificación lo exigen, ya volverán aquellas gracias y consuelos, la estrella reaparecerá, y nuestro júbilo, al verla, será tanto mayor cuanto hayamos sufrido su privación con más paciencia.

Lo que importa es no cansarse del bien y de la virtud; no sentarse, como los perezosos, en

medio del camino; perseverar en nuestros buenos propósitos, lo mismo en la prosperidad y consolación que en la adversidad y los desconsuelos; estar con Jesucristo lo mismo en el Tabor que en el Calvario, porque empezar es de muchos y acabar es de pocos; pero no el que empieza la carrera, sino el que llega á la meta, ese será coronado.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Sostened mi constancia. El deseo del bien, y aun la resolución para buscarlo, no me falta. Pero ¡cuán poco es necesario para desviarme de mis buenos propósitos y triunfar de mi valor! Un leve obstáculo, una privación de los goces sensibles basta para ello, y ceso de caminar en vuestro seguimiento apenas dejáis de atraerme con la dulzura de vuestros consuelos. Apiadaos de mi debilidad, y ya que me inspiráis el deseo de seros fiel, sed Vos mismo la garantía de mi fidelidad. No, Dios mío; yo no quiero ni resistir, ni retardar, ni cansarme de obedecer á vuestra gracia. Mi anhelo consiste en caminar por la senda de vuestros santos mandamientos, en la que únicamente se encuentra la verdadera vida.

Propósitos.—Estar siempre prestos á cumplir la divina voluntad, apenas la estrella de la fe ó de la inspiración nos la haga conocer, sin retardar un sólo momento la justa obediencia de que depende nuestra santificación y aprovechamiento espiritual.

10 DE ENERO

De nuestra fidelidad en corresponder á las inspiraciones de la gracia, á ejemplo de los Santos Reyes.

Preludios.—Ve dentro de tu alma una luz que te guía por el sendero del bien; oye en tu corazón golpes continuos de divinos llamamientos, y pide al Señor no hacerte nunca sordo á tantas inspiraciones como El te envía, sino pronto y diligente para corresponder á ellas.

Punto I

Necesidad que tenemos de ser fieles á las divinas inspiraciones.

Considera que es dogma de fe que el hombre no puede hacer, ni pensar, ni decir nada, ni aun pronunciar el nombre de Jesús de un modo meritorio de vida eterna, si no es ayudado y movido por la divina gracia.

Quedó nuestra naturaleza en lo moral tan contaminada por el pecado, que de suyo no tiene otra cosa sino mentira y maldad. Quedó ciega con la ignorancia, torcida con las malas inclinaciones; quedó tan tarda y tan torpe para obrar bien, que no puede dar paso en la virtud. Quedó, por ultimo, toda enferma y corrompida hasta las entrañas y el corazon: ¿puede darse mayor necesidad que esta? Porque un hombre ciego, sin manos y sin pies, y enfermo, ¿cómo se podrá valer por sí? ¿Y qué tiene tal hombre de suyo sino miseria y desdicha, y muerte? De la misma manera nuestra naturaleza no tiene de suyo obra alguna meritoria, sino sólo pecado y miseria, y muerte eterna; ¿qué tiene, pues, por qué presumir ni por qué confiar de sí? La gracia de Dios solamente la puede ayudar; pero el hombre desmerece esa misma gracia por sus pecados.

Deduce, pues, de esta miseria tuya tu imposibilidad para todo lo bueno: luego gracia de Cristo es que tengas un pensamiento de salud, y un afecto piadoso, y hagas una obra virtuosa. Si no, dime: ¿estuvo, acaso, en tu mano que tuvieses fe? ¿Qué hiciste tú, antes que tuvieses sér, porque nacieras donde habías de conocer

á Dios? Y una vez nacido entre cristianos, ¿quién te deparó padres que te criasen en temor de Dios, y maestros que te enseñasen el camino del cielo, y compañeros que te alentasen para el bien? Tú no pudiste prevenir todo esto, porque esta disposición con que has venido al conocimiento que tienes, depende de tantas cosas, que sólo Dios lo pudo así gobernar.

Ni las ocasiones que á ello dieron principio, ni las inspiraciones que interiormente te movieron al bien pudieron tener otra causa más que Dios, porque todo acto sobrenatural excede á todas las fuerzas naturales; pues si ni aun la naturaleza humana, sana y entera, pudiera por sí cosas semejantes, estando tan inficionada, enferma y flaca, ¿como podrá nada de esto?

No puede, é imposibilitada está por sí de otra cosa sino de obrar mentira y pecado. Lo demás es de Dios: Dios empieza nuestro bien, con Dios cooperamos á él, y sin Dios no lo podemos acabar. ¿Qué puedes presumir de ti, pues no tienes nada bueno de ti? Tu hacienda y cosecha es mentira, engaño y pecado; la verdad, la virtud, de Dios es, en Dios tuvo principio, y la perdición de ti tan solamente. El buen pensamiento que tuviste, cuando menos pensabas, y fué origen de tu bien, ¿fué, por ventura, traza tuya? ¿Fuiste tú el que dispusiste tener en tal ó cual ocasión un sentimiento que te alentara á la virtud? No, por cierto, que nunca pensaste tal cosa, ni la pensarás. Dios lo previno todo y ordenó la ocasión que te había de ser causa de él, y quitó los impedimentos que te le habían de estorbar.

Pues ¿de qué te ensoberbeces? ¿Qué tienes que no recibiste? Si lo recibiste todo de Dios, ¿cómo te atreves á gloriarte?

Por consiguiente nada bueno es tuyo, ni en el orden sobrenatural ni en el natural. La vida como la fe, que es la luz y la vida del espíritu; los bienes del cuerpo como los del alma; todo lo que incita, mueve é impulsa á la virtud; los movimientos de la gracia, las santas inspiraciones, todo, todo es de Dios, que te lo concede por la sangre de Cristo para tu salvación; tú nada mereces, y de todo ello necesitas, si has de seguir por el camino del cielo.

Confúndete y humíllate en la presencia de Dios de verte tan vil y tan ruin criatura, y no te hagas indigno de que el Señor te niegue ó acorte sus divinas inspiraciones por la resistencia que á ellas opongas con tu dureza é insensibilidad de corazón, y sobre todo con la soberbia, que es el pecado que más da en rostro á Dios N. S. tratándose de pobres mendigos, que eso eres en el orden sobrenatural.

Punto II

Valor de esas divinas inspiraciones, que tanto y tan fácilmente despreciamos.

Considera que no sólo nuestra extrema necesidad hace preciosas las inspiraciones divinas y santos pensamientos con que obramos bien, sino lo mucho que costaron al Hijo de Dios. Cosa extraña es y dignísima de que reparemos en ello, que un desengaño ó buen pensamiento, ó un remordimiento de la conciencia, ó un buen deseo ó afecto interior sea cosa tan grande, que fué menester, para que

se nos diese, que encarnase el Hijo de Dios; el cual, padeciendo, derramando su sangre y muriendo, nos lo mereció; y con menos que con precio infinito no se nos diera. ¿A quién no admira esto? ¿Y quién no mira qué es lo que desprecia cuando no oye una santa inspiración? Es cosa esta tan grande, que aunque todo el género humano despedazase sus carnes á puras penitencias, y todos los ángeles encarnasen, y padeciese cada uno mil muertes de cruz y las mismas penas del infierno, no bastaría todo, para que se te diese un santo pensamiento, después que el pecado nos hizo indignos de la gracia. Y aunque diesen todos los emperadores y reyes de la tierra sus tesoros, y entregasen todo el oro y plata de este mundo, no sería bastante precio para comprar una mínima inspiración del Espíritu Santo.

Mira si es poco lo que cada día desprecias. Sólo una persona divina pudo hacerte esta merced, encarnando, humillándose, anonadándose, sudando, trabajando, padeciendo, dando la vida porque te diesen un átomo de gracia de Dios, la más ligera inspiración del cielo. No costó menos que esto un desengaño que te dan, ó conocimiento de tu bien. Cualquiera inspiración, teñida va con sangre del Hijo de Dios; mira lo que desprecias: desprecias el principio de tu bien, y el amor y pasión de tu Redentor. No hay santo pensamiento que desechas, en que no desperdicies las riquezas de la misericordia divina, que compró el Hijo de Dios con su Pasión y Muerte. Ni creas ser estas exageraciones místicas; son verdades clarísimas de nuestra fe y de la doctrina de los Santos Padres.

Por eso Dios N. S. se muestra tan enojado con los que desprecian sus inspiraciones. Y es para estremecernos lo que dice el Apóstol que pasó con aquellos filósofos que fueron ilustrados para conocer á Dios, y no quisieron aprovecharse de este conocimiento; porque, por no oir la voz de Dios N. S., los entregó Dios á las concupiscencias de su corazón, á toda inmundicia, quedando llenos de toda maldad.

En el Evangelio, aquel que no ganó con el talento recibido, fué condenado. Este talento significa el auxilio divino y santas inspiraciones, pues porque no trabajó para lucrar con él, poniéndole por obra, fué severamente castigado. A las vírgenes locas dieron en los ojos con las puertas del cielo, porque á las lámparas, que son las ilustraciones divinas, no echaron aceite, que es el ejercicio de las buenas obras. No nos descuidemos de cultivar y aumentar la gracia con buenas obras, y no las difiramos para cuando no se nos dará tanta abundancia de ella y tal vez se nos cierre el cielo. Estimemos, pues, mucho estas santas inspiraciones que Dios estima tanto, y apreciemos la gracia que nos quita la indignidad que teníamos para recibirlas, y nos trae tantos hábitos sobrenaturales de las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, con que nos disponemos para cooperar con Dios á sus ilustraciones sobrenaturales, que ya por el estado de gracia y por su dignidad, se nos hacen proporcionadas.

Disponte á aprovecharte de tanta misericordia y corresponder á tan soberanos favores, pidiendo al Señor perdón del poco aprecio que has hecho hasta ahora de tanta gracia,

de tantos medios de santificación y de vida como el Señor te ha comunicado sin merecerlo.

Punto III

De la prontitud en corresponder á las inspiraciones de la gracia, á imitación de los Santos Reyes.

Considera cómo has de corresponder á las santas inspiraciones y buenos pensamientos que Dios, por su misericordia, te comunicare, porque al paso de nuestra necesidad ha de ser su buen uso. No hay quien mejor se aproveche de la misericordia que el más miserable. No hay quien mejor se aproveche de la limosna que el más necesitado. Suma es nuestra necesidad, logremos la gracia, no difiramos darle entrada en nuestro corazón. Un pobre hambriento, si recibe un pedazo de pan, no lo guarda para otro día, luego lo devora; no dilates tú el cumplir el buen propósito que te ha inspirado Dios. No hay para qué aguardar á mañana; hoy puedes lograrlo. Guarda no se pase la ocasión, no la arrojes de ti. ¿Qué hombre habría que, estando desnudo y necesitado de un vestido, y dándosele de limosna, le hiciese pedazos; ó estando muriendo de hambre, dándole de comer, no lo quisiese, sino echase su comida á los perros; ó estando enfermo, dándole la medicina con que había de sanar, la derramase? Esto hace quien no responde luego á las inspiraciones divinas.

Desnudo estás, necesitado estás, enfermo estás; ¿por qué no logras tu remedio, que está en poner por obra los buenos pensamientos que Dios te da? No puede haber en el mundo

mayor locura ó desesperación. Muerto estás á todo lo bueno; si se te abre la puerta para vivir, ¿por qué la cierras tú? Mira que locura es despreciar los auxilios de Dios y no cooperar á su gracia. Conoce tu necesidad, y abraza su remedio y tiembla de despreciar las inspiraciones y avisos que te da el Espíritu Santo. No desprecies la mano que Dios te alarga para levantarte del abismo de miserias en que estás hundido, porque el hombre que se está ahogando y hundiendo sin remedio en lo profundo del mar, si le echasen una espada se asiría de ella, aunque se cortase las manos, por no perecer. Acuérdate de la presteza con que los Reyes Magos se levantaron para seguir la luz divina que los llamaba á Belén. Pues considera que la inspiración es una estrella que ilumina nuestro entendimiento y nos conduce á Jesús, la voz de Dios que nos habla, que nos instruye, nos exhorta y nos amenaza, es un soplo de su espíritu, un rayo de su sabiduría y una expresión de su amor; es una semilla del paraíso que produce frutos de vida eterna; es un germen de la eternidad, un principio de la salvación, el precio de la sangre de Jesucristo y una gracia que le ha costado la vida.

Cuando desprecias una inspiración, acallas la voz de Dios, ofendes al Espíritu Santo, imitando á Herodes, que hizo morir á San Juan Bautista, que era la voz del Señor; á Saúl, que hizo morir á los sacerdotes, que son los órganos de la verdad, y también á los judíos, que hicieron morir á Jesús y á los Profetas. Cuando resistes á las inspiraciones, resistes al Espíritu Santo: pecas con advertencia, con

obstinación, con malicia; escondes el talento que Dios te concede; abusas de sus dones, y huellas, como se explica San Pablo, la sangre de su divino Hijo; profanas su santísima pasión; ultrajas é irritas al Espíritu Santo; aprisionas, por decirlo así, la verdad; rompes la cadena de aquellas gracias que Dios te tenía preparadas para santificarte más y más, y, en fin, arriesgas tu salvación.

Coloquio.—Dios y Señor mío, ¿cuántas veces he apagado tu voz? ¿Cuántas veces he hecho morir á tu Hijo divino? ¿Cuántas veces he pisado su sangre preciosísima? ¿Cuántas veces he cerrado mi corazón á las luces que me descubrían mis obligaciones á los impulsos que me apartaban del mal y me llevaban al bien? ¡Dios mío! Temo que me prives de los talentos que hasta ahora no he sabido aprovechar, y que la sangre de tu divino Hijo pida venganza de mis impiedades y de mis ingratitudes. Señor, perdona mi insensibilidad y dureza, y no me niegues la abundancia de tus divinas luces é inspiraciones.

Propósitos.—Resuélvete de una vez á oir dentro de tu alma la voz de Dios que te llama á mayor perfección y santidad dentro de tu estado, y mira no desoigas por más tiempo la voz de Dios.

11 DE ENERO

Tres funestas consecuencias de la resistencia á la gracia de Dios personificadas en el rey Herodes.

Preludios.—Mira al rey Herodes turbado y agitadísimo, luchando en su corazón con el llamamiento del Señor; ve en él el estado del alma que resiste á la vocación de Dios y á sus santas inspiraciones, y pide al Niño Jesús gustar de la alegría y paz de las almas generosas, que no se hacen sordas á las divinas inspiraciones.

Punto I

Herodes turbado por su resistencia á la gracia.

Considera cómo el ejemplo de los Magos, ve-

nidos de lejanas tierras para adorar al Mesías recién nacido, cómo la respuesta de los sacerdotes y doctores, que tan claramente explican el lugar del nacimiento del Niño Jesús, producen en Herodes una impresión que podía serle saludable, como que era la voz de la gracia que hablaba á su corazón; pero Herodes rehusa obedecer á esta voz, y de aquí nace el primer efecto de esta resistencia culpable: *Herodes se turbó.* Un niño en la cuna le hace temblar. Pero ¿quién es ese niño? ¿Acaso un rey? ¿Acaso el mismo Dios? Herodes quiere saber á qué atenerse, pero no acierta á salir de dudas. Su turbación le fuerza á ordenar que se hiciesen las más activas pesquisas, pero éstas sólo contribuyen á redoblar sus temores y congojas. Vislumbra la verdad, pero sólo en cuanto la verdad hiere su ambición y las miserables pasiones que lo atormentan.

¡Oh Señor, y cuán terrible sois con vuestros enemigos aun en aquellos momentos en que sobrelleváis su soberbia y su resistencia á vuestras inspiraciones! Ninguna solidez en sus juicios, ninguna paz en su corazón. La fe es para ellos una luz que los ciega; bastante viva para quitarles el sueño que desearían para dormir en las tinieblas del pecado, pero harto débil para disipar las ilusiones y dar á sus almas la paz que sólo puede producir la obediencia á la verdad, que sois Vos.

Si Herodes hubiera seguido á los Magos, al ver reclinado en un pesebre al Niño que tan temible le parecía, habría comprendido que quien venía á ofrecernos el cielo no pensaba en apoderarse de los tronos de la tierra. Así

se habrían calmado las inquietudes de su ambición; pero el ciego Herodes, indócil á la gracia, se rebela contra Dios y sufre inmediatamente el castigo de su rebeldía. Como Caín, después de su fratricidio, tiene miedo. Deduce de esto que la paz sólo ha sido hecha para los hijos de Dios, para los que tienen su voluntad unida á la divina. La gozan ellos y la reparten entre los demás. Si recibiéramos la luz divina con entera sumisión del corazón, nos llenaría de la paz y consuelo que el Espíritu Santo lleva consigo y comunica á las almas en que no halla resistencias ni rebeldías.

Saca de todas estas consideraciones que cuando tu alma se encuentre turbada, cuando se halle bajo el peso de una nube de tristeza, no tienes que preguntar la causa. La causa son tus infidelidades á la gracia; estás mal contigo porque eres infiel á Dios, que es la paz y la dicha del corazón. Ruégale que te perdone, y recobrarás la alegría propia de los que le sirven con amor y constante fidelidad.

Punto II

Herodes cegado por su resistencia á la gracia.

No habiendo querido abrir los ojos á la luz que contrariaba sus pasiones, el Señor se la niega, y permite se endurezca en el pecado y se ciegue hasta su razón natural. Ya nadie reconoce en él al hábil político que se había elevado al trono por la astucia, sus actos son los de un loco frenético que se extravía en negros accesos de furor. ¡Qué inconsecuencia en su desatinada y loca conducta! Si cree que el niño de que le han hablado los Magos es el

Mesías verdadero, ¿cómo puede jactarse de que ahogará en la cuna á Aquel á quien Dios envía para ser el Salvador del mundo? Si no lo cree, si piensa que la estrella vista en Oriente es tan sólo una ilusión de gente loca ó un suceso natural... ¿para qué mancharse con un crimen horrendo é inútil que le hará digno de la execración del universo? ¿A qué una matanza tan insensata como horrenda y atroz?

Y es de notar que ni siquiera toma, para la preparación de sus abominables designios, las precauciones que reclama el sentido común más vulgar. No conoce á los Magos, y fiándose de ellos en un asunto que le parece de importancia excepcional, los deja marchar sin que nadie los acompañe. ¿No es esto llevar la ceguedad hasta más allá de los límites de la demencia? No es, pues, de extrañar que no solamente nada consiga, sino que todas las medidas que ha adoptado se vuelvan contra él. Cae en el lazo que ha tendido á los Magos, pues queriendo engañarlos, resulta engañado. Quería extinguir hasta el nombre de ese nuevo rey de los judíos, y es él quien lo da á conocer. Quería que nadie hablase de él, y precisamente los medios que para ello emplea harán hablar en toda la tierra, y durante todos los siglos, de lo que á toda costa quiere tener oculto. ¡Qué ruido! ¡Qué tumulto! ¡Qué espanto! ¡Qué de gritos confusos, cuando tantas víctimas inocentes son arrancadas por manos impías de los brazos de sus madres, é inmoladas á sus propios ojos! ¿Qué pueblo podrá ignorar la envidia y la crueldad de Herodes, y no admirar el divino poder de Jesucristo?

Así es ¡oh Dios mío! como Vos os burláis de la falsa sabiduría. Así confundís á la prudencia insensata que se atreve á levantarse contra Vos. La única sabiduría, la sola prudencia, consiste en temeros y en apartarse de todo mal, obedeciendo vuestra santa inspiración. Por eso quiero y propongo seguir la luz divina de vuestras inspiraciones, pues sólo ella me hará ver con claridad en los caminos de la vida, y no andar ciego con las falsas luces del mundo, del demonio y de la carne.

Punto III

Herodes endurecido por su resistencia á la gracia.

Siguiendo la luz celestial, los Magos caminaron de virtud en virtud, y llegaron á la unión más íntima con Dios; rechazándola Herodes, se precipitó de abismo en abismo hasta la impenitencia final. La envidia le llevó á los últimos excesos de la violencia. Le dicen que aquel á quien quiere perder es el Redentor de Israel, y prefiere que no haya Salvador á tener un competidor á su trono. Para descubrirle emplea la perfidia y el dolo; finge querer adorarle para inmolarle con más seguridad. Cuando advierte que ha sido engañado por los Magos: *Videns quoniam illusus esset á Magis,* se arranca la máscara que encubre su hipocresía, y, olvidando toda noción de humanidad, no escucha más que el grito horrible de su furor. *Iratus est valde.* Hace degollar á innumerables niños inocentísimos, sin exceptuar á sus propios hijos, y no teme llenar de sangre todo su reino, y aun su propio palacio con tal de afirmar la corona so-

bre su cabeza. ¡Vana esperanza! Aquel á quien quiere matar es el único que se escapa de sus manos, y el desesperado rey, antes de cumplirse el año de su feroz crimen, herido por la ira de Dios, muere lleno de desesperación y de rabia. *Moriréis en vuestro pecado* [1], decía el Salvador á los hombres que cerraban los ojos á la verdad; y, realmente, este es el horrible término á que conduce el abuso de las gracias.

Considera que este abuso criminal de las gracias de Dios, que nos lleva al endurecimiento del corazón y á la impenitencia final, empieza de ordinario por algo que creemos y llamamos cosas pequeñas é insignificantes. Una inclinación desordenada, una pasión dominante que no se reprime bastante y de la que te dejas avasallar, ¡oh, cuánto importa mortificarla á tiempo! Todo se pierde cuando la pasión nos gobierna: el alma que se deja dominar por ella, pronto llega á no detenerse ante ningún miramiento ni respeto, ni de Dios ni de los hombres. Esclavo de sus pasiones, abandonado por Dios, que se retira de él, permitiendo se endurezca en el mal, no tiene en cuenta ni la multitud ni la enormidad de sus pecados, ni se cuida de los espantosos suplicios que serán su castigo. De todo se ríe, aun de aquello que antes le hacía temblar. Armémonos contra nosotros mismos; si la batalla es dura, la gracia de Dios estará con nosotros, y la paz del corazón será su fruto. No temamos al trabajo: algunos días de lucha, luego, muy pronto, vendrá el reposo eterno.

Coloquio.—Ya no quiero haceros esperar, Dios mío, ni abusar más de vuestra paciencia; no quiero

1 Joann., 8-21.

ya resistir á vuestra gracia, ni ser rebelde á vuestras luces; harto tiempo he tenido infructuoso conocimiento de Vos; voy á aprovecharle; harto tiempo estáis llamando á la puerta de mi corazón; quiero hoy abríroslo de par en par.

¿Queréis que deje este pecado en que caigo con tanta frecuencia? Pues le dejaré. ¿Queréis que mude de vida y que renuncie todos los deleites y diversiones del siglo? Los renuncio ya de todo corazón. ¿Queréis que hable á mi enemigo, que le salude y le perdone? Le hablaré, le saludaré, y desde ahora le perdono ya en mi corazón. ¿Queréis que frecuente los sacramentos? Sí, os obedeceré. ¿Queréis que yo ame solamente á Vos? Os amaré y os serviré con fidelidad en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Saca de esta meditación el de romper inmediatamente con aquel lazo, con aquel peligro, con aquella pasión que sabes perfectamente que pone en riesgo la salvación de tu alma.

12 DE ENERO

Del abuso de las gracias.

Preludios.—Ver á Cristo N. S. sentado en su tribunal, pidiéndome cuenta de las gracias que me ha dado, y pedirle que me ayude para aprovecharme de ellas y darle buena cuenta el día del juicio.

Punto I

Terrible cuenta que daremos á Dios de las gracias recibidas.

Considera que es de fe que Dios me pedirá cuenta de todas las gracias que he recibido, porque son talentos que Dios me confía para que me aproveche de ellos; no son gracias sin retorno, sino obligaciones que contraigo con Dios; y esto se entiende de toda suerte de gracias, de cualquier naturaleza que sean. Es también de fe que cuanto más hubiere recibido, más cuenta tendré que dar; porque cada

gracia, por el empleo que estoy obligado á hacer de ella, debe fructificar en mí y dar á Dios algún grado de gloria.

De aquí se sigue que cuanto más me favorece Dios con sus inspiraciones, debo ser más humilde y fervoroso en su servicio; humilde, porque las recibo y debo corresponder á ellas; ¿acaso se puede gloriar alguno de un bien que no tiene de sí mismo y de que debe dar cuenta? Fervoroso, porque precisamente correspondiendo á estas gracias es como puedo pagar á Dios las inmensas deudas que tengo con El, como consecuencia de los infinitos favores que me ha hecho, ya que es evidente que, como cristiano, he recibido de Dios más gracias, más abundantes y más particulares que los otros hombres. Y es también verdad que debo mucho más á Dios que los no cristianos, y que su Majestad espera mucho más de mí.

Temo algunas veces por las personas mundanas á quienes Dios da grandes bienes de fortuna y levanta á grandes honras. ¡Ay de mí! ¡cuánto más debo temblar por mí mismo después de tantos bienes espirituales y de mucho mayor precio que Dios ha puesto en mis manos y de que me pedirá cuenta! ¿Por qué lloró Jesucristo sobre Jerusalén? No fué por los suplicios que iba á padecer, sino por las gracias con que esta nación infiel había sido enriquecida y de que había abusado; esto es lo que le movió á compasión, porque previó cuántas calamidades y desdichas se seguirían al abuso de estas gracias. ¿No he dado yo mayor motivo á su divina Majestad para que vierta lágrimas sobre mí?

Considera después que estás en el tribunal

de Jesucristo. Rinde, alma mía, cuenta á Dios de todos los beneficios que te ha dispensado. ¿Qué provecho has sacado de sus gracias? ¿Puedes alegar que te ha faltado alguna cosa para tu salvación? ¿Podías tener más conocimientos, más luces, más inspiraciones, más avisos secretos, más mociones interiores, más remordimientos de conciencia más instrucciones, correcciones, amenazas y castigos de los que has tenido? ¿De qué te han servido? ¿Dónde has sepultado todos estos talentos? ¿Cuál es el fruto de tantos bienes, ya naturales, ya sobrenaturales, de que has estado enriquecido?

Ay de ti Corozaín; ay de ti Betsaida; si yo hubiera hecho, dice el Señor, en Tiro y en Sidón los milagros que he obrado en medio de vosotras, ya mucho tiempo hubiesen hecho penitencia cubiertas de ceniza y cilicio; y por lo mismo os aviso y os declaro que en el día del juicio Tiro y Sidón no serán tratadas con tanto rigor.

Teme estas amenazas; tiembla á estas maldiciones; haz penitencia de lo pasado; arregla tu vida para lo venidero; aprovéchate de la gracia presente, que puede suceder que después te sorprenda la muerte y ya no recibas otra, ó que sea tan débil que, moralmente hablando, no cooperes á ella.

Punto II

Del abuso de las gracias exteriores.

Considera que hay dos suertes de gracias, unas exteriores y otras interiores. Fuera de los dones naturales, las gracias exteriores son

medios que Dios me ha dado para mi salvación; estos medios no me han faltado jamás, ó por mejor decir, Dios me los ha dado con verdadera prodigalidad: ¿de qué me han servido? ¿De qué me ha servido tanta oración, lección espiritual, tantísimas confesiones, comuniones, instrucciones, exhortaciones, avisos, advertencias caritativas y tantos buenos ejemplos? He abusado de todo, y Dios me dará en rostro con este abuso. He abusado, haciendo inútil todo esto, y acaso haciendo de ello materia de pecados; esto es lo que no puedo llorar bastante delante de Dios.

Sí; Dios me dará en rostro con la inutilidad de tantos medios, tan excelentes y propios para mi perfección. *Córtese,* dice el Señor en el Evangelio, hablando de la higuera infructuosa, *y arránquese. ¿Para qué ha de ocupar la tierra inútilmente?* ¿No soy yo esta higuera, y esta parábola no me da á entender lo que me amenaza si continúo en no aprovecharme de tantos auxilios como tengo, y á pesar de los cuales soy como un árbol estéril que ocupa un lugar que estaría mejor empleado por otra alma?

Mira que estos medios de salvación y de perfección han santificado millones de almas, y tú, después de tantos años, no eres más mortificado, ni más humilde, ni más desasido del mundo ni de ti mismo; estos medios hubieran convertido pueblos enteros de idólatras, y no han corregido en ti, quizá, una sola falta ni has adquirido con ellos virtud alguna.

Y no solamente me dará Dios en rostro con lo inútiles que han sido para mí estos medios tan saludables, sino también con su abuso for-

mal, pues por mi culpa vienen á ser para mí materia de pecado, porque estos medios tan frecuentes y tan á mano no pueden ser indiferentes; desde el instante que los hago inútiles se convierten contra mí, serán mis acusadores y causa de mi mayor castigo. Según esto, ¿qué tesoro de ira he amontonado contra mí? ¿Y no debo temer que me oprima esta espantosa responsabilidad si no pongo cuidado en disminuirla? ¡Ay de mí, que en vez de disminuirla no hago sino aumentarla cada día con mi tibieza y flojedad en el servicio de Dios!

Punto III

Del abuso de las gracias interiores.

Consideraré que además de las gracias exteriores hay otras interiores, que son las que el Espíritu Santo me concede para darme á conocer los caminos de Dios y lo que Dios pide de mí: las luces con que me ha ilustrado, el conocimiento que me da de mis obligaciones, inspiraciones secretas, buenos deseos, remordimientos, y los impulsos con que me impele á mudar de vida y á vivir vida más cristiana. Resistiendo á todas estas gracias, ¿qué he hecho? Según el Apóstol San Pablo, he resistido al mismo Espíritu Santo, que es el espíritu de la gracia; le he ultrajado, he pisado la sangre de Jesucristo, he inutilizado respecto de mí el mérito de su cruz, que es el precio de la más mínima gracia.

Abuso que Dios castiga con la sustracción de las mismas gracias; yo soy negligente en aprovecharme de ellas, y Dios me las quita; yo las desprecio, y su Majestad las retira. ¿No

es en esto Dios N. S., como en todo lo demás, sumamente justo? Castigo sin misericordia, pues esta sustracción de gracias es un mal puro sin mezcla de algún bien. Castigo que puede ser haya ya experimentado, y ojalá no experimente ahora, porque ¡ay! veo que no tengo ya aquellos dulces sentimientos de Dios que tenía otras veces para mí, y que mi conciencia no me da ahora aquellas reprensiones que otras veces me daba. Estoy en visible tibieza, y, no obstante, vivo tranquilo; esta falsa paz es peor que todos los castigos.

Mayor es aquel á que nos expone el abuso de ciertas gracias extraordinarias que producen, en orden á la salvación y santificación del alma, como una especie de crisis, semejante á lo que sucede en el orden de la naturaleza y en las enfermedades del cuerpo; porque hay algunos días particularmente bendecidos de parte de Dios, cuales pueden ser para mí los días de soledad y de retiro.

Abusar de esta suerte de gracias es la cosa más peligrosa y que puede tener las más funestas consecuencias. San Agustín, San Ignacio y otros muchos santos se hubieran perdido si no se hubiesen aprovechado de aquellos instantes á que Dios, por una singular providencia, había vinculado la gracia de su conversión. ¿Cuántos cristianos han caído en los precipicios más lamentables por no haber en ciertas ocasiones correspondido á Dios, que los llamaba y los solicitaba á volver á tomar el camino de la virtud ó perfección que habían abandonado?

Coloquio.—Vos me habláis ahora, Señor, y lo que oigo en lo íntimo de mi corazón, lo que siento

en él, no puede ser sino efecto de vuestra gracia. ¡Dichoso yo, pues no me habéis desamparado después de tantas resistencias, ni cerrado el seno de vuestra misericordia! ¿Me rendiré al fin? ¿O me obstinaré ciegamente en perderme, cuando Vos trabajáis tan caritativa y constantemente en salvarme?

Seáis mil veces bendito, Dios mío, por todos los medios que vuestra providencia me ha dado para adelantar en la virtud y adquirir la santidad. No puedo glorificaros bastantemente, ni bastantemente mostraros mi reconocimiento; mas lo que por parte de vuestra Majestad es materia de acción de gracias, es para mí materia de dolor, y quiera vuestra infinita bondad que no sea por toda la eternidad materia de mi confusión y de mi arrepentimiento.

Lo que decido es no resistir á las inspiraciones divinas, ni prescribirles límites en los santos propósitos que me inspiraren; obrar todo lo restante de mi vida y serviros según la extensión y eficacia de los medios que me habéis dado gratuitamente y de los que en adelante me concedereis. Así lo prometo, Dios mío; dadme nueva gracia para cumplirlo. Amén.

Propósitos.—Saca firme resolución de corresponder, cueste lo que cueste, á los llamamientos é inspiraciones de Dios.

13 DE ENERO

Del regreso de los Magos á su tierra.

Preludios.—Imagínate á los Magos regresando á su tierra, y viviendo en ella durante muchos años, confesando á Cristo y predicando sus misterios hasta que fueron martirizados, y pide á Dios que te infunda el mismo ardiente celo por la gloria de su divino Hijo.

Punto I

Los Magos despidiéndose de la Sagrada Familia.

Considérese con qué sentimientos de reverencia y amor pidieron permiso los Magos á Jesús y María para retirarse á su país. Después de haber rendido al divino Niño sus ho-

menajes y de ofrecerle sus presentes, permanecieron algún tiempo más en Belén, porque no podían resolverse á partir ni dejar de seguir besando los pies del divino Infante en cuya fervorosa adoración encontraban dulzura y consuelos inefables. ¡Con qué devoción hablarían al Niño Dios que aún no podía contestarles con palabras exteriores, pero que tan perfectamente comprendía el lenguaje de aquellos amantes corazones! ¡Qué acciones de gracias le darían por haberlos llamado por medios tan milagrosos, por haberlos recibido tan benignamente, por haber agradecido tanto sus homenajes y sus presentes! ¡Qué protestas harían de ser siempre humildísimos vasallos de aquel Rey de cielos y tierra, y de preferir esta gloriosa servidumbre al dominio de todos los reinos del universo!

Y ¡qué coloquios entre los Magos y la bienaventurada Virgen María, cuya modestia sobrehumana enajenaba sus corazones! Contaríanle ellos los accidentes de su viaje, sobre todo en la corte de Herodes, y después solicitarían la bendición de la excelsa Señora, con la humildad y cariño de hijos con su Madre; y esta soberana Vírgen les hablaría á su vez con inefable dulzura, confirmándolos en la fe, descubriéndoles los misterios de su divino Hijo, é instruyéndolos del modo cómo habían de vivir, cuando regresasen á su tierra, conforme á lo que habían visto y á la fe que habían recibido por manera tan maravillosa.

¡Qué gloria para los Magos la de haber hallado una tan favorable acogida en los corazones de Jesús y de María! ¡Qué felicidad la suya la de haber sido discípulos directos del Salva-

dor de los hombres y de su Madre Santísima! ¡Con qué gozo se hubieran quedado siempre con Jesús y María, y si no lo hicieron así, fué porque el mismo Espíritu Santo, que les inspiró el deseo de venir, inspiróles luego el que se volviesen y regresasen á su país, porque así convenía á los fines de la Providencia!

¡Dichosos también los que vienen á la oración y á la comunión con los sentimientos purísimos y encendidos en el divino amor con que fueron los Magos á Belén, y que en todo siguen las inspiraciones del divino espíritu con la docilidad con que las siguieron aquellos sabios príncipes, que á los pies de Jesús y María están como en su centro, y que cuando se retiran de la presencia del Salvador y de su Madre Santísima es con pena y para cumplir las obligaciones de su estado, esto es, para obedecer á Dios y seguir sus santas inspiraciones!

Punto II

Los Magos en su viaje de regreso.

Considérese con qué solicitud cuidó la divina Providencia de los Magos en su viaje de regreso, avisándoles, por medio de un ángel, para que tomasen otro camino diferente del que habían traído, con objeto de que no pasasen otra vez por la corte de Herodes, lo que hubiera sido muy peligroso para ellos y para la vida de Cristo, Señor nuestro.

Aquí se ha de ponderar la tiernísima solicitud de Dios N. S. para con sus escogidos, y cuánto cuida de su seguridad y de su vida. Hemos de considerar también que nuestra patria es el cielo, del que nos alejamos desgra-

ciadamente por el pecado, yendo á parar á la corte de Herodes, que es símbolo de la vida viciosa y desarreglada; y que para volver á la patria es absolutamente preciso que tomemos otro camino diferente del que nos llevó á la corte del demonio, esto es, el camino del arrepentimiento y de la penitencia, y después de haber visto á Jesús es preciso volver por los caminos de la humildad y la abnegación.

Mírese que el camino por donde los Magos fueron á parar á la corte, asiento de todas las iniquidades y corrupciones, era el camino ordinario y ancho; y el camino por donde regresaron á su patria era el difícil y estrecho; porque llano y ancho es el camino que conduce á la perdición, simbolizada por el vicioso Herodes, y trabajosa y estrecha la vía que lleva á la vida eterna.

Considérese, por último, que los Magos *dejaron á Dios por Dios* esto es, se fueron de Belén, donde tantas delicias inefables les causaba la presencia del divino Niño Jesús, para seguir las inspiraciones del mismo Dios, que les mandaba ir á su país con objeto de que cumpliesen los deberes de su estado. Sacrificaron su gusto, que les retenía en Belén, por obedecer la voluntad de Dios, que les ordenaba retirarse de allí. Este ejemplo hay que tenerlo muy presente. No imitemos á San Pedro, que quiso permanecer en la cumbre del Tabor, enajenado en las delicias de la contemplación de la divina gloria, sin acordarse de los demás, sin pensar en la salvación del género humano, á cuya grande obra estaba tan particularmente destinado. Imitemos á los Magos, que, después de haber ofrecido al divino Niño

sus homenajes y sus presentes, se retiraron, llevando á Jesús en la memoria y en el corazón, á cumplir sus deberes. Sería la más necia y peligrosa de las ilusiones creer que agradamos á Dios con actos de piedad y devoción, que nos hagan desatender las obligaciones de nuestros oficios ó de nuestras familias.

Punto III

Los Magos en su país.

Considérese el admirable celo que demostraron los Magos en su tierra, publicando en todas partes, y sin ningún temor, el nacimiento del Rey del universo y las circunstancias maravillosas que los habían conducido á su divina presencia, y cómo habían visto allí que tan poderoso Señor vivía en la mayor estrechez y pobreza.

Algunos autores aseguran que la pobreza del Mesías les inspiró tanto amor á esta virtud que, luego que regresaron á su país, dejaron todos sus bienes y fueron voluntariamente pobres hasta el fin de sus días. Se cree que los Magos fueron bautizados por Santo Tomás, y que como premio á su fe y piedad recibieron la corona del martirio. Sus cuerpos fueron venerados primeramente en Milán, y hoy lo son en la catedral de Colonia.

Admiremos el progreso que hicieron estos grandes santos en la perfección, después que hubieron respondido dócilmente á la primera gracia de su vocación. Durante toda su vida perseveraron en las prácticas y celo que habían concebido á los pies de Jesucristo, y esto entre gentes bárbaras é infieles, sin otro soco-

rro que las luces interiores del Espíritu Santo, y trabajando siempre en la conversión de los pueblos con un fervor que al fin fué coronado con la gloria del martirio. Y nosotros que tenemos tantos ejemplos saludables á la vista, tantos medios suaves y poderosos para santificarnos, ¿imitamos, siquiera sea débilmente, la generosa conducta de los Magos?

Saca, por último, de toda esta maravillosa historia, que el secreto de la santidad está en corresponder generosamente á los llamamientos de Dios; en no regatear á N. S. ningún sacrificio, y en arrojarse por completo en brazos de la Providencia divina. ¿Es esta tu conducta? Si no lo es, antes todo lo contrario, no extrañes tu poco aprovechamiento y que la luz del Señor, la vida de fe, y aun la gracia de tu vocación, se vaya cada día apagando, y no ilumine tus pasos como en los días felices de tu fervor.

Coloquio.—Ya nada quiero que Vos no queráis, Dios mío; y quiero enteramente todo lo que Vos queréis. Me abandono ciegamente en los brazos de vuestra divina Providencia; acepto gustoso cuanto dispongáis de mí; caminaré sin temor por donde me lleven vuestras inspiraciones, que serán mi estrella, mi luz y mi guía; recibiré con gozo todo lo que me venga de vuestra mano, y me hallaré bien en donde me pongáis, sin salirme un paso de lo que Vos me mandéis.

Viviré en adelante sin elección y sin voluntad propias, porque no conozco ni lo que me daña ni lo que me aprovecha. Ya no quiero pedir ni rehusar cosa alguna; me abandono á Vos, Dios mío; conducidme por donde queráis, me entrego á Vos; tened Vos, Señor, cuidado de mí, pues sois mi pastor y yo vuestra oveja; siguiéndoos, caminaré seguro, y abandonándome á Vos llegaré á aquel grado de perfección que Vos exigís de mí.

Propósitos.—Saca una firme resolución de hacer algo práctico y positivo por la gloria del Señor, predicando, al menos con tu ejemplo, la fe y el amor al divino Niño de Belén; y si has andado hasta aquí por los caminos viciosos que llevan á Herodes, vuelve por los de la mortificación, que conducen á Cristo.

14 DE ENERO

La Virgen Santísima en la presentación de Jesús en el templo.

Preludios.—Mira exterior é interiormente la devoción, piedad y sentimientos de María Santísima y San José en el acto solemne de la presentación de su divino Hijo, y con qué absoluto desinterés le ofrecieron á Dios por la salud del género humano, y pide tú ofrecerte á Dios con gran pureza de intención, ya que no alcances á hacerlo con el mismo fervor.

Punto I

De la necesidad de ofrecerse enteramente á Dios N. S.

Considera cuán justa era aquella ley denominada de los primogénitos, en virtud de la cual estaban obligados los israelitas á ofrecer á Dios el primer varón que les naciera, y á rescatarlo mediante la oblación de cinco siclos, en memoria y reconocimiento de aquel estupendo prodigio que en favor de su pueblo había obrado el Omnipotente para librarlo de la servidumbre de Faraón, hiriendo por medio del ángel exterminador á todos los primogénitos de Egipto. ¿Qué puede haber de más justo que reconocer los bienes que se han recibido de Dios, rendir á este soberano Señor el homenaje de ofrecerle lo que más amamos y respetar como cosa santa todo lo que le ha sido consagrado?

Pues si esto es así, ¿cuántas razones tene-

mos para ofrecernos á Dios, ya que cuanto somos á El sólo se lo debemos y á El pertenece como cosa propia? Dios nos ha creado á su imagen para que le amemos, alabemos y sirvamos; nos ha redimido para que le sirvamos en santidad y en justicia; nos ha llamado á la fe y á la santidad, y nos da toda clase de medios para que nos santifiquemos y procuremos santificar á los demás; nos alimenta con su carne y su sangre. ¿No debemos corresponder á tantos beneficios haciendo lo que Dios quiere de nosotros, esto es, que seamos completamente suyos? ¿Por qué no soy todo de Dios, ni me sacrifico por El, y no acabo nunca de levantarme vencedor sobre las ruinas de mis pasiones y de mis vicios, ni me decido á dar libelo de repudio á la tibieza y al pecado, ni me resuelvo de una vez á ofrecerme todo en holocausto á mi Creador y Redentor?

Desde ahora, Señor mío, desde este momento quiero seguiros con vuestra gracia, y ya no vacilaré más; me ofrezco enteramente á Vos; trabajaré por ser santo, porque santo sois Vos. Procuraré que todas mis acciones sean ajustadas, generosas, varoniles, dignas de Vos.

Considera después cuán perfectamente cumplió la Virgen santísima la ley, presentando su divino Hijo al Señor. ¡Qué presente, y de qué mano! Un Hombre-Dios, resumen de todas las maravillas, fuente de todas las gracias, tesoro de toda la sabiduría y de toda la ciencia del Creador, el primogénito de todas las criaturas, el objeto de todas las complacencias y de todos los amores del Eterno Padre: he aquí cuál era el presente ofrecido. ¿Y

la que lo ofrecia? María, la más digna de amor, la más santa de todas las criaturas. Y este sublime y divino homenaje se hace para reverenciar á Dios, para reconocer su soberana bondad como fuente de todos los bienes, para satisfacer á su justicia por todos los pecados del mundo y para obtener de su liberalidad las gracias necesarias á la salvación del género humano.

Punto II

De cómo Jesús se ofreció á su Eterno Padre.

Considera todo lo que ofreció el Hijo de Dios al Eterno Padre en su primera entrada en el templo; es á saber: su cuerpo, su alma, su vida, sus acciones, sus trabajos, sus persecuciones, sus sufrimientos, su sangre y su muerte. Todo esto lo tenía presente en su entendimiento, y sabiendo cómo debía con todo ello glorificar á su Padre, se lo ofreció en perfectísimo holocausto. ¡Oh, y que ofrenda tan preciosa! Nunca, desde el principio de los tiempos, se había hecho otra semejante. ¡Qué sacrificio, y qué sacrificador! ¡Qué divino desprendimiento, y qué infinito sacrificio!

En este divino ejemplo hemos de inspirarnos para devolver á Dios lo que somos y arrojarnos en los brazos de su providencia. ¿Por qué no nos ofrecemos á Dios tan rendida y absolutamente como lo hizo Jesús? Tanto más que nosotros, dándoselo todo, no perdemos nada, porque cuanto tenemos es de Dios, y ganamos mucho, porque consagramos nuestro sér á Dios, que es su dueño, y así lo sublimamos en cierto modo y lo divinizamos. Imitemos á

Cristo S. N., hagamos holocausto de nosotros mismos, é inmolémonos como víctimas perfectas; démonos todo á Dios para que Dios se dé todo á nosotros. ¡Qué granjería ésta tan beneficiosa para nosotros!

Considérese, en segundo lugar, con qué espíritu tan perfecto se ofreció nuestro Señor á su Eterno Padre, y procuremos imitarle: 1.° En aquel sentimiento de profundísimo respeto con que su santísima humanidad se prosternaba y rendía ante la Majestad divina y sometía dócilmente su voluntad de hombre á la voluntad de Dios. 2.° En el exceso de amor y de celo que le consumía por la gloria de su Padre. 3.° En el gozo y alegría que experimentaba sabiendo que había de padecer y morir por obediencia, y para reparar todas las injurias que nuestras voluntades rebeldes le habían de hacer.

Es verosímil que se obligase por un voto expreso, no ciertamente porque tuviera El necesidad de fortificar su resolución, sino porque parece que es propio de la naturaleza del amor prometer solemnemente al que amamos que haremos cuánto él desea que se haga, que le daremos lo que quiere, que nos despojaremos por amor suyo de cuanto estorbe al amor que le profesamos, y que arrojaremos de nosotros todo lo que pueda impedirnos el consagrarnos eternamente á El.

¿Son éstas, por ventura, nuestras disposiciones? ¿Es así como hacemos nuestras promesas á Dios ó nuestros votos? ¿Es así nuestro celo? Hemos entrado en la casa de Dios con nuestros holocaustos; pero ¿los hemos abrasado en el ara con el fuego de la caridad? ¡Oh bien-

aventurada Virgen, que fuisteis todo fuego de amor, y que os ofrecisteis en holocausto agradable á Dios, siguiendo el ejemplo de vuestro Hijo, obtenedme una chispa de ese fuego celeste de la caridad que tuvisteis nueve meses en vuestro castísimo seno, y espiritualmente en vuestro corazón durante todos los instantes de vuestra vida, para que yo consuma con él todo lo que hay en mí de impuro, y sólo deje lo perfecto y agradable á Dios!

Punto III

Cómo cumplió Cristo nuestro Señor su ofrecimiento al Eterno Padre.

Considérese con qué perfecta fidelidad cumplió Jesús Señor nuestro, durante su vida mortal, todo lo que había ofrecido en el templo. Su oblación interior fue continua; y por lo que mira á la ejecución y consumación de su sacrificio, no fué su vida entera sino un holocausto, y no se hallará un sólo momento de ella que no sea un sacrificio. Que si la bienaventurada Virgen María la rescató con cinco siclos, este rescate sólo lo aprovechó para pasar de la vida puramente contemplativa á la vida activa en que había de servir mejor á su Padre y procurar la salud de todo el género humano, cumpliendo más perfectamente el sacrificio que había hecho de sí mismo, y morir como víctima inocente para expiar los pecados del mundo.

Reflexionemos sobre esta manera cumplida de practicar lo prometido á Dios, y preguntémonos si también nosotros procuramos cumplir lo que á Dios hemos ofrecido.

Confundamos también nuestro orgullo contemplando á este divino Niño y á su Madre bienaventurada, que tan al pie de la letra observaron los preceptos de una ley que no les obligaba. Pondérense bien las palabras del evangelista: «*Después que los días de la »purificación de María fueron cumplidos, lleva»ron al Niño Jesús á Jerusalén para presentar»lo al Señor*». No alegaron ninguna excusa, ninguna exención ni privilegio; cumplieron lisa y llanamente lo mandado, y nada más.

Medita, por último, cómo la Virgen rescató á su divino Hijo, y considera las circunstancias que acompañaron este rescate.

En primer lugar rescató á Jesús de manos del sacerdote que lo había tomado en representación de Dios, y que así recibió el precio ordenado por la ley. ¡Oh caridad infinita de Dios, que habiéndonos dado á su divino Hijo en la encarnación, quiere todavía confirmar más este presente, y en el templo lo ratifica volviéndonos á ofrecer esta prenda divina! ¡Qué diferente es la liberalidad de los hombres de la de Dios: los hombres se arrepienten ó se cansan de caminar por el sendero de la virtud; se olvidan frecuentemente de que se han ofrecido á Dios y dedicádose á su servicio; Dios ratifica lo que ofreció, y vuelve á ofrecerlo de nuevo, no cansándose ni arrepintiéndose, ni olvidándose jamás de hacernos beneficios.

En segundo lugar, la bienaventurada Virgen rescató á Jesús con cinco siclos, que era el precio común de los primogénitos, y cuya cantidad equivale á poquísimo de nuestra moneda. ¡Admirabilísima humildad del Hijo y de

la Madre, que da por este divino Infante lo mismo que por todos los niños, valiendo El solo infinitamente más que el universo entero! ¡Qué acciones de gracias no debemos rendir al Padre eterno que nos da á su Hijo por tan bajo precio; que nos pide, no lo que El vale, sino lo que buenamente podemos dar nosotros, y con esto se contenta. Esos cinco siclos son los cinco sentidos que debemos mortificar por amor de Jesús, ó también las cinco virtudes que, según la doctrina de la Iglesia, constituyen la verdadera y perfecta conversión; á saber: la fe, el temor de Dios, la confianza en la infinita misericordia, el dolor de haber ofendido á Dios y la cumplida sumisión á su santísima voluntad.

Considérese, por último, que la Santísima Madre de Dios y nuestra, rescató á su divino Hijo con sinco siclos, como El había de rescatarnos á todos con las cinco llagas que sufrió en su pasión.

Coloquio.—¡Oh Madre Santísima, que rescatasteis á vuestro divino Hijo con cinco siclos para que El á su vez nos rescatase á todos con las cinco llagas que sufrió en su dolorosísima Pasión; oh Madre amorosísima que ofrecisteis á Jesús al Eterno Padre por la salvación de todos los hombres, y al ofrecerle á El os ofrecisteis Vos misma, aceptando valerosamente todos los dolores que habíais de padecer; interceded con vuestro Hijo para que me otorgue la gracia de ofrecerme á Dios, y de ser todo suyo y de perseverar en este camino hasta el fin!

Propósitos.—Saca de esta meditación el decidido empeño de mortificar siempre y en toda ocasión el vicio primogénito de tu corazón, ó sea sacrificar en aras de tu deber y del amor de Dios tu pasión dominante.

15 DE ENERO

Qué debemos imitar de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.

Preludios.—Represéntate el templo de Jerusalén, á María en el vestíbulo cumpliendo la ley de la Purificación, y luego de rodillas ante el altar ofreciendo á Jesús al Eterno Padre, y pide al Señor participar de su espíritu de generosidad para ofrecerte por completo á su divino servicio y gloria.

Punto I

Debemos imitar el espíritu de sacrificio de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.

Considera que si el Hijo de Dios se presenta á su Eterno Padre no es, como los demás niños, para realizar una sencilla ceremonia. Sabe que en su calidad de Redentor, ofrecerse á Dios es ponerse en mano de su justicia, es aceptar una muerte donde el exceso del sufrimiento irá unido al exceso de la ignominia. Desde el momento en que entró en el mundo había hecho á su Padre una oblación completa de sí mismo, y en el misterio de su Presentación la renueva solemnemente. Desde el templo se transporta su corazón al calvario, *deseando con deseo vivísimo*, como él dijo luego, el día de su inmolación. Mira cómo nada puede detenerle cuando se trata de salvarte; ¿en qué consiste, pues, que tú te detienes cuando se trata de servirle? Es que ignoras la ciencia divina de la cruz, de esa cruz que ya el divino Niño tiene en medio de su corazón, y de la que son astillas los actos de humillación y de sacrificio de que hoy te da tan divino ejemplo.

Mira luego alguno de los sacrificios de la Madre. Amaba esta divina Señora su virginidad más que el honor infinito de ser Madre de Dios. Su pregunta al Arcángel lo había probado, y no obstante sacrifica la gloria de parecer virgen, y se mezcla con las otras mujeres manchadas, prefiriendo imitar la conducta de Jesucristo su Hijo, que quiso parecer como pecador.

Mírala, pues, confundida con las demás mujeres á la Reina y Señora de todas las vírgenes, á la más pura de ellas, y esperando á la puerta del templo el momento de purificarse como las madres ordinarias. ¡Ella, más limpia que el sol! Verdad es que tiene un gran ejemplo ante su vista, ¡al Todopoderoso oculto bajo la debilidad de la infancia; á Dios anonadado hasta tomar la forma del pecado! ¿Cómo rehusar ante tal ejemplo la humillación de una impureza legal de que no estaba contaminada?

Pero ese sacrificio, con ser grande, es el menor de los que María hace en este misterio. Sacrifica también á su Hijo, y en esta víctima, la más querida de su corazón, sacrifica más que su propia persona. María no ignora que ofreciéndole á Dios para reparar y expiar las iniquidades del mundo, le entrega á los oprobios y á la muerte. Mas, como si todo esto fuera aún poco, todavía aumentan su dolor las palabras de Simeón, cuando éste anuncia que el divino sacrificio de su Hijo no aprovechará para la salvación de todos los hombres. «Y Vos misma—añade el santo anciano—tendréis el alma traspasada por una espada de dolor». María á todo se somete, diciendo á su Dios:

«¿Vos lo queréis, Señor; mi corazón está pronto». ¿Digo yo lo mismo cuando Dios no permite que el cáliz de amargura no se aparte de mis labios? Jesús, nacido para sufrir, presenta su cruz á todos los suyos; de sus mejores amigos, de su misma Madre exige los mayores sacrificios... ¡Y yo me quejo cuando me asocia á los que más ha amado en toda su vida!

Punto II

Debemos imitar la fidelidad de Jesús y de María en el exacto cumplimiento de la ley.

Considera que esta perfectísima fidelidad de Jesús y de María constituye lo más sublime del espíritu de este misterio. El tiempo, el lugar, la forma, todas las circunstancias, ya se refieran á la purificación de la Madre, ya á la presentación del Hijo, todo se ha ejecutado con arreglo á la ley de Moisés. Medita cómo en todo el transcurso de su vida mortal muestra Jesús la misma exactitud en cumplir las órdenes de su Padre. Si va todos los años al templo con sus padres, si come el cordero pascual, si se presenta hoy al sacerdote, todo lo hace en el tiempo y en la forma que Dios lo había dispuesto por conducto de Moisés. Guarda la ley hasta en una tilde, según se lee en el sagrado Evangelio. Hace lo que enseña y cumple las cosas grandes sin olvidar las pequeñas. ¿Cumplimos nosotros con la misma exactitud los preceptos de Dios y de su Iglesia?

Del ejemplo y doctrina de Cristo, S. N., debes sacar que nada es pequeño desde el momento en que Dios lo ordena. Esta consideración *Dios lo quiere*, debe engrandecer en mi

estimación lo que á mi pobre juicio parecía insignificante. La autoridad de Dios, que ordena, debe eclipsar en mí todo espíritu de independencia. Porque ¿cómo no ha de parecerme grande, importante y digno de todo respeto lo que agrade á Dios, lo que multiplica mis derechos á la gloria y me hace adelantar en la perfección? Dios considera menos lo exterior de la obra que el principio, el fin y la disposición del alma. Cuando, mirando sólo á su voluntad, me decido á cumplirla exactamente y con un gran deseo de agradarle, atraigo sobre mí las miradas de su complacencia y aumento el tesoro de mis méritos. Dios satisfecho, y yo con un grado más de gracia y de gloria. ¿Es esto cosa indiferente? Los santos se forman, no por obras extraordinarias, sino por su fidelidad en hacer lo que Dios quiere.

Considera, además, que la ocasión de hacer cosas grandes es rara, la de hacer las pequeñas es continua, y precisamente esta continua vigilancia y fidelidad es lo que manifiesta gran espíritu de inmolación y un valor de alma poco común. Todos somos capaces de hacer un esfuerzo pasajero; pero no todos nos sujetamos, sin interrupción, á una prolongada serie de pequeños sacrificios que, por lo que tienen de continuos, exigen una constancia casi heroica y gran vida de fe.

Son, además, las cosas pequeñas salvaguardia de las grandes, así como las infidelidades leves nos preparan para las grandes caídas.

Punto III

Debemos imitar la conformidad de Jesús y de María con la voluntad de Dios en el misterio de la Presentación.

Considera cómo Jesús y María no sólo obedecen á la ley, al espíritu de la ley, á las más pequeñas ceremonias de la ley, sino que en su generoso ofrecimiento en este hermoso misterio revelan una absoluta sumisión y conformidad perfectísima con la voluntad del Eterno Padre. Así nos enseñan de un modo práctico cómo la medida de toda santidad y de toda perfección consiste en seguir la voluntad de Dios, haciendo siempre lo que Dios quiere, haciéndolo porque El lo quiere y haciéndolo como El lo quiere.

Jesucristo dijo: *Yo hago siempre lo que á El es agradable. Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado.* Y ni un sólo momento se separó ni se pudo separar de la voluntad de Dios.

Persuádete de que tu perfección no consiste ni en ayunar, ni en orar, ni en convertir almas, sino en hacer la voluntad de Dios. Todas las acciones, por muy buenas que sean en sí, si no se regulan por la voluntad de Dios, son imperfectas; malas, si se hacen contra la voluntad divina, y se convierten en buenísimas las indiferentes cuando se hacen según el beneplácito de Dios.

Pero no basta hacer la voluntad de Dios para ser perfecto. Es menester hacer las cosas como Dios quiere; esto es, sin tibieza ni imperfecciones, de modo que pueda decirse de

ti como de Nuestro Señor: *Todo lo hizo bien.* Hacerlas cuando Dios quiera, porque Dios es el dueño del tiempo, como lo es de todas las cosas; y, sobre todo, es menester hacer el bien, porque Dios lo quiere, y su voluntad debe ser ó el único ó el principal motivo de nuestras acciones. Las obras más inferiores, realizadas por este motivo, son sobrenaturales, y las más santas se hacen perfectísimas. Este es el camino seguro y breve para llegar á la perfección. ¡Dichosos los que por él caminan! Por tanto, si hallas tu conveniencia ó tu gusto en hacer lo que Dios quiere, hazlo, apartando los ojos de tu conveniencia y tu gusto, y sólo por servir y complacer, á imitación de Cristo y la Virgen Santísima, á nuestro Padre, que está en los cielos.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío! Á la vista de los maravillosos ejemplos de virtudes que me das con tu Madre Santísima en el misterio de tu Presentación, me confundo y avergüenzo de mi negligencia y tibieza en servirte. Quiero seguir tus huellas y tus divinos ejemplos. De aquí en adelante no te negaré ningún sacrificio, seré fiel á tu ley, á mis reglas y votos hasta en lo más mínimo, para no exponerme á caer como en el tiempo pasado, y la voluntad de Dios será la regla y pauta de la propia. Dame, Señor, tu gracia, sin la que nada puedo, para poder corresponder á lo que ella sólo me inspira en esta meditación.

Propósitos.—Saca de esta meditación el de ser fiel al Señor en la observancia de las cosas que el mundo cree pequeñas, en evitar las menores faltas, porque escrito está que el que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco irá cayendo en las mayores.

16 DE ENERO

Profecía del anciano y santo Simeón

Preludios.—Mira al divino Infante Jesús en brazos del venerable sacerdote, y oye cómo dice de Jesús con palabras proféticas y misteriosas que será blanco de contradicción de los buenos y los malos, y causa de la salvación de unos y ocasión de la perdición de otros, y pídele ser tú siempre de los amigos de Jesús y nunca de los que le persiguen y aborrecen ó dejan de aprovecharse del precio de su sangre.

Punto I

La profecía del Santo Simeón.

Recuerda en primer lugar el maravilloso cántico de gracias en que el bienaventurado viejo Simeón manifestó su alegría por haber visto al Señor, y le llamó Salvador de todos los pueblos, lumbre que había de ser revelada á los gentiles y gloria de Israel; en lo que se ha de ponderar la suma liberalidad de Dios en cumplir sus ofrecimientos y consolar á los justos, dándoles más de lo prometido. Porque había prometido á Simeón que vería á Jesús, y no sólo le cumplió esto, sino que le dió licencia para que le tomase en sus brazos, le abrazara y besara y tuviera consigo con grande amor. Con lo cual he de alentarme á servir muy de veras á este Señor, que es largo en prometer y muy liberal en cumplir más de lo que promete, si hay fidelidad en el que recibe.

Y he de considerar en segundo lugar, que cuando Cristo, S. N., entró en el templo, había allí muchas personas de todos estados y condiciones, letrados, sacerdotes, nobles y plebeyos, y sólo á Simeón abrió Dios los ojos con luz celestial para que le conociese, y los de-

más no hiciesen diferencia de aquel Niño á los otros; como ahora, entre muchísimos que vienen al templo, pocos conocen con luz celestial la presencia de Jesús en el Sacramento y le veneran con devoción, mereciendo recibirle en sus corazones y ser participantes de sus gracias y de sus dones. Mira si eres tú de los que conocen y aman á Jesús, ó más bien de los que le desprecian y no le hacen caso alguno.

Considérese, por último, que esta liberalidad de Dios para con el anciano Simeón fué originada de dos motivos. El primero, la santa vida de aquel varón, del que dice el Evangelio que *era justo y temeroso de Dios*, ó sea puntual en la observancia de toda ley, sin admitir quiebras contra ella, porque no se llama temeroso de Dios sino el que huye de las culpas, aun de las más pequeñas; y además se ve que tenía grandísima fe en la venida del Mesías, y firmísima esperanza de que había de verificarse pronto esta venida, y una caridad ardentísima manifestada en su mismo deseo de que viniera Cristo N. S. cuanto antes, y no para su salud particular, sino para la de todos los hombres. El segundo motivo, muy en concordancia con el primero, fué el espíritu que lo llevó al templo, es decir, que era hombre espiritual, regido por el espíritu de Dios, según dice el Evangelio. ¡Oh alma mía, imita al santo anciano en la firmeza de vida, si quieres conocer á Jesús y gozar de sus caricias, y en venir al templo con espíritu divino para que disfrutes de la dichosa vista de Jesús y le abraces en dulcísimo abrazo de amor!

Saca de aquí que no conocen á Dios ni pueden tratar con El en la oración sino las almas

devotas y separadas del mundo, y que viven lejos de los placeres de los mundanos, frecuentando el templo del Señor.

Punto II

Jesucristo, ruina y resurrección de muchos.

Considera que después que el santo anciano hubo satisfecho su devoción, abrazando tiernísimamente al divino Niño Jesús, devolvióle á sus padres, cuyo gozo era grande por lo que acababan de oir. Mas para los santos son de corta duración las más puras alegrías, y así sucedió á María y á José al escuchar las últimas palabras del Profeta. ¡Qué aflicción tan grande les causarían, sobre todo á María, á cuyo corazón de Madre se encaminaron directamente! «Ese Hijo á quien tanto amáis, ese Hombre-Dios venido al mundo para salvar á todos los hombres, no los salvará á todos; para gran número de ellos será ocasión de escándalo, y muchos se perderán á causa de El...» ¡Oh Dios mío, qué insondables son tus designios divinos! Un Salvador de las almas, ocasión de su pérdida y no de la pérdida de algunas, sino de un gran número de ellas... ¡Triste misterio de la perversidad humana! Los judíos no quisieron recibir al Mesías, antes por el contrario, cerraron los ojos á la luz y rechazaron la salvación que su Redentor les ofrecía. Y de este modo, volviendo contra ellos la misma misericordia del Señor, se hicieron más culpables y más desgraciados por el abuso de los medios que para su salvación Dios les había concedido.

Considera para quiénes fué Jesucristo pie-

dra de escándalo y ocasión de ruina, y no te desanimes ni escandalices de la verdad. Para los ciegos voluntarios, para los hombres ingrátos y envidiosos, para los escribas y fariseos, para los pecadores empedernidos que se obstinaron en ser malvados, porque El era santísimo, y no podían perdonarle su vida purísima, sus milagros, sus beneficios, su virtud y la estimación y amor del pueblo, á quien con esos divinos medios atraía. Ni le podían menos perdonar que les echase en cara sus vicios, corrupción é hipocresía.

Para que se vea cuán evidente es que á quien la divina misericordia no salva y justifica, esa misma bondad de Dios le es ocasión de condenación y ruina.

Consideremos, pues, para cuántos cristianos es hoy Jesús piedra de escándalo y escollo contra el que se estrellan y se pierden lastimosamente. Ven la verdad y se niegan á seguirla; Jesús los espera con paciencia y les insta á que vayan á su Corazón, lleno para todos, de ternura; les prodiga sus beneficios, los llama con su gracia, golpea su corazón de continuo; pero en vano: el mismo exceso de la bondad es causa, por el abuso que de ella hacemos, de que se aumente el exceso de los pecados y la dureza de corazón de aquellos que se hacen sordos á su voz. ¿Estaré yo ¡Dios mío! incluído en el número de los que pisotean la sangre del Salvador? ¿Será para mí causa ú ocasión de ruina? ¿Despreciaré sus gracias y le obligaré, bien á pesar suyo, á separarse de mí? Pide al Señor que no sea así, sino que sirva su sangre preciosa para tu resurrección espiritual y vida eterna.

Punto III

Jesucristo, blanco de contradicción.

Considera que estas palabras son explicación de las precedentes. Pero ¿por qué la sangre del Redentor del mundo no salva, en efecto, á todos aquellos por quienes fué derramada en el Calvario? ¿Por qué la gracia no eleva á todas las almas justas al grado de perfección y bienaventuranza á que Dios N. S. las llama? Porque Jesucristo es, y será siempre, blanco de contradicción. Lo fué durante su vida, de todas maneras y de parte de todos; lo es aún todos los días. Sus milagros, su doctrina, su vida, su misericordia y su dulzura, su misma divinidad, todo en El ha sido atacado y combatido. ¿Qué horrible contradicción no experimentó en el Calvario de parte de los pecadores? Pero aquellos, al menos, no lo conocían, y por eso pudo decir y dijo á su Padre: «Perdónalos, porque no saben lo que se hacen». ¡Pero cuán penoso, para su divino Corazón, es verse contradecir por los mismos á quienes ha iluminado con tan abundantes luces! Amar los placeres y alabanzas, rechazar la cruz y las humillaciones, no querer renunciarse ni seguir la doctrina ni los ejemplos del divino Maestro, es contradecir á Jesucristo; más aún: es combatirle. ¿Y no es eso lo que hago yo todos los días? Mis palabras son para Dios, pero mi vida está en contra de El, y mi conducta, mi proceder, los afectos de mi corazón, todo en mí está en contradicción con las máximas de su evangelio, que es el evangelio de la cruz, y con sus divinos ejemplos.

Deduce, pues, de esto que los judíos que llevaron la irrisión sacrílega hasta insultar á Cristo en la cruz, no eran un pueblo más enemigo de Jesucristo que muchos cristianos. ¡Ah! si su Corazón pudiera tener pena y aflicción en la gloria, la tendría por esto más que por todo lo demás, y lo que es más triste, serían las manos de los cristianos, de los que hacen profesión de vida espiritual y perfecta, las que le harían las más profundas heridas, á causa de la ingratitud y tibieza de nuestros corazones, sobre los que El derrama torrentes de gracias y de dones celestiales.

Ponderando todo esto, he de espantarme de los juicios de Dios y compadecerme de la perdición de tanta multitud de infieles y malos cristianos, procurando que el cuchillo de dolor traspase mi alma, como traspasó la de la Virgen, y suplicando á este benditísimo Señor que su venida no sea para mí ocasión de muerte, sino para mi resurrección, y que sea para mí señal de vida y no de ruina. Que crea yo en El, y en El espere, y á El ame; que siga sus huellas hasta el Calvario, tendiendo á que mis palabras y obras sean siempre copia é imitación de las suyas. Y si de aquí se me siguiere que muchos me contradigan y persigan, como contradijeron y contradicen á Cristo, y persiguieron su vida hasta ponerle en una cruz, donde fuese señal de vida para los escogidos y de condenación para los réprobos, he de gozarme, como se gozaba el Apóstol San Pedro en su martirio, de que me traten lo mismo que á mi divino Capitán y Maestro.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, que sois blanco de

contradicción, y para unos signo de resurrección y para otros de muerte eterna; yo os pido humildemente que seáis para mí Salvador, lumbre y gloria, como el santo anciano profetizó en el templo; os lo pido por los dolores de vuestra santísima Madre y por los que Vos mismo padecisteis! Conservadme, Señor, en el camino recto, aunque sea áspero y erizado de pedernales, y llevadme adonde por los siglos de los siglos os bendiga y alabe con vuestra Madre santísima, vuestro Padre nutricio San José, el santo anciano Simeón y todos los ángeles y santos. Amén.

Propósito.—Llorar la perdición de tantas almas, procurando que el cuchillo de dolor traspase mi corazón, como traspasó el de María, á la vista de tantas como se pierden. Hacer cuanto esté de mi parte por la salvación de ellas, y si de ahí se me siguiere que mucho me contradigan, gozarme de ello, pues así me hago semejante á Cristo.

17 DE ENERO

Jesucristo señal de contradicción entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo.

Preludios.—Figúrate al mundo como un río, adonde van á parar infinidad de animales muertos, objetos asquerosos y toda suerte de sucios riachuelos. En su corriente arrebatada arrastra á muchos desgraciados, que en él perecen sin remedio. Pide con fervor ser de los enemigos del mundo, conocer sus falsías, mentiras y engaños, y no dejarte arrastrar nunca de sus turbias aguas, ni vivir de sus miserias, falsedades y engaños.

Punto I

Oposición absoluta entre Jesucristo y el mundo.

Considera que una de las más constantes y espantosas revelaciones del Evangelio es la oposición absoluta, irreconciliable y eterna que existe entre Jesucristo y el mundo. El divino Maestro, que daba al pérfido Judas el dulce nombre de amigo en el momento en que,

por un beso traidor, le iba á entregar á los sayones; el que en la cruz oró al Eterno Padre por los que le crucificaban; el mansísimo Cordero que no tenía más que palabras de perdón y de misericordia para los ladrones, las adúlteras y toda suerte de pecadores, no habla una sola vez del mundo que no sea para anatematizarlo, maldecirlo y condenarlo. ¡Oh maravillosa é incomprensible conducta de un Dios que ha nacido y sufrido, y va á morir por los pecados del mundo! Jesucristo ha tocado y curado nuestras llagas, purificado las manchas de nuestra alma, resucitado hasta los muertos corrompidos; pues bien, en el momento en que ora por todos los hombres, para que todos se conviertan y vivan de su fe y de su amor, excluye hasta de sus divinas oraciones dos cosas, y dos cosas solamente: el infierno y el mundo. El infierno, porque es el mal sin remedio, la malicia eterna, porque el infierno no puede ni arrepentirse ni amar, porque el infierno se nutre y vive del odio, y la misericordia de Dios no tiene allí donde ejercitar su perdón; y el mundo porque, á semejanza del infierno, *está fijo todo él en el mal*, porque vive y se nutre sólo del vicio y del pecado: la luz de la verdad no puede entrar en él, porque si puede convertirse un pecador, el mundo no se convertirá.

En efecto, la víspera de su muerte, cuando el divino Maestro derrama del fondo de su corazón torrentes de amor sobre sus discípulos para todos los hombres, para el mundo no tiene más que palabras de espantosos anatemas [1]. Palabras divinas que prueban con luz

1 Joan., xv, 19; xvii, 9-16

meridiana que existe una ciudad terrena enemiga de Dios, fundada sobre el mal y el pecado, una Babilonia abiertamente opuesta á la Jerusalén celestial y á su Rey eterno, que es Cristo, y que todos los que forman parte de aquella Babilonia, si no se convierten y abren los ojos al sol que ilumina á todo hombre, irremisiblemente serán reprobados.

Considera, en segundo lugar, que esa oposición absoluta de Jesucristo y del mundo es tal, porque el mundo es la contradicción de Jesucristo en su doctrina, en sus planes, en sus fines altísimos y divinos. La doctrina de Cristo es la verdad, que es el mismo Cristo, camino, verdad y vida; la doctrina del mundo es la falsedad y la mentira; los planes de Cristo son salvar al mundo por la humildad, la abnegación y la cruz; el mundo sólo vive para perder á los hombres, haciéndolos vivir para la soberbia y el placer; el fin de Cristo S. N. es elevar, ennoblecer y en cierto modo deificar la naturaleza humana y transfigurarla en sí por el ejercicio de las más altas virtudes; el del mundo, embrutecerla por las tres concupiscencias, que son la esencia del mundo, y degradarla con toda suerte de vicios infames y de pecados, que convierten en bestias á los hombres creados para la gloria.

Considera, pues, que no puede darse mayor oposición, ni más cruda guerra; y que son como la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, el espíritu y la materia, el cielo y el infierno, Dios y Satanás.

Doctrina espantosa y terrible, y que debe hacernos exclamar á todos con miedo y espanto: *¿Soy yo acaso, Señor?* ¿Soy ó seré yo

del mundo, y por consiguiente, echado de vuestro Corazón y de vuestra gracia? ¿Soy de vuestros amigos verdaderos, de vuestros amigos falsos ó de vuestros enemigos declarados? Hayamos sido ó seamos pecadores, como la Samaritana, como la Magdalena, como Pedro, como Pablo, como mil otros más, aún nos podemos salvar. Jesús, el dulce Jesús, nos puede mirar con ojos de misericordia, y nos salvaremos. Una sola obra es imposible á la misma bondad divina: salvarnos mientras seamos del mundo, obremos como el mundo ó vivamos de la doctrina del mundo.

Punto II

¿Qué cosa es el mundo?

Considera que así como está escrito que el *reino de Dios está dentro de nosotros,* así dice el Apóstol que *sentía dentro de sí una ley en sus miembros que repugnaba á la ley de su espíritu,* y lo propio pueden decir todos los mortales.

Hay, pues, en el hombre y en su alma, como dos regiones separadas y opuestas: la una elevada y noble, donde brilla la luz de la verdad y la justicia, y la otra miserable y baja, en donde rugen las malas pasiones, los vicios y las concupiscencias, como un populacho alborotado en contra de la ley de Dios y de la doctrina de Cristo. Ese es el mundo dentro de cada uno de nosotros; pero al reunirnos en sociedad, cada hombre trae á ella ese fondo de malicia que, uniéndose á la perversidad de muchos, lo emponzoña y lo pervierte todo, hasta hacer del mundo la imagen del

infierno. Criterio moral, ó del bien y del mal, perverso y pervertido, llamando vicio á la virtud y virtud al pecado; ideas de corrupción y de sensualidad; falsas máximas, aceptadas como verdades evidentes; un evangelio del demonio y de la carne en abierta oposición con el de Cristo; el placer, el lujo, la ambición y todos los pecados capitales, constituídos en reyes é ídolos de las gentes: todo eso, y todavía mucho peor que eso, es el mundo.

Considera, para evitar falsas ideas, que propiamente hablando, el mundo no es la riqueza. Si nacido en la opulencia, eres pobre de espíritu; si tu mano es generosa para el pobre, tu alma es humilde, tu corazón sencillo; si el oro no lleva á tu corazón el casi obligado cortejo de placeres, de sensualidad, de orgullo y de todo linaje de pecados; si eres dulce y compasivo, aunque seas rico, como Abraham y como Job, no eres del mundo. Es más, puedes estar elevado, si Dios para su honra y gloria y sin buscarlo tú, te coloca en las alturas; pero si en ellas vives pequeño y bajo á tus ojos, haciendo el bien, derramando á imitación del Señor beneficios á los hombres, podrás ser santo y santísimo, como lo fueron San Luis y San Fernando en el trono de los Reyes, y cien Pontífices en el solio de San Pedro. Ni la riqueza, pues, en sí, ni los honores, ni la humana felicidad, por más que todo esto hiciera temblar á los santos, y con harta razón, constituyen el mundo condenado por el Evangelio.

Mira, por tanto, que el mundo que debes odiar, como lo odiaba Cristo N. S., so pena de ser réprobo y excluído hasta de las oraciones

de tu Redentor, es, en primer lugar, el conjunto de máximas por las que se rigen los mundanos, abiertamente opuestas á las del Evangelio. Este se compendia en las ocho bienaventuranzas que canonizan y llaman felices á los que lloran, á los pobres, á los mansos, á los que sufren persecución, á los que han hambre y sed de justicia; el mundo, por el contrario, los desprecia, los escarnece y los trata como trató á Cristo y á sus santos: llama felices sólo á los que gozan, á los ricos, á los que triunfan, á los que han hambre de placeres y de dinero. Para él no hay más gloria ni más Dios que el goce, ni más infierno que la necesidad.

En segundo lugar, el mundo se constituye por esa sociedad en donde gentes, que se llaman cristianas porque están bautizadas, se reunen para gustar placeres ó pecaminosos ó peligrosos; en donde se olvidan ó se escarnecen los preceptos de la moral cristiana, se hacen ó dicen ó se representan cosas que Jesucristo reprueba, maldice y condena por medio de la Iglesia, con el aplauso y la aprobación de los que allí asisten. El mundo, en una palabra, es la sociedad de Satanás, la ciudad del mal, que defiende y da derechos al error y al vicio, la que está en abierta lucha con la ciudad de Dios; tierra de maldición en donde los placeres sólo llevan espinas y amarguras al alma, en donde todo cansa y hastía bien pronto, hasta el placer y el capricho; tierra, cercada toda de peligros, en donde todo lo enseñorean las pasiones más brutales, donde la inconstancia, la vanidad, la envidia, la crítica y la calumnia, la deshonestidad y la gula

y cien vicios y pecados son los ídolos de millones de esclavos, que se creen felices por breves instantes, besando sus torpes cadenas y amando su esclavitud. A ese mundo renunció el cristiano en el bautismo, y á él tiene que renunciar todo el que quiera seguir á Cristo, porque no puede haber unión entre la luz y las tinieblas, entre el mundo que no conoció á Cristo, ni lo quiso recibir, ni lo recibirá jamás, y Cristo, que nos prohibe amar el mundo y las cosas del mundo [1].

Entra dentro de tu corazón, mira qué amas, qué odias, qué máximas te guían en tus obras exteriores y en tus interiores afectos, y vuelve á renunciar de corazón á lo que, como cristiano, renunciaste en el bautismo, al mundo, sus pompas y vanidades, si realmente deseas ser de Cristo.

Punto III

Que es imposible ser de Cristo y al mismo tiempo del mundo.

Deduce de los puntos anteriores que el espíritu de Cristo, que es la verdad y el bien absoluto, y el espíritu del mundo, que es la mentira y el mal, han formado aquí abajo dos reinos, que tienen sus máximas, sus leyes, sus ciudades y sus ciudadanos. Estos dos imperios, el de Jesucristo y el de Satanás, se han repartido toda la tierra, comprenden á todos los hombres. Tenemos, pues, todos que pertenecer á Babilonia ó á Jerusalén, á Jesús ó á Belial, porque es imposible pertenecer á las dos ciudades á la vez, como lo es no ser de

1 Joann., II, 15.

ninguna. Esta es la situación de todos los hombres. En el exterior podremos tal vez vivir confundidos, como viven confundidas las plantas sanas con las venenosas; pero hay algo interior que nos distingue: el principio que nos mueve á obrar, las máximas que nos rigen, el evangelio que practicamos; y Dios que no juzga por lo exterior, sino que mira al corazón, sabe bien quiénes son los suyos, y quienes sus enemigos.

Es fácil engañarse á sí mismo y confiar en ciertas apariencias de bien, en ciertas devociones y rezos, hasta en la frecuencia de sacramentos; pero mira, como Dios, á tu corazón y ve qué amas: si la cruz ó el placer; si tu guía es el evangelio de Cristo, ó las máximas mundanas; si amas el retiro de la oración, ó la disipación del teatro y de las reuniones mundanas; si la modestia ó el lujo; si el recato en el vestir ó la loca tiranía de la moda, en una palabra, si la cruz ó el regalo; y así verás á qué ciudad perteneces, si á la ciudad de la luz y de Cristo, ó á la de las tinieblas y Belial, y si eres de Cristo ó de Satanás, si de los predestinados ó de los réprobos.

Acuérdate que dice el Evangelio, que no te puedes engañar, ni menos engañar á Dios, porque *es imposible servir á dos señores*. Esa es la práctica de gentes que quieren unir lo irreconciliable, y la gran habilidad del mundo, que quiere ser señor, igualándose con Dios, y dice á los suyos que es posible servirle á él y servir á Dios: que todo tiene su tiempo y que hay que dar al corazón y á la edad lo suyo. De aquí ese escándalo constante de la piedad y de la religión, de ver personas que se creen

espirituales porque dan á Dios los desperdicios del mundo, y que en realidad no sirven á dos señores, sino á uno solo, es decir, á Satanás; pues mientras van con el cuerpo y apenas con una parte de su corazón al templo, á la oración y á la cofradía, al centro de la profanación y del mundo van con toda su alma. ¡Y creerán que Dios se honra y se contenta con esos restos despreciables de lo que el mundo desdeña, y no más bien que se le deshonra y ultraja! Es imposible esa alianza y Dios prefiere mil veces á una apariencia de falsa amistad el odio franco de sus enemigos.

Porque un enemigo declarado es menos de temer que el disimulado ó dudoso; porque del uno nos procuramos defender; pero como no desconfiamos del otro, quedamos expuestos á todas sus asechanzas.

Considera, por último, que Dios no quiere un corazón dividido, lo quiere entero; porque Dios es muy grande, y tu corazón pequeñísimo. Y siendo así, ¿cómo puedes querer poner alguna cosa junto con Dios? Dios no cree excederse dándose todo á ti, y tú no te quieres dar enteramente á Dios. ¿Vas en eso, por ventura, á perder alguna cosa? Date todo á El y poseerás á Dios, que quiere estar en tu corazón como un Rey en su trono, y un Rey no sufre rival. Nuestras almas son esposas de Jesucristo, y el amor de esposo es celosísimo y delicado; si das un émulo, ó competidor á Jesucristo, le das un enemigo, haciéndote tú al mismo tiempo enemigo suyo. Pero ¿qué competidor ó émulo le dan las personas mundanas? Su más cruel enemigo, que es el mundo. Es menester, pues, romper con Jesucristo,

si no quieres romper enteramente con el mundo; no hay término medio. Querer unir al mundo con Jesucristo, es ultrajar á Jesucristo. El mundo desearía esta concordia, porque le resulta mucha honra y es el modo de engañar á los incautos; pero Jesucristo no la quiere, porque tal unión lo ultraja sobremanera.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío y Dios mío! Al oiros anatematizar el mundo, tiemblo por mi salvación. Conozco que no soy por completo de Vos, y como el que con Vos no está, está en contra vuestra, temo ser de los que no viven ni de vuestro espíritu ni de vuestra gracia, sino del espíritu del mundo, enemigo vuestro. Arrancad, aun á pesar mío, todo lo que haya en mi corazón que sea mundano, y reine sólo vuestro espíritu en mí, que yo os prometo ser desde hoy enemigo del mundo, de sus máximas, pompas, modas y vanidades, y vivir sólo para Vos.

Propósitos.—Saca de esta meditación odio á todo lo que pueda separarte del espíritu de Jesucristo, y valor para hacer la guerra á las ideas, principios y obras de los mundanos.

18 DE ENERO

La profecía del anciano Simeón acerca de María.

Preludios.—Contempla á la Virgen Santísima oyendo con maravillosa resignación la profecía de su martirio; fíjate en aquel cuadro de la Sagrada Familia y el venerable sacerdote, y pide á la Madre de Dios aprender de ella y de su Hijo santísimo la divina ciencia del sufrimiento resignado y silencioso, y, si es posible, alegre y agradecido.

Punto I

La Virgen Santísima y el anciano Simeón.

Considera, que cuando la Virgen Santísima levantó sus brazos en el templo para presentar su divino Hijo al Eterno Padre, represen-

tado por el anciano Simeón, notó éste que aquellos brazos maternales eran la primera cruz sobre la que se inmolaba Cristo. Por eso el santo sacerdote, lleno del espíritu de Dios, profetiza los dolores y afrentas del Calvario, ve á la Madre Virgen y á su divino Hijo atados á la misma cruz, sufriendo los mismos dolores, presentando á Dios el mismo sacrificio, el uno por el derramamiento de la sangre de su cuerpo sacratísimo, y María por el de la sangre de su corazón y de su alma. Y aquel santo anciano que representaba en el templo la majestad de Dios, pronuncia entonces aquellas palabras proféticas, palabras que luego se realizaron en el Calvario. *Su espada,* esto es, *la lanza que atraviese el corazón de tu Hijo, esa misma atravesará tu alma* [1]. Es decir, que un solo golpe atravesará el corazón del Hijo materialmente y espiritualmente el corazón de la Madre, ó, mejor dicho, una sola espada atravesará una sola alma, porque una es la del Hijo divino y la de la Madre Santísima.

Considera, en efecto, que cuando el amor une dos almas, como es de sí unitivo y fuego que funde y hace de dos una sola cosa, todo es común, gozos y penas, dolores y alegrías. Ahora bien, es cosa segura que jamás dos almas han estado tan unidas como Jesús y María, porque jamás ha habido amor ni tan divino ni tan ardiente, ni que haya reunido tantos títulos para la unión. Deduce de aquí la horrible herida que abrieron las palabras de Simeón en el corazón purísimo de María, y el cuchillo de dolor que comenzó á traer atravesado en su alma, y que le duró toda la vida.

1 Tuam ipsius animam pertransibit gladius.—Luc. II, 35.

Porque aunque es verdad que el martirio de María había ya comenzado aun antes de escuchar esta predicción, pues ya sabía que el honor de ser la madre del Redentor le costaría increíbles dolores, pero al escuchar al santo sacerdote sintió su pecho atravesado por la punta de esa dolorosa espada de que le hablaba Simeón, porque entonces fué cuando se vió obligada á ratificar, por decirlo así, la condenación de su hijo, presentándolo al Padre Eterno como la víctima que esperaban todos los siglos.

Considera, en efecto, que así como la vista de la muerte nunca hizo en Jesús tanta impresión como en el huerto de las Olivas, aunque la previó desde el primer instante de su vida, porque sólo allí le fué preciso dar un consentimiento expreso á la sentencia fulminada por su Padre, así también en el templo fué donde María se conmovió más vivamente á causa de los dolores que habría de sufrir su Hijo, porque en el templo hubo de abandonarlo solemnemente á la justicia de Dios y á la crueldad de los hombres. Desde entonces se trabó en su alma un combate parecido, en cierto modo, á la agonía del Salvador; el celo que en ella ardía por nuestra salvación al luchar en su corazón con el amor de la mejor y más tierna de las madres, le desgarraba el alma á consecuencia de afectos tan vehementes y tan contrarios.

¡Oh María! ¡Cuántas lágrimas habéis vertido, y qué de amarguras habéis sufrido por nosotros! ¿Cómo nos atrevemos á invocaros después de haberos causado tantos dolores? ¡Ah! Vos nos amáis siempre, porque somos amados por vuestro Hijo. Sed, pues, cerca de

El nuestra poderosa mediadora, sed nuestra madre. Obtened que no volvamos á afligir su divino Corazón; sino que, como vos, le sigamos con fidelidad hasta los pies de esa cruz, en la cual empezasteis á vivir clavada en este día.

Punto II

Maravillosos frutos que sacó la Virgen santísima de los dolores que le profetizó Simeón.

Considera que así como Cristo N. S. sacó de la cruz el título de Redentor de los hombres y un nombre sobre todo nombre, así la grandeza de la santísima Virgen tuvo por fundamento la misma cruz de Cristo, en donde quedó su alma enclavada por las palabras de Simeón, porque sus dolores probaban que era madre de Dios y la constituían madre de todos los hombres. Luego debes de considerar cómo de sus dolores sacó dulcísimos consuelos por estar tan unida con la voluntad de Dios, y esto explica una cosa que á primera vista parece extraña: que la Iglesia celebre los dolores de María con una alegre fiesta y los llame gloriosos. Parece este enigma semejante al propuesto por Sansón: *Del fuerte sale lo dulce;* problema que quedó sin respuesta hasta que la esposa le dijo: ¿Qué cosa más dulce que la miel, ni más fuerte que el león? Y, sin embargo, de la boca del león salió el panal de miel. Así no hay cosa más dolorosa que la cruz, ni más dulce que lo que sale de la cruz.

Por eso María sacó de lo amargo de sus dolores dulzuras inefables, puesto que María padeció por Cristo y con Cristo, y no hay cosa más dulce al amante que padecer por el ama-

do. Y así como Saúl y Jonatás, su hijo, estuvieron unidos hasta la muerte, y David quería morir por su hijo Absalón, del mismo modo María encontró consuelo dulcísimo en acompañar á su divino Hijo en la afrentosa pasión. Además de que María no miraba á la injusticia de los judíos, sino á la voluntad del Eterno Padre, y como ésta era que su divino Hijo muriera, al mismo tiempo que padecía dolores inefables, gozábase en que se cumpliesen los designios amorosos de la eterna justicia de Dios. Regocijábase también, por el fruto de la sangre de su divino Hijo, porque María no ignoraba que todos los tormentos que Jesucristo padecía, y todos los dolores que aquellos suplicios le causaban, eran el precio de la salvación del linaje humano.

Considera, después, que no menores que sus penas fueron sus humillaciones; porque el ser Madre del Crucificado la convertía en blanco del desprecio de los hombres malvados. Pero así como en el diluvio, mientras más se levantaban las aguas y crecían las olas, más se elevaba el arca en que se habían refugiado Noé y su familia, así esta arca mística de la nueva alianza se sublimó más, á medida que fueron mayores las humillaciones que hubo de padecer, porque entre tanta afrenta y menosprecio, tuvo la gloria de cooperar al sacrificio de la cruz; porque en días de defección y miedo de parte de los mayores amigos del Salvador, María conservó vivísima la fe, siendo la representación y madre de la Iglesia, y porque á causa de esta humillación obtuvo el título de Madre universal de los hombres. Allí, además, fué consagrada por el dolor Reina de

los mártires, porque éstos sólo tuvieron por instrumentos de su suplicio, espadas y hogueras, mientras que María tuvo como instrumento de dolor á su propio hijo. ¡Oh sublime contraposición de grandezas y de humillaciones! Justo es que os compadezcamos, oh Madre amantísima, pero justo es también que proclamemos la exaltación de vuestros dolores para animarnos á padecer con Vos y como Vos.

Pero María no sólo tuvo penas interiores, sino contradicciones exteriores. Mas así como la piedra del desierto mientras más herida era, más torrentes de agua cristalina arrojaba, y el pedernal, mientras más choca con el eslabón da más fuego, y la tierra más fruto, cuanto es más hondo el surco que en ella labra el arado, así María recibía más gloria mientras mayores eran las contradicciones que tenía que soportar. Por esto se comparan sus dolores al mar, en el que entran las aguas dulces y sabrosas de todos los ríos, y por esto también vió con razón, San Juan á María, coronada del sol, la luna y las estrellas. ¿Cuando se vieron juntas luces más extrañas? ¡Ah! dice un santo Padre: en María está el sol de la gloria con la noche de los dolores. Y esta es la razón del por qué los dolores de María son celebrados con tanta gloria. ¡Ah! ¿cómo nos sirven de consuelo y cómo no acuden á ellos en busca de bálsamo y refrigerio todas las almas atribuladas? Porque ¿qué mayor gloria puede caber á María que el ser ella en sus dolores Madre de los que lloran, esperanza de los que gimen y consuelo de cuantos sufren? Acude, alma mía á tu Madre en tus penas y trabajos, que ella te

los aliviará ó te fortalecerá para que la acompañes con valor al pie de la cruz.

Punto III

Frutos que para nosotros han tenido los dolores de María.

Después de ver los frutos de grandeza, consuelo y de gloria que dieron los dolores á María santísima nuestra madre, considera como corona y fin práctico de esta meditación los que hemos recogido nosotros de tan abundante cosecha. Corazones hay donde viven las penas y dolores de asiento, y ninguno adonde no llamen con frecuencia. Las chozas del mendigo, los hospitales, las cárceles, lugares son en donde, como un déspota, reina el dolor; pero á veces el palacio y la casa del rico son también morada predilecta de todo linaje de aflicciones y quebrantos. Es, pues, ésta, materia que abraza á todos los hombres, ya que todo hombre vive poco y siempre lleno de toda clase de trabajos.

Considera, pues, que el primer fruto de la Cruz de Cristo y de los dolores de María, fué haber ennoblecido las penas. Porque recuerda primeramente lo que era la cruz antes de que María se abrazase á ella. Servía de afrentoso patíbulo donde expiaban sus culpas los criminales más abyectos; ahora es la señal victoriosa que domina al mundo y que brilla, con incomparable grandeza, sobre la corona de los reyes. Análoga cosa ha acontecido con la cruz espiritual de los cristianos, que es el dolor. Todas las penas eran como un recuerdo y una cicatriz del pecado; pero al contacto

de las llagas del Salvador y de los dolores de María, como aguas que pasan por una mina celestial, adquirieron un valor superior á todas las riquezas del mundo. Porque así como el Verbo Eterno al tocar las aguas del Jordán les comunicó virtud divina de lavar y de purificar las almas, así la pasión de Cristo y los dolores de María dieron á las tribulaciones una virtud más que humana. Por eso los Apóstoles y todos los santos iban alegres al sacrificio y á la muerte, considerando que así como en el cielo el que se halla más cercano al trono del Salvador participa más de su gloria, del mismo modo en la tierra el que está más cerca de la cruz, que es su trono, es más estimado y honrado de Dios.

Y si esto hicieron los santos, á nosotros, pobres pecadores, que no podemos gloriarnos de cosa alguna, sólo nos queda el recurso de gloriarnos en la tribulación, aceptándola como el mejor título de nobleza que puede ostentar un cristiano. ¿Qué dice á eso nuestro corazón, acostumbrado á mirar con horror todo lo que envuelva en sí la idea del sufrimiento? ¿No es, acaso, que somos indignos de vestir la librea de Jesucristo y de llamarnos hijos de la Madre del dolor? Animémonos á recibir en adelante las tribulaciones como beneficios del cielo, y si la naturaleza corrompida levanta el grito protestando contra el dolor, reduzcámosla á la obediencia con la consideración de que ya las penas dejaron de ser padrón de ignominia para convertirse en ejecutoria, no ya de nobleza humana, sino de grandeza divina.

Considera, además, que así como el madero

de Moisés endulzó las aguas amargas del Mara, y las fieras pierden su nombre cuando se las domestica, así las penas más crueles, al pasar por el corazón de María, perdieron su amargura y se dulcificaron, hasta el punto de que los mártires llamaban rosas á los carbones encendidos, gozo al dolor y vida á la muerte; y lo mismo han hecho todas las almas santas, para las que una vida sin cruz siempre ha sido la mayor de las cruces. ¡Hasta cuándo, pues, nosotros seremos niños en la virtud, no amando otra cosa más que lo que deleita! ¡Cuándo, á la vista de los dolores de María, comenzaremos á avergonzarnos de correr hacia los placeres y de rehuir las tribulaciones, endulzadas por la espada del dolor que traspasó el corazón purísimo de la Madre del Verbo Eterno!

Hemos de considerar, por último, que los dolores de María han hecho necesarias las penas. Aquel mar de aflicción de Jesús y de María no ha tenido por objeto sólo redimirnos, para lo que bastaba un suspiro del Verbo Encarnado. Su fin ha sido enseñarnos á padecer é indicarnos el camino del cielo, que no es otro que el del Calvario; darnos á entender la necesidad y conveniencia de la expiación por el derramamiento de sangre, como el gran manantial de todo mérito, como crisol de las virtudes; porque si Cristo y María padecieron, todo cristiano debe seguir sus pisadas. Por eso, quien rechaza el dolor es indigno de los excesos de amor de Jesús, ni es soldado digno del capitán que dijo: Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de ser mi discípulo. Ni está bien tampoco que, yendo María

al Calvario para abrazarse con la cruz, donde expiraba su divino Hijo, vayamos nosotros á lugares de placer, volviendo la espalda á nuestra Madre.

Coloquio.—¡Oh Virgen de las vírgenes, con cuánta razón podemos desde hoy llamaros Mártir de los mártires, pues como á todas las vírgenes excedisteis en la flor de la virginidad, así á todos los mártires excedéis en el fruto del martirio! Mártir sois desde ahora en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecía, y mártir también por los terribilísimos dolores que os profetizó Simeón, bastantes para daros la muerte si vuestro Hijo no os conservara la vida. ¡Oh, quién pudiera acompañaros en este modo de martirio! Alcanzadme ¡oh Reina de los mártires! que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazón á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificasteis Vos, y aprendiendo á vuestro lado la ciencia divina de la cruz.

Propósitos.—Saca de esta meditación saber llevar con gozo, ó al menos con perfecta resignación, las pruebas, tanto espirituales como materiales, con que el Señor se digna visitarte.

19 DE ENERO

De tres divinas cualidades atribuídas á Cristo Nuestro Señor en el cántico de Simeón

Preludios.—Imagínate al santo anciano Simeón, que por inspiración del Espíritu Santo vino al templo, y tomando al Niño en sus brazos, entonó un cántico de gracias y profetizó las grandezas de Cristo S. N. Pide tú tener el mismo fervor y la misma fe de Simeón, cuando tengas en tu corazón el Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Punto I

Jesucristo N. S. es la luz del mundo.

Considera cómo el santo y venerable anciano Simeón, teniendo en sus brazos al Hijo de

Dios, y penetrando con la luz que le infundió el Espíritu Santo en la gloria reservada á aquel Niño prodigioso, enajenado de admiración, de alegría y de amor, extático ante la grandeza divina que veía á través de la humana hermosura de Jesús, prorrumpió en un cántico breve, pero admirable, en que alabó y ensalzó tres cualidades excelentes de Cristo S. N.; á saber: que este divino Jesús es la salud de todos los pueblos, la lumbre de las naciones y la gloria de Israel. Por lo primero, quiso demostrar que Jesucristo es el salvador común de judíos y de gentiles; por lo segundo, que es salvador de los infieles, á los que da la lumbre de la fe, que antes no tenían, y por lo tercero, que Jesucristo santifica á los buenos, comunicándoles gracia y bienaventuranza.

Considera, en primer lugar, cómo Jesús, Señor nuestro, es la verdadera lumbre de nuestras almas, y cómo sin El el mundo yacería en tinieblas, y con cuánta razón dijo de sí: *Yo soy la luz del mundo*. Por esto la Iglesia nos da, en el día de la Purificación, velas benditas y brasas que nos hagan recordar la luz interior de la fe y el fuego de la caridad que el Hijo de Dios ha traído á este mundo. En la vela se distinguen la cera y la luz; la cera es símbolo de la virginidad purísima de María, de la cual brotó la carne inmaculada del Salvador, y la luz representa la divina Persona del Verbo Eterno, que es la lumbre de Dios, increada é inextinguible. La vela se consume alumbrándonos y sirviéndonos, del mismo modo que el Hijo de Dios ha empleado toda su vida y su sangre por entero, hasta la última gota, por nuestra salvación. Con una vela encendida en-

cendemos otras muchas, sin que la primera pierda nada de su brillo, y del mismo modo el Hijo de Dios enciende en su divina luz y en su amor y celo á sus santos, á sus apóstoles y profetas, sin perder ni un solo rayo de su divina claridad.

En Jesucristo, pues, lumbre inextinguible, hemos de encender nuestras almas, si queremos que ardan con el santo fuego de la fe y de la caridad; pero recordemos que el hilo arde porque está metido dentro de la cera, y que sin la cera no puede alumbrar, y que del mismo modo el fuego de la caridad no se conserva si no está unido á Jesucristo en un cuerpo puro y casto, y la castidad, como todas las demás virtudes, no vive ni merece delante de Dios, sino animada y vivificada por las llamas del amor.

Jesucristo es además la luz del mundo, porque es el único Maestro que nos enseña el camino de la verdad y del bien; porque enciende por su gracia, en nuestras almas, la luz de la fe; porque es el Sol divino que alumbra nuestros pasos con la lumbre de su divina palabra y sus maravillosos ejemplos, de modo que sólo caminan á la luz del día los que van tras El, y los demás viven, como los que siguen al mundo, al demonio y á la carne, en perpetuas tinieblas. *Eramos,* dice el Apóstol, *tinieblas, y ahora luz en el Señor.* Andemos, pues, como hijos de la luz, y los frutos de la luz son toda bondad, justicia y verdad, no tomando parte en las obras tenebrosas [1]. La luz divina nos hará conocer á Dios y en Dios todas las cosas. Mira si tú vives de esa luz, ó más bien,

1 Eph., 5.

de las máximas tenebrosas del mundo, y pide al Señor que no se retire nunca de tu entendimiento, porque en seguida se haría noche en él, como se hace noche en el mundo, cuando se retira Jesucristo.

¡Oh amantísimo Salvador, que alumbráis á todos los hombres que vienen al mundo, no me dejéis á mí en las tinieblas, dadme la luz de una viva fe y el fuego de ardentísima caridad y de todos los dones de la gracia á fin de que alguna vez pueda yo veros claramente en la luz de la gloria!

Punto II

Jesucristo es la gloria de Israel.

Considera, en segundo lugar, que Jesucristo es la verdadera gloria de Israel, ya porque es un supremo honor para los judíos que el Salvador del mundo haya nacido de su raza, ya porque todas las maravillas con que Dios ha significado y engrandecido á esta nación fueron hechas en consideración á Jesucristo, que es la gloria de Dios, la gloria de los ángeles, la gloria de los hombres, la gloria y ornamento del Universo.

Pondera aquí qué locos son los mundanos y los pecadores que se vanaglorian de su poder y de sus riquezas, cuando sólo en Cristo S. N. está la verdadera gloria, puesto que el honor para el cristiano dimana de conocer á Dios, que es la Verdad, y á Jesucristo su Hijo, que es la Vida.

Pero mira que á esta gloria, que nos ganó Cristo, se va por caminos muy distintos de la gloria humana. A ésta se va por senderos flo-

ridos; á aquélla sólo por el de la cruz de Cristo. Mira, pues, qué caminos llevas, en qué quieres gloriarte y cuáles son tus aspiraciones. La gloria de la tierra, que consiste en la nobleza, en el oro, en la sabiduría, en la alta fama y demás vanidades que deslumbran á los mortales, no tiene en sí valor alguno, y pasa como nube ó se disipa como un sueño. No es así la que Jesucristo ganó para su pueblo y para sus escogidos con su sangre preciosa. Se funda nada menos que en la participación por la gracia de la misma naturaleza divina, en darnos títulos de hijos de Dios y de herederos de su gloria, en hacernos participantes de todos sus derechos, merecimientos y grandezas, de modo que seamos hermanos de Cristo y así nos llame El, no contentándose con llamarnos siervos y amigos suyos. ¡Qué son las glorias de la tierra, qué las grandezas de los tronos en comparación de esta gloria, que es además, si por nosotros no queda, no deleznable y transitoria como las mundanas, sino eterna como Dios, y en cierto modo infinita, como la visión beatífica!

Mira si pones en Jesús, en su amor y servicio, en seguir sus ejemplos y doctrina toda tu gloria, ó si más bien, lleno de las máximas y vanidades del mundo, la pones en lo terreno y transitorio, en lo que dura tan poco ó menos que la vida, y que, por consiguiente, es humo, vanidad y nada. Gloríate, pues, sólo en Jesús, en ser suyo; gloríate en asemejarte á El, despreciando todo lo que no sea Jesús; gloríate, como San Pablo, en su cruz y en sus tribulaciones, en la imitación de sus virtudes; porque toda carne y toda gloria humana es heno, y

sólo Jesucristo y su cruz, detrás de la que va la gloria, permanece por siempre jamás. Mira al interior de tu corazón á ver si allí está la cruz del Salvador, ó más bien los ídolos de las pasiones humanas.

¡Oh Dios, que sois la gloria de Israel! Yo sé que habitáis en un lugar santo, y que toda iniquidad os es aborrecible. Todos los justos esperan en Vos, y Vos habitaréis en ellos por los siglos de los siglos; todos los que os aman serán glorificados en Vos, porque Vos sois la única gloria del justo. Señor y Redentor mío: Vos sois también mi protector y mi gloria; en ser vuestro, cifro mi grandeza, despreciando por completo toda gloria que no consista en conoceros y amaros.

Punto III

Jesucristo, S. N., es la salvación de todos los pueblos.

Considera, en tercer lugar, que Jesucristo es la salud de todos los pueblos. Su Padre lo envió al mundo para ser la redención de las naciones y la causa universal de la salud de todos los hombres. «He aquí (dijo el profeta Isaías) que yo te he constituido para que seas luz de las naciones, y mi salud hasta las extremidades de la tierra».

Pondérense las palabras del anciano Simeón: «Mis ojos han visto la salud que has aparejado ante la faz de todos los pueblos». Este divino Salvador está delante de nosotros, se presenta á nuestros ojos, se ofrece á nosotros para salvarnos. Si nosotros queremos, hará de nosotros hombres espirituales y santos: porque El lo desea, lo quiere, lo puede

hacer, y lo hará, en efecto, si nosotros no le oponemos ningún obstáculo.

Es, además, la salvación de Israel y de todos los pueblos, porque sólo su sangre los redime, su doctrina los salva, sus mandamientos los llevan por la senda de la felicidad y sus ejemplos los santifican. No hay otro nombre más que el suyo en el que los pueblos puedan ser salvos, y cuantos de El reniegan ó se separan, caminan, como lo vemos cada día, por los senderos de su perdición hasta el abismo de todas las desgracias.

En vano buscarán los pueblos quien los salve. Ni reyes, ni sabios, ni políticos, nadie los podrá salvar fuera de Jesús, ó de quien confiesa, ama y defiende á Jesús, y practique y haga practicar su santa ley, quien oiga su voz y siga su doctrina. Porque no se ha dado á los hombres otro nombre en el que puedan ser salvos, sino en el de N. S. Jesucristo [1]. Fuera de él, tinieblas de errores en el entendimiento y toda suerte de vicios y de pecados en el corazón. Y así como para redimir al mundo é iluminarle con la luz de su doctrina y salvarle, fué preciso que viniera Jesucristo, así para que viva en santidad y justicia hace falta la doctrina de su sagrado Evangelio.

Coloquio. —¡Oh Jesús, gloria mía y lumbre mía! ¡Oh autor de mi salvación! ¿Qué os diré yo á la hora de la muerte si me hallo desnudo de virtudes y privado de vuestra gracia? ¿Qué excusa podré alegar, y qué he de responder cuando me preguntéis por qué no me quise salvar, por qué no quise coadyuvar á vuestra voluntad soberana? Sé tú, Jesús mío, mi luz, mi gloria y mi salvación para que no se malogre en mí el fruto de tu sangre divina.

1 Act., IV, 12.

Propósitos.—Anteponer á toda sabiduría la ciencia de la salvación, y á toda gloria la de ser hijo de Dios, y gloriarnos sólo como el Apóstol en la cruz y en el amor de N. S. Jesucristo.

20 DE ENERO

De la huída á Egipto.

Preludios.—Oye al Ángel del Señor intimando á San José la orden de huir á Egipto; contempla la resignación, fe y obediencia de la Sagrada Familia, y pide saber imitar tan maravillosas virtudes.

Punto I

La orden del Ángel á San José.

Considera las palabras con que el Ángel declaró el mandato de nuestro Señor, las cuales fueron graves, breves, imperiosas y con circunstancias muy convenientes para probar la obediencia del Santo á quien se decían; porque de esta manera suele Dios mandar á los varones perfectos, para ejercitarlos y para que den muestras de su obediencia, así como otro ángel usó de semejantes palabras en la obediencia que intimó á Abraham de salir de su tierra y de sacrificar á su hijo Isaac. Y á esta causa no entra usando de circunloquios ó preámbulos, de que comúnmente usa el mundo, ni rogando, sino mandando: *Levántate*—dice,—*toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto y estate allí, hasta que otra cosa te diga.*

En estas palabras se han de ponderar las circunstancias que hacían dificultosa esta ordenación. Lo primero, intimóse de noche, estando San José durmiendo y descansando, cuando los hombres suelen tener más horror

al trabajo; para significar que en medio de los descansos hemos de estar preparados á los trabajos, y en todo tiempo hemos de estar á punto para dejar el reposo, cuando Dios mandare que lo dejemos para obedecerle en otra cosa, como hizo con Samuel llamándole tres ó cuatro veces de noche, y haciéndole levantar del lecho en que dormía, para ejercitarle en la obediencia y en la abnegación de su propia voluntad.

Lo segundo, le mandó el ángel tomar á sólo el Niño benditísimo y á su Madre, para poder huir y escaparse más libremente del intento del rey Herodes. Es figura de lo que debo hacer cuando Dios me manda huir del mundo y del pecado, dejando todas las cosas temporales que me pueden trabar, contentándome con llevar conmigo á sólo Dios, porque si llevo al Niño Jesús y su Madre, ¿qué me faltará? ¡Oh Jesús dulcísimo! huir contigo no es trabajo; dejarlo todo, quedándote Tú conmigo, no es tormento; porque teniéndote á Ti, donde quiera estaré gustoso, y en todo lugar estaré rico. ¡Oh alma mía! toma al Hijo y á su Madre, poniéndote debajo de su protección y sirviéndoles muy de veras; porque donde están los dos, no hay soledad, y cuando ellos acompañan, no hay peligro.

Lo tercero, le señaló la provincia adonde había de ir, que era Egipto, tierra de bárbaros y enemigos de los hebreos; porque gusta Dios de que sus escogidos moren donde El quiere y no donde ellos por su vano antojo desean, persuadiéndose que adonde Dios les pusiere estarán seguros; y al contrario, quizá donde ellos desean estarán con gran peligro, aunque

les parezca lugar seguro; porque la verdadera seguridad del alma no la da el lugar, ni el rincón, sino la protección de Dios, y con su protección estaré seguro en Egipto por su obediencia, y sin ella pereceré en Israel por mi propia voluntad.

Lo cuarto, dejóle suspenso cuanto al tiempo que había de estar en Egipto, diciéndole: *Estate allí hasta que te diga otra cosa;* porque no gusta Dios que nosotros señalemos el tiempo que han de durar las cosas que El dispone, especialmente en materia de trabajos y desconsuelos, sino que quiere que le dejemos el cargo de esto, resignándonos á estar donde El quiere todo el tiempo que El quisiere; pues mucho mejor sabe Dios lo que nos conviene que nosotros. Y desea grandemente que nos fiemos de su providencia y gobierno. ¿Pues qué cosa puede ser más segura y acertada, que perder yo el cuidado de mis cosas, si Dios y sus ángeles se encargan de ellas?

Lo quinto, dióle razón del mandato que le ponía, diciendo: *porque Herodes ha de buscar al Niño para matarlo.* En lo cual confirma el cuidado que tiene de los suyos, atajando los peligros antes que vengan, é inspirando el medio que han de tener para librarse de ellos. Verdad es que otras veces nuestro Señor manda algo á sus siervos, sin darles razón de lo que manda, como á Abraham en los casos referidos, para que aprendan á obedecerle, no por razones, ni comodidades propias, sino puramente porque El lo manda; porque como la fe no estriba principalmente en razones, sino en la revelación de Dios, pero supuesta la divina revelación, ayudan las razones para

creer con más suavidad y fortificarse más en la fe, así también la perfecta obediencia no ha de estribar principalmente en más razón que mandarlo y quererlo Dios; pero supuesto este principal motivo, algunas veces da nuestro Señor razón de lo que manda, como la dió á San José, para que se le obedezca con más suavidad; y si no alcanzare á entender la razón, he de rendir mi juicio á ella, como este Santo lo hizo, según luego veremos.

De estas consideraciones he de sacar, si deseo ser perfecto, mostrarlo en tener tal disposición, que puedan mandarme los superiores y confesores lo que juzgaren conveniente, con el modo que quisieren, sin recelo de que faltare en lo que me encargaren.

Punto II

De las virtudes que ejercitó la Sagrada Familia en la huída á Egipto.

Considera cómo tuvo el bendito San José gran rendimiento de juicio, sujetándole sin réplica á la divina ordenación; y aunque pudiera alegar que por otras vías más suaves podía librar al divino Niño ó á lo menos, que habiendo de huir, no fuese á Egipto, sino á Arabia ó Samaria, nada de esto replicó, sino rindió su juicio y calló, venerando la divina ordenación sin hacer pregunta ninguna ni dar muestra de curiosidad en querer saber más de lo que el Angel le decía.

Después medita en su grande despego de todo lo terrenal en cosa tan áspera, como era dejar su tierra y casa, y la comunicación de los suyos, y salir como desterrado á tierra ex-

traña con grande pobreza; pero con todo eso, gustó más de cumplir la divina voluntad, dejando la propia, con más perfección que Abraham; el cual, aunque salió de su tierra y parentela por obedecer á Dios, pero llevaba consigo gran muchedumbre de criados, con muchas riquezas y bienes temporales.

Además, fué puntual y presto en lo que le mandaban; porque no se detuvo á proseguir el sueño lo restante de la noche, sino luego se levantó, y dando parte de la revelación á la Virgen santísima, se pusieron en camino, dejando lo que tenían allí; y salieron de noche para cumplir con más perfección la obediencia de huir con secreto, porque para esto es más á propósito la noche.

Luego pondera el gozo y contento con que caminaban sus jornadas, aunque trabajosas y largas, sin comodidades temporales, pero no las sentían, por la grandeza de la alegría interior, la cual estribaba en dos cosas. La primera, en que era la voluntad de Dios N. S., la cual tenían por sumo consuelo. La segunda, en que llevaban consigo á Jesús, y esta compañía bastaba para consolarlos en cualquiera soledad y desamparo, sin divertirse á mirar, ni procurar otros alivios que suelen buscar los caminantes. ¡Oh Dios omnipotente, que tal obediencia diste á esta Sagrada Familia! por sus merecimientos te suplico me ayudes, para que te obedezca con rendimiento de juicio, con prontitud de voluntad, con presteza en la ejecución y con alegría de corazón, por sólo cumplir tu voluntad, fiándome de tu providencia, que tendrá de mí cuidado si de este modo te obedezco.

Punto III

La Sagrada Familia en Egipto.

Considera cómo Jesús, su Madre santísima y San José, estuvieron en Egipto hasta la muerte del tirano Herodes, que fueron cinco años, ó tal vez siete, y las cosas señaladas que en este tiempo pasaron.

La primera es la grande pobreza con que allí vivían, pero muy alegres, sustentándose del trabajo de sus manos, en pobre casa y entre gente bárbara y extraña, llevando todo esto con sumo gozo por ser ésta la voluntad de Dios que moraba con ellos. De aquí procedía la gran quietud que tenían, de modo que ni deseaban la muerte de Herodes, ni se congojaban con la dilación de su vuelta, remitiéndolo todo á la divina Providencia.

Y como eran tan celosos de la gloria de Dios, vivían allí en continuo dolor, por las idolatrías de aquella gente, y su perdición: de modo, que de cada uno se puede decir lo que San Pedro dice de Lot, cuando estaba en Sodoma, que *era justo en el mirar y en el oir, viviendo entre aquellos que cada día atormentaban su santa alma con malas obras.* Así, es de creer que la Virgen santísima y San José, estaban atormentados en su espíritu con los pecados de aquella gente; pero siempre en medio de ellos conservaban su pureza y santidad, resplandeciendo como las lumbreras del cielo en medio de aquella nación mala, probándome que si vivo con Dios y soy fiel á Dios, puedo ser santo y conservarme puro y sin pecado en medio de los libertinos y pecadores.

Y es de creer que la santidad, modestia y conversación celestial de la Virgen nuestra Señora y de San José, ablandarían los corazones de aquellos bárbaros, y les causarían admiración y respeto; y algunos con su ejemplo se convertirían á Dios y acudirían á favorecerles con limosnas y dádivas, las cuales aceptarían como pobres para su sustento. ¡Oh, quien se hallara en este destierro para acompañar y servir al Niño y á la Madre!

Coloquio. — Ayudadme, Dios mío, con vuestra gracia, para que en mi destierro viva con alegría, conformándome con vuestra voluntad y dando buen ejemplo á los que conmigo vivieren, para que muchos por mi medio os sirvan con perfección. Concededme, además, oh Dios obediente y humilde, que me sujete á toda humana criatura por vuestro amor, obedeciendo á lo que me mandareis por medio de los hombres, como sois en el cielo obedecido de los ángeles, cumpliendo vuestra voluntad en la tierra con el fervor con que se cumple en el cielo.

Propósitos.—Vivísima fe y confianza en la Providencia del Señor: y en las calamidades públicas, lo mismo que en las pruebas personales, mirar siempre la mano de Dios que nos castiga y purifica.

21 DE ENERO

De la obediencia de Jesús, María y José en la huida á Egipto.

Preludios.—Mira á la Sagrada Familia caminando por los desiertos de Egipto con maravillosa modestia, fe y confianza en Dios, y pide al Señor gracia para imitarlos en su obediencia.

Punto I

Obediencia de Jesús, santísima en sus motivos.

Aunque la orden que recibió San José del cielo y por el ministerio de un Angel, de huir

á Egipto con Jesús y María, no se dirigía inmediatamente al divino Niño, no obstante hablaba principalmente con Jesús. Y porque este Dios-Niño tenía entero conocimiento de todo lo que pasaba, se puede considerar esta huída tan pronta y tan maravillosa, como efecto de su obediencia.

Considera que en su principio fué una obediencia santísima; pues se fundaba en una perfecta conformidad con la voluntad de su Padre, á quien sólo quería agradar, y en quien únicamente confiaba. Miraba Jesús á su Padre, no sólo en el Angel enviado del cielo, sino también en San José, á quien había hablado el Angel, y quien debía ser en esta ocasión el agente y ministro de Dios. Dejóse, pues, conducir, y no tuvo otro afecto que el de una filial sumisión y de un pleno abandono en manos de la Providencia, y de aquellos que estaban encargados del cuidado de su persona. Semejante á esta debe ser la obediencia cristiana. No hay cosa más santa que los principios sobre que está fundada; porque lo está sobre el acto más heroico de fe, sobre el acto más excelente de confianza, y sobre el acto más perfecto de caridad.

Acto de fe el más heroico, pues para obedecer como cristiano, he de creer que reside la autoridad de Dios en mis superiores, y que les ha sido comunicada por el mismo Jesucristo· de suerte que esta comunicación de autoridad debe ser para mí tan cierta, como si yo mismo hubiera presenciado esta comunicación. Debo creer, además, que sujetándome voluntariamente y de grado á esta jurisdicción divina y humana, es Dios el que me gobierna por me-

dio de cuantos tengan sobre mí legítima autoridad, y estoy obligado á obedecerlos, no en cuanto son hombres como yo, sino en cuanto tienen para mí el lugar de Dios, que me declara por boca de ellos su santísima voluntad; y porque esta autoridad subsiste en sus representantes, á pesar de las imperfecciones de los que me mandan y á pesar de sus fragilidades y de las contradicciones de mí espíritu y repugnancias de mi corazón; de aquí el que con todo esto deba subsistir en mi el mismo acto de fe; y que no obstante las faltas que descubra en el superior, debo respetarle siempre igualmente, ó por mejor decir, debo venerar á Dios en mis padres, confesores y superiores.

Acto excelentísimo de confianza; porque si no me guío más que por la luz natural, podré frecuentemente temer no yerre, siguiendo las órdenes de mis superiores; pero, obedeciendo, espero que Dios, movido de mi dócil sumisión, les inspirará lo que me conviene; que no permitirá que me pierda siguiendo el camino que me señalaren; que me librará de todos los peligros; y que supuesto que ellos se hubieran engañado, á mí no me pedirá Dios cuenta de su yerro; en fin, que Dios aceptará gustoso y me premiará lo que hiciere, si lo ejecutare con verdadero espíritu de obediencia cristiana.

Acto perfecto de caridad, porque el mayor sacrificio que puedo hacer á Dios es el de mi voluntad; y sólo el amor puro de Dios puede hacer que me despoje de mí mismo y de lo que tengo más precioso entre los bienes naturales, que es mi libertad. ¡Qué consuelo para un alma obediente! Pero al contrario, cuando me

muestro rebelde á las órdenes de mis superiores, lo mismo en el orden espiritual, que son en la Iglesia el Papa, los Prelados, mis confesores y directores, que en el temporal, que son mis padres y cuantos sobre mí tienen alguna legítima autoridad, ¡qué desorden y cuántos motivos vengo de temer! *No eres tú*, decía Dios á Samuel, hablando de los judíos, que pedían ser gobernados por otro, desechando al Profeta: *No eres tú á quien ellos han desechado: á mí mismo me desecharon.* De la misma suerte, desobedeciendo al Superior, desobedezco al mismo Dios, me levanto contra el mismo Dios, y me aparto de El con la voluntad y con las obras.

Decídete de aquí y sacia gran vida de fe, y acostúmbrate á ver siempre á Dios en quien te manda con autoridad y justicia. Así te elevas y engrandeces, y tu obediencia será cristiana, noble y, sobre todo, meritoria.

Punto II

Obediencia penosísima en su ejecución.

Considera que si la obediencia de Jesucristo fué santa en su principio, fué penosísima en la ejecución. ¿De qué se trataba? De dejar desde los primeros días de su nacimiento su propio país, y ser llevado á un país extranjero: de exponerse, niño y tan tierno, á las fatigas y peligros de un áspero viaje: de partir en la misma noche en que se había dado la orden á San José, y ponerse en camino sin dilación, sin disposición y sin provisión alguna: de ir á Egipto, en medio de un pueblo infiel y enemigo de los judíos: de vivir allí oculto y desconocido con extrema pobreza y absoluta necesi-

dad de todas las cosas; en fin, de morar allí hasta que la Providencia le sacase, porque el ángel no señaló para esto otro tiempo ni puso otro término. ¡Qué prueba! Jamás la obediencia del cristiano, ni aun del religioso, tuvo semejantes dificultades que vencer.

No obstante, el Padre, la Madre, el Niño, toda la santa Familia obedecen sin tardanza, sin excusas ni representaciones. Si se mira esto según la razón humana, por la cual me gobierno muy ordinariamente, habría mil razones que oponer á una obediencia tan pronta y tan rigurosa. ¿Cómo podría un niño, aún en la cuna, sufrir tal jornada? ¿Cómo se le podría llevar en medio de las tinieblas, y entre tantos riesgos como habría en el viaje? ¿Dónde se hallaría con qué mantenerse? ¿Y no podría Dios salvarlo de otra suerte de la persecución de Herodes? Ved aquí cómo discurre la razón humana: y yo mismo ¿no he discurrido así en muchas ocasiones en que no se trataba de cosas tan difíciles? El menor esfuerzo me espanta, la menor dificultad me detiene, todo me parece imposible, y siempre tengo pretextos que alegar, ó de debilidad, de enfermedad y de aversión, ó de otra cosa. Si el superior no piensa como yo, si reprueba mis ideas, si me humilla en mi amor propio, si no se rinde á mis representaciones y juzga que no debe atenderlas, esto basta para turbarme y para volverme contra él; le miro como un hombre intratable, y su fortaleza, por sabia que sea, me parece rigor y dureza, y hasta pongo en duda su autoridad sobre mí. ¿No me he explicado muchas veces en estos términos, ó á lo menos no lo he pensado así?

Lo más extraño en esto, y lo que no puedo reprender bastantemente, es que la mayor parte de las cosas de que murmuro con tanta amargura y contra las cuales grito, no me parecerían insufribles si no me las mandase la obediencia. Si las dejase á mi libertad, ó si en vez de mandármelas la Iglesia ó mi confesor me las mandase el mundo, la moda ó mi capricho, entonces vería que no eran sobre mis fuerzas y las haría gustosamente. Si quiero juzgarme con sinceridad, este es el estado de mi corazón y esto es lo que he podido notar en una infinidad de ocasiones. ¿Cuánto me facilitaría y aún endulzaría el cumplir con mi deber un verdadero espíritu de obediencia? Este espíritu es el que me falta. Con espíritu de obediencia no hay victoria alguna que no pueda yo conseguir; sin él no hay cosa tan ligera, como pasa á los cristianos tibios, que no me parezca yugo insoportable.

Cuando el Hijo de Dios obedece á su Eterno Padre, alejándose de su patria y retirándose al país de los idólatras, tiene en su corazón tal disposición, que está resuelto ya á obedecer *hasta la muerte de Cruz*. Si mi obediencia fuese tan perfecta como debía ser, ésta sería también la disposición en que habría de estar mi corazón. Pero ahora no se trata de padecer la muerte por sujetarme á la obediencia, pues no tengo ocasión para ello; pero lo que no puedo hacer ahora por falta de ocasiones, debo estar dispuesto á ejecutarlo si se ofreciere. ¿Puedo creer que estoy preparado á padecer la muerte, cuando la obediencia en las cosas muy pequeñas me causa tanta pena? ¿Tengo razón de quejarme de las órdenes que me dan y de

las leyes que se me imponen? ¿He obedecido hasta derramar mi sangre y hasta el sacrificio de mi vida?

Punto III

Obediencia provechosísima en sus efectos.

Considera que la obediencia de Jesucristo produjo efectos maravillosos. Jamás hubo obediencia más provechosa. Porque este divino Salvador llevó consigo las gracias de salvación que santificaron á Egipto y se derramaron después por tantos años en tantos solitarios y penitentes de que se llenaron aquellos desiertos, y cuya vida angélica fué la edificación y admiración de todo el mundo cristiano. Además, su huída á Egipto lo preservó del furor de Herodes y lo libró de la violencia de este perseguidor, que lo buscaba para matarlo: de suerte que, á pesár de toda las astucias de aquel rey bárbaro é impío, se libró Jesús por medio de su obediencia de la horrible matanza en que Herodes le quería envolver entre tantos inocentes.

Si yo comprendiese todas las ventajas de la vida cristiana, estaría tan lejos de mirar la sujeción á que me reduce, como yugo pesado, que me sujetaría con gusto y no querría hacer cosa alguna que no fuese ordenada por la obediencia. La obediencia es la que da valor á todas las acciones, aun las más indiferentes. Aunque lo que hago sea bajo y servil, mi obediencia lo consagra y le da carácter de santidad. La obediencia es la que atrae sobre nosotros las gracias de Dios. Desde el instante en que obro por orden del Señor, lo que ejecuto

es obra suya: y por eso se halla empeñado en concederme sus auxilios y en recompensar mi fidelidad: de aquí es que las empresas en que nos ocupamos con la bendición de nuestros Prelados y confesores, son comúnmente las que Dios bendice y las que salen mejor, ya sea para la edificación y el bien del prójimo, ya sea para nuestro propio aprovechamiento y consuelo.

Esta obediencia es también la que nos preserva del enemigo más peligroso que debemos temer en el camino de la salvación y de la perfección, que es nuestra propia voluntad. Como ésta es ciega é inclinada por su naturaleza á la libertad, necesita de guía que la conduzca y de freno que la detenga; la obediencia le sirve de uno y otro, teniéndola estrechamente unida con la voluntad de Dios. Debajo del gobierno y dirección de esta divina voluntad, siempre santa, estoy seguro; porque no me puedo perder mientras ando por el camino por el que Dios me llama y él mismo me ha señalado. No hay, pues, virtud menos sospechosa ni más sólida que la que se funda en la obediencia; cualquiera otra virtud que se oponga á ella, no es más que virtud aparente y pura ilusión, y en realidad orgullo y amor propio.

¿Son estas las razones que me mueven á obedecer á mis superiores? Pero no, que es tal mi poca virtud, que si disponen de mí de modo conforme á mis deseos, y si en las órdenes que me dan y en los ministerios en que me emplean encuentro medios de lisonjear mi vanidad, entonces me agrada la obediencia; pero cuando no puedo sacar otro fruto de la

obediencia que adquirir delante de Dios nuevos méritos y procurarme mayor abundancia de bienes espirituales; cuando no veo en ella más que alguna ocasión favorable y algún medio eficacísimo de quebrantar mi voluntad, de sujetarla y librarme de sus errores y desvaríos, entonces no me gusta la obediencia. ¿Qué clase de obediencia es ésta? Cuando pretendiere fines torcidos en obedecer, por justo castigo de Dios no hallaré lo que busco, y frecuentemente no encontraré más que motivos de pena y ocasiones de pecado.

Coloquio.—Señor y Dios mío, obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Enséñame á verte y obedecerte en mis Prelados y superiores. Yo quiero en todo imitar tus divinos ejemplos de obediencia, pero para ello necesito la simplicidad y docilidad de los niños, ya que ese fué el modelo que nos propusiste en tu Evangelio: su simplicidad en mi entendimiento, y su docilidad en mi corazón. Con la sencillez, pues, de niño, no discurriré sobre lo que se me mandare: con la docilidad de niño no pondré dificultades, y aun cuando en el secreto de mi corazón tuviere alguna repugnancia, obedeceré sin murmurar. Dame gracia para cumplir estos deseos de mi alma.

Propósitos.—Miraré siempre en mis superiores á los representantes de Dios, oiré sus palabras y mandatos como si fuesen de Dios y así mi obediencia será, no política ni servil, sino sobrenatural y perfecta.

22 DE ENERO

Degollación de los inocentes y vuelta de Egipto.

Preludios.—Contempla con los ojos de la imaginación aquella espantosa escena de sangre, y pide al Señor gracia para reprimir tu pasión dominante, que puede conducirte, como á Herodes, al abismo de los más horrendos pecados.

Punto I

Los Santos Inocentes.

Considera cómo el rey Herodes, temiendo que el Rey que los Magos anunciaron no le quitase el reino, y viendo cómo ellos le habían burlado, mandó con gran crueldad matar á todos los niños de dos años abajo que hubiese en Belén y en su comarca.

En lo cual se ha de considerar cuán abominable es el vicio de la ambición y deseo de mandar, del cual se siguen tan atroces maldades, y la suma de todas, que es desear quitar la vida á Cristo para alzarse con su reino. Mira, además, cuán propio es de los ambiciosos ser suspicaces y tímidos, sospechando que otros les quieren quitar su grandeza, y temiendo donde no hay qué temer, como temió el tirano Herodes sin causa, porque Cristo Nuestro Señor no venía á quitar reinos temporales, sino á dar los celestiales.

Meditaré luego el grande sentimiento que tendría Cristo Nuestro Señor en Egipto, viendo desde allá la muerte de los inocentes por su causa. Es de creer que el cuchillo que hería el cuerpo de cada uno de aquellos niños purísimos traspasaba su alma con dolor de compasión por lo mucho que los amaba, padeciendo tantos martirios en su espíritu cuantos padecieron todos juntos en el cuerpo. ¡Oh Rey gloriosísimo de los mártires, que vences hoy en ellos y padeces con ellos! compadécete de mi tibieza y ayúdame con tu gracia, venciendo en mí todo lo que es contrario á Ti.

Pondera el grande bien espiritual que se re-

creció á estos niños por la muerte temporal que padecieron, asegurándose por ella su eterna salvación; y así fué providencia amorosa la que Cristo usó con ellos, aunque á costa de la vida del cuerpo, que vale menos que la del alma. Y en esta razón se alegraba Cristo Nuestro Señor de la gloriosa muerte de sus mártires, de la cual les resultaba tan gloriosa y eterna vida, cumpliéndose aquí lo que el santo Job dice de Dios: que se ríe de las penas de los inocentes, porque se recrea en los bienes que les vienen por ellas. ¡Ojalá, Dios mío, padeciese yo por vuestra causa, para que mis penas fuesen vuestras alegrías, arrebatándome como á estos niños, antes que la malicia mude mi corazón y el engaño trastorne mi alma, porque más quiero morir que vivir para ofenderos!

Punto II

Vuelta de la Sagrada Familia á la tierra de Israel.

Considera que dice el santo Evangelio, que muerto Herodes se apareció el ángel á José en Egipto, y le dijo: *Levántate y toma al Niño y á su Madre, y vete á tierra de Israel, porque ya son difuntos los que buscaban al Niño para matarle.*

Considera lo primero, cómo Herodes, buscando á Cristo para matarle, murió sin salir con su intento, y murió desastrada muerte de cuerpo y alma; porque la justicia de Dios, aunque disimula, al fin castiga, y á los malos, aunque se les dilate la pena, al fin llega, y cuando menos piensan les coge la muerte, donde pagan todo su mal por junto. ¿Qué pro-

vecho le trajeron á Herodes su ambición y crueldad, y las ansias de conservar su reino? Todo lo perdió en un día, y con ello perdió su alma, llorando esta pérdida sin remedio, como lo lloran los demás condenados, que dicen: *¿De qué nos aprovechó la soberbia? Y la jactancia en las riquezas, ¿qué bien nos trajo? Todo se pasó como sombra, y ahora en nuestra maldad somos consumidos,* pagando la pena que por ella merecimos.

Pondera, además, la providencia de Dios en enviar luego su ángel á dar esta nueva á San José y alzarle el destierro, mandándole volver á su tierra. ¡Oh, qué confirmado quedaría en la confianza en Dios, y qué contento de ver el cuidado que tenía de ellos! De donde sacarás cuán seguramente puedes descuidar del suceso de tus cosas, arrojando tus cuidados en manos de Dios, en las cuales están todos los sucesos prósperos y adversos, tomando El á su cargo disponerlos como conviene para bien nuestro. ¡Oh Padre cuidadosísimo de tus hijos! Yo arrojo todos mis cuidados en ti, pues tú le tienes de mí. Uno sólo deseo tener: el deseo firme de servirte, para que tú le tengas de remediarme.

Por último, pondera que así en esta revelación como en la pasada, el Angel no llama á la Virgen por su nombre, ni dice: Toma á tu Esposa y al Niño, sino toma al Niño y á su Madre, para enseñarnos que el nombre más glorioso de esta Señora es ser Madre de Dios. Con éste la llaman el Angel y los Evangelistas, y la hemos de llamar nosotros, venerando la grandeza de tal nombre y gozándonos de él. ¡Oh Madre de Dios, sea para bien tal nom-

bre, hacednos hijos dignos del que os tiene á Vos por Madre!

Punto III

La Sagrada Familia en Nazaret.

Medita cómo obedeciendo José al mandato del Angel, se partió luego para tierra de Israel, y temiendo ir á Judea, fué amonestado en sueños que fuese á Nazaret, para que se cumpliese lo que habían dicho los profetas, que Cristo se llamaría Nazareno.

Aquí se ha de considerar el sentimiento que tendrían los de aquella ciudad, donde la Sagrada Familia vivía, cuando se despidiese de ellos, por lo mucho que gustaban de su santa conversación, y porque es de creer que dejaría á muchos convertidos á la verdadera fe, y llenos de todo linaje de bienes y de gracias.

Meditaré, además, cómo San José en sus dudas acudía al remedio de la oración, teniendo siempre recurso á Dios, y cuán á punto estaba Dios para oirle y sacarle de sus dudas, sacando yo deseos de acudir también á Dios en las mías, con oración y confianza, porque si de verdad deseo acertar con la divina voluntad, Dios me dará luz para conocerla.

Admira la resignación de la Sagrada Familia en vivir en tierras extrañas y enemigas, sin quejas ni murmuraciones, sin preguntar por el fin de su destierro, dichosa en el padecer y tal vez en el hambre, porque hacía la voluntad de Dios; y aprende á encontrar la paz y la dicha en no querer más que lo que Dios quiere de ti.

Consideraré, por último, el nombre de Cris-

to Nazareno, el cual tomó de la ciudad donde fué concebido y criado, y quiere decir santo ó florido, significando por este nombre que había de ser Santo por excelencia, y Santo de los Santos, florido en todo género de flores de admirables virtudes, y dedicado todo á Dios, sin ocuparse en esta vida mortal más que en las cosas del divino servicio, dándonos ejemplo de ser espirituales Nazarenos, esclarecidos en virtudes á su imitación.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús! con todo mi corazón deseo, por imitarte, guardar las leyes de los espirituales hijos tuyos, apartándome de toda cosa criada que me pueda embriagar con amor desordenado, y no tocando cosa muerta que pueda manchar mi alma, ni admitiendo en mi mente nada que abata los altos pensamientos y afectos de mi espíritu, conservándolos todos enteramente para tu servicio. ¡Oh Nazareno floridísimo y santísimo! ayúdame á salir con mi pretensión, pues sin tu ayuda no puedo comenzarla, ni llegar al fin deseado de ella.

Propósitos.—Ponerse en todas las circunstancias, lo mismo prósperas que adversas en manos de Dios, viendo en ellas el corazón de un Padre amoroso, que por todos los medios quiere llevarnos á nuestra santificación y perfección.

23 DE ENERO

El Niño Jesús en el templo.

Preludios.—Contempla á la Sagrada Familia postrada ante Dios en el templo, y pide y procura imitar su devoción y piedad cuando estés en la casa de Dios.

PUNTO I

Espíritu con que iba la Sagrada Familia á Jerusalén á adorar en el templo.

Tenían costumbre San José y la Virgen santísima, con su Hijo, de subir cada año al templo

de Jerusalén á celebrar la Pascua del Cordero. Meditemos sobre el espíritu con que subían estas tres sagradas personas á visitar la casa de Dios.

San José subía con espíritu de obediencia, porque la ley obligaba á los varones á subir tres veces al año al templo de Jerusalen, especialmente á celebrar la Pascua principal del Cordero. La Virgen, aunque no obligaba esta ley á las mujeres, subía con San José por espíritu de devoción, por celebrar aquella festividad y glorificar á Dios en ella. El Niño Jesús subía por obedecer á sus padres, que querían llevarle consigo, y mucho más por espíritu de amor al Padre celestial, para glorificarle dentro de su templo; y todos tres iban con espíritu de agradecimiento, que era el fin de la ley, para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos. Por eso era maravillosa la santidad que mostraban en esta obra, grande reverencia á la entrada del templo de Dios, gran devoción estando en él, y grande espíritu en todo cuanto hacían; porque aunque tenían costumbre de hacer estas jornadas, no las hacían por sola costumbre y como por rutina, sino cada vez con nuevo espíritu y sentimiento interior, como si aquella vez fuera la primera. Y en esto he de imitar á la Sagrada Familia, procurando guardar las buenas costumbres de la Iglesia y hacer costumbre en todas las cosas de virtud; pero de tal manera, que no las haga por sola costumbre y porque otros las hacen, sino con el espíritu que ellas piden.

Aprende del divino Niño y de sus santísimos padres á no enfriarte nunca en el servicio de Dios, ni decaer en tus prácticas piadosas, ni

en tu primitivo fervor, sino ir siempre creciendo, como ellos, en el espíritu interior y en la perfección exterior de todo cuanto haces. Dite á ti propio lleno de confusión á la vista de tu creciente tibieza: ¿Por qué me he de cansar de servir á mi Dios? ¿Por qué servirle hoy con menos fervor que ayer? ¿Es, acaso, Dios menos grande, menos bueno, menos amable hoy de lo que era ayer? ¿Es menos mi Criador, mi primer principio, mi último fin? ¿Jesucristo es menos mi Redentor ó mi Salvador? ¿No tengo los mismos títulos, la misma dependencia y la misma obligación de ser todo para Dios? ¿Por ventura, no espero la misma recompensa de una eterna bienaventuranza si le sirvo con fervor, y no debo temer el mismo castigo de una eterna infelicidad si no lo hago? ¿Me amenaza hoy menos que ayer, con su maldición, si le sirvo mal ó con tibieza? Pues siendo Dios el mismo hacia mí, y no mudándose, ¿por qué he de mudar yo, y he de aflojar en el fervor con que le servía?

No puede ser, Señor, sino efecto de mi flaqueza y de mi inconstancia natural. Dadme gracia, fortaleza y constancia para empezar á amaros y serviros de nuevo, y no cansarme jamás de emplearme en vuestra honra, ya que Vos nunca os cansáis de hacerme beneficios.

Punto II

Por qué se quedó el Niño Jesús en el templo.

Considera cómo el Niño Jesús, siendo de doce años, habiendo subido á Jerusalén con sus padres, y volviéndose ellos á Nazaret, se quedó en el templo, sin que ellos lo supiesen,

ponderando algunas causas que tuvo para esto.

Lo primero, se quedó en el templo para significar cuán de buena gana estuviera siempre, cuanto era de su parte, en la casa de su Padre celestial, ocupándose allí en cosas de su servicio mucho mejor que el niño Samuel. Y este testimonio dió á los doce años, cuando los demás hombres comienzan á tener más perfecto uso de razón, para enseñarnos lo mucho que importa aficionarnos á estos ejercicios de virtud desde la tierna edad, y que los padres eduquen en el santo temor de Dios y en la práctica de la piedad á sus hijos, conforme al dicho de Jeremías: *Bueno es al varón llevar el yugo desde su mocedad.*

Lo segundo, con divina prudencia, no quiso pedir á sus padres licencia de quedarse solo en el templo, porque si quisieran quedarse con El fuera impedimento para ejecutar libremente lo que pretendía para gloria de su Padre celestial; y así determinó dejarlos sin decirles nada, enseñándonos con este ejemplo dos cosas muy importantes: la primera, cuán descarnado estaba y cuán descarnados hemos de estar todos de lo que es carne y sangre, y del amor carnal á los padres, amigos y conocidos, dejándolos, cuando fuere necesario, por atender con más cuidado á las cosas de nuestra alma, y para que entiendan los padres y los amigos que no hemos de estar con ellos más tiempo que lo que fuere voluntad de Dios.

La segunda, que cuando presumo que alguien en el mundo, padres ó amigos, me han de impedir el cumplimiento de lo que Dios

quiere, ora sea por ignorancia ó buen celo, ora por malicia y falso cariño, es mejor dejarlos sin decirles nada, aunque lo sientan y lloren y después me hayan de perseguir, atropellando todo esto con ánimo varonil, por hacer lo que Dios quiere, conforme á lo que está escrito: *El que dijo á su padre y á su madre, no os conozco, y á sus hermanos, no sé quién sois, ese guarda tu palabra y cumple tu santa ley.* De otra manera, me dirá Cristo, nuestro Señor: «*El que ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí*».

De aquí he de sacar que si soy llamado por Dios á estado de perfección, he de responder luego á su llamamiento, por ser grande la merced y favor que en esto me hace; y resistirle es grande rebeldía é ingratitud y ocasión de grandes caídas, porque quizá nuestro Señor con su eterna sabiduría ha visto que este estado es el medio de mi salvación; y si le rechazo decirme ha, como á los convidados que no quisieron venir á su convite: que nunca más gustarían de su cena. Y lo que dijo al otro que dilataba seguirle: *Quien echa mano al arado y se vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios.* Y así, con gran cuidado he de mirar si soy de los llamados; porque si consiento, será señal que soy de los escogidos, y si resisto, puedo temer que soy de los reprobados.

Eso fué lo que, sobre todo, pretendió Cristo nuestro Señor en aquella separación: enseñar á los que llama para que le sigan por los caminos de perfección, que la obediencia á Dios y el celo por su gloria deben siempre encontrarlos dispuestos á sacrificar lo que más quie-

ran en el mundo. Los padres, de que Jesús se separaba, no podían ser más dignos de su divino afecto, y realmente El, el mejor de los hijos, los amaba con ternura; pero á pesar de esto, así que conoció la voluntad de su Padre, renuncia á las alegrías tan puras de la casa de Nazaret, y, sobreponiendose á la pena que le produce el dolor que les va á causar, deja á José y á María.

Anímate con este divino ejemplo al sacrificio, si Dios á él te llama, acordándote además de las recompensas que el Señor promete á los que todo lo dejan por servirlo, el céntuplo en esta vida y después la eterna; que ese es para ti el camino más seguro, puesto que es el señalado para ti por Dios; que fuera de él, como que voluntariamente tuerces la corriente de las gracias de Dios, te expones á perderte; que serás infelicísimo en el tiempo, y tal vez en la eternidad; que todo esto pasa como una sombra, y que lo que te importa es asegurar tu salvación, aun á trueque de abandonarlo todo y á ti mismo por Dios, sacrificando en aras de tu vocación y del llamamiento de Dios los afectos más puros y más tiernos de tu alma.

¡Oh Niño dulcísimo! confúndome de verme cuán pegado estoy á lo que es carne y sangre, dejando de hacer la voluntad de tu Padre celestial por no entristecer á mis amigos y padres carnales. Dame, Señor, pecho varonil para dejarlos por tu amor, escogiendo más obedecer á Dios que á los hombres y entristecer al espíritu humano antes que al divino.

Punto III

Jesús entre los doctores.

Considérese cómo Cristo N. S., con el celo que tenía de la salvación de las almas, quiso entonces dar alguna muestra de la sabiduría y gracia de que estaba lleno, descubriendo algo de ella á los doctores de la ley; lo cual hizo con admirable modestia, humildad, discreción y celo de amor divino, manifestando estas virtudes con modo acomodado á su edad.

Mostró la modestia en el rostro y en la gravedad de sus palabras, la cual era tan grande, que movió á los doctores á que le admitiesen á su disputa. La humildad, en que pudiendo ser maestro de todos, se entró entre ellos como discípulo, preguntando y oyendo como quien aprendía. La discreción, en responder maravillosamente á lo que le preguntaban, de tal manera que todos estaban admirados de su prudencia. El celo, en que ordenaba todo esto, no para vana ostentación de su sabiduría, sino para gloria de Dios y bien de las almas, y en especial para confundir á los letrados sobervios que allí estaban, y para ilustrar á los letrados humildes y abrirles los ojos, para que conociesen cómo estaba ya cerca su redención.

Aprende de Cristo N. S. á oir á los doctores y predicadores de la ley de Dios y de la divina palabra. Oye como El con modestia y humildad y gran deseo de aprovecharte. Pero no vayas al templo, ó á profanarlo con conversaciones vanas é inútiles, ó con tu inmodestia y desedificación. Oye como discípulo, no como

juez, criticando y juzgando al ministro de Dios y su palabra, como si fuera palabra de hombre. Eso revela ninguna fe, ningún deseo de sacar provecho para ti, increíble profanidad y ligereza en hablar y juzgar de los ministros del Señor, y por eso cae la palabra de Dios sobre ti como sobre piedra dura, y no sacas de ella más que materia de pecados.

Considérese también lo que haría el Niño Jesús los tres días que estuvo en el templo sin sus padres, ponderando cómo fuera del tiempo que gastó con los doctores, lo demás lo gastaría en una perpetua vigilia y oración delante del Eterno Padre, por la salud del mundo y de la gente que allí entraba.

También es cierto que le daría grande pena ver las irreverencias de algunos que profanaban el templo de Dios, como ahora hacen tantos cristianos, y los pecados que allí se hacían, porque tenía entonces tan encendido celo, como cuando dijo de él San Juan aquello del Salmo: *El celo de tu casa me comió* las entrañas; aunque por entonces disimularía. De todo esto sacaré afectos y propósitos de imitación, en lo que debo imitarle, compadeciéndome de su pobreza y soledad, aunque no echaba menos á los padres terrenos, como que estaba en casa de su Padre celestial.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús, niño en edad, pero varón en la sabiduría: cordero en la mansedumbre, pero pastor en la discreción! gózome de veros pastorear vuestra grey, dándole pasto de vida eterna, cumpliéndose lo que está escrito: *Un niño pequeño los pastoreará*. ¡Oh, quién se hallara presente á oir vuestras preguntas y á gozar de vuestras admirables respuestas! Repetídmelas, Señor, dentro de mi corazón, para que goce el fruto de ellas.

Propósitos.—De esta consideración he de sacar un gran deseo de imitar las cuatro virtudes de que dió maravilloso ejemplo Cristo N. S. en este misterio, confundiéndome en su presencia por la falta que tengo de ellas, especialmente por mi poca modestia y humildad; y que con palabras de orgullo quiero mostrar la ciencia que no tengo, y siendo ignorante me desdeño de aprender lo que no sé, y presumo de enseñar á los otros lo que no aprendí. Sacaré también nunca criticar á los predicadores de la palabra de Dios, pues ésta, aun pasando por canales de barro, puede hacer en mí gran provecho, si la oigo, como debo, con espíritu de fe y de piedad.

24 DE ENERO

El niño perdido.

Preludios.—Me representaré á María y José buscando con increíble ansiedad al divino Niño, y á éste pediré la gracia de no perderlo jamás por el pecado mortal, ni alejarlo de mí por la tibieza.

PUNTO I

La santísima Virgen y San José echan de menos al Niño Jesús.

Considera cómo habiendo caminado San José y la Virgen una jornada de Jerusalén á Nazaret, pensando cada uno que el Niño iba con el otro, porque iban apartados por el camino, «*A la noche, en la posada, echaron de menos al Niño, y, buscándole entre los conocidos y amigos, no lo hallaron*». En lo cual he de ponderar la traza de Dios en querer afligir á estas santísimas personas sin culpa suya, y en ocasión de una buena obra que hacían por honrarlo, y en la cosa que más podía lastimarlos, que era perder tal Niño. Todo lo cual trazó para ejercitarlos en paciencia, humildad

y diligencia fervorosa, y en otras virtudes que resplandecieron en la Virgen y en San José, en este caso, para nuestro ejemplo. Porque la paciencia resplandeció en que no se turbaron, ni perdieron la paz del alma, ni se quejaron de nuestro Señor, sino sintieron esta pérdida con rendimiento á la ordenación de Dios, con ser pérdida tan grande. La humildad, en que, como buenos, temían culpa ó descuido donde no lo había, ó por lo menos atribuían esto á su indignidad, temiendo si los quería nuestro Señor dejar y seguir ya otro modo de vivir, ó si habían tenido algún descuido en mirar por El, y confesaban que no eran dignos de tenerlo consigo. La diligencia, en que luego anduvieron buscándolo con cuidado y pena por cumplir con su obligación, y porque el amor los solicitaba, aunque lo buscaron entre los deudos y conocidos, y por eso no lo hallaron; porque si Cristo quisiera estarse con sus deudos, mejor se estuviera con su Madre.

A estas tres cosas añadiré la cuarta, de fervorosa y prolija oración, y en especial consideraré cuán triste noche fué aquella para la Virgen, y cuán sola se hallaba sin su Hijo, cómo la gastaría toda meditando y gimiendo como paloma, orando con gran fervor, suplicando al Padre Eterno no le quitase tan presto el cuidado de este su Hijo, y que mirase por El dondequiera que estuviese, y que no dilatase mucho el volvérsele á dar. ¡Oh Virgen soberana! Habéis entrado en los peligros del mar; no os queda otro remedio sino orar. Mar ha sido para Vos, amargo y tempestuoso, la pérdida de vuestro Amado; las olas de la tristeza han entrado en vuestro corazón, y lo

traen afligido con varios cuidados; las tinieblas de la noche atajan vuestros pasos y estáis como atollada en el abismo del desconsuelo; no halláis alivio en la tierra, y así arrojáis luego el áncora de vuestra esperanza en el cielo con las cadenas de la oración, esperando de allá el remedio, y no saldrá en vano vuestra confianza; porque el Piloto celestial, que es nuestro Padre, no sabe amar y desamparar, ni deja para siempre á los que esperan en El.

Punto II

La santísima Virgen y San José encuentran al Niño.

Considera cómo, otro día por la mañana, San José y la Virgen se *volvieron á Jerusalén en busca del Niño Jesús, y al tercero día, entrando en el templo, le hallaron sentado en medio de los doctores oyéndolos y preguntándoles, de lo cual se maravillaron grandemente.*

Sobre este punto se ha de meditar el tiempo y lugar donde la Virgen halló al Niño, la compañía y ocupación en que estaba, y el gozo que tuvo con su vista, sacando de todo esto el espíritu que está encerrado en estos misterios.

Lo primero, el tiempo fué el tercero día después que se perdió, en el cual tiempo padeció la Virgen tantas horas, poco más ó menos, de aflicción y soledad, como en los otros tres días que hubo desde la pasión á la resurreción, en que se le apareció vivo y glorioso; y el misterio de esto es significarnos, que cuando el alma pierde á Dios, y la gracia de la devoción, no luego lo halla, antes se suele esconder por algún tiempo, ó en castigo de haberlo perdido, si tuvo culpa, ó para ejercitarla en paciencia

y humildad, y para que con esta dilación crezcan las ansias y diligencias en buscarlo y se haga digna de hallarlo más presto y con más copiosa gracia; y esto significa el número de tres días para alentar nuestra esperanza, porque no desmayemos pensando que se dilatará mucho nuestro remedio.

Lo segundo, el lugar donde fué hallado es el templo y casa de Dios, casa de oración y de recogimiento, dedicado al culto y divino servicio para significar que Cristo N. S. no se halla entre carne y sangre, sino dentro de la Iglesia y dentro del templo vivo de nuestro corazón, haciéndolo casa de oración y ocupándolo en ejercicios de santidad.

Lo tercero, se ha de ponderar con quién estaba y lo que hacia al tiempo que la Virgen entró en el templo, porque estaba entonces en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles, para que por aquí entendiese la causa de haberla dejado y quedádose en el templo, y para que yo entienda que Cristo S. N. se halla entre los doctores de su Iglesia, los cuales, con su enseñanza, son medio para hallarlo; y ellos también entiendan que Cristo está en medio de ellos oyendo lo que hablan y enseñan, para castigarlos si hablaren mal, y también para ayudarles á hablar bien, si por su culpa no queda.

Lo cuarto, consideraré el sumo gozo de la Virgen cuando vió á su Hijo y halló lo que había perdido. Parece que en este tercer día resucitaría como de muerte á vida, y como otra Ana, madre de Tobías, que lloraba la ausencia de su hijo *con lágrimas irremediables,* cuando lo vió, lloraba de puro gozo, asi es de creer que

á la medida de su pena fué la alegría de esta Madre incomparable. ¡Oh Virgen Soberana! gózome del gozo que tuvisteis en esta hora con la vista de vuestro Hijo. La esperanza dilatada afligió vuestra alma, pero el cumplimiento de vuestro deseo fué para Vos árbol de vida, hallando al que es árbol de vida para todos. Alcanzadme, Virgen santísima, que lo busque de modo que lo halle, para que goce de la vida que de tal árbol procede.

Punto III

La Virgen santísima y su divino Hijo en el templo.

En viendo la Virgen á su divino Hijo, díjole con amorosa queja: *Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu Padre y yo te hemos buscado con gran dolor.*

En estas palabras no pretendió la Virgen María preguntarle ó pedirle la causa de lo que había hecho, porque esto fuera curiosidad excusada, sino sólo declarar el sentimiento de su corazón; y así los santos usan de este modo de hablar con nuestro Señor, cuando están afligidos, con quejas amorosísimas. De esta manera puedo orar algunas veces, diciendo á nuestro Señor con Job: *¿Por qué me has puesto contrario á Ti, y soy pesado á mí mismo? ¿Por qué escondes de mí tu rostro, y me tratas como á enemigo?* Otras veces puedo decir con el mismo Cristo nuestro Señor, puesto en la Cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* Y no sin misterio no dijo la Virgen: Hijo, ¿por qué lo hiciste así conmigo, sino con nosotros? Porque propio es de los santos, cuando padecen alguna necesidad, no quejarse de su solo

daño, ni pedir para sí solos el remedio, sino dolerse del daño de todos y pedir que todos sean remediados.

Considérese la humildad de la Virgen, no solamente en nombrar primero á San José que á sí misma, por el respeto que le tenía, sino también en llamarle delante de todos padre de Cristo; de donde podían imaginar que había concebido por obra de varón, lo cual era humillación suya; mas la Virgen santísima, como humilde, más estimaba la honra de su esposo, dándole nombre tan honroso, que la suya propia, enseñándonos con su ejemplo el modo de honrar á nuestros prójimos, aunque sea con algún menoscabo nuestro.

A la Virgen respondió Cristo N. S.: *¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que me convenía estar en las cosas de mi Padre?*

Esta respuesta no fué menos grave y admirable que las que este Señor daba á las preguntas de los doctores, y así se ha de ponderar como dada por la infinita sabiduría de Dios.

Lo primero reflexionaré sobre aquella palabra: *¿Por qué causa, ó para qué me buscabais?* La cual palabra parece seca y desabrida, como quien dice: ¿Para qué me buscabais con tanto dolor, pues siendo quien soy no podía estar perdido? Y esto dijo para que se entendiese que era más que hombre, y para que la Virgen diese muestras de su heroica humildad, sufriendo esta respuesta y venerándola con grande reverencia y amor. Y de camino nos enseña Nuestro Señor, que los que gobiernan á personas deseosas de perfección, algunas veces han de ejercitarlas con respuestas ásperas para que descubran a humildad y paciencia

que tienen y aprovechen en ellas; porque callar cuando soy reprendido con culpa, no es mucho, pues mi conciencia también me reprende; pero callar cuando la conciencia me está excusando, es indicio de virtud heroica.

Lo segundo, ponderaré la otra palabra que dijo: *¿No sabíais que me convenía estar en las cosas de mi Padre?* Como si dijera: Pues me conocéis y sabéis quién soy, también debíais saber que había de estar ocupádo en las cosas que pertenecen á la honra de mi Padre celestial. En lo cual nos enseñó Cristo nuestro Señor cómo su total ocupación era atender á todo lo que era servicio de su Padre, sin divertirse á otra cosa, confirmando lo que dijo después, que bajó del cielo, no á cumplir su voluntad, sino la voluntad del que lo envió.

A imitación de este Señor he de procurar que toda mi ocupación sea, no en las cosas que son del mundo, ni de la carne, sino en las cosas que son de Dios y para Dios, confundiéndome de ver cuán lejos he vivido de guardar este aviso, ocupándome de todo lo que es propio, con descuido de lo divino.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús! ya que tan puesto estabas en las cosas de tu Padre, que tenías por llano, que los que te conocían te habían de hallar en ellas, suplícote me ayudes para que nunca me halle fuera de mis obligaciones para con Dios, ocupándome en amarlas y cumplirlas. Justo es, Señor, que mi memoria, entendimiento y voluntad, mis sentidos y todo yo, me ocupe siempre en Ti y en lo que es honra tuya, pues Tú te empleas siempre en lo que es provecho mío.

Propósitos.— Saca de esta meditación, como fruto práctico, romper con todos los lazos del mundo y de la carne cuando se trate de hacer lo que Dios te mande, no mirando para nada á la carne y

sangre, sino sólo á la voluntad de nuestro Padre celestial.

25 DE ENERO

Sobre la conversión de San Pablo.

Preludios.—Contempla con los ojos del alma al Apóstol San Pablo, derribado del caballo y caído en el suelo. Míralo cercado de luz celestial, y á Cristo, que le habla, y á él que, postrado en tierra y abiertos los ojos, no veía nada, rendido interior y exteriormente á la voluntad de Dios. Da mil gracias á Nuestro Señor por la merced que le hizo, y en él á toda la Iglesia, con sacarle de la ceguedad en que estaba y alumbrarle, para que conociese y predicase á Jesucristo: pide á Dios N. S. un rayo de su divina luz para conocer y estimar solamente lo eterno y celestial, como San Pablo.

Punto I

San Pablo ó Saulo antes de su conversión.

Considera cuán extraviado anduvo Saulo, puesto que desde mozo tuvo entrañado en su corazón el aborrecimiento de Cristo y de su ley, pareciéndole con ignorancia y falso celo que agradaba á Dios en perseguirlo. De aquí procedió hallarse á la muerte de San Esteban, guardar las ropas de los que le apedreaban, consentir en su martirio, saboreándose en verlo apedrear por quitar la vida al que volvía por la fe que Saulo tanto aborrecía. Luego fué creciendo tanto su odio á Cristo S. N., que dice de él el Evangelista San Lucas, que «*destruía la Iglesia, entrándose por las casas, sacando hombres y mujeres y llevándolos á la cárcel*» [1]. Y pareciéndole poco perseguir á los que estaban en Jerusalén, pidió licencia para ir á Damasco y traer presos á todos los que allí seguían á Cristo, con deseo de acabar con ellos.

1 Act. VIII, 2.

Pondera las causas por que Nuestro Señor permitió todos estos pecados. La primera fué, porque pretendía hacerlo grande santo y levantar en él una torre de altísima perfección sobre cimientos muy hondos de profundísima humildad, los cuales se sacan con el conocimiento de las culpas pasadas. Así lo hizo San Pablo, el cual, por esta causa, decía de sí que era el primero de los pecadores porque había sido blasfemo, perseguidor é injuriador de Cristo, y que era el mínimo de los Apóstoles, indigno de ser llamado Apóstol, porque había perseguido la Iglesia de Dios. De cuyo ejemplo aprenderé á sacar este grande provecho de los pecados que he cometido; porque los varones fervorosos suelen de sus pecados sacar motivos para crecer en grandes virtudes, especialmente en humildad para consigo y en caridad para con Dios que los perdonó; y al contrario los tibios, de sus buenas obras sacan vanidad y presunción.

La segunda causa fué para que Cristo N. S. mostrase en Saulo las inestimables riquezas de su gracia y sus infinitas virtudes y perfecciones. Mostró su caridad en amar al que tanto lo aborrecía; su bondad en llamar al que huía de El; su omnipotencia en ablandar un corazón tan endurecido; su paciencia en sufrir y esperar al que tanto lo perseguía; su misericordia en admitirlo á penitencia y librarlo de tantas miserias, y la eficacia de su gracia en llenar de excelentes virtudes al que estaba lleno de abominables vicios.

La tercera causa fué para que Saulo nos sirviese de escarmiento y ejemplo, para que si tuviésemos la desgracia de caer en abomi-

nables pecados, procurásemos convertirnos á Dios, tomándole por modelo de conversión y mudanza, la cual fué de las más maravillosas que ha obrado Cristo N. S. para nuestra enseñanza y estímulo.

Saca de estas consideraciones cuán peligroso es el abandonarse ó dejarse llevar de un falso celo, y escuchar una pasión cuando la sostiene alguna razón aparente. Entonces se verifica lo que dice el Hijo de Dios, que se cree hacer un grande obsequio á Dios persiguiendo y quitando la vida á los inocentes. El celo tiene la naturaleza del fuego, que cuando ha tomado cuerpo, quema y lo consume todo. Desconfía de tus pasiones, aunque te parezcan justas y conformes á la razón, á la cual deben seguir siempre, pero no precederla. No admitas jamás en tus consejos la sabiduría del mundo, ni te dejes arrastrar de afectos torcidos é indiscretos, porque te llevarán á la ruina.

Punto II

San Pablo ó Saulo en su conversión.

Y yendo por el camino aconteció que, estando ya cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Admira la bondad de nuestro Señor, que escogió para Apóstol suyo al enemigo más cruel é implacable; admira su infinita caridad de bajar del cielo y del trono de su gloria para hablarle; admira la fuerza de su gracia, que de un lobo hace un cordero mansísimo, y

del mayor perseguidor de la Iglesia, el más fervoroso de todos los Apóstoles. ¡Oh, cuánto tiempo estás tú tal vez persiguiendo á Jesucristo en tus hermanos, que son sus miembros! ¿Cuánto tiempo que te está Cristo N. S. llamando desde lo alto del cielo, diciéndote: *Saulo, por qué me persigues?* ¿Qué te he hecho para que me quites mi honor y mi vida? ¿Por qué te burlas de mi santa ley? ¿Por qué me despedazas con tu maledicencia? ¿Por qué me persigues con tus escándalos y malos ejemplos? Lo que haces contra los míos, contra mí lo haces.

Y Saulo, oyendo aquella voz, respondió: *¿Quién eres, Señor?* Y el Señor le dijo: *Yo soy Jesús, á quien tú persigues: dura cosa te es dar coces contra el aguijón.* San Pablo no conocía todavía á Jesús como Dios y como Redentor, y el mismo Apóstol dice que el mal que hacía entonces lo hacía por ignorancia. ¿Puedes tú decir que no conoces á Nuestro Señor, estando alistado bajo su estandarte en el bautismo? ¿Tú, que tienes tantas veces la dicha de conversar con El después de la comunión? ¿Tú, á quien habla todos los días en la oración? ¿Tú, de quien se lamenta continuamente por medio de los confesores y predicadores? ¿Tú, que tanto tiempo estás resistiendo á los impulsos de la gracia, y que recalcitras, como un caballo desenfrenado, contra el estímulo de su santo temor y de su santo amor? ¿Por qué, pues, lo persigues? ¿Por qué no haces penitencia y mudas de vida?

Entonces Saulo, todo trémulo y amedrentado, le dice: *Señor, ¿qué queréis que haga?* ¡Oh palabra breve! exclama San Bernardo, pero lle-

na, viva, eficaz, y digna de ser del agrado del Altísimo, y recibida favorablemente. ¡Oh, cuán pocos hay que hayan llegado á tan alto grado de obediencia y de conformidad! ¡Oh, cuán pocos que hayan renunciado tanto á su propia voluntad, que no les quede ningún deseo propio, ni tengan otra mira sino hacer lo que Dios quiere, diciéndole incesantemente: *Señor, ¿qué queréis que haga?* Se encuentran muchos semejantes á aquel ciego á quien Nuestro Señor preguntó: *¿Qué quieres que yo haga contigo?* Pero son pocos los que preguntan á Nuestro Señor, qué quiere El que hagan, ó que ejecuten su voluntad después de haberla conocido. ¿Acaso debe Dios preguntarnos lo que queremos que haga con nosotros, ó más bien debemos decirle siempre: *Señor, ¿qué queréis que yo haga?*

Levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que te conviene hacer. ¡Oh sabiduría de Dios! ¡cuán admirable sois, Señor, y cuán maravillosa vuestra conducta! ¿Por qué enviáis á este Apóstol á un pobre sacerdote para que le instruya en lo que debe creer y obrar? ¿Por qué no le instruís Vos mismo, que podéis instruirle en un momento, y vuestra instrucción le será más ventajosa para su salvación y la de los otros, que si la recibiera de los hombres? Admira el orden de la divina Providencia; quiere que los hombres sean instruídos por los hombres, y que haya en su Iglesia un orden y una dependencia. Por ilustrado que seas, Jesucristo te enviará en todas tus dudas á Ananías, que es tu superior y tu director. Si no lo tienes, y te diriges á ti mismo, dice San Bernardo, convéncete que

estás bajo la dirección de un necio, ó más bien de un soberbio, y ó que padeces ilusión, ó que pronto caerás en ella; porque no es esta la conducta ordinaria de la providencia de Dios de conducirte por revelaciones particulares, teniendo dispuesto que los hombres sean instruídos por los hombres que tienen sobre ellos una autoridad legítima.

Di de corazón al Señor, como San Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Y ve y ponte bajo la dirección de tus superiores, por los cuales has de creer que te habla Jesucristo N. S.

Punto III

San Pablo después de su conversión.

Considera cómo Saulo obedeció al mandato de Jesucristo, y cómo de este acto de obediencia dependió su salvación. Fué conducido por la mano, porque la luz del cielo le había quitado la vista de la tierra. Entonces Nuestro Señor mandó á Ananías que fuese á hallarle; y objetando Ananías que aquel era un gran perseguidor de la Iglesia, Jesús le hizo saber que Saulo ya oraba, esto es, que estaba convertido, y que era un vaso de elección, que defendería y llevaría su nombre delante de los reyes de la tierra, y que El le manifestaría cuánto convenía que sufriese por su causa. Es una muestra de estar uno verdaderamente convertido, el que ame la oración; el que no la ama, muestra que su conversión no es una conversión verdadera. Mas para ser vaso de elección, esto es, un gran santo, y un noble instrumento de la gloria de Dios, se necesita ser hombre de sufrimiento y sacrificio; la pacien-

cia y la persecución son la prueba de un verdadero apostolado, y en lo que se distinguen los verdaderos apóstoles de los que no lo son.

Mira también cómo San Pablo, apenas recibió el bautismo, se declaró abiertamente discípulo de Jesucristo, y comenzó á predicar en la sinagoga de Damasco. Algunos difieren de día en día su conversión, pareciéndoles difícil romper las crueles cadenas que los tienen atados al mundo y á los deleites sensibles. No fué así la conversión de San Pablo, sino pronta y diligente. Luego que conoció lo que Dios quería de él, no se detuvo á escuchar, como él dice, ni la carne ni la sangre; sino prontamente empezó á ejercer su ministerio. Otros están dispuestos á obececer á Dios, no en todo, sino en lo que sea de su agrado; se sienten prontos á cumplir la divina voluntad, con tal que no les mande sino lo que sea conforme á su gusto y elección. Ponen condiciones y pactos en el tratado de paz con Dios; os serviré, dicen, si no me mandáis cosas arduas y escabrosas. La obediencia de San Pablo fué generosa y sin condiciones: *Señor, ¿qué queréis que yo haga?* Cualquiera cosa que me mandéis, yo la haré; no escucharé las inclinaciones de la carne; iré adonde gustéis enviarme. Finalmente, hay otros cuya conversión no es permanente, salen de un sermón, ó del confesonario, con voluntad determinada de mudar de vida, mas á la primera tentación pierden el valor y el ánimo, y mudan de pensamiento. No seas de estas personas inconstantes é infieles. ¿Cuántas veces has faltado á tus promesas? Mira cómo San Pablo ha sido constante hasta la muerte en la obediencia y en lo

que prometió á Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.

Conviértete, pues, alma mía, como San Pablo, y no persigas ya más á Jesucristo ni en los otros ni en ti mismo. Conviértete pronto y sin dilación; el que te ha prometido el perdón, si haces penitencia, no te ha prometido el día de mañana para hacerla. Conviértete enteramente, sin reserva y sin condiciones. Conviértete de corazón, y no en apariencia. Conviértete para siempre, sin volver á la antigua tibieza. El Señor, á quien empiezas hoy á servir, merece que le sirvas toda la vida; y las razones que te obligan á obedecerle hoy, te obligarán aún más á obedecerle mañana, porque estarás más vecino á la muerte y habrás recibido nuevos favores.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! Desde este instante te digo con el amor, la gratitud y la fe del Apóstol San Pablo: Señor *¿qué quieres que haga?* Vesme aquí preparado para hacer y padecer por Ti lo que quisieres, así en castigo de mis pecados como en agradecimiento de tus beneficios; manda y ordena lo que tuvieres por bien, que yo lo cumpliré. Concédeme ¡oh buen Jesús! que con entera resignación siempre te diga á Ti y á los que están en tu lugar: Señor, *¿qué quieres que haga?* Porque mi deseo es hacer lo que Tú quisieres y lo que por ellos me mandares. ¡Oh glorioso Apóstol! alcanzadme de Nues-Señor algún rayo de luz celestial, para que conozca quién ha sido y es Jesús para mí, y quién he sido y soy yo para con El; porque ilustrado con esta luz comience de nuevo á amar lo que aborrecía y aborrecer lo que antes amaba, imitándoos á vos ¡como vos imitasteis á Cristo nuestro Salvador!

Propósitos.—Imitar la correspondencia á la gracia del gran Apóstol, diciendo de veras á Nuestro Señor: *¿Qué queréis que haga?* Oye lo que te pide ó te dice Dios, y en seguida ponlo por obra.

26 DE ENERO

De cómo el cristiano pierde á Jesús, y del modo de buscarlo y encontrarlo.

Preludios.—Imagínate el dolor de María santísima y de San José cuando perdieron á su divino Hijo, y la tiernísima solicitud con que le buscaron por las calles y plazas de Jerusalén. Pide tú no perder nunca á Jesús por tu culpa, y si alguna vez, desgraciadamente, lo pierdes, búscalo en seguida por el arrepentimiento.

Punto I

Cómo se pierde á Jesús.

Se pierde á Jesús por el pecado mortal; se dispone el alma á perderlo por el pecado venial; nos aparta de El la ingratitud, y se abandona á Dios por el olvido, la tibieza y la negligencia de la oración y de nuestras prácticas espirituales. Dios está en el alma por una gracia de unión que nos deifica y transforma en Dios. El pecado mortal rompe toda esta unión y el pecado venial la debilita, y Dios ya no se halla en el alma como estaba antes; ya no la dirige, ya no la protege, ya no la consuela, ya no la ama. Saca de aquí que no hay mal comparable á este gran mal del pecado mortal, que nos hace perder á Dios, y al del pecado venial, que nos aparta de Dios.

Alma mía, ¿cuántas veces has perdido á tu Dios? ¿Cuántas veces le has vendido por un humo de vano honor, por un mero deleite de un momento, por una sórdida ganancia, por un bien imaginario, por un pedazo de pan, como dice la sagrada Escritura? ¿Vive ahora Dios en ti por su gracia? ¿Eres fiel en seguir

la dirección de las inspiraciones divinas? ¿Pides á Dios su protección y amparo? ¿Deseas con ansia ser del todo suya?

Medita luego cuán grande es la pérdida de Dios. Es tan grande mal, que no puede haber otro mayor; porque no hay mayor bien que Dios. Por eso el que posee á Dios lo posee todo, y el que pierde á Dios lo pierde todo, quedando el más desventurado de los hombres; porque Dios es el bien por esencia, el trono de todas las grandezas, el centro de todos los corazones, el manantial de todos los deleites y el océano de todas las consolaciones. ¡Oh, que pérdida la pérdida de Dios! Es mayor que la de todo el mundo. Además, que siendo Dios el fin del hombre y su felicidad, es su paz y su bien eterno; por eso el que pierde á Dios necesariamente ha de ser miserable, y no puede hallar ni paz, ni reposo, ni alegría, ni consuelo en su corazón; incesantemente se siente agitado de perturbaciones é inquietudes en el alma; es la imagen de un condenado, pues que el infierno lo forma la pérdida de Dios. ¡Qué infinito mal es perder á Dios! Es lo mismo que perder juntamente todos los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Alma mía, si has perdido á tu Dios, llora sin cesar, pues has perdido tu luz y tu hermosura. Corazón mío, rómpete de dolor, porque has perdido á tu Dios, á tu Padre, á tu Esposo, á tu Rey y á tu Salvador, y con El tu paz y todos tus bienes. Llora de día y de noche con David, cuando te digan ¿dónde está tu Dios? ¿Qué has hecho de El? ¿Dónde lo has dejado? ¡Ah miserable, lo has perdido por tu soberbia, por tu avaricia, por tu sensualidad! Le has

vendido al demonio por un deleite imaginario, le has obligado á que se aparte de ti con tu ingratitud y negligencia. Hijas de Jerusalén, decidme dónde está vuestro Amado para que yo vaya á encontrarle, porque estoy resuelto á buscarlo por todas partes y reparar la pérdida que he tenido.

También se puede perder á Jesús en otro sentido, no en cuanto se pierda su gracia y amistad, sino en cuanto que no se experimentan los efectos de su amorosa presencia y sensibles consolaciones. Lo cual puede á veces acaecer sin culpa nuestra, como la bienaventurada Virgen María perdió así á Jesús, á pesar del grandísimo amor que le tenía y del cuidado exquisito que siempre tuvo de su guarda. Pondera, pues, que no sólo se pierde á Jesús por castigo de falta ó pecado, puesto que ni una ni otro mancharon jamás el corazón de María, sino también porque Cristo S. N. se oculta de nosotros, ya para probar la virtud de sus escogidos, ya para hacer que lo busquemos con solicitud, ya por otros fines que se reserva su sabia Providencia.

Punto II

Cómo hay que buscar á Jesús.

Considera, que en cuanto la bienaventurada Virgen María advirtió que había perdido á Jesús, único tesoro de su alma, sin vacilar un solo instante se puso á buscarlo con toda diligencia, volviendo sobre sus pasos, entrando de nuevo en Jerusalén, y sin descansar, ni dormir, ni entretenerse en nada, afligidísima y con increíble dolor hasta que lo hubo en-

contrado en el templo, es decir, en la oración y el retiro.

En esta pronta y cabal solicitud hemos de aprender nosotros á buscar á Jesús en el mismo momento en que hayamos advertido su pérdida, y tanto más cuanto que nosotros solemos perder á Jesús, ó por nuestras culpas, ó porque nuestra tibieza hace que el Señor nos vuelva el rostro y se retire.

Para buscar á Jesús, esto es, para convertirse á El no hay momento que perder, ni diligencia que omitir, y mayor pecado que el pecado mismo es no arrepentirse y hacer penitencia del mal que se cometió, ó *sea vivir tranquilamente en el pecado.* Esto, como dice San Bernardo, tratándose de culpas graves, es señal de eterna condenación. La diligencia que puso la Reina de ángeles y hombres en buscar al Niño perdido, hemos de ponerla nosotros en buscar la gracia de Dios, una vez que por nuestras culpas la hayamos desgraciadamente perdido, y hemos de volver sobre nuestros pasos, esto es, desandar el mal camino que hayamos hecho sin Jesús, lo que significa el profundo arrepentimiento y dolor que ha de causarnos la mala vida pasada, y el ardiente deseo de repararla en lo que podamos, ó en volver al fervor perdido por la tibieza.

Aquí hay que ponderar también que aquella tan tierna y diligente solicitud de la bienaventurada Virgen María, buscando al Niño Dios, era efecto del amor que su Hijo le inspiraba. Y el mismo amor á Jesús debe ser igualmente el móvil que nos arrastre y lleve á buscar la perdida gracia de Dios; porque el

que ama, busca al objeto de su amor, y no para, ni descansa hasta que lo halla, y ni el temor del castigo, ni la esperanza del premio deben ser tan poderosos estímulos para buscar á Jesús, como el amor que debemos tener á quien por nuestro amor derramó hasta la última gota de su sangre preciosísima.

Considera, además, que la bienaventurada Virgen María y su castísimo esposo San José, aunque habían perdido á Jesús, sin culpa ninguna de ellos, estuvieron afligidísimos y apenados, y con el corazón traspasado de dolor, hasta que lo hallaron. ¡Cuánto más no hemos de estarlo nosotros que, si perdemos á Jesús, es ordinariamente por nuestros pecados!

Alma mía, no duermas ni descanses hasta poder decir: He buscado y encontrado al que ama mi corazón; lo tengo, y ya no lo perderé jamás.

Punto III

Cómo se halla á Jesús después de haberle perdido.

Se pierde á Dios por el pecado, y se vuelve á él por la penitencia. Un mal pensamiento consentido, un mal deseo del corazón basta para perderlo; y un acto de contrición, un suspiro de verdadero dolor basta para hallarlo. Se encuentra á Dios, en primer lugar, por el arrepentimiento. Una lágrima es de tanto precio, que nos puede reconciliar con Dios después de haberlo perdido. No se recoge el dinero disipado, ni se recobra la salud perdida, ni se resucita al hijo muerto á fuerza de llorar; mas una sola lágrima nos hace hallar á Dios, después que lo perdimos por el peca-

do. ¡Oh penitencia, cuán maravillosa es tu virtud! ¡Cuán preciosas son las lágrimas cuando brotan del alma! ¡Y cuán insensato he sido en haber derramado tantas por cosas efímeras, y quizá ni una sola por la pérdida de mi Dios y de mi salvación!

Se halla á Dios, en segundo lugar, buscándolo como la Virgen, con dolor, con diligencia, con solicitud, con trabajo, con humildad y con devoción. No hay que buscarle en el mundo, ni en las plazas públicas, ni en el tráfago de los negocios, ni en los placeres, ni entre los amigos, sino en el templo en medio de los Doctores, es decir, en la oración, en el templo, al pie del confesor. No nos cansemos de buscarle hasta hallarle, porque El nos asegura que el que busca halla, el que pide logra lo que desea y que abren al que llama. ¿Y tú le buscas? ¿En qué tiempo? ¿En qué lugar? ¿De qué manera?

Se recupera, por último, la gracia de Dios, alejándose uno de las ocasiones de volverlo á perder. El que ama la ocasión, ama el peligro; y el que ama el peligro, en él perecerá. No hay verdadera conversión si no huyes del peligro. Se recobra la fidelidad á Dios con la obediencia á las órdenes de tu confesor; su protección, con la fidelidad en las cosas ligeras; la consolación divina, con la mortificación del cuerpo y del espíritu. Se pierde la presencia de Dios con la disipación del corazón, con el desenfreno de los sentidos, con la distracción del espíritu, con el tumulto de las pasiones, con el comercio del mundo, con los vanos deseos y con la curiosidad; y se recobra con el recogimiento, con la soledad, con

desprenderse de las cosas terrenales, con la paz y con el silencio.

Entra dentro de ti y mira, si has perdido á Dios, cuál ha sido la causa. Si la pasión, arráncala de raíz, porque esa pasión te puede hacer perder á Dios para siempre; si la tibieza y el pecado venial han hecho que Dios te deje en la aridez y sequedad, empieza vida de fervor y de exactitud en tus ejercicios espirituales, véncete y mortifícate, y verás cómo vuelves á encontrar á Dios. Si á pesar de todo el Señor no te vuelve su rostro y te deja triste y sin consuelo, considera que todo lo mereces por tus pasadas ingratitudes, persiste en la oración, pasarán los días de prueba muy meritorios para ti, y al fin hallarás otra vez á Dios.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús! Estabais antes en mi corazón como en trono de gracia, como en el templo de vuestra gloria, como en el tálamo nupcial de vuestro amor. ¡Cuán bien me encontraba yo viviendo en vuestra presencia, cuán feliz en vuestra compañía y cuán satisfecho! Pero ahora, Dios mio, ni sé dónde estáis Vos, ni dónde estoy yo; me habéis abandonado, ó por mejor decir, os he perdido por mi culpa. ¡Ah! Me veo en un desierto espantoso en donde no encuentro una gota de agua para apagar la sed. ¡Oh fuente de agua viva! ¿dónde iré para encontraros? ¿Cuándo vendréis á regar mi alma, que está abrasada con los ardores del sol? Os buscaré por todas partes, y no descansaré hasta haberos hallado. Ojalá que pronto pueda decir, he hallado á mi Amado, lo he hallado en el arrepentimiento, lo tengo bien asegurado, ya no le dejaré.

Propósitos.—Antes perder la vida que perder á Jesús por el pecado mortal, ó alejarnos de él por el venial.

27 DE ENERO

Jesús en Nazaret.

Preludios.—Mira á Jesús en un rinconcito de la casa de Nazaret, oculto á los ojos del mundo, trabajando en el taller de San José, y pídele amar el trabajo humilde y el retiro interior y exterior.

Punto I

Jesús obedece en Nazaret.

Considera la diferencia que va de los héroes vanos del mundo á Cristo S. N., unigénito del Padre y fuente de toda grandeza y santidad. Mientras para celebrar muchas veces con falsas lisonjas á los grandes de la tierra, se escriben libros infinitos, para honrar la vida oculta de Nuestro Señor, que fué la mayor parte de su vida, el Espíritu Santo emplea muy pocas palabras y el Evangelio no nos cuenta más que tres circunstancias de esa vida oculta de Jesús en Nazaret. Que obedecía: *et erat subditus illis* [1]. Que trabajaba con sus manos y en el trabajo propio de los artesanos: *Nonne hic est faber et fabri filius?* [2]. Que crecía en edad, en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres [3].

En Nazaret, pues, Jesús obedecía. Considera esta maravillosa obediencia de Jesús en todas sus circunstancias.

¿Quién es el que obedece? Aquel que es la sabiduría por esencia, aquel cuya voluntad es soberanamente sabia é independiente. El Verbo de Dios.

¿A quién obedece? A sus propias criaturas,

1 Luc., II, 51. 2 Marc., VI, 3. 3 Luc., II, 52.

á José y á María, á quien sobrepuja infinitamente en luces y santidad, que no tienen ni pueden tener sino de El la autoridad y el derecho. Obedece aun á los extraños que le mandan como á un mercenario; es decir, que somete su voluntad, la más noble y recta que existió jamás, á voluntades llenas de debilidades, de ignorancia y de caprichos, á voluntades que no deben vivir sino para obedecerle y servirle.

¿En qué obedece? En todo lo que se le manda; por consiguiente, hasta en las cosas más viles y pequeñas, en todos los pormenores y cuidados que pide el gobierno de una casa pobre y la condición de un artesano, que gana el pan cada día con el sudor de su frente.

¿Cuánto tiempo obedece? Durante treinta años, es decir, no solamente durante los años de la infancia, en que la obediencia es al mismo tiempo un deber y una necesidad para el hombre, sino también en la fuerza de la edad, entonces, cuando según las leyes ordinarias de la naturaleza y de la sociedad, todo hombre puede y tiene derecho para gobernarse á sí mismo.

¿Cómo obedece? Del modo más perfecto que se puede imaginar. *Obediencia de ejecución,* que obra con prontitud y á la letra. *Obediencia de entendimiento,* que no raciocina sobre los motivos del mandato. *Obediencia de voluntad,* que se somete con amor á las órdenes del hombre, como á las órdenes mismas de Dios.

Una mirada sobre nosotros mismos, sobre nuestros pensamientos, sobre nuestra conducta respecto á la obediencia. Pidamos á Nues-

tro Señor nos enseñe con su ejemplo el precio la necesidad y la práctica de esta virtud.

Punto II

Jesús trabaja en Nazaret.

Recuerda lo que pasa en el interior de una pobre familia. Un artesano que trabaja con sus manos, una esposa ocupada en todo lo más humilde que da de sí el cuidado de las cosas domésticas de un hogar sencillo, y un niño que participa de las penas del uno y del otro, ayudando primero á su madre, y después, cuando sus fuerzas crecen con la edad, aliviando á su padre en los trabajos de su profesión. Esa es la imagen fiel de lo que nos presenta Nazaret. Considera atentamente la dignidad del que trabaja de este modo. ¿Cómo se mira en el mundo la suerte de un pobre artesano? ¿Qué lástima no inspira la desgracia de un hombre á quien un revés de fortuna obliga á descender á esta humilde clase? Deduce, pues, de esto lo poco que conviene, según las luces de la razón, semejante estado á Jesucristo, al descendiente de David, al Mesías, que podría trabajar con tanto esplendor y fruto en la promulgación del Evangelio, á un Dios esperado por todos los siglos.

Considera luego lo que tiene este trabajo de penoso y de humillante. Es el trabajo de los carpinteros: *Nonne hic est faber et fabri filius?* Labrar la madera, manejar instrumentos duros, alquilar sus días y sus sudores al amo que se digne pagarlos, principiar cada día nuevas fatigas que apenas son interrumpidas por unas pobrísimas comidas y un corto sueño,

vivir desconocido y despreciado, como estos pobres artesanos, de quienes nadie se compadece, á quienes se cree demasiado felices si encuentran alguien que quiera comprar sus servicios: tal es la suerte de Jesucristo N. S., y así cumple lo que de El dijo el Profeta: *Soy pobre, y en los trabajos desde mi juventud.*

Mira además de qué manera trabaja Jesucristo. Entra en su corazón. La oración se junta constantemente al trabajo de manos. En las fatigas del cuerpo bendice la justicia de su Padre, que ha condenado al hombre á regar con sus sudores la tierra que le da el pan. Cuando recibe órdenes, adora en las criaturas el supremo dominio de Dios: cuando gana un triste salario, da gracias á la bondad divina, que á todos los hombres proporciona subsistencia. Cuando sufre desdenes y desprecios, los acepta para reparar la gloria de Dios ultrajada por el pecado.

Considera los motivos del rudo trabajo de Jesucristo. Entre tantas diversas profesiones, ¿por qué escoge la más dura y la más baja? Para enseñar á los hombres, que después del pecado original, tienen dos grandes desórdenes que combatir: el orgullo y la voluptuosidad, y que el solo camino para llegar al fin último, es el camino de la humillación y del sufrimiento.

Pero ¡cuán infinito es el mérito del trabajo de Cristo N. S.! Mérito tan excelente, que atrae las miradas y las complacencias todas del Padre celestial. Al mismo tiempo que Jesucristo se esconde así en Nazaret, hay en el mundo políticos famosos, oradores y poetas célebres, capitanes de alta fama. Los ojos del

Señor se desvían de todos estos hombres, y sólo se detienen en Nazaret, ciudad tan despreciada, de la que se decía: *¿Puede salir algo bueno de Nazaret?* Se fijan sobre el hijo del carpintero; á El solo dice el Padre celestial, haciéndolo adorar por sus ángeles: *He aquí mi Hijo muy amado,* mirad cómo obedece, cómo se humilla, cómo se aniquila por mi gloria y por mi amor.

Saca de este divino ejemplo amor al trabajo, huir de la ociosidad como de la peste, y no desdeñarte de ninguno por humilde que sea, que todos son muy nobles si se hacen por Dios.

Punto III

Jesucristo en Nazaret crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

Jesucristo no podía crecer interiormente en virtudes, porque desde el primer momento de su concepción residía en El la plenitud de la gracia. Por eso las palabras del Evangelio significan solamente, que cada día daba de sí más señales y pruebas de sabiduría y gracia y dejaba ver en lo exterior nuevos rasgos de santidad. Como el sol, que llevando en sí mismo igual luz y calor, lo va poco á poco manifestando hasta llegar al centro del día.

Represéntate, pues, en espíritu á Nuestro Señor, como si lo contemplases con tus ojos. Mírale en todos los detalles de esta vida tan sencilla y tan común, y estudia las virtudes divinas que en lo exterior se desarrollan en él con la edad.

La humildad, que le hace preferir, á las obras brillantes de la vida apostólica, la obs-

curidad, el retiro, una vida oculta en el taller de un artesano. El desasimiento, que le hace tolerar con alegría las privaciones más penosas en la habitación, en el vestido, en el alimento, en una palabra, todas las privaciones del pobre. La caridad, que llena su corazón de una inmensa compasión de las miserias de los hombres, sobre todo de un celo ardiente por su salvación. La modestia, que regula admirablemente sus miradas, sus palabras, todos sus movimientos y todos sus pasos. El recogimiento, que en medio de las conversaciones, del trabajo, del reposo, conserva su alma santa, siempre elevada y unida á la divinidad. La perfección, en las acciones más comunes; de suerte que está escrito de él, que hizo bien todas las cosas. *Bene omnia fecit* [1]. Recordemos que la santidad de nuestra vida depende de la santidad de nuestras acciones ordinarias. Que, en consecuencia, por la perfección ó imperfección de las acciones de la vida común, ganamos ó perdemos en las virtudes, adelantamos ó atrasamos en el sendero de la santidad,

Aprende á crecer en la virtud como Cristo. No crezcas sólo en edad, y sobre todo en años estériles y sin fruto, que se deslizan insensiblemente sin progreso alguno en la virtud. Crece en sabiduría celestial y en gracia de Dios. Que cada día tus obras sean más perfectas, que ese es tu deber, y sólo así imitarás á tu divino Maestro.

Coloquio. - ¡Oh divino Sol de Justicia, que quisiste eclipsarte en Nazaret para enseñar la humildad, y siendo Dios quisiste obedecer, y siendo Señor del

1 Marc., VII, 37.

mundo trabajar, para darnos ejemplo de obediencia y de amor al trabajo! ¡Oh Maestro soberano, cuyo silencio me predica no menos que la palabra! enséñame, Señor, á caminar por el camino de tus divinos ejemplos, para que siguiendo tus pisadas, reine contigo por todos los siglos.

Propósitos.—Aprende á callar y encubrir los talentos que tengas, gusta de no ser conocido y alabado, y jamás digas palabras que redunden en tu propia alabanza.

28 DE ENERO

De cómo debemos adelantar en perfección, á imitación de Jesús en Nazaret.

Preludios.—Imagínate á Jesús en la santa casa de Nazaret, viviendo sometido á la Virgen y á San José, y dando cada vez mayores pruebas de santidad, y pide gracia abundante para conocer qué es lo que te impide salir de la tibieza en que te encuentras.

Punto I

De cómo debemos adelantar en perfeccion, á imitación de Jesucristo.

Considera cómo debemos nosotros adelantar en el camino de la perfeccion, á semejanza de como crecía el Niño Jesús en edad, sabiduría y gracia.

Pondera que así como Jesús crecía en edad, esto es, iba poco á poco fortaleciéndose y dejando atrás las debilidades que son propias de la infancia, así nosotros también hemos de procurar dejar atrás las debilidades y flaquezas de la infancia espiritual, y *no ser niños fluctuantes que se dejen envolver por todo viento de doctrina* [1], sino que crezcamos con Cristo, no conservando de la niñez más què la inocen-

1 Ad. Cor., 1.ª, XIV, 20.

cia, como nos enseñó el Apóstol: *Hermanos, no seáis niños en el sentido, aunque sí pequeñitos en la malicia* [1].

Crecía también Cristo en sabiduría, y deber nuestro es procurar crecer en la ciencia de la salvación, ó sea en el conocimiento, temor y amor puro de Dios y de nosotros mismos y de todo lo que se refiere á nuestra santificación. Porque la ignorancia es fuente de pecados, y ella misma, siendo culpable, es pecado también y merece la reprensión que dió Nuestro Señor á los Apóstoles, reprochándoles de que tuvieran tan poco entendimiento de las cosas divinas, después de habérselas El mismo enseñado.

Aprovecha, pues, en la ciencia del espíritu, sacando fruto de tanto bueno como oyes y lees, lo que no te ocurrirá si oyes y lees solo ó por vana curiosidad ó por rutina, sin deseo de adelantar en la ciencia de los santos ni instruirte en la única ciencia, que es la de la salvación.

Por último, crecía Jesús en gracia delante de Dios y de los hombres, esto es, que á medida que avanzaba en edad, daba de su santidad pruebas mayores; y lo mismo hemos de procurar nosotros, como recomendó el Apóstol San Pedro: «*Creced en la gracia y en el conocimiento del Señor*» [2]. Sí; procuremos perfeccionar las virtudes que hayamos adquirido, y adquirir las que nos faltan; no olvidemos jamás que somos viajeros peregrinos de la tierra de promisión, y que en este misterioso viaje todo lo que no sea adelantar, es retroceder. Y por esto precisamente quiso Jesús avanzar

1 S. Matth., xv, 16. 2 Petr., III, 18.

delante de los hombres en gracia y sabiduría, y que la revelación de su santidad interior que fué plenísima desde que tuvo vida mortal apareciese á lo exterior, no de súbito, sino como un crecimiento, para enseñarnos de este modo á crecer continuamente y adelantar en el camino de la perfección. Si en toda escuela, honra únicamente al maestro el discípulo que adelanta en aquella ciencia explicada, en la escuela de Cristo, el discípulo que no avanza, que no crece en sabiduría y gracia, tampoco honra al divino Maestro, y, como dice San Juan, para ser discípulo de Cristo es menester caminar como El y seguir el camino que El nos ha trazado.

Adelanta tú también y crece ante Dios por crecimientos interiores, y delante de los hombres por tus buenos ejemplos y edificación, que brote del alma. No seas bueno sólo ante los hombres, que eso es propio de los fariseos y de los que obran por humanos respetos. Sé bueno ante Dios y ante los hombres, no por agradar á éstos, sino porque nos debemos todos mutua edificación y buen ejemplo, porque eso agrada también á Dios N. S., y por seguir como en todo el ejemplo de Cristo, único modelo de toda santidad.

Punto II

Motivos de adelantar en el camino de la perfección.

El primero es la íntima persuasión del deber en que estás de progresar siempre en la virtud, si no quieres retroceder y perderte. Eres hijo de Dios, que es perfectísimo y te manda ser perfecto como El; llevas la imagen

de Dios en tu alma; te llamas discípulo y soldado de Cristo: pues considera que el hijo debe asemejarse á su padre; la imagen á su original; el efecto á su causa; el discípulo á su maestro; el soldado á su capitán. Acuérdate que Jesucristo dijo: «*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*»[1]: haced lo que viereis que yo hago, escuchad mis palabras é imitad mis ejemplos.

Acuérdate, además, que dicen todos los Santos que en el camino de la virtud el no ir adelante es volver atrás; que el que no se enmienda de sus faltas se hace cada día peor; que pierde el que no gana, y llega á ser pobrísimo el que no se enriquece. En la corriente de un río impetuoso no se puede estar parado, ó se ha de subir ó se ha de bajar; si te detienes y no remas, vuelves atrás y te hundes; el miembro inerte y sin movimiento pronto hay que cortarlo, y el agua estancada fácilmente se pudre y corrompe; eres perdido si dices, como los tibios: Me basta con lo adquirido; no necesito fatigarme ni mortificarme más, ni ser tan perfecto como otros.

Considera luego que es necesario trabajar mucho para llegar á la perfección y gozar de la tranquilidad del espíritu. Dios sólo posee su eterna felicidad sin movimiento ni fatiga; pero el hombre no consigue la suya sin muchos afanes, y nunca serás feliz si no te haces mucha violencia y te abrazas de veras con la cruz de tus deberes. Mira además que la gracia es una cualidad celestial que no puede permanecer estéril; que el amor no puede estar ocioso; es un fuego que nunca dice basta: ó quema ó se

1 Matth., v, 48.

apaga, ó se aumenta ó se disminuye. En la vida espiritual, el ser estéril es un delito; el no hacer bien es obrar mal; el árbol que no produce fruto se corta y se arroja al fuego, y se quita el talento al que no lo aprovecha. Estas comparaciones prueban las caídas de tantos que, por no hacer nada por adelantar, retroceden hasta dar en el abismo de la perdición. Mira lo que hace el mundano, el militar y el comerciante por adelantar en honores y riquezas, y avergüénzate de que ellos sirvan mejor al mundo y al demonio que tú á Dios nuestro Señor.

Dios mío, hasta ahora he perdido el tiempo, he disipado vuestras gracias, no he aprovechado los talentos que me diste para negociar y he adelantado poquísimo en la virtud; todos progresan, y yo solo atraso; todos quieren ser perfectos, y yo siempre me quedo tan imperfecto como al principio. El artesano se esmera en aprender su oficio, yo nada hago por aprender la santidad; el que estudia, con la aplicación llega á ser docto, yo siempre soy ignorante en la ciencia del espíritu. ¡Ah! ¡y con cuánta razón temo que me quitéis el talento que me habéis dado, y que me arrojéis al fuego como á un objeto inútil! ¡Cuánto camino me queda que andar! ¿No me sorprenderá pronto la muerte? Es preciso correr, y yo no ando. Tiempo es ya de que yo piense en mi alma, y de que me aplique de veras á salvarme. Dios mío, puesto que tal vez estoy ya cerca de la muerte, quiero ahora empezar de veras, y contando con tu gracia, te digo con el Profeta: *Ahora sí que quiero comenzar* [1].

1. Ps. LXXVI, 11.

Punto III

De los medios de adelantar en la perfección.

Considérense los medios de adelantar en la perfección que el Real Profeta sintetizó en estas palabras: «*Dichosos los que, apoyándose solamente en Vos, han resuelto en su corazón pasar por este valle de lágrimas para subir al monte Sión, y adoraros en el lugar que habéis allí consagrado*» [1].

Los que apoyándose solamente en Vos: he aquí lo primero que se necesita, porque sin el socorro divino nada podemos hacer. Como dice San Agustín, nuestras propias fuerzas sólo son poderosas para precipitarnos en el peligro.

En segundo lugar es preciso *resolver en nuestro corazón la subida al monte* de la perfección, esto es, amar á Dios de todo corazón, y amándolo es como se asciende por las laderas de ese monte santo; á medida que más amamos, más ascendemos. Pero conviene recordar que para subir al monte hay que cruzar el valle de lágrimas, esto es, el valle del dolor y de la penitencia, después del cual se levanta el monte del amor, en cuya cumbre está el lugar que Dios ha consagrado, el paraíso de las eternas delicias celestiales.

Así, pues, apoyarse en Dios, amar á Dios y sufrir y suspirar en este valle de lágrimas de la vida, son tres medios de santificación y de crecer en sabiduría y gracia delante de Dios, y estos medios hemos de usar para asemejarnos á Jesús, y para que nuestra alma crezca

1 Ps. CXXXI, 13.

y se fortifique, y se haga cada vez menos indigna de corresponder á la gracia de Dios.

San Carlos Borromeo nos da otros tres medios particulares para que adelantemos en el camino de la perfección. Si de veras deseáis, dice este gran Santo, avanzar en la vida cristiana y perfeccionaros en la doctrina de Jesucristo, en sus virtudes y en su espíritu; figuraos, en primer lugar, que cada día empezáis á servir á Dios, y procurad hacerlo con el fervor que tuvisteis en el día de vuestra conversión. ¡Oh, quién no recuerda con lágrimas de dulzura los días felices de su primer fervor! En segundo lugar, tened siempre á Dios presente, y no perdáis jamás su recuerdo. *Anda delante de mí y serás perfecto* [1]. En tercer lugar, haced de manera que todas vuestras acciones tiendan á Dios por la recta intención que las anime y por el deseo insaciable de complacerle. Nunca os parezca que habéis hecho ya lo suficiente. Mucho menos caigáis en una necia complacencia de vosotros mismos; porque esto equivaldría á echar por tierra todo lo que ya tuvierais edificado, y retroceder en vez de adelantar.

Considérese que nuestros progresos en la vida espiritual dependen principalmente del deseo ardiente de progresar, pues, como dice San Bernardo, el cuidado infatigable que ponemos en perfeccionarnos y el continuo esfuerzo que hacemos en este sentido, es ya el principio de la verdadera perfección. Adelantar en la virtud, es querer de veras adelantar. Pidamos á Dios esta gracia, diciéndole con San Agustín:

1 Gen., xvii, 1.

Coloquio.—¡Oh Dios mío y Señor mío: yo os amo, y no os amo todo lo que yo quisiera amaros; y si aún no es bastante lo que os amo, ni aun lo que quisiera amaros, haced Vos lo que yo no puedo hacer, y, ya que sois la caridad misma, incendiad mi corazón con ese fuego divino que anima á los santos y los convierte á Vos y los transforma por completo en Vos.

Propósitos.—Hacer cada obra como si aquel día fuera el último de nuestra vida.

29 DE ENERO

De la tibieza en el servicio de Dios, como rémora á nuestro aprovechamiento espiritual.

Preludios.—Ver mi alma como un enfermo demacrado y anémico, lleno de llagas y próximo á la muerte, y pedir gracia para conocer la gravedad de este estado y salir de él cuanto antes.

Punto I

Desorden y peligro de la tibieza.

Considera que el desorden y peligro de la tibieza espiritual consiste, ante todo, en que los tibios no están persuadidos de que lo son; son enfermos que no se tienen por tales: lo primero, porque en lugar de pensar en el mal que hacen y en el bien que debieran hacer, comúnmente no piensan sino en el mal que evitan y en el poco bien que hacen. Lo segundo, porque en lugar de compararse con los más fervorosos, no se comparan sino con los que son tan tibios ó más que ellos. Lo tercero, porque en esta comparación engañosa se dicen, con la misma confianza que el Fariseo, que no tienen las faltas de muchos. De aquí proviene que, sirviendo á Dios muy tibiamente, se hacen jueces de los demás y encomiado-

res de sí mismos, como si cumpliesen toda justicia.

Estado funestísimo, pues según las palabras del Espíritu Santo, es en cierto modo peor que el del pecado. Fuera mejor para ciertas almas haber caído en alguna culpa grave y grosera, antes que vivir de asiento en esta vida tibia y relajada. Porque tal vez no hubieran podido sufrir largo tiempo los remordimientos de la conciencia, que humillándolas y espantándolas con la enormidad de la culpa y el miedo del infierno, las hubiera obligado á entrar dentro de sí mismas, siendo así que de ordinario ni se reprenden su tibieza ni hacen escrúpulo de ella. De aquí es que los maestros de la vida espiritual han enseñado que es más difícil salir del estado de tibieza, que del vicio y de la maldad; y, entre otros, Casiano afirma haber conocido gran número de pecadores que, después de su conversión, habían llegado á ser hombres fervorosos y espirituales; pero que no había visto jamás la misma mudanza en los tibios. Esta experiencia de los santos y doctores, ¿no debe hacerme temblar?

Estado tanto más digno de llorarse, cuanto que nos hace pesadísimo el yugo del Señor. Mientras el alma fervorosa lo lleva con santa alegría, porque la gracia abundantísima del Señor se lo endulza todo, el alma tibia siente, por el contrario, todo el peso de la ley evangélica y divina, y no experimenta más que trabajos. Castigo visible de Dios, que en este mundo castiga la tibieza con la tibieza misma. Pero no se contenta con esto, y según se explica su Majestad, la tibieza le llega á ser tan insoportable que le provoca á una especie de

vómito, cuya idea sola causa horror; no arroja Dios absolutamente á un alma tibia, pero *comienza á arrojarla*, apartándose de ella. Esta tibieza, pues, es un principio de reprobación; ¿y qué más necesito para trabajar en salir de ella? ¿Esperaré á ser del todo reprobado?

Dios mío, ¡me espanta esta palabra tuya! Tú, que buscas y llamas al ladrón y á la adúltera, empiezas á arrojar de tu boca al alma tibia con el horror con que se arroja lo que daña nuestra salud. ¡Qué indignación no ha de causarte el estado de mi alma! Perdóname, Señor, y en vez de arrojarme de tu boca, méteme en tu corazón, para que allí me enfervorice y salga de mi miserable estado.

Punto II

Principios y causas de la tibieza.

Después de haber considerado la desgracia y el desorden del estado de tibieza, si quiero conocer las causas, debo buscarlas dentro de mí mismo; porque este estado no se puede formar en mí sin que yo, libre y voluntariamente, sea su causa y origen; debo imputármelo á mí mismo, y sería el colmo de la injusticia querer atribuir el estado de tibieza de mi alma á Dios N. S. Dios permite algunas veces que un alma santa tenga sequedades; pero éstas, según los fines de Dios, no sirven sino para purificarla, desasirla de los consuelos sensibles y perfeccionarla en su amor. Conviene, pues, no confundir estas sequedades con la tibieza. El alma santa y fervorosa llora estas sequedades; pero el alma tibia y floja no gime en la tibieza: la una está en un estado

violento sin culpa suya; pero la otra está culpablemente en un estado que le agrada, como agrada al enfermo el letargo y la somnolencia.

La primera causa de nuestra tibieza es la facilidad en omitir los ejercicios espirituales, oración, lección, comunión, exámenes de conciencia, las obras de penitencia y de mortificación. Esas santas obras son como el pábulo con que se alimenta el fervor; pero cuando somos flojos y remisos en el servicio de Dios, el menor negocio nos aparta de ellos, el menor impedimento es pretexto, á lo menos, para interrumpirlos y para diferirlos para otro tiempo; esto es: para no hacerlos cumplidamente. ¿Cuántas veces me ha sucedido esto? ¿Cuántas veces he dejado á Dios por el mundo? ¿Cuántas veces por vanos motivos, y muchas veces sin alguno, he abandonado mis ejercicios ordinarios? ¿Debo admirarme después de encontrarme disipado y tibio? ¿Cómo no lo había de estar? Cuando un mundano se queja de que tiene poca fe, le decimos: Si no hacéis cosa alguna de lo que conviene para fortificarla y avivarla, ¿cómo la habéis de tener? De la misma suerte me debo decir á mí mismo: ¿cómo no tengo de perder el espíritu de devoción y de fervor, si no me sujeto á cosa alguna de lo que puede conservarle, antes al contrario, hago todo lo posible por distraerme y disiparme?

No se empieza dejando desde el principio todos los ejercicios de devoción y todas las obligaciones; pero se hacen con negligencia, y ésta es la segunda causa de tibieza. Se vive, á lo que parece, como los fervorosos, pero sin

espíritu interior y en peligro próximo de distraerse. ¿Es posible que con esta diversidad de objetos mundanos, de que está llena el alma, no se vaya poco á poco apagando el deseo de la perfección, y que á medida que se amortigua este deseo, no se llegue á resbalar y, en fin, á caer? Bien lo puedes tú decir, y tu ejemplo lo convence con evidencia.

La tercera causa de la tibieza, es el menosprecio de las cosas pequeñas. En lugar de acordarnos de que no hay cosa pequeña en lo que mira á Dios, y que la perfección no consiste tanto en las cosas grandes como en las ordinarias; que es gran cosa ser fiel en las cosas pequeñas, y que, en fin, las cosas grandes por las pequeñas se mantienen; en vez de tener delante de los ojos todo esto, se forjan los tibios la ilusión de que las cosas que ellos llaman menudas sólo sirven para escrupulosos y principiantes, no ponen el menor cuidado en observarlas, en evitar las faltas ligeras, y así, poco á poco, se deslizan por la pendiente, hasta que al fin se llega á una horrible tibieza. ¡Ah! Si desde los primeros años en que conocí á Dios hubiera tenido siempre la misma atención y la misma vigilancia sobre las menores faltas y las menores infidelidades, ¡cuántos progresos hubiera hecho y de cuántos peligros me hubiera librado! ¡Ay de mí, que por eso estoy tan lejos de haber adelantado, que sería muy feliz si fuese al presente tan fervoroso como era al principio de mi conversión!

Hacer, pues, cosas buenas, pero hacerlas mal; arrastrarse y no andar en el camino de la virtud; querer ser de Dios y del mundo; co-

meter faltas y pecados veniales como por costumbre; confesarse y comulgar por rutina, sin dolor ni propósito, esos son, entre otros, los síntomas de este espantoso mal. Entra dentro de ti y pide al Señor luz para conocerte y gracia para salir de ese estado, si, por desgracia, estuvieses en él.

Punto III

Remedios de la tibieza.

Considera que la tibieza tiene remedio: es dificultoso curarla, pero con la gracia divina no es imposible: se ven pocos ejemplos de estos cambios admirables, pero se ven algunos, y Dios quiere que tú seas uno de estos, puesto que te ha inspirado el deseo de salir de ella. ¿Y cuáles son los remedios de que puedes usar? Se reducen á dos: la meditación y la práctica de buenas obras.

Lo primero, pues, debo considerar frecuentemente la grandeza del Dios á quien sirvo; lo que su Majestad es y lo que yo soy para Dios; es mi Soberano Señor, mi Juez, mi Creador; ¿cómo debe ser servido? Yo soy su vasallo, su esclavo, su criatura; ¿cómo debo servirle? Este es el motivo con que San Pablo animaba el fervor de los primeros cristianos: *Os exhorto á caminar en el camino de Dios de un modo digno de su Majestad.* Regla excelente y remedio infalible contra la tibieza: pensar, hablar, orar, vivir siempre *de un modo digno de Dios.* Lo segundo, considerar cómo se sirve á los grandes del mundo. La conducta del mundo es para mí una continua lección; ellos sirven por interés á sus príncipes con gran

celo, y yo sirvo flojamente á Dios. Lo tercero, considerar en cada acción su importancia y el inestimable bien que puedo conseguir con ella: la acción que hago ó voy á hacer, es obra de Dios: según la hiciere tendré recompensa más ó menos abundante y puedo merecer gloria eterna. Estos pensamientos y otros semejantes son los que cada día y cada instante encendían nuevo fuego en aquellos santos cuyas virtudes me confunden, y á quienes debo proponerme como modelos.

Cuanto á la práctica de las buenas obras, el remedio más eficaz para despertar de mi sueño y de mi tibieza es destruir las causas de ella y oponer los medios contrarios; por ejemplo: volver á practicar todos los ejercicios espirituales cuya omisión me ha sido tan dañosa, y procurar en adelante ser más exacto en ellos; poner todo el cuidado de que soy capaz para hacerlos bien; no faltar á cosa alguna, aunque sea la más pequeña, venciendo todas las dificultades y repugnancias y estando dispuesto á servir á Dios toda mi vida, sin consuelo y sin recompensa, si así lo dispusiera. ¡Qué feliz seré si, aun á tan corto precio y con sacrificio tan pequeño, se digna Dios recibirme en su servicio!

Coloquio.—Con este sentimiento ¡oh Dios mío! y con esta disposición vuelvo á vuestra Majestad con grandísima confianza; no obstante todas mis tibiezas, me atrevo á prometerme que no habéis retirado de mí aún vuestra misericordia. Vos lo podéis hacer, Señor; me habéis amenazado, y yo lo merecía; pero vuestras amenazas, hasta ahora, no han sido más que amenazas de padre, y pues me llamáis ahora de nuevo y más eficazmente que nunca, no puedo dudar de que queréis hacerme volver á entrar en el camino de vuestros fieles siervos y

restituirme á aquel santo fervor que he perdido. Sea, Dios mío, como lo deseáis y lo ordenáis, y sea como yo mismo lo quiero y lo propongo delante de Vos.

Propósitos. — Hacerme esclavo de mi plan de vida espiritual, no omitiendo nada de lo que comprendo, según el juicio de mi director, que ha de servirme para entrar otra vez en el fervor primitivo.

30 DE ENERO

De la falsa piedad, otra rémora á nuestro aprovechamiento en la virtud.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. reprendiendo con terribles palabras á los escribas y fariseos, y echándoles en rostro su falsedad é hipocresía, y pídele andar con sinceridad, nobleza y rectitud de intención en la práctica de las virtudes.

Punto I

En qué consiste la verdadera y sólida piedad.

Considera que no hay palabra más fuerte y expresiva para indicar la unión íntima de nuestra alma con Dios, nuestra dependencia absoluta de la voluntad divina y la disposición del corazón á someterse á cuanto el Señor exige de nosotros, que la palabra *devoción*, tan mal entendida de muchos, como practicada de muy pocos. De un soldado se dice que es verdaderamente devoto de su rey y de su patria, cuando á cada instante está dispuesto á morir por ellos. Así que la devoción, más que en actos exteriores, en sí muy buenos, cuando son señales de afectos y disposiciones interiores, más que en los labios radica en el alma y en el corazón, dispuestos siempre á cuanto sea del agrado y servicio del Señor, sin reparar en propias ventajas ó comodidades. Devoción,

pues, es espíritu de sacrificio, amor á la abnegación interior, á la constante humillación, á la cruz de todos nuestros deberes.

La devoción tiene, como todas las virtudes, su principio, progreso y perfección; pero cuando llega á este estado, la devoción consumada y perfecta se confunde con lo más sublime de la santidad. Deduce de aquí lo errados que están muchísimos falsos devotos, que confunden la devoción, como los escribas y fariseos, con cualquier acto externo, fórmula ó mera ceremonia de piedad; pero que ignoran, y aun aborrecen, la ciencia divina de la abnegación interior, de virtud sólida y maciza, en una palabra, de la cruz de Cristo. Estos, más que devotos, merecen el nombre de profanadores de la devoción, la que desacreditan con su frivolidad, inmortificación, envidia, amor al regalo, egoísmo, ligereza en la lengua y en los sentidos, amor propio no grosero, sino tan fino y delicado, que se introduce hasta en la misma piedad, y aquel cúmulo de faltas que buenos y malos atribuyen, y á veces con razón, á los falsos devotos. Estudia si es esa la idea que tú te has formado de la piedad, *útil para todo,* como dice el Apóstol, y procura conformar tus máximas y tus prácticas á la idea cristiana y no á la mundana de la devoción y piedad.

Para que te formes juicio más exacto aún de lo que es esta devoción, considera que su primer y principal objeto debe ser siempre la gloria de Dios. Dios no se ha podido proponer otro fin en cuanto manda ó prohibe; existimos sólo para dar gloria á Dios, y lo glorificamos amándolo y obedeciéndolo. Esa gloria

de Dios debe ocupar siempre el primer lugar en nuestros pensamientos y deseos, y ser el primer móvil de nuestras acciones. Toda otra intención, aunque buena y santa en sí misma, debe ser secundaria. Así Jesucristo N. S. nos lo enseña en el *Pater noster... Sanctificetur nomem tuum... Adveniat regnum tuum... Fiat voluntas tua...* Lo demás viene después. Los ángeles y santos en el cielo no tienen otra ley más que conocer y amar á Dios, y esta ley es principio del orden, paz y caridad eternas. Lo mismo debe ser entre los hombres.

El segundo objeto de la devoción es nuestra propia santificación. El verdadero devoto la quiere eficazmente, no por el bien que á él le resulte, sino ante todo porque esa es la voluntad de Dios. Odia al pecado por muchos motivos, pero, sobre todo, porque es ofensa divina. Quiere ser santo, pero no á la manera y según sus ideas, sino siguiendo las miras é ideas de Dios. No ignora que su santificación es obra de Dios más que suya, y por eso deja obrar á Dios y no pone obstáculo á cuanto Dios de él exija.

El tercer objeto de la devoción es nuestra propia felicidad, inseparable de la verdadera devoción. Ser dichoso es estar unido al soberano bien, y la devoción, cuando es perfecta, empieza aquí esa unión para consumarla en el cielo. Nuestra felicidad espiritual es una consecuencia de nuestra santificación, porque es principio cierto que lo que tiende á hacer al alma mejor, tiende á hacerla más feliz. Son como la causa y el efecto, y es eso cierto aun en Dios, en quien la felicidad no es tanto una perfección, como el resultado de sus infinitas

perfecciones. Pero en nosotros esta felicidad pasajera no es sino una sombra, si se la compara con la felicidad eterna que Dios promete á los verdaderos devotos.

Examina cuál es tu devoción. Si te encuentras siempre pronto al sacrificio y á la cruz; si eres fiel á tus propósitos; si amas la abnegación interior y el recogimiento; si huyes del mundo y sus peligros; si en todo lo bueno que haces no te buscas á ti, sino á Dios, tu devoción es verdadera; pero si sólo te contentas con rezar mucho, pero mal, y pertenecer á cofradías, pero sin espíritu y sin fruto, vana es tu devoción.

Punto II.

En qué consiste la piedad falsa o falsificada.

Considera lo que dice Santo Tomás, que así como los hombres falsifican todo lo que hay de más precioso, así el demonio procura falsificar las virtudes todas, y especialmente la devoción. Personas hay de corazón recto que detestan todo lo falso, lo mismo en el orden moral que en el orden material, y sólo transigen con la falsa piedad, sin pensar que no engañan ni á Dios ni al mundo, sino á lo más á su amor propio. No consideran el daño inmenso que se hacen á sí mismos, á la religión, que exponen constantemente al escarnio y la befa de los mundanos, que llegan á creer y propalar que, puesto que hay falsos devotos é hipócritas en la virtud, toda devoción es falsa y toda virtud hipocresía, y llaman hipócritas á los fervorosos y falsarios á los santos. Infamia grandísima del mundo, enemigo siempre de

Cristo y de toda virtud, que olvida que no porque el hombre pueda abusar de todo, hasta de la bondad de Dios, dejan por eso muchas cosas de ser excelentes, y que en esta vida junto al bien está siempre el mal, y entre el trigo escogido se encuentra la cizaña. Para que entres en esta meditación dentro de ti y veas la debilidad ó solidez de tus virtudes, y cuáles son tus progresos ó retrocesos en la perfección, conviene mucho que aquilates los grados y fineza de tu devoción y piedad y veas si es oro de ley ó falso, porque con el falso ni se compra la gracia de Dios ni la entrada en el cielo.

Ciertamente uno de los grandes escándalos de la virtud y escollo de la santidad es ver que se tengan por piadosas y perfectas, personas que rezan con los labios, pero cuyo corazón, lleno por completo del mundo, está lejos de Dios y de la cruz de Cristo, que lo mismo van á la oración que al teatro, y á comulgar tan frecuentemente como á bailar, y lo mismo leen el Kempis que la novela peligrosa, el periódico cristiano que el racionalista y libertino.

Para esto medita y examina primeramente si tu devoción es mortificada, que si no lo es, no merece el nombre de devoción. Hay personas frívolas que buscan el placer y la satisfacción de su vanidad y de su amor propio, hasta en el servicio de Dios. Ese sentimiento es indigno de un cristiano que profesa tener por Rey y Maestro á Jesucristo en la cruz y coronado de espinas. Verdad es que Dios N. S. se acomoda muchas veces á nuestra miseria, y aun en esta vida, con goces que el

mundo ignora por su sabor celestial, deja entrever á los santos algo de las dulzuras eternas. Lo cierto es que los mundanos se ven siempre devorados por penas ó hastiados en medio de sus mismos locos placeres, y, en cambio, los santos son los únicos que se han creído felices en este valle de lágrimas y en medio de toda suerte de trabajos. ¿Por qué no experimentas tú esas delicias de los santos? Por aquello que le ocurrió al pueblo judío, que apenas empezó á gustar los frutos de la tierra de promisión, careció del maná del cielo. Por eso no sientes los goces de Dios en la oración, porque no te mortificas en privarte de lo que sabes disipa tu corazón, de lo que conoces que llena tu mente de vanas y peligrosas imágenes, porque no pones freno ni á tus pasiones ni á tus sentidos, y Dios no quiere estar en alma manchada. Tres ó cuatro comuniones por semana y ninguna mortificación ni interior en tu genio y tus pasiones, ni exterior en tu cuerpo y tus sentidos: obras en sí mismas santas y de devoción y luego ningún sacrificio para el cumplimiento de tus deberes esenciales, eso constituye lo falso y poco sólido de tu piedad, que antes de ser devota tiene que ser cristiana, y antes que con los consejos debe cumplir con los preceptos de Dios y de la Iglesia. De ahí nace, de esa falta de mortificación, que tu piedad ni es humilde, ni es constante, ni es recta, ni caritativa, ni pura, y faltando estas condiciones, claro es que no te sirve para adelantar en la virtud, sino como una especie de piadoso pasatiempo en que entretienes tu natural tranquilo, ó una falsa separación del mundo, que te ha des-

deñado ya porque no le sirves para nada, ó como un medio de acallar los gritos de tu conciencia.

No sea, pues, tu devoción como la piedad interesada, aparente é hipócrita de los fariseos, que dejaban de cumplir deberes de justicia y de misericordia, y luego tenían sumo cuidado de pagar el diezmo del comino y de la menta. No mezcles el ejercicio de piedad con las sátiras contra el prójimo y tal vez la calumnia, que desgarra su reputación, pues que el fundamento de toda virtud es la observancia de la ley de Dios. Todo eso y mil otros caracteres más, y por desgracia harto conocidos, son los que constituyen la falsa piedad.

Huye de ella como de terrible peste, y acuérdate que es imposible servir á dos señores, que es, en resumen, lo que pretenden los falsos devotos. Entra dentro de ti mismo, y de los quilates de tu piedad puedes, seguramente, deducir los pasos que adelante ó atrás has dado en el camino de la perfección.

Punto III

De la diferencia entre la piedad verdadera y la piedad falsa.

Considera, en primer lugar, que así como el reino de Dios está dentro de nosotros, y toda la gloria de la hija del Rey, esto es, de la hija de Dios, ó sea del alma sólidamente piadosa, está dentro de su corazón, así puedes ver que la falsa piedad está toda en la superficie y en el exterior de las obras. Se parece mucho á la piedad de los fariseos, que era enteramente superficial, estaba en el semblante y en los

labios, pero no en el corazón, y por esto fueron llamados por Jesucristo sepulcros blanqueados. Piensa que Dios quiere del hombre, sobre todo, el corazón, porque sin el corazón nada hay en el hombre que sea digno de Dios. Acuérdate de que en la antigua ley, Dios exigía de su pueblo esta piedad interior, según nos lo enseña la Sagrada Escritura, y piensa que con mayor razón lo pide en la nueva ley, para cuyo cumplimiento Jesucristo vino al mundo, para formar adoradores en espíritu y en verdad. Juzga, en consecuencia, si reunen estas condiciones las buenas obras que practicas; examina si las haces por ostentación ó por interés, ó por cualquier motivo torcido, que en este caso, si merecen alguna recompensa, ésta no debes esperarla de Dios, que las reprueba como indignas de El. Mira también si las buenas obras que practicas desinteresadamente las haces sin intención, sin recogimiento ó sin reflexión, por costumbre, por el bien parecer ó por compromisos de tu estado, sin que te anime á ellas ni las presida el espíritu de Dios: desorden muy frecuente y casi universal en personas que se dicen espirituales.

Examina cuidadosamente si en tus largas oraciones, todas ellas llenas de hermosos sentimientos de fe, de esperanza, de caridad, de amor á Dios y de confianza en El, no te ha ocurrido muchas veces no hacer siquiera un acto de fe, de esperanza, de caridad, de confianza ó de sumisión, porque lo que ha pronunciado tu boca no ha encontrado eco en tu corazón. Piensa que no pocas veces te has postrado ante el altar del Señor y has perma-

necido así largas horas, sin que en todo ese tiempo hayas tributado á Dios un solo homenaje, ni hayas cumplido una vez siquiera el deber que tienes de imitar á tu divino Maestro.

Considera, en fin, que la piedad no consiste ni en las inclinaciones del cuerpo ni en la modestia de los ojos, sino en la humillación del espíritu, y que quizá el tuyo no ha acompañado ni un solo momento á las muestras exteriores de respeto y veneración. Piensa que hay quien entra en los hospitales, visita las cárceles, consuela á los afligidos, cuida á los enfermos, socorre á los pobres, y que á pesar del celo que manifiesta en estas buenas obras no tiene ni un adarme de misericordia cristiana, porque las ejecuta movido por una actividad natural, que á ello le impulsa, ó por una compasión puramente humana, que le conmueve, ó por la costumbre que le guía, ó por mil otros motivos ajenos al deseo de servir á Dios, que debe inspirar todos sus actos.

Te engañas miserablemente si crees llevar una vida cristiana y poseer la verdadera piedad porque hagas todas esas cosas, si no tienes en cuenta que no merecen el nombre de buenas obras aquellas que no nacen del principio que debe producirlas y que puede santificarlas. Te figuras que tienes las manos llenas de merecimientos cuando, en realidad, te sucede lo que á un hombre dormido, que en sueños se imagina ser poseedor de inmensas riquezas y al despertar se encuentra en la miseria.

Para evitar este desengaño forma el propósito de no decir, ni emprender, ni ejecutar nada que no sea en nombre de Jesucristo, y

atento únicamente á la mayor gloria de Dios. Sólo así podrás abrigar la esperanza de poseer algún día la verdadera piedad, acepta á Dios, y no la falsa piedad de que hacian alarde los fariseos.

Deduce de cuanto hemos dicho hasta aquí, que la verdadera piedad es abnegada, la falsa cómoda y regalada; la primera humilde y vacía de sí, la segunda ostentosa y llena de amor propio; la primera todo lo da á Dios, la segunda quiere repartir el corazón, el tiempo, la fortuna y todo entre Dios, el mundo y el demonio; la primera hace el bien sin que nadie se entere, la segunda haciendo sonar la trompeta de la fama; la primera busca ante todo la gloria de Dios y la salvación de las almas, la segunda la propia satisfacción.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Abrid los ojos de mi alma para que vea lo inútil y falso de muchas de mis buenas obras. Purificad, Señor, mi intención; separadme del mundo y de sus máximas, y haced que en cuanto bueno obre y haga, sólo os busque á Vos, y que mis buenas acciones lo sean en todo, en la intención y en el fruto.

Propósitos.—Huir de la piedad á lo mundano como del gran peligro de mi salvación, y no querer juntar á Dios con el mundo, ni el Evangelio de Cristo con el Korán de Mahoma.

31 DE ENERO

De tres medios para conocer nuestro adelantamiento en la virtud.

Preludios —Oye la voz de Cristo N. S. que dice á todos los hombres: "Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto„, y pide luz abundante para no engañarte acerca del estado de tu alma, y fortaleza para progresar cada vez más en sabiduría y gracia celestial delante de Dios y de los hombres.

Punto I

Progresos hechos en la victoria de las tentaciones.

Considera que aunque es muy difícil conocer á punto fijo si adelantamos ó no en el camino de la virtud, porque el amor propio, que nos excusa, la pasión, que nos ciega, y aun la propia humildad no nos dejan ver á veces claramente el estado actual de nuestra alma, sólo de Dios conocido, podemos valernos de algunos medios para estudiar en qué estado nos encontramos respecto al deber de aprovechar, ó para dar gracias al Señor por el bien que hayamos hecho, y que á El sólo se debe, ó para estimularnos á andar más de prisa en el camino de la perfección. Sea, pues, el primer medio para estudiar el estado de tu alma, ver qué progresos has hecho en la victoria contra las tentaciones.

Primeramente has de considerar que nadie en este mundo está libre de tentaciones, de tal modo que, cuando desaparece una, debemos esperar, seguramente, que será sustituída por otra. Por esta razón hemos de persuadirnos de que la bondad de Dios permite, en ocasiones, que seamos durante largo tiempo atormentados por una tentación, para evitar que caigamos en otra más peligrosa, así como otras veces nos libra más pronto de una, para ejercitarnos en otra con mayor provecho nuestro. No hemos de considerar, por esto, que sea señal de mayor perfección el no ser tentados, porque no hay nadie, ni aun entre los más perfectos, que se vea libre de tentaciones, esto es, que no sienta movimientos interiores que

le inciten al mal; es, por tanto, necesario saber de dónde proceden esos movimientos, para poder resistirlos con más seguridad.

Las tentaciones pueden venir de nosotros mismos, ó del demonio, ó de ambas cosas á la vez. Las que nacen de nuestra propia malicia proceden del desorden de nuestros sentidos, de nuestras pasiones desarregladas, de nuestras malas costumbres ó del temperamento ó disposición de nuestro cuerpo. Los demonios, que conocen nuestra flaqueza, se aprovechan de ella para combatirnos, atacando los puntos flacos de nuestros sentidos y pasiones, y obtener así el consentimiento de nuestra voluntad. Pero si encuentran, como encontraron en los Santos, un cuerpo mortificado y sujeto al espíritu, pasiones dominadas por la penitencia, una imaginación sujeta por el freno del recogimiento y una voluntad firme en el bien por la práctica de las virtudes, vense forzados á combatir solos, faltos del auxilio que en otro caso encontrarían en nosotros mismos.

Considera además que el demonio nos combate de tres maneras, á saber: induciéndonos al mal por medio de objetos exteriores que presenta á nuestros sentidos, excitando violentamente nuestras pasiones ó atacando directamente á nuestra imaginación por medio de horribles pensamientos que el espíritu humano es incapaz de producir por sí solo. Esto es lo que se llama espíritu de blasfemia, de fornicación, de odio, de lo que pedimos ser librados en las oraciones públicas de la Iglesia, y son terribles tentaciones, con las que, por lo general, sólo Dios permite que sean probadas las personas de gran virtud y santidad.

¿Por qué Dios N. S., que es tan buen Padre, permite las tentaciones? Para probar nuestra virtud y darnos ocasión de merecer; para purificar las almas de sus secretas aficiones, castigar de ese modo las infidelidades cometidas en su servicio y obligarnos á acudir á El, diciéndole como los Apóstoles en el día de la tormenta: *Señor, salvadnos, que perecemos.* Medita y examina si esos son los frutos que has sacado hasta ahora de las tentaciones y, si no ha sido así, procura que lo sea en lo por venir, pues esa es la voluntad de Dios.

Se conocerán, pues, los progresos hechos en la victoria contra las tentaciones, cuando se las resiste sin dejarse vencer, si con ellas luchamos con vigor y constancia, si no solamente no recibimos daño sino que obtenemos ventajas, si después de muchos combates y victorias se las debilita de tal modo, que apenas causan impresión en el alma, ó no causan ninguna. De este feliz estado dice San Bernardo que sólo disfrutan los perfectos, que imitan en la paz de su alma el estado inmutable de la bienaventuranza.

El buen uso de los remedios de que nos servimos contra los artificios del demonio, es una señal visible de nuestros progresos en la victoria contra las tentaciones; pero en este punto conviene no perder de vista, tanto nuestra propia fragilidad como el bien que Dios saca de ella, pues el conocimiento de nuestra flaqueza nos mantiene en la humildad y nos hace más avisados.

Pues bien, para conocer la extensión de las victorias que hayas conseguido contra las tentaciones, debes preguntarte á ti mismo: ¿Que-

rrás cometer la más leve falta con intención deliberada, ó prefieres la muerte antes que el pecado?

En este último caso no deben turbarte las tentaciones, porque pasarán por tu imaginación sin dejar huella de su paso, y bendice la bondad de Dios, que jamás nos obliga á cosas tan difíciles que puedan pasar moralmente por imposibles.

Punto II

Progreso en el amor á los sufrimientos y á la cruz de Cristo.

Considera, para conocer tus adelantamientos en la perfección á que estás obligado, si has hecho buen uso de las cosas que sirven para crucificar y dar muerte á nuestro amor propio. ¿Qué provecho has sacado de las injurias del tiempo, de las enfermedades, trabajos y escaseces, de los defectos de nuestros prójimos, de las ignominias y desprecios inmerecidos, de las tribulaciones con que el Señor se ha servido visitarte?

En este punto, el amor á los sufrimientos puede ser de tres grados. Soportarlos con resignación y paciencia y sin protesta de nuestro corazón. Aceptarlos de buena voluntad, agradeciendo á Dios N. S. el que nos los envíe. Llevarlos con alegría por haber sido juzgados dignos de padecer algo por Dios N. S., y de imitar á Cristo, varón de dolores y Rey divino que tiene por trono una cruz.

En los sufrimientos que experimentamos por medio de nuestros prójimos, no debemos mirar quién es el que nos ofende, sino mirar siempre

á Dios en sus criaturas, de las cuales se vale el Señor para mortificarnos y darnos ocasión de merecimientos. Tampoco debemos conservar ninguna acritud, ni movimiento de cólera ó de venganza contra quien nos mortifique; antes por el contrario, debemos amarle bien y manifestar este amor por medio de beneficios.

Entremos dentro de nuestro corazón y veamos cómo nos conducimos con Dios en nuestras penas y tribulaciones; si las sobrellevamos con valor; si le damos gracias en nuestras adversidades; si tenemos el valor de pedirle que las aumente, y si nos humillamos cuando no sentimos ese deseo.

Debemos, especialmente, examinar qué fruto sacamos de las pruebas que el Señor nos envía. ¿Levantamos nuestro corazón á Dios con la confianza de que es bastante poderoso para proteger á los que ama, diciendo desde lo íntimo de nuestras almas: *Si Dios está con nosotros, quién contra nosotros?* ¿Nos turbamos por los juicios de los hombres, ó nos inquietatamos por lo que está por venir, aumentando nuestra tristeza con la poca confianza en Dios y con la preocupación de las cosas futuras, añadiendo pena sobre pena? ¿Desistimos de nuestras santas resoluciones, ó abandonamos nuestras prácticas piadosas cuando nos sucede alguna desgracia, ó, por el contrario, aprovechamos la adversidad para redoblar nuestro fervor, siguiendo á San Ignacio de Loyola, cuando preguntado por el P. Jerónimo Nadal, cuál era el camino más corto para llegar á la perfección, le contestó en estos términos: «El camino que pedís es el de sufrir muchas y

muy grandes adversidades por amor á Jesucristo. Pedidle que os conceda esta gracia, porque este sólo beneficio de Nuestro Señor comprende otros muchos?»

Punto III

Progresos hechos en la práctica de tus ejercicios espirituales.

Para apreciar de un modo seguro si adelantas ó atrasas en el camino de la perfección, el medio más sencillo es ver cómo haces tus ejercicios espirituales. Porque sabida cosa es que todo nuestro mal proviene, en su origen último, de la tibieza y dejadez en esta materia. La experiencia te enseña que tan luego como eres fiel á la práctica de la oración, á los exámenes de conciencia, á la lectura de buenos libros, al estudio de tu vida interior, á la frecuencia de los santos sacramentos, todo esto hecho con espíritu de aprovecharte y con las debidas disposiciones, tú mismo te encuentras otro, más fuerte para las tentaciones, más ágil y pronto para el ejercicio de las virtudes y más iluminado para seguir el sendero de la perfección. Al contrario, la misma experiencia te ha enseñado que apenas aflojas y te descuidas en la práctica de estos santos ejercicios, te ves expuesto á caer en toda suerte de faltas é imperfecciones, y hasta en el olvido de tus más esenciales deberes.

La razón de esto que todos experimentamos, es muy sencilla. Las luces de lo alto para conocer nuestras obligaciones, para internarnos en el estudio de las verdades de la fe, para conocer Dios y conocernos á nosotros mis-

mos, sólo las da Nuestro Señor, á quien se las pide en la oración. Y di lo propio de la gracia indispensable para la lucha diaria y constante de la virtud, para renunciarte á ti mismo, para no mirar en las criaturas más que á Dios y amar á Dios en ellas, para imitar á Jesucristo abrazándote con la humillación; para todo esto hace falta gracia, y muy abundante, del cielo; y ese rocío divino sólo se comunica al alma por el canal de la meditación, que es la escala de Jacob que nos pone en comunicación con Dios.

Estudia, pues, cómo haces tus exámenes de conciencia y cómo los hacías antes. Si con más viva fe, más fervor, más atención, y, sobre todo, más fruto, señal es que creces en sabiduría celestial, pues, á no dudarlo, con esas condiciones habrás arrancado no pocos defectos de tu alma.

Haz lo propio con tu oración mental. Si para ella te has preparado mejor, remota y próximamente; si le has dado siempre el tiempo debido; si has trabajado en ella para aplicarte á ti la materia y el fruto que necesitabas sacar; si has conocido y amado más á Dios ó á Jesucristo, Señor nuestro, y á la Virgen nuestra Madre; si has estimado y deseado más la virtud, la perfección y salvación de tu alma; si has encendido en tu corazón el celo de la gloria de Dios y de la santificación de tus prójimos; si has aprendido á ser más humilde, á detestar más y más al mundo con sus vanidades y locuras, sus máximas anticristianas y sus modas antirracionales y ridículas, al demonio, con sus ardides y malicia, y á la carne con su corrupción y tiranía, clara señal es de

que, aunque tú no lo conozcas, adelantas en sabiduría y gracia delante de Dios, que se complacerá en tus esfuerzos, y delante de los hombres, que conocerán ese mismo fruto por tus obras. Pero si ó por desidia, tibieza ó indiferencia dejas tu meditación unos días, la acortas otros, la haces mal todos, con tedio, distracciones voluntarias, sin recogimiento ni fruto; si te examinas poco y mal, de corrida, como de ceremonia, siendo juez harto benigno con tus faltas, de las que ni te arrepientes de veras ni te enmiendas, puesto que las faltas crecen en número y malicia en vez de disminuir, es evidente que en vez de adelantar con tus prácticas espirituales, retrocedes. Haz el mismo examen de tus lecturas, devociones, uso de sacramentos y demás prácticas y ejercicios piadosos. Ese es el criterio que nunca falla, la piedra de toque de tu aprovechamiento.

¡Cuántos motivos podrás sacar de confusión! ¡Cuántos para temblar delante de Dios por la inmensa responsabilidad que suponen tantas gracias despreciadas! ¡Con muchísimas menos, cuántas almas se han santificado! Confúndete y arrepiéntete delante de Dios, prometiéndole ser más fiel á sus inspiraciones y aprovecharte mejor de los medios de tu salvación.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! cuando entro dentro de mí y veo que en vez de adelantar, cada día retrocedo en el camino de la virtud, tiemblo por mí. ¿Qué he hecho, Señor, de tantas luces, gracias, inspiraciones, como me habéis comunicado? ¿Dónde está el fruto de tantos ejercicios espirituales? ¿Cómo los habré hecho yo para encontrarme cada día más duro y seco en vuestra presencia, más débil en las tentaciones, más dado al mundo, más enemigo de la

cruz y más amigo de mí mismo y de mi carne y sensualidad? Abrid, Señor y Dios mío, los ojos de mi alma, que vea los peligros á que me expone mi flaqueza, y que empiece desde ahora á serviros como merecéis.

Propósitos.—Saca de este examen de tu conciencia ó meditación práctica el renovarte por completo en la exactitud y fervor de tus ejercicios espirituales, que ellos te darán fuerza para todo lo demás.

MES DE FEBRERO

DÍA PRIMERO

La presencia de Dios como gran medio de aprovechamiento espiritual.

Preludios.—Mira á Dios N. S. como un vasto océano donde todas las criaturas están abismadas y como penetradas de la esencia de Dios, sin poder jamás salir ni apartarse de El; y pide vivir siempre en la presencia del Señor para adelantar en la virtud y perfección.

Punto I

Obligación que tenemos de ejercitarnos en la práctica de la presencia de Dios.

Considera que la razón y la fe nos manifiestan estas dos verdades: que Dios está en todas partes; que Dios lo ve todo. Está en todas partes, luego debo respetarlo en todas partes; debo, en todas partes, acordarme de la soberanía de su sér y de mi dependencia de su poder infinito. En realidad, no hay lugar alguno en todo el universo que no esté consagrado con la presencia de la Majestad divina, y en cualquier lugar en que me halle, puedo decir como Jacob: *Este lugar es santo y yo no lo sabía* [1], ó por mejor decir, yo no pensaba en ello. Dios está aquí, y yo lo olvidaba, obrando como si Dios no me mirara. El ejercicio de la

1 Genes., xxviii.

presencia de Dios es el homenaje legítimo que rindo á su inmensidad. San Agustín se la figuró como un vasto océano donde todas las criaturas están, por decirlo así, abismadas en Dios y penetradas de la esencia divina, sin poder salir jamás fuera de su Majestad ni apartarse de Dios, porque están presentes á El por absoluta necesidad de su sér. ¿No es, pues, justo que el hombre tenga por obligación el estar presente á Dios también con el espíritu y con el corazón, considerándose sin cesar dentro de Dios y considerando á Dios dentro de sí mismo? ¿No recuerdas que dice el Apóstol que: *en Dios vivimos, nos movemos y somos?* y ¿puede darse idea más grandiosa de la inmensidad de Dios, ni que más deba excitarnos á vivir vida verdaderamente espiritual y divina?

Pues consideraré que, como Dios está en todas partes, lo ve y lo observa todo: debo, pues, en cuanto me fuere posible, no perderle jamás de vista, caminando siempre como quien tiene á Dios por testigo de mis intenciones más secretas; á aquel Dios, de cuyos ojos nada puede esconderse: «*¿Adónde iré, Señor,* decía David, *para esconderme de vuestro rostro?* [1]. Si subo al cielo, os encuentro en él; si bajo á los infiernos, estáis allí presente; si tomo alas para volar á los confines de la tierra, vuestra mano es la que me conduce allí. Yo dije dentro de mí mismo: puede ser que las tinieblas me encubran. Pero reconocí que la noche más obscura, es luminosa para Vos: porque las tinieblas, ¡oh Dios mío! no son obscuras para Vuestra Majestad, y la noche para Vos es tan

1 Ps. CXXXVIII.

clara como el día más resplandeciente». Así discurría David sacando de aquí la obligación en que estaba de vivir siempre en la presencia de Dios. ¿Por qué no sacarás tú la misma consecuencia? ¿Cómo tan fácilmente te puedes olvidar de eso y vivir casi como si Dios ni existiera, ni te mirara? ¿Cómo apartar de El de esa manera la mente y el corazón?

Mira que entonces andas con verdad delante de Dios, cuando actual ó habitualmente te acuerdas de su presencia y se ocupa tu corazón en amar á Dios.

Hay ciertos ejercicios de la divina presencia, que las almas interiores disponen dentro de su corazón, merced á los cuales se acercan cada vez más á Dios.

Primeramente cuando el hombre, en virtud de una actual atención, ó al menos de una intención anteriormente formada, vive tan recogido que todo lo hace de una manera digna de la presencia divina, y entre los quehaceres del día se vuelve á Dios con frecuentes jaculatorias y suspiros del alma. En segundo lugar, cuando purificado el corazón de todo deseo desordenado, devotamente atiende y escucha qué es lo que le habla Dios y está continuamente preparado para corresponder á las inspiraciones de la gracia. Finalmente, cuando el alma, absorbida por Dios de cierta manera, vive de tal modo que no se acuerda de sí, sino de Dios, ni se ama, sino por Dios, y goza siempre de la deliciosa unión y de la presencia divina, como el pájaro goza del aire en que vuela y el sano de la salud que disfruta. Esta es la consumación de la unión divina, que supera todo sentido, y á la que suelen llegar las

almas verdaderamente puras con ayuda de la gracia, después de ejercitarse en generosos sacrificios y abandonar con el corazón todas las criaturas, y aun á sí mismas, para vivir con Dios únicamente.

Punto II

Utilidad del ejercicio de la presencia divina.

Considera que el ejercicio de la presencia de Dios es un eficaz preservativo contra el pecado, y un camino breve para llegar á la perfección.

Es un preservativo contra el pecado, porque no hay cosa más eficaz que pensar que estoy delante de Dios para reprimir las más violentas pasiones, para triunfar de las más terribles tentaciones y para impedirme el caer en las ocasiones más peligrosas. Acordarme que estoy en presencia de mi Juez, en presencia de aquel que me ha de condenar, y está dispuesto á pronunciar contra mí la sentencia de condenación, si soy tan temerario que me atreva á cometer este pecado. Ante esta idea no hay tentación que no se venza, impetuosidad que no se refrene, fragilidad ni caída de que no me preserve. Nosotros comúnmente no pecamos sino porque perdemos de vista á Dios, y jamás pecaríamos si tuviésemos siempre presente á Dios. Pecar contra Dios, dice San Agustín, es un delito; pero pecar contra Dios á la vista del mismo Dios, es un pecado monstruoso, y habría pocos pecadores que llegasen á tanto si estuviesen armados de este pensamiento: Dios me mira. Esta es la reprensión que se dió á sí mismo el hijo pródigo, con do-

lor y con amargura de su alma: *Padre mío, pequé contra el cielo y delante de Vos* [1].

Renueva, pues, el recuerdo de la presencia divina como medio eficacísimo para evitar pecados. Porque ¿quién que advierta cómo se halla ante los divinos ojos, osaría ofender á aquel que en el mismo punto puede arrojarlo en cuerpo y alma á los infiernos? Si vieras á Dios sensiblemente con los ojos de la carne, ¿querrías entonces, y aun podrías cometer un pecado? ¿No te conducirías como era justo? Pues con los ojos de la fe ve á Dios con más certeza y claridad presente, que si lo vieras con los ojos del cuerpo. Acuérdate de la presencia divina, y no pecarás jamás. Y, en efecto, ¿qué es lo que vuelve impecables á los moradores del cielo? ¿No es la visión y amor de Dios con todos su efectos?

Es, además, un camino breve para llegar á la perfección, y es el que el mismo Dios enseñaba á Abraham, cuando le decía: *Anda en mi presencia y serás perfecto* [2]. Porque la verdadera perfección del cristiano es hacer bien todas las obras, no hacerlas flojamente, sino con aplicación y fervor. Y ¿qué cosa puede inspirarme más este fervor en mis obras, animarme más á corregir en mí el desorden de una vida negligente y tibia, que la vista y la presencia de Dios? Dios me está mirando continuamente: ¿puedo con este pensamiento ser tibio y lánguido en su servicio y en lo que ejecuto por El?

Además, esta presencia de Dios es una fuente de consuelos para las almas justas, y les comunica fortaleza en la violencia que tienen que hacerse para subir á la perfección. ¿Qué

1 Luc., xv. 2 Genes., xvii.

cosa hay más dulce que este pensamiento: Dios está conmigo, y con ser Dios tan grande, se emplea en contemplarme y se aplica á favorecerme? Este solo pensamiento, ¿no es más que bastante para endulzar todas las penas que se me pueden ofrecer, para fortalecerme en todos los combates, que necesariamente he de sufrir? Este es el fruto de la presencia de Dios. *Los justos,* dice la Escritura, *están llenos de un santo gozo* [1]. ¿Y cómo no estarán llenos de gozo cuando tienen siempre delante de sus ojos á Dios, y ellos á su vez están siempre delante de los ojos de Dios? ¿Qué cosa, pues, más deleitable, más grata, más útil para todo que la divina presencia? ¿No es, en verdad, un perpetuo paraíso? Porque Aquel á quien los ángeles y santos contemplan faz á faz; Aquel á quien en realidad poseen en el cielo, á ese mismo con la fe contemplas tú en la tierra, de ese mismo gozas por el amor, y acrecientas los merecimientos para gozarle después en la gloria.

Sin el ejercicio de la divina presencia, la misma soledad es peligrosa y suele ser muy nocivo el trato con los hombres. Mas con él todo, lo mismo la acción que la contemplación, nos aprovecha y santifica.

Anímate, pues, á adquirir la costumbre de vivir en presencia de Dios, y trabaja en ello con esfuerzo y diligencia. Cuando la hubieres adquirido, te servirá de protección en los peligros, de luz en las tinieblas, de consuelo en el desamparo, de guarda entre el tumulto del mundo, de constante ejercicio de virtudes y de continuo trato con Dios.

1 Ps. LXXXVII.

Punto III

Prácticas de este ejercicio.

El ejercicio de la presencia de Dios pide dos cosas: la una evitar cuidadosamente todo lo que puede ser contrario á la presencia de Dios, y la otra sujetarse con fidelidad á todo lo que se conoce ser medio para adquirirla y para conservarla.

Evitar los obstáculos que se oponen al ejercicio de la presencia de Dios: tales son los vanos entretenimientos del siglo, diversiones en que se derrama el corazon, alegrías desarregladas que distraen el espíritu, compañías que nos apartan de nuestras obligaciones, exceso en los deseos que nos agitan, y en la vehemencia de las pasiones que nos alteran y nos turban, las conversaciones inútiles que nos llenan la imaginación de vanos ó torpes fantasmas, los cuidados superfluos que nos embarazan, las ocupaciones no necesarias que nos oprimen, mil negocios en que nosotros mismos nos metemos y mil ocasiones de distracción que, sin necesidad alguna, nos buscamos. Es forzoso que evites todo esto, porque todo esto es incompatible con la presencia de Dios.

Sujetarse con fidelidad á los medios de adquirir y conservar la presencia de Dios: tal es la fervorosa oración, pidiendo todos los días á Dios este don precioso, y diciéndole con el Profeta Rey: *Dirigid, Señor, mi camino delante de vuestros ojos* [1], y haced que no me aparte jamás de vuestra presencia. El silencio y el

1 Ps. v.

retiro, teniendo cada día horas señaladas para vacar á Dios y para apartarse del tumulto del mundo; el orden en todas las obras, no haciendo ninguna sino con espíritu de obediencia á Dios, cumpliendo en todas su voluntad; buscando á Dios hasta en las acciones más indiferentes; considerar las criaturas como imágenes de Dios, como espejos que nos representan las perfecciones de Dios; el cielo, como el palacio de su gloria; la tierra, como el escabel de sus pies; los hombres, como ministros de su providencia; las prosperidades, como efectos de su liberalidad; las adversidades, como castigo de su justicia: en una palabra, en todo ver á Dios y en Dios verlo todo, levantando á El con frecuencia la mente hasta llegar á hacernos habitual la idea de que vivimos siempre delante de Dios. Este es el secreto de no perder jamás la presencia divina. Este es el modo con que San Ignacio de Loyola se elevaba sin cesar á Dios: no necesitaba más que la vista de una flor para arrebatarse fuera de sí mismo y para formar la más alta idea del soberano autor de la naturaleza. De esta suerte pudiéramos nosotros, según la máxima del Apóstol, hallar en todas partes y en todas las cosas á Dios.

Coloquio.—Bien justo es ¡oh Dios mío! que yo lo haga así, porque siendo vuestra divina presencia para mí un tesoro tan rico, no hay cosa que yo no deba dejar por poseerle, y nunca le compraré muy caro. Dichoso yo si con esto llego á conseguirle, y si, renunciando á todo lo demás, me hallo unido con vuestra Majestad con esta bienaventuranza anticipada.

Propósitos. - Hacer cada día cierto numero de actos de presencia de Dios con el consejo del confesor ó padre espiritual

2 DE FEBRERO

Sobre la Purificación de la santísima Virgen.

Preludios.—Imagínate á la Virgen santísima caminando hacia Jerusalén á ofrecer á su divino Hijo en el templo, y pídele verdadero espíritu de fervor y de sacrificio para ser totalmente de Dios.

Punto I

Virtudes que ejercitó la Virgen Nuestra Señora en el misterio de la Purificación.

La primera virtud fué grande amor al recogimiento, con tanto gusto, que cuando la ley no lo mandara, gustara Ella de estar aquellos cuarenta días en su retiro, atendiendo solamente á contemplar las grandezas de su Hijo, con el cual estaba tan contenta que no echaba de menos la compañía de todo el mundo.

La segunda virtud fué grande amor á la pureza de corazón, dando de ello muestras en que, con ser purísima, gustó de purificarse más.

La tercera fué heroica obediencia; porque con saber que no estaba obligada á guardar esta ley, quiso, con todo eso, cumplirla enteramente, sin querer exención ni privilegio, aunque podía lícitamente usarlos.

La cuarta virtud fué rara humildad en querer ser tratada como quien tenía necesidad de purificarse, mostrando en esto grande amor á la humillación.

La quinta fué grande amor á la pobreza, hermana de la humildad; porque pudiendo quizá con el oro que le dieron los Reyes Magos comprar un cordero y ofrecerle, como las

mujeres nobles lo hacían, Ella quiso tratarse como pobre y ofrecer el sacrificio que estaba señalado para los pobres, que era dos tórtolas ó dos palominos.

La sexta fué gran devoción y reverencia con que dió esta ofrenda al sacerdote, pidiéndole con grande humildad rogase á Dios por Ella, siendo Ella tal, que podía rogar por todos: y como la azucena dentro de las seis hojas, encierra otras seis varitas con sus pezones dorados, así la Virgen con estas seis virtudes juntaba varios afectos de intención pura de la gloria de Dios, encendidos con el fuego de la caridad, y resplandecientes con el oro de la celestial sabiduría. ¡Oh Virgen sacratísima! gózome de veros tan rica de virtudes, y tan diligente y cuidadosa en ejercitarlas; ahora veo con cuánta verdad *sois azucena entre las espinas* [1]. Alcanzadme, Señora, que yo os mire con tal espíritu, que consiga imitar vuestras virtudes.

Punto II

La Virgen santísima ofrece al Eterno Padre su divino Hijo.

Mandaba la ley que todos los primogénitos de los hebreos fuesen ofrecidos á Dios en reconocimiento de la merced que les hizo en sacarlos de Egipto, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios. Y en cumplimiento de esta ley, la Virgen Nuestra Señora llevó á su Hijo al templo para ofrecerle al Eterno Padre.

Aquí he considerar el espíritu de caridad y

1 Cant. II, 2.

devoción con que la Virgen hizo esta ofrenda en su nombre, y en nombre de todo el linaje humano, diciendo al Eterno Padre: Veis aquí ¡oh Padre Eterno! á vuestro Hijo unigénito en cuanto Dios, y primogénito mío en cuanto hombre: yo os le ofrezco con todo mi corazón en hacimiento de gracias de habérmele dado, pues no tengo cosa más preciosa que ofreceros; vuestro es, tomadle para Vos, en quien estará más bien empleado que en mí. También os le ofrezco por la salud y redención de todo el mundo en olor de suavidad, y os suplico que, por esta ofrenda divina, perdonéis á todos los mortales y los admitáis en vuestra gracia y amistad.

Luego consideraré el espíritu con que este Niño benditísimo se ofreció á sí mismo en el templo á su Eterno Padre. Veis aquí, diría, Padre Eterno, á vuestro Hijo unigénito, que se hizo hombre para obedeceros, y viene al templo para honraros; aquí me presento delante de vuestra Majestad, y me ofrezco á vuestro servicio y al cumplimiento de vuestra voluntad. Yo me ofrezco á morir por todos los hombres, para que mi muerte y el sacrificio de mi sangre aplaque vuestra ira, y libréis á vuestro pueblo de la servidumbre del pecado. De este modo cumplió aquí lo que dice San Pablo: *El que nos amó, y se entregó á sí mismo en hostia y ofrenda á Dios en olor de suavidad* [1].

Después he de imaginar que, aunque Cristo nuestro Señor hizo esta ofrenda por todos los hombres, también la hizo particularmente por mí, teniéndome presente en su memoria y corazón. Y así debo decirle, lleno de amor y

1 Ephes., v, 2.

gratitud: ¡Oh Padre soberano! con todo el afecto de mi corazón os ofrezco á vuestro Hijo unigénito; y aunque por ser yo el que le ofrezco merecía ser desechado, por ser tal la ofrenda espero ser admitido. Recibidla, Señor, en olor de suavidad, y por ella concededme perdón de mis pecados, para que con limpio corazón pueda aparecer en vuestra presencia en el templo de vuestra gloria.

Punto III

La Virgen santísima rescata á su divino Hijo.

Mandaba también la misma ley que estos primogénitos se redimiesen por cinco siclos, y así redimió la Virgen el suyo, pagándolos al sacerdote, el cual los tomó y le volvió á dar su Hijo. Sobre este paso se ha de considerar quién hace esta venta del Niño, quién le compra, con qué precio y para quién, y qué bienes resultan de ella.

Lo primero consideraré cómo el Padre Eterno, á quien se ofreció este Niño, no quiere quedarse con él, sino de nuevo quiere darle al mundo y á los hombres, y vendérsele para su bien, mostrando en esto su infinita liberalidad y bondad.

Quien le compra y redime es la Virgen, para criarle como á Hijo suyo; pero tampoco se quiere alzar con él, sino criarle para nosotros y comprarle para que se ocupe de nuestro bien.

El precio es no más que cinco siclos. ¡Oh Padre Eterno! ¿Por qué igualáis este primogénito en el precio con los demás? Pero ya veo, Señor, que esto es avisarme, que aunque el nombre de este rescate suena venta y pre-

cio, mas no se da sino por gracia, para que yo os las dé sin cesar por esta nueva gracia, por la cual seáis glorificado de todas vuestras criaturas. También puedo ponderar el espíritu que está encerrado en estos cinco siclos, por los cuales se significa el precio con que se compra el oro preciosísimo de la divina sabiduría, que es Cristo, del modo que puede ser comprada. Este precio es la mortificación de los cinco sentidos y los actos de las cinco virtudes, que nos disponen para alcanzar la gracia y la perfección de ella; es á saber: fe viva, temor de Dios, dolor de pecados, confianza en la divina misericordia y propósito eficaz de obedecer á Dios y cumplir en todo su santa voluntad.

Por último, ponderaré el fin para que se redime y compra, que es para ser esclavo y siervo de los hombres, y que se entregue á la muerte por ellos.

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús, cuán de buena gana os dejáis vender y redimir por deshacer con vuestra venta la que yo pecando hice de mi alma, y por rescatarla con vuestro rescate, para que sea siempre vuestra! Bendita sea vuestra inmensa caridad, que nunca se harta ni cansa de hacernos bien. ¡Oh alma mía! Alégrate porque la Virgen ha comprado su Hijo para ti, gózate de que Jesús es ya tuyo, pues su Padre te le ha dado por cinco siclos. ¡Oh buen Jesús! mío sois por esta nueva compra, pues yo me doy por vuestro, y con grande confianza quiero decir: Mi Amado para mí y yo para El. Sea, Señor, así, que ni Vos me dejéis á mí, ni yo jamás os deje á Vos. ¡Oh soberana y tierna Madre nuestra, que tantas y tan heroicas virtudes practicasteis en vuestra Purificación y en la presentación de vuestro santísimo Hijo en el templo, alcanzadnos de El la gracia de imitarlas para que un día nos alegremos con Vos en el cielo!

Propósitos.—Ofrecer, á imitación de Jesús y de María, sacrificios costosos á nuestra naturaleza, pero agradables á Dios N. S.

3 DE FEBRERO

(Meditaciones sobre la vida oculta de Cristo N. S.)

Vida oculta de Cristo N. S. en la casa de Nazaret.

Preludios.—Contemplar á Cristo N. S. trabajando en la casa de Nazaret, y pedirle gracia para amar la vida oculta é interior.

PUNTO I

Cuán escondida fué la vida de Jesucristo por espacio de treinta años.

Considera cómo este es, sin duda, uno de los mayores misterios de la vida de Jesucristo; y por desconocidas que nos sean sus circunstancias, no debemos admirarle menos que los misterios que tienen más esplendor á los ojos de los hombres. Jesucristo, que estaba lleno de todos los tesoros de la sabiduría de Dios, que poseía en supremo grado todos los dones de la naturaleza y de la gracia, que podía con sola una palabra conciliarse la veneración de todos los pueblos; que hasta la edad de treinta años hubiera podido hacer tantas maravillas para gloria de su Padre, si hubiera procurado darse á conocer; que hubiera podido convertir todos los pecadores, todos los idólatras, y dilatar el Evangelio por toda la tierra; que para esto sólo había sido enviado y había bajado del cielo, se redujo, no obstante, á vivir vida escondida, y de treinta y tres años que había de morar entre nosotros, pasó los treinta en silencio y soledad, y sólo reservó tres para salir en público y anunciar el reino de Dios.

¿Qué hizo Jesús en estos treinta años de vida retirada? *Estaba sujeto á María y á José.* Esto es lo que nos dice el Evangelio: no sabemos más: y quiso el Señor sepultar en las tinieblas todo lo que hizo, de suerte que Dios solo, fuese testigo de sus obras; conducta al parecer muy extraña, pero cuyos secretos no son difíciles de descubrir. Pretendió Jesús reprimir en nosotros el deseo de salir en público y de brillar en el mundo, deseo que nos es tan natural. Pues mira que no es posible que un cristiano sea sólidamente devoto, si es muy dado á las cosas exteriores, y nada hay tan á propósito para moderar esta ansia de mostrarse en público y de distinguirse y brillar, como el ejemplo de un Dios voluntariamente escondido á los ojos del mundo.

Porque este ejemplo nos quita todos los pretextos que pudieramos tener, y que el amor propio sabe tan ingeniosamente sugerirnos, persuadiéndonos de que en nuestra gloria se interesa la gloria de Dios y la salvación de los prójimos; que es necesario en algunas circunstancias buscar un lucimiento que sirve para fomentar la caridad, que un retiro tan grande nos hace inútiles y nos impide lograr los talentos que hemos recibido de Dios. Especiosas razones. ¿Estoy yo en estado de contribuir más á la gloria de Dios que Jesucristo? ¿Conozco mejor lo que conviene y lo que no conviene? ¿Tengo más celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas? ¿Tengo talentos más relevantes y de que se deba esperar mayor fruto? ¡Alma frívola y vanidosa! aprende á desengañarte y confundirte. En lugar de estas máximas que me inspira el espí-

ritu mundano, mi Salvador vino á enseñarme un camino del todo contrario, y en el cual debo mantenerme firme: este es, desear ser desconocido de los hombres, no introduciéndome en puestos elevados, sino buscando, en cuanto de mí dependa, la humillación y la oscuridad.

Esta debe ser mi disposición, no saliendo en público sino cuando sea voluntad de Dios N. S. Así será El más glorificado, el mundo quedará más edificado, guardaré mejor el retiro de mi profesión y cumpliré con todas mis obligaciones más fiel y sinceramente. No necesito, pues, más que esperar en paz las órdenes de la Providencia, y cuanto más me permitiere Dios estar oculto, tanto más debo alegrarme y amar mi retiro, diciendo con el Profeta Rey: *Escogí ser abatido y el último en la casa de mi Dios.*

¡Oh Jesús, maestro y Redentor mío! Enséñame la ciencia divina de la vida interior, dame á gustar la oscuridad y el retiro, pues sólo en él está la paz del alma, y mientras tú no quieras otra cosa, allí está tu gloria, como en tu soledad de Nazaret estaba la gloria infinita de tu Eterno Padre.

Punto II

Ocupaciones de Jesucristo en su vida oculta.

Considera cuáles eran las ocupaciones de Jesucristo en su vida oculta. Si juzgamos sólo por las apariencias, eran ocupaciones humildes y comunes: trabajaba con San José; cuidaba con María Santísima de las cosas necesarias para el sustento de la sagrada Familia;

ejecutaba puntualmente lo que ambos le mandaban, sin omitir ni hacer con negligencia cosa alguna de los menores oficios. ¿Qué empleo era este para el Mesías, para el Señor y Rey de Reyes, para el Hijo único de Dios? No obstante, el Eterno Padre sacaba tanta gloria de estas acciones, como de todo lo más sublime que el Salvador había de hacer en lo restante de su vida. Dios aceptaba con infinita complacencia estas pequeñas acciones, y viendo á Jesús empleado en tales ejercicios, decía ya, aunque con menos solemnidad que en el día de su Bautismo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido.* ¿Por qué? Porque en todas estas acciones se conformaba Jesucristo con el beneplácito de su Eterno Padre; porque estaban animadas de espíritu interior, y elevadas á fines totalmente divinos; por esto eran tan meritorias delante de Dios, y tan agradables á sus ojos como el sacrificio del Calvario.

Había en aquel tiempo en la tierra Príncipes y Emperadores; había sabios famosos que llenaban el mundo con su nombre, se hablaba de sus empresas, y sus hechos eran ensalzados por todo el mundo; pero en la estimación de Dios todas estas cosas eran como nada, porque Dios no era ni el principio ni el fin de ellas. Por el contrario, no se hablaba de Jesucristo ni era conocido del mundo. Estaba en un rincón de Judea, como si allí no estuviese; pero Dios tenía continuamente puestos sus divinos ojos en Jesús, su divino Hijo. Este Señor era el único objeto digno de la atención del cielo, y no hacía una sola acción que no fuese de valor infinito.

¡Qué dulcísimo consuelo y qué motivo de confianza para una persona espiritual, que por su estado no se emplea más que en oficios ínfimos y de la mayor humillación! Por eso deben animarnos tanto aquellas palabras del Apóstol: *Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios;* porque desde el instante que nuestra vida es vida escondida en Dios, es una vida ajustada á los deseos de Dios, y por consiguiente vida del todo santa; y pues es una vida escondida con Jesucristo, es también una vida del todo conforme á la de Jesucristo y á su espíritu y á sus sentimientos. ¿Y qué vida para mí más deseable que la que me une de esta suerte con mi Dios, y me hace tan semejante á mi Salvador y á mi divino modelo? Esta vida es propiamente la vida interior, y en vida semejante no hay cosa tan humilde en la apariencia y tan despreciada, que no la deba yo estimar sobre todas las cosas. Sería degenerar mucho de la verdad, si estimase las cosas que ejecuto por otra regla que por la santidad que hay en ellas, y por la voluntad de Dios que cumplo al hacerlas; con esto todas las cosas, aun las más pequeñas y materiales, son de un valor inestimable y todas son grandes delante de Dios.

Rectifica, pues, tus máximas y tus ideas, y no juzgues de las cosas ni de las acciones por el brillo exterior que pasa luego, sino por el criterio de Dios que es sólo el que sabe pesar y avalorar nuestras obras, y saca de todo esto grande amor á las ocupaciones humildes, que son las mejores y las más seguras.

Punto III

De la paz y quietud de la casa de Nazaret.

Considera de cuánta quietud estaba acompañado el retiro de Jesucristo. Desconocido del mundo, no estaba expuesto á sus murmuraciones, ni sujeto á sus leyes ni á sus caprichos; en la estrechez de la pobre casa en que estaba encerrado aplicándose á su humilde trabajo, no le tocaba parte alguna de las turbaciones que agitan á todos los hombres; gozaba tranquilamente del silencio y de la calma de la soledad, y sólo hablaba en el secreto de su alma con su Eterno Padre, de quien recibía las más dulces comunicaciones.

De todos los bienes que podemos desear en la tierra, es cierto que uno de los más preciosos es la paz; pero no es menos cierto que de todos los medios para adquirir esta paz, interior ó exterior, uno de los más seguros es la vida retirada. El mundo es un mar tempestuoso, y el retiro un puerto y asilo en que se vive defendido de todas las tempestades. Esta es la causa por qué, aun las personas del mundo, estiman en tanto esta vida retirada, que les hace decir en muchas ocasiones, que vivirían más contentos en la soledad, que entre el tumulto y los azares del siglo.

Los más de los mundanos lo dicen así, y en esto dicen más verdad de lo que piensan; pero con más convencimiento lo dirían, si hubieran conocido por experiencia las sólidas dulzuras de que goza un alma acostumbrada á vivir sola. Tiene deleitosas ocupaciones: no son brillantes, sino humildes, y por esto le son mucho

más agradables; las cumple con fidelidad, sin meterse en otra cosa; de esta suerte no le turba lo que pasa en el mundo; mil sucesos que para otros son fuente de inquietudes, á ella la tienen sin cuidado; comúnmente no sabe noticias de la tierra y ni aun quiere saberlas; ¿y cómo ha de inquietar á semejante alma lo que sucede fuera, si apenas sabe lo que pasa cerca de sí? Si no se trata de obras de caridad, y del bien de las almas, de nada se informa ni se entromete en cosa alguna.

¡Ah, cuántos vivirían esta vida de paz, si hubieran empezado con tiempo á saborear sus delicias y hubieran sabido encerrarse dentro de sí mismos! Pero parece que muchos no pueden vivir sino derramados al exterior, y no saben morar con ellos mismos. ¡Terrible desgracia, llena de inquietudes y peligros! Algunos hay que en todo se mezclan, y no pueden dejar de hallarse en todas partes; si se les quita este bullicioso vivir, sienten pena; y si se les deja seguir su impetuosidad natural é ir adonde los arrebata, allí encontrarán su ruina; porque no es posible que la diversidad de objetos, los diversos negocios en que se mezclan, no exciten muchos deseos y pasiones, que turban la paz del corazón. El retiro se hace más dulce cuanto más se guarda; pero dejándole frecuentemente ó por mucho tiempo, se hace insoportable. Es necesario, no obstante, volver á él, porque sin él es imposible pensar en santificarse ni en disfrutar la paz del corazón. ¿Para qué buscar fuera de mí la felicidad, cuando con Dios y con su gracia puedo hallarla dentro de mí y en medio de mí mismo?

Volveré, pues, á vivir dentro de mi interior

haciendo en mi corazón una secreta morada, donde viva sólo con mi Dios, y de donde no saldré sino cuando y porque Dios quiera; pero volviendo á ella siempre, apenas acabe de cumplir la voluntad del Señor.

Coloquio.—Seáis eternamente bendito, Señor, por la misericordia que me habéis hecho, dándome á conocer la importancia del retiro, dentro de mi corazón: él es lugar de seguridad para mí y habitación de paz por todo el tiempo de esta vida presente. Verdad es, Señor, que es menester tener en el retiro algún atractivo y algún gusto; pero este gusto del retiro es una de las gracias que he de recibir de Vos. Desasid mi corazón de todos los vanos pasatiempos y diversiones que pueden distraerle. Vos, Dios mío, no me faltaréis en la vida oculta; yo os encontraré en ella, y si os tengo á Vos, ¿qué más tengo que desear? ¿Dónde estaré bien sin Vos? ¿Qué me importa no ser conocido del mundo, si Vos me honráis con vuestra divina presencia? Vos sólo seséis para mí todas las cosas; y en mi retiro estaré más dispuesto, para deciros sin cesar con el mismo consuelo, lo que os decía uno de vuestros más grandes amigos: «Dios mío y todas las cosas».

Propósitos.—Huir cada día más y más del mundo, en cuanto nuestros deberes lo permitan, y procurar vivir con nosotros, en vez de vivir inútilmente con los demás y sólo para los demás.

4 DE FEBRERO

Vida interior de Jesucristo en la casa de Nazaret.

Preludios —Entra con la consideración en el divino sagrario del interior de Jesucristo, penetra en los íntimos senos de su divino Corazón, y pídele te revista de sus afectos é intenciones para salir algún tanto semejante al eterno modelo de todos los santos.

Punto I

El entendimiento de Jesucristo en su vida oculta.

Considera cómo en el alma de Jesucristo

existen tres especies de operaciones: las del entendimiento, las del corazón, y las de aquella facultad que tiene el alma para mover las potencias sensibles y producir obras exteriores. Considerémoslas separadamente.

¿Qué pensaba, qué juicio formaba Jesús de todo cuanto existe? Todos sus pensamientos eran de Dios y para Dios. Las cosas exteriores no le afectaban sino en cuanto tienen relación con Dios. En todas las criaturas, y aun en sí mismo, como en un espejo miraba á todas horas el poder, la grandeza, la sabiduría divina. Todos los proyectos, todos los propósitos que formaba iban dirigidos únicamente á la gloria de Dios, y de aquí procedía aquella facilidad que tenía de pasar las noches enteras en comunicación con Dios sin distracciones y sin cansancio, y de permanecer siempre unido con Dios en medio de los trabajos; de aquí que pasase sin violencia alguna del trabajo á la oración y de la oración al trabajo.

El primer paso de nuestra vida interior, es esforzarnos generosamente por imitar á Jesús. La inutilidad de tantos pensamientos vanos, á los cuales nos entregamos voluntariamente, es la causa de ese torbellino de distracciones en que se agita nuestra alma aun en aquellos momentos en que deberíamos recogernos con santa quietud en la presencia de Dios. Y no se trata ahora de pensamientos malos ó peligrosos, porque conocemos bien toda su malicia y sus funestas consecuencias; pero aparte de que la inmortificación de los pensamientos inútiles es la simiente de los pensamienios malos, ya que tan fácilmente pasamos de unos á otros, ¿podríamos decir que amamos á Dios

con todo nuestro entendimiento, cuando constantemente le permitimos ocuparse en cosas que no tienen relación con Dios? El cuidado exterior sirve de poco, cuando no procuramos tener el espíritu recogido; y si en los momentos en que nos dejamos llevar de nuestra imaginación, no pensamos en pecados, pensamos en cosas que nos halagan; y sabido es que las pasiones no se alimentan tanto con las ideas de objetos distantes, como con la satisfacción que les producen los pensamientos que las halagan por el momento.

Nunca tendremos espíritu de oración, si carecemos del espíritu de santo recogimiento, ¡y qué pérdida tan grande para nosotros, si como fruto de nuestra oración no nos imponemos el deber de no apartar nunca de Dios nuestro pensamiento! Se teme el cansancio y el fastidio, si se piensa siempre en Dios ó en las cosas santas; pero este hastío de los primeros momentos se convierte pronto en una costumbre dichosa, que acaba por ser el consuelo de nuestra vida. Se dice también que el alma de Jesucristo unida esencialmente con Dios, no podía separar de El sus pensamientos. Así es verdad; pero á pesar de todo, Jesús no dejaba nunca de aprovechar todos los medios exteriores que podían llevarle á la unión con su Eterno Padre. El alejamiento del mundo y el silencio, son siempre cosas en que debemos imitarle; la gracia ayudará los esfuerzos de nuestra voluntad, y de este modo se realizará una unión tan íntima de nuestra alma con Dios, como era la unión del alma del Salvador con su Padre celestial, en cuanto la capacidad de nuestro sér lo consiente. Así lo ex-

perimentaron los santos, en los cuales la presencia de Dios venía á constituir como una segunda naturaleza.

Y con estos pensamientos, ¿cuáles eran los juicios del Hijo de Dios sobre todas las cosas? *Yo juzgo*, decía él, *según lo que conozco* [1]. ¿Y qué era lo que conocía? ¿Qué era lo que El consultaba á todas horas? Consultaba el parecer de Dios sobre cada cosa, sobre cada persona y sobre cada acontecimiento, para formar según El la regla de sus juicios, siempre rectos, siempre invariables y siempre exentos de todo error. Nosotros juzgamos por lo que perciben nuestros sentidos, ó lo que finge nuestra imaginación, ó según lo que nos inspiran nuestras propias pasiones, si no es que nos dejamos llevar por los juicios de los demás tan falaces como los nuestros. Y formados así nuestros juicios, ¿podemos admirarnos de que sean tan diferentes de los juicios de Jesucristo, de que nosotros llamemos bueno á lo que El llama malo, ó de que despreciemos lo que El considera de la mayor importancia y pongamos nuestro corazón en lo que El desprecia? Y, sin embargo, nos es necesario acomodarnos en todo á este divino modelo; en vano trataremos de arreglar nuestro corazón y nuestras acciones si no comenzamos por arreglar nuestras ideas y nuestros juicios. Acostumbrémonos á hacer dentro de nosotros mismos como un consejo entre Dios y nosotros, y siempre que hayamos de tomar una resolución, preguntemos y oigamos á Dios. De este modo será como juzgaremos las cosas en la hora de la muerte, delante del tribunal de

1 Joann., v, 30.

Jesucristo, por toda la eternidad; así las juzgan ya los que pasaron delante de nosotros, y que, como nosotros, se dejaron seducir por las cosas de este mundo.

Punto II

El corazón de Jesucristo en su vida oculta.

Considera cuáles eran los afectos del divino corazón de Jesucristo. ¿Qué es lo que El amaba? ¿Qué deseaba? ¿Qué sentía? Mejor dicho: estando Jesucristo unido íntimamente con Dios, con el alma y el entendimiento, ¿qué podía sentir? ¿Qué podía amar ó desear? Glorificar á Dios, su padre celestial; reparar las injurias hechas á su Majestad divina; cumplir todos los designios de su voluntad; verle conocido, amado, adorado por todas las criaturas; todos los movimientos de ese corazón divino iban dirigidos á este objeto; no tenía temores, ni esperanza, ni alegría, ni tristeza, ni dolor, ni consuelo, ni actividad, ni descanso que no tuviese relación con este fin; esto era lo que El llamaba su alimento. Un hombre que por largo tiempo ha sentido un hambre cruel y una sed muy ardiente, no experimenta mayor consuelo al encontrar alimentos agradables y una fuente de agua viva, que el que sentía el corazón de Jesucristo siempre que podía demostrar á su Eterno Padre los transportes y los anhelos de su amor. Jamás escuchó la voz de la naturaleza, ni tuvo en cuenta sus repugnancias; abandonar el cielo, vivir en la pobreza y en los trabajos, morir en la cruz; buscar, reconciliar, salvar á los hombres, á los que tanto amaba su

Padre celestial; que su Padre fuese glorificado, esto era todo para El; lo demás todo era insípido, enojoso, insoportable para su vida.

¡Ah! ¡Quién me diera un corazón semejante al suyo! Todo mi descanso, todo mi consuelo será en adelante amar á Dios, unirme con Dios, trabajar y sufrir por la gloria de Dios, y no tendré más inquietudes que las que me cause el anhelo por conseguirlo. ¡Ah! ¿Qué es un corazón tan pequeño como el mío para un Dios tan grande? Y ¿consentiré que todavía esté dividido entre El y las criaturas? ¿Permitiré que se impresione, que se aflija, que se alegre ó se entristezca por cosas tan vanas é inútiles? Necesitamos muchos días, á veces años para consolarnos de una pequeña desgracia; la pérdida, la ausencia, la indiferencia de un amigo nos inquieta y nos desespera; una empresa que halaga nuestra vanidad, ó la ambición, nos quita el descanso y nos hace olvidar nuestros deberes; un acontecimiento feliz nos alegra, nos satisface y tranquiliza. En cambio para Dios no tenemos más que tibieza; miramos con indiferencia lo que se refiere á su gloria y á nuestra perfección, y necesitamos de toda la fuerza de nuestra fe y de profundas reflexiones para formar un ligero acto de dolor, cuando vemos que se le ofende, ó le ofendemos nosotros mismos. ¿Qué género de amor es este que no sabe enternecerse ni animarse, ni padecer, ni inquietarse por un objeto tan digno de todos los afectos? ¿Y diremos todavía que Dios ocupa el primer lugar en nuestro corazón?

De ordinario no vemos en la sagrada persona de Jesús otra cosa más que su aspecto

exterior ó sea lo que impresiona nuestros sentidos: tiempo es ya de que adoremos los sentimientos íntimos, el celo ardiente por la gloria de Dios, la caridad inmensa que ardía en su Corazón, desde el instante en que el Padre le declaró su designio de salvarnos. Adoremos é imitemos. Amémosle á El y todo cuanto El ama; de esto depende principalmente toda nuestra perfección. Toda la belleza moral del hombre se funda en formarse un corazón recto y bueno, y un corazón así formado influirá sobre nuestras obras exteriores, como el Corazón de Jesús hizo todas las suyas, tan perfectas y tan dignas de Dios.

Punto III

Principios de las obras exteriores de Jesucristo.

Considera cuál era el impulso que movía á Jesús en todos los actos de su vida. Siempre un principio divino. Dice San Pablo, hablando de los justos, que los que se dejan llevar por el Espíritu Santo son los verdaderos Hijos de Dios, y estas palabras convienen de un modo especial á Jesucristo. El hablaba, trabajaba, oraba; pero puede decirse que el Espíritu de Dios era el que oraba, trabajaba y hablaba en El. «Yo no hago nada por mí mismo, decía á sus discípulos, yo nada puedo hacer; no he venido á vosotros ni hablo nunca por mí mismo; el Padre es el que habita en mí, el que hace todas las cosas».

Para ser semejantes interiormente á Jesucristo no basta conservarse en estado de gracia, sino que es necesario obrar en virtud de ese espíritu de la gracia, que es, por decirlo

así, la fuerza que debe conducirnos como los animales misteriosos de Ezequiel, de los que está escrito, que eran llevados en su carrera por la impetuosidad del espíritu. Nunca debemos adelantarnos, sino esperar y seguir cuando haya llegado á nosotros el impulso de ese Espiritu; suspender, reprimir, mortificar la actividad natural hasta que Dios nos declare su voluntad, por decirlo así, y dejar que El nos manifieste en cada momento lo que hemos de hacer ó decir, según las circunstancias, y hasta en aquellas mismas obligaciones ó deberes que halagan nuestras inclinaciones, no buscar otra cosa cosa más que la voluntad de Dios, que las ordena, estando siempre dispuestos á interrumpirlas, si Dios nos llama á otras ocupaciones, aunque éstas repugnen á nuestros deseos; en una palabra, no ser otra cosa más que como instrumentos de las operaciones divinas, y permanecer siempre indiferentes en sus manos para que El haga de nosotros lo que quiera.

Este cuidado de vivir en gracia y de dejarse mover únicamente por la gracia, es el que convierte nuestras acciones, aun las más pequeñas, en otras tantas acciones divinas; porque realmente hay en ellas muy poco nuestro, puesto que lo principal es de Dios. Un suspiro, una palabra, una elevación del espíritu, vienen á ser de este modo obras de más mérito, que las cosas más difíciles, inspiradas por un fervor mezclado con nuestra voluntad propia. Esta unión con la gracia es la que da tanta eficacia para la salvación de las almas á las palabras de los hombres verdaderamente apostólicos, porque no son ellos los que ha-

blan, sino que es el Espíritu Santo el que habla en ellos. Pero ¡ay! ¿quiénes son los que procuran vivir unidos de esta manera con el Espíritu de Dios? Nos contentamos con ofrecer á Dios nuestras acciones, y no consideramos que esta disposición del corazón exige frecuentemente que la manifestemos en nuestras palabras: decimos que queremos agradarle, pero ha de ser en las cosas que nosotros escogemos, según nuestro gusto particular, y sin renunciar á todo otro deseo, aunque sepamos que no agrada á Dios.

Amar á Dios, como Jesucristo, con todas nuestras fuerzas, quiere decir algo más que todo esto; es necesario que sea un amor perfecto el que dirija todos los esfuerzos de nuestra voluntad á cumplir lo que Dios quiere, y sin otra razón que la de la voluntad divina. Emprendamos desde ahora esa manera noble y generosa de proceder, y arranquemos de nuestra alma todo lo que pueda serle contrario; dejemos que la naturaleza se queje al ver que la despojamos de todo lo que no es Dios; probémonos con frecuencia, sondeemos nuestro corazón y veamos si es Dios sólo el que nos mueve, y si en nuestros trabajos y empresas no buscamos más que á El. Reprimamos nuestros arrebatos y nuestras impetuosidades naturales, cuando sintamos las primeras impresiones del amor propio, y sea siempre el amor de Dios el que inspire nuestras obras. Es posible que en los primeros momentos nos sea muy amargo este alimento; pero este es el maná escondido, que Dios promete á las almas generosas, y, por muy escondido que esté, siempre será un maná que con su misma

dulzura hará aborrecer todos los demás alimentos.

Coloquio.—He comenzado á amaros demasiado tarde, Dios mío, os he amado muy poco hasta ahora; quitadme este corazón de piedra y dadme un corazón más sensible; ó más bien: dadme un corazon de piedra para todo lo que no sois Vos, y dadme para Vos un corazón tierno y generoso; transformad mi entendimiento y mi corazón en el de vuestro Hijo, y haced que yo entienda y cumpla el misterio de aquellas admirables palabras: «¡Oh, si entraseis una vez siquiera en el interior de Jesucristo!» Introducidme Vos en ese santuario; que en él se apacigüen todas mis inquietudes; que mis cuidados, mis penas y mis imperfecciones sean consumidas en ese horno de amor.

Propósitos.—Procurar vivir, por el silencio exterior y recogimiento de los sentidos, dentro del corazón de nuestro amado Jesús.

5 DE FEBRERO

La casa de Nazaret, escuela de recogimiento y soledad.

Preludios.—Entra con el espíritu y el deseo en aquella casa de Nazaret, admira el silencio y la paz que allí reina, y pide amor al recogimiento de tu corazón.

Punto I

Jesucristo, en la casa de Nazaret, modelo divino de soledad y recogimiento.

Considera que el Verbo de Dios había permanecido en el seno del Padre, durante toda la eternidad, en éxtasis eterno de recogimiento y contemplación. Hecho hombre en el tiempo se oculta en el seno de una Virgen, en donde se ofrece á su Padre, lo adora y se anonada en su presencia. Nace al mundo, pero no tiene más afán que ocultarse y vivir en el silencio

y la obscuridad, y sólo se manifiesta para cumplir la voluntad del Padre y salvar á los hombres. Tres años sólo predica, y treinta permanece callado en un rincón de la tierra, El, que es el Verbo de Dios, El que con una palabra podía convertir al mundo, refiriendo la vida de silencio y de oscuridad á los mayores prodigios que podría realizar; El, que era la palabra eterna, la esperanza de las naciones.

Entra en la casa de Nazaret, y allí aprende á callar y á hablar con Dios y con los hombres. Considera el silencio sublime, como el de un santuario, que allí reina, no interrumpido sino por palabras necesarias de caridad, de unción, de paz, de alegría en los trabajos y las penas, de perpetua conformidad con la voluntad divina. Que si San Pablo decía que su conversación estaba en los cielos, cuánto más celestiales serían las pláticas de la sagrada Familia y las de aquella casita, cielo abreviado, en donde estaba Dios con los hombres, y los hombres vivían amando y contemplando á Dios, como en el cielo los Santos. Respira aquella atmósfera divina; contempla despacio las personas; oye las pocas y santas palabras que allí se pronuncian, en que no hay una ociosa, ni menos imperfecta, y todas son ó útiles ó necesarias; ve las acciones, humildes á los ojos de los hombres, que sólo juzgan de lo exterior, pero de grandísimo mérito ante Dios, qué sólo mira el corazón.

¡Oh divina casa de Nazaret, precioso oriente desde donde el Sol de Justicia envía á todas las almas rayos de amor y de celestial doctrina! ¡Quién me diera vivir siempre en esa so-

ledad y recogimiento, para el alma mucho más hermoso y placentero que todas lás reuniones del mundo!

No te maravilles de que pasara Nuestro Señor tantos años en la soledad y no se manifestara al mundo sino después de mucho tiempo. Era sumamente necesario para nosotros este ejemplo divino, de amor á la soledad y al retiro, porque los hombres sin el amor á la soledad se derraman por completo á las cosas exteriores, se desvían del camino de la virtud, se exponen á mil peligros, y como con el estrépito continuo y atención á lo exterior no atienden á las inspiraciones de la gracia ni oyen la voz de Dios, de aquí que vayan resbalando de error en error y de pecado en pecado hasta hacer infructuosos todos los medios de salvación y perfección. A eso tiende el ejemplo de la vida interior y oculta de Cristo N. S.: á enseñar á los hombres á huir del mundo, si quieren marchar por el camino seguro de la salvación. Lo que brilla y resuena, lo que de alguna manera excita la atencion ó admiración de los hombres, eso suele ser lo que nos atrae. Pero, ¡cuánto error! ¡Cuánta ilusión!

Buscas la paz y el placer en medio del bullicio, y en él no encuentras sino dolor y aflicción de espíritu. Para participar de la espiritual quietud de la casa de Nazaret, preciso es que te aficiones á no tratar con los hombres más que lo necesario para su salvación y la tuya, y que te aficiones mucho á la soledad, porque ella es la guardadora de la inocencia, la morada de la paz, la mansión de la vida interior, la escuela de la santidad, el lugar de los

secretos celestiales y el medio escogido para la divina comunicación. Si quieres gozar de tantos bienes, ama la soledad, que Dios te llamará á ella frecuentemente y te conducirá al retiro para hablar en él á tu corazón.

Entra dentro de ti y examina y ve cuán derramado está tu corazón á cosas exteriores, cuán poco amas la soledad de tu corazón y cuánto el trato de los hombres, y no te extrañe luego encontrarte tan seco y árido en la oración y trato con Dios.—Arrepiéntete á los pies de Cristo N. S., y ofrécele vivir más con El en la casa de Nazaret.

Punto II

De los bienes de la soledad interior.

Considera que si quieres adelantar en virtud, es preciso que empieces por amar la soledad y por huir del bullicio del mundo. Es cierto que la perfección consiste, sobre todo, en cumplir la voluntad de Dios; pero sin el amor á la soledad, ni suele el hombre conocer la voluntad divina, ni pensar en las cosas de su alma, ni aun siquiera permanecer en gracia de Dios. Por eso registra la vida de los santos y no encontrarás ninguno que no haya amado la soledad y que no haya empezado á ser santo en la soledad y en el retiro.

Recuerda que la soledad que deben amar todos los hombres es relativa al estado y condición de cada uno, y así lo que en uno sería laudable, en otro parecería reprensible. Mas hay una norma cierta y verdadera para toda alma fiel, en cualquier estado ó condición en que viviere: amar de tal manera la soledad que

después de cumplir debidamente cuanto exigiere su obligación de tratar con los hombres, se aparte con Dios del bullicio del mundo y se recoja dentro de sí, hasta que la divina voluntad la llamare á otra parte. Si te sustrajeres de conversaciones ociosas y pasatiempos superfluos, de vanas y pecaminosas murmuraciones, del ruido del mundo y de negocios que en nada te interesan, ya encontrarías á menudo tiempo para tratar en la soledad con Dios. ¡Cuántas veces te excusas con que no tienes tiempo para tus ejercicios piadosos, y luego pierdes horas y días enteros en todo lo que disipa tu corazón y tus sentidos!

Si quieres, pues, tener vida de espíritu, procura siempre que puedas recogerte á la soledad, la cual es como enfermería del médico del cielo, donde se han de curar todos los que salen heridos de la guerra de las pasiones.

Considera, para aficionarte á ella, que su eficacia consiste en dos cosas. En que nos limpia de las culpas pasadas y nos guarda de las venideras, apartándonos de la ocasión. Recuerda para lo primero lo que dice el Kempis [1]. «Ninguno es digno de consolación celestial sino el que se ejercita con diligencia en la santa contrición, y si quieres arrepentirte de corazón, entra en tu retraimiento». Allí, en efecto, halla el alma arroyos de lágrimas con que se lava todas las noches, para que sea tanto más familiar su trato con Dios cuanto más se desvía del tumulto del siglo.

Ayuda también la soledad para no cometer otras culpas de nuevo, porque nuestras pasiones, tanto son más dificultosas de vencer,

1 Lib. I, c. 21.

cuánto más se irritan con las ocasiones. Haz que no entre por las puertas de los sentidos algo que despierte é irrite esta fieras que tenemos encerradas dentro de nosotros, las cuales sólo se sustentan de lo que se ve, se oye y se habla, y quitándoles ese sustento, se enflaquecen y pierden sus fuerzas para derribarnos. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene desear ni tener? El mundo pasa y sus deleitos y algazaras, sus fiestas y sus teatros, sus modas y locas vanidades; pero pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino derramamiento de corazón y pesadumbre de conciencia? La salida alegre, muchas veces, causa triste y desconsolada vuelta, y la alegre tarde hace triste mañana, y todo gozo carnal entra blando, mas al cabo muerde y mata. Devuélvete además la soledad, para purificar y perfeccionar tu espíritu, el tiempo que ahora te roban mil pláticas ó malas ó vanas, ó mil inútiles negocios: te da ánimo quieto, no turbado por el tropel de pensamientos, para juzgar de lo que se ve y se oye, entendimiento alumbrado con luz limpísima, no mezclada con las nieblas del mundo, y voluntad desapasionada para elegir en todo lo que fuera á mejor servicio y gloria divina.

Convéncete, pues, de que es imposible que estés á un mismo tiempo con Dios y con los hombres. Para gozar de la presencia de Dios, es necesario que huyas de las conversaciones mundanas, porque haciendo el mundo tanto ruido alrededor del corazón, nos impide que oigamos la palabra de Dios y sus inspiraciones. Jamás se manifiesta Dios, sino en la soledad; allí ha hecho caer el maná, ha dado la

ley, y en cierto modo se ha hecho visible. En el desierto multiplicó los panes, y se transfiguró á la vista de sus discípulos. En el retiro del mundo, en el sueño de los sentidos, en el silencio de las pasiones, el esposo divino habla al alma.

Apártate, pues, de las criaturas, si quieres que Dios te visite; haz que callen ellas, si quieres que Dios te hable; y quita de tu corazón todo afecto criado, si quieres vivir para Dios. ¿En qué soledad te hallas? ¿Te has apartado de todas las compañías ociosas? ¿Huyes de conversaciones inútiles y de vanos tratos del siglo? Mas ¿por qué gustas de estar siempre hablando y no puedes mantenerte ni un rato siquiera en soledad y en silencio? ¿Por qué el retiro de una sola hora de oración te parece un suplicio intolerable? ¡Qué confusión de pensamientos traes en tu mente! ¿Por ventura eres solitario de corazón? ¡Pobre corazón el tuyo! Jamás se halla consigo, y siempre fuera de sí mismo; corre por todo el mundo, y no encuentra lugar en donde esté más inquieto que en tu pecho. ¡Oh, cuántos deseos le despedazan y le atormentan!

Propón no tratar con los hombres más que lo necesario, y tratar con Dios y contigo todo lo posible, y verás cómo logras la paz de tu alma, el poder entrar fácilmente en la oración y progresar más en la virtud.

Punto III

De los bienes del silencio.

Considera que el silencio es el sustituto de la soledad, y no menos que ésta es medicina

general para las pasiones y vicios de tu alma. Porque no refrenamos la lengua, ni amamos el silencio interior ni exterior, sino que hablamos mucho, con frivolidad, y poca caridad, dando pábulo á la envidia, á la murmuración, á la lisonja, á la vanidad, y á mil pecados que tienen en la lengua su asiento y su raíz, por eso, dice el Apóstol Santiago, ofendemos en muchas cosas; pero si se hallare alguno que no ofenda en las palabras, este es sin duda varón perfecto, porque siendo señor de su lengua, lo es también de todas sus acciones, y gobernando su lengua como con un freno, gobernará también todo su cuerpo. Y si no, mira lo que pasa con los caballos, que poniéndoles un freno en la boca los tiramos á nuestra voluntad por donde queremos; y lo que es más, las naves, siendo tan grandes y movidas de vientos tan poderosos, con todo eso son llevadas de una parte á otra con un pequeño gobernalle ó timón, donde y como quiere el que las gobierna; así también la lengua, aunque es en sí misma un miembro pequeño del cuerpo, no son pequeños, sino grandes los efectos que hace. ¿Qué cosa se podía decir más á propósito para probar que de sólo el gobierno de la lengua depende el gobierno de todas las acciones, y que sólo con poner freno en la lengua se enfrenan todas las pasiones para obedecer á la razón? Y por el contrario, el desorden de la lengua levanta una llama dentro de nosotros, que dificultosamente se puede apagar. ¿No ves, dice el mismo Apóstol Santiago, cómo un pequeñito fuego es bastante para abrasar una grande selva? Pues nuestra lengua es fuego, que aunque en la canti-

dad es pequeño, en la fuerza y eficacia contiene en sí todas las maldades y todos los pecados.

Y es así verdad, que la muchedumbre de pasiones y deseos de nuestro corazón, es como una selva, que entre tanto que callamos es leña seca, pero no encendida; mas en hablando de las cosas que amamos ó aborrecemos, de las que deseamos ó tememos, se despiertan tanto los pensamientos, y se avivan tanto los deseos, y se enfrenan tanto las pasiones, que parece que se abrasa una selva entera dentro de nosotros; y apenas, y con mucho trabajo, callando no podemos apagar aquel fuego ni aquietar el corazón. Bien dijo San Ambrosio, que el que peca de mucho hablar, es menester que se recoja y se encierre dentro de los términos de su corriente y de las márgenes de su ribera. El río que sale de madre presto se enturbia, y recoge todo el lodo y las inmundicias por donde pasa. Y es mucho de notar, que la primera comparación de que usó Santiago es del fuego, y ésta de San Ambrosio es del agua, y los dos elementos, por ser furiosos, declaran bien la propiedad de la lengua. ¿Qué cosa más temerosa que un río arrebatado que sale de madre? Roba las mieses, ahoga los ganados, derriba las casas y recoge y lleva tras sí toda la basura que halla; y una lengua habladora que sale de regla hace estos daños y mayores, porque ahoga los buenos pensamientos, asuela las virtudes, hace furiosa la ira y remueve cuanto cieno hay en el corazón.

Si no, mira y espántate de los horrores que con la lengua causan los hombres, ofendiendo

con ella más que con venenos y puñales á ausentes y presentes, á muertos y á vivos; con blasfemias á Dios N. S.; con calumnias, sarcasmos, ironías y toda clase de desprecios, á la caridad; con deshonestidades á la pureza; con perjurios á la justicia; con mentiras á la verdad, en una palabra, no hay virtud en el cielo ni en la tierra que una mala lengua no ultraje y no manche y deshonre. Toma odio á los infinitos vicios y pecados de la lengua, domina la tuya, hablando siempre con número, peso y medida, y evitarás muchedumbre de faltas y empezarás á ser persona sólidamente devota y recogida.

Coloquio.—¡Oh santa soledad, cuántos y cuán excelentes bienes encierras! ¿Lo has comprendido bien, alma mía? Vuela, pues, con frecuencia á la soledad; vuela á ella en cuanto te fuere permitido; acógete á ella unos momentos durante el tumulto exterior, pero más con el corazón que con el cuerpo. Respira allí descansada, recobra fuerzas y gracia, ocúpate con tu Amado entre los ángeles. ¡Oh Jesús dulcísimo, Amado de mi corazón! Concédeme el amor de la soledad y mantenme en él, para que allí te encuentre y te goce y sea contigo dichoso. Porque tu conversación no causa, como la humana, amargura, ni tu trato hastío, sino alegría espiritual, gozo puro y divina dulcedumbre.

Propósitos.—Si quieres recibir y conservar el espíritu interior, habla poco y nunca de ti; habla con voz baja; habla sin pasión; habla con madurez; no hables sin necesidad; nunca hables contra la caridad; habla con mansedumbre; habla con candor, y con sencilla ingenuidad; sin doblez, sin afectación, sin precipitación, sin vanidad; habla cuando sea necesario que hables, y observa silencio cuando convenga guardarle. Ese debe ser el fruto de esta meditación.

6 DE FEBRERO

La casa de Nazaret, escuela de amor de Dios y de los hombres.

Preludios.—Imagínate ver al Niño Jesús en Nazaret despidiendo de su corazón inmensas llamas de amor para con su Eterno Padre y para con los hombres, y pide encienda el tuyo en ese fuego divino que El trajo al mundo

Punto I

Jesús en Nazaret, maestro de amor de Dios y de los hombres.

Considera que el Verbo de Dios, al hacerse carne por nosotros, se hizo amor divino y humano á la vez, porque era Dios y amaba y debía ser amado como Dios, y era hombre purísimo y perfectísimo y amaba con todas las perfecciones del amor, y merecía por todos los títulos ser amado más que todos los seres juntos. Venía, además, á ser maestro en esa ciencia divina del amor, y á enseñarnos á amar á Dios como debe ser amado, y á los hombres en Dios y para Dios; en una palabra, á cumplir algo que ningún corazón aún había sabido ni podido hacer como él, á llenar la ley del amor en toda su plenitud, desde su nacimiento hasta el Calvario.

Considera, además, que lo primero que debía hacer el hombre al llegar al uso de la razón, es un acto de amor de Dios. Jesucristo N. S., que tuvo uso de razón desde el primer instante de su vida, desde entonces empezó á amar infinitamente á Dios, y con el primer suspiro de su pecho y el primer latido de su corazón, repitió las palabras del Salmis-

ta: *Yo te amaré, Señor, fortaleza mía, refugio mío* [1].

Recuerda ahora lo que era la tierra cuando se encarnó el Verbo de Dios. ¡Qué tinieblas! ¡Qué errores! ¡Qué vicios! ¡Qué olvido del Criador! Pero en Nazaret Jesús sabe amar, y basta por sí solo para desagraviar á Dios del olvido de los hombres, de la negra ingratitud con que pagaban éstos los beneficios y el amor divinos. Jesús satisface el deseo que Dios tenía de ser amado, porque para amar á un Dios se necesitaba un Dios amante, pues nada son los ardores de los Serafines y de todos los Santos juntos cuando se trata de amar á la infinita Bondad. Por eso Jesús en Nazaret, viviendo sólo para amar y ardiendo en vivas llamas de amor, devuelve á Dios el amor que nació de Dios. ¿Cuál fué, pues, la principal ocupación de Jesús en Nazaret? Amar siempre y en todo amar, desde el primer instante de su vida hasta el fin de ella, sin distracciones ni interrupción, y sin amortiguarse jamás su amor, y todavía sigue amando en el cielo y en el Sacramento del amor, y amará hasta el fin del mundo y por toda la eternidad.

Del amor de Dios nace en el corazón de Jesús el amor de los hombres, que son sus hijos, y así nos ama Jesús ya en Nazaret con corazón de amigo, y se llama amigo nuestro, y guarda todas las leyes de la verdadera amistad. ¡Qué nombre tan dulce! *¿Qué se comparará con un amigo fiel? Ni el oro ni la plata se le pueden poner en parangón*, dice el Sabio [2].

¡Oh discípulo amado que descansaste sobre el pecho de Jesús! dinos si sabe amar este

1 Ps. XVII. 2 Eccl., VI.

Señor. Este es el único amigo fiel que da la vida y la imortalidad, y sirve de defensa á los que son objeto de su ternura. No abandona á los suyos en la desgracia ni en la muerte, y esto por puro amor y sin interés alguno.

¿Cómo he correspondido yo á tan fina amistad? Yo que me precio de amigo fiel con todos, sólo con Vos he sido ingrato y desleal, Dios mío. ¡Cuántas veces os he abandonado con negra traición!

Al título de amigo añade otro más dulce, que es el de hermano; hermano en la naturaleza, y sobre todo en el amor. Nada más dulce que el amor fraternal, ni más íntimo que el vínculo que une á los hermanos entre sí. Este título no es un nombre vano en su boca, pues viene al mundo á hacernos herederos con El del reino eterno. Semejante largueza nos parecerá más generosa aún, si consideramos que no la hemos merecido de manera alguna, sino que antes bien la hemos desmerecido por la indigna bajeza é ingratitud con que le habíamos de tratar; pues le habíamos de despreciar y entregar á la muerte, al paso que este Señor nos amaba, buscaba y rescataba del infierno, y de pobres desterrados que éramos, nos hacía hijos de Dios y herederos del cielo.

No se contenta con eso sino que ya desde Nazaret nos ama como Padre. Los lazos que unen á un padre con sus hijos son aún más estrechos que los que unen entre sí á los hermamanos. Y este nombre ha querido tomar también el amable Jesús llamándose Padre, porque nos ama con amor paternal. Por darnos la vida ha derramado su sangre, y nos está diariamente sustentando con su carne divina,

de tal suerte, que más puede llamarse Padre nuestro, que los padres que nos engendraron, y que las madres que nos criaron á sus pechos. Mucho deben los hijos á sus padres; pero más es lo que debemos nosotros á nuestro Salvador. ¿Qué deberé hacer para mostrarle mi agradecimiento? ¿Qué deberé hacer desde hoy mismo?

¡Dios mío! Y ¿por qué los hombres no aman á Jesús, que tanto ha hecho para ser amado de ellos? Antes de la encarnación del Verbo podía el hombre dudar si Dios le amaba con verdadero amor; mas ¿como dudar ahora, después que el Hijo de Dios ha venido y muerto por amor á los hombres? ¡Oh hombre! mira la cruz, piensa en los dolores y en la cruel muerte que por ti ha sufrido Jesucristo: después de tantos testimonios de su amor no podrás dudar de que verdaderamente te ama.

Punto II

Amor que debemos tener á Jesús nuestro divino modelo.

Considera que si Jesucristo, como Dios, merece ya por sí todo nuestro corazón, con el amor que particularmente nos ha manifestado desde su nacimiento hasta la cruz, nos ha puesto en la necesidad de amarle, á lo menos por un sentimiento de gratitud á lo mucho que ha hecho y padecido por nosotros. Nos ha amado mucho, para ser muy amado de nosotros, y en todo cuanto ha dicho y hecho, fuera de la gloria de su Eterno Padre, sólo ha buscado una cosa: nuestro amor. Considera aquí ligeramente algunos de los títulos infini-

tos que tiene Jesús á este amor nuestro, al amor de nuestro corazón, tan pródigo para con las criaturas y tan mezquino para con el criador de ellas.

¿Te gusta y enamora la hermosura, la nobleza, el cariño y todas las prendas que hacen á los hombres dignos de ser amados? Pues sabe que Jesús es el más hermoso de los hijos de los hombres; el más grande de todos los reyes; el más amoroso de todos los padres; el más fiel de todos los amigos; el más bueno de todos los señores; el más perfecto de todos los esposos, y el más vigilante é infatigable de todos los pastores. Es el que atiende á todas tus necesidades; el que te gobierna con su sabiduría, te protege con su poder, y te alimenta con su bondad. El buen Pastor que te conduce á los buenos y hermosos pastos, donde encuentras con abundancia toda suerte de bienes; el que te hace hallar en su Corazón fuentes de agua viva, con las que puedes saciar tu sed. Es quien te cura cuando estás enfermo; quien te defiende cuando eres perseguido; quien te consuela cuando estás afligido, y quien te busca cuando te has extraviado.

¡Te complaces y glorías en ser agradecido á los favores que te hacen los hombres, y te dan en rostro, como vicio muy feo, la ingratitud y el olvido! Pues compara lo que debes á todas las criaturas juntas, y verás que no es nada al lado de lo que debes á Jesús, que es quien te favorece y llena de favores. Jesús ha dejado por ti el cielo y la compañía de los ángeles; por ti se ha hecho hombre mortal, y niño, pobre y escondido; por ti se ha fatigado por espacio de treinta y tres años sufriendo

toda suerte de injurias y desprecios, de penas y persecuciones, y por ti ha derramado su sangre y dado su vida. Está pronto todavía á morir por ti, si fuere necesario para tu salvación. Tiene sus ojos siempre puestos en ti: ha mandado á sus ángeles que siempre estén en tu compañía, que te instruyan, que te defiendan, que te consuelen, y que te guarden y cuiden.

¡Oh Jesús de mi corazón y dueño de mi vida! Me gusta ser amado, y el amor puro, dulce, noble y desinteresado, el que no se busca á sí, sino á mí y mi propio bien, es el que roba mi amor y mi alma! Pero ¡ah! que todos los amores del mundo son un hielo y un torpe egoísmo, comparándolos con el amor de Jesús, desde Belén hasta el Calvario. Porque Jesús me ama con todo su corazón, está siempre á la puerta del mío; me ruega y me conjura que se lo entregue para hacerlo feliz, uniéndolo al suyo; ha dado su sangre y su vida por ganar mi corazón. ¿Soy yo digno de vivir, ó no soy el más ingrato é indigno de todos los hombres si se lo niego, ó si no le doy más que una parte de él? ¿Y cómo puedo no amar á tan buen Padre, á tan grande Rey, á un Pastor tan amoroso, á un amigo tan fiel, á un Señor tan digno y á un Dios tan bueno? Y en verdad que yo no lo amo, porque no hago nada por él, y lo ofendo en lo que más le puedo desagradar. No pienso en él, ni hago sacrificio alguno por él; no puedo tratar y negociar con él sin tedio y sin repugnancia; me hago del partido de sus enemigos, y prefiero ser esclavo del demonio á ser siervo suyo. Si lo amo, es friamente; si lo sirvo es con tibieza, á medias y en la

apariencia; en una palabra, lo amo sólo de boca y no de corazón.

¡Oh amor de todos los amores! ¡Oh corazón de todos los corazones! Haced que yo os ame como vos me amáis, que os ame cuanto vos merecéis. No amar más que á Jesús, no amar nada como á Jesús, y no amar nada sino para Jesús, esto es amar verdaderamente á Jesús y ser todo suyo.

Punto III

Amor que debemos tener á nuestros prójimos, tomando por modelo á Jesús.

Considera que si debemos aprender en la divina escuela de Nazaret todas las virtudes, ninguna tanto como la caridad, reina y espejo de todas. Has meditado cómo Jesús amaba á Dios y cómo amaba á los hombres, pues ahí tienes tu modelo, porque nuestro amor debe ser una copia y como participación del suyo. Jesús ama á todos los hombres sin excepción; los colma á todos de beneficios, en todos los tiempos y en todos los lugares, sin excluir á ninguno, ni aun á sus mayores enemigos; los ama á todos, sin algún mérito por su parte, sino por su pura bondad. Contempla este modelo, y observa si le copias en tus palabras, obras y pensamientos. Y como el amor consiste en el sacrificio por la persona amada, mira lo que Jesús ha hecho y sufrido por nosotros. Ha muerto por todos los hombres, sin exceptuar á ninguno; hace á todos participantes de sus méritos, y les dispensa sus gracias y sus tesoros, que son los sacramentos. Si le injurian, está siempre dispuesto á perdonar y á admitir

en su gracia al que le ha ofendido. ¿Cuántos ultrajes no le has hecho desde que estás en el mundo? ¿Cuántas veces te ha concedido el perdón? ¿Qué paciencia ha de tener contigo? ¿Qué no debes, pues, hacer por Jesús? Porque El en su lugar ha substituído á tu prójimo, y así, todo el bien ó mal que hagas á éste, lo mira como hecho á sí mismo.

Considera después que Jesús te manda amar á tu prójimo como á ti mismo. El amor que nos tenemos, después del amor que Jesús nos tiene, es el modelo con que debemos amar á nuestros prójimos. Ese amor hace que nos deseemos y procuremos todo el bien posible; que apartemos de nosotros todos los males que nos amenazan; que excusemos nuestras faltas; que toleremos nuestras debilidades, y que en todo seamos indulgentes con nosotros. De esta manera quiere Dios que amemos á nuestro prójimo. Le amarás, dice, como á ti mismo; harás á los otros lo mismo que quisieras que hiciesen contigo. ¿No es esto muy justo y conforme á razón? Mas, dime, ¿lo haces tú?

Debemos también amar á nuestro prójimo, como se aman los bienaventurados en el paraíso. A la manera que ellos no tienen sino un corazón y un espíritu, y entre ellos no hay quejas, ni ambiciones, ni celos, mas la bienaventuranza del uno es la felicidad del otro, así también debemos todos hacer nuestra felicidad de la felicidad del prójimo, nuestra gloria de la suya, y nuestro contento del suyo. Debemos interesarnos en sus ventajas, conservar inviolablemente la paz con él, no ofenderle jamás, ni mostrarnos agraviados aunque nos diere motivo.

El último modelo de la caridad es la unión mutua que tienen los miembros en el cuerpo. Modelo que propone San Pablo á los cristianos, los cuales son miembros del cuerpo místico de Jesucristo, que es su Iglesia. No hay cosa más desemejante, que los miembros de nuestro cuerpo; el uno es fuerte, el otro débil; el uno está honrado, el otro despreciado; el uno trabaja, y el otro se halla siempre en el ocio y en el descanso. Y sin embargo no hay cisma entre ellos, ni división, ni celos; por el contrario, guardan una unión é inteligencia admirable; si el uno recibe un bien, el otro se alegra; si uno padece un mal, el otro se compadece de él; si la mano derecha hiere á la izquierda, ésta no toma el cuchillo para vengarse. La cabeza, que es de todas las partes del cuerpo la más noble y elevada, se baja é inclina para sacar una espina, que molesta al pie. En una palabra, todos los bienes y todos los males les son comunes; el fuerte lleva y rige al débil; el duro sostiene al blando, el ardoroso calienta al frío; el sano cuida y venda al enfermo; el brazo se expone á ser cortado por salvar la cabeza.

¿Amas de esta manera á tu prójimo? ¿Te alegras de su bien? ¿Te afliges de sus males? ¿Excusas ó toleras sus flaquezas? ¿Le asistes en sus necesidades? Pero no, eres un soberbio y un envidioso; codicias los bienes ajenos, y te molesta la dicha de tu prójimo: ofendes su reputación con tus murmuraciones y calumnias; envidias su gloria y su prosperidad, y lejos de hacerle bien, le deseas y le haces mal. ¿Cómo puedes decir que amas á Dios? ¿Cómo te atreves á llamarte discípulo de Jesucristo? ¿Cómo

puedes acercarte á la sagrada comunión, que es un sacramento de amor? ¿Qué responderás á nuestro Señor en el juicio universal, cuando te reconvenga de que le has menospreciado y aborrecido? ¿Que le has hecho en sus miembros objeto de burlas, de tus diversiones, chistes, calumnias y murmuraciones? ¿Que le has maltratado de palabra y de obra? ¿Que le has desamparado en su miseria é indigencia? Pregúntate á ti mismo, y piensa lo que has de responder.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, Maestro divino del amor que llega hasta dar la vida por el amigo y por el enemigo, del amor sobrenatural, universal, desinteresado y purísimo! Enséñame esa divina ciencia para que ame á Dios sobre todas las cosas, y á todas las cosas y á mí mismo en Dios y para Dios; mueran en mi corazón todos los afectos que no me hagan semejante á ti, pues sólo pienso amar como tú.

Propósitos.—Mirar la caridad fraterna como á la niña de los ojos, y jamás, ni con obra ni con palabras, hacer ni decir nada que pueda ofender á mi prójimo.

7 DE FEBRERO

La casa de Nazaret, escuela de perfección de nuestras obras ordinarias.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Nuestra perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.

Considera que uno de los fines que tuvo Cristo Nuestro Señor al querer vivir oculto durante treinta años de su vida, ejercitándose en las

ocupaciones comunes en una casa pobrísima, fué enseñarnos que el secreto de la santidad no está en hacer cosas grandes, sino en hacerlo todo bien. Jesús, ocupado en el taller de San José, ó ayudando en los trabajos domésticos á su santísima Madre, *crecía en sabiduría y gracia* y agradaba á su Eterno Padre infinitamente, y cualquiera acción de esta vida oculta era tan grande y meritoria, por el espíritu interior que las animaba y la purísima rectitud de su intención, como los milagros que obró después, y como la misma salvación del mundo.

Saca de esta divina lección de la casa de Nazaret, que nuestra perfección no consiste en hacer muchas cosas; este fué el error de Marta, reprendido por el mismo Jesús; ni consiste tampoco en hacer cosas grandes, según el mundo. Hay Santos muy grandes delante de Dios que no hicieron cosas, al parecer, de brillo ni esplendor; Santos cuya vida fué oculta y escondida, y cuyas acciones nada tuvieron de gloriosas entre los hombres, ni de ellas se ha hablado en el mundo. Eran grandes por su santidad, pero toda su santidad estaba encerrada en cosas muy pequeñas, y Dios les hacía hallar tesoros infinitos de gracias en la fidelidad con que practicaban cosas muy menudas. Eran como San Isidro, San Alfonso Rodríguez y muchísimos otros, grandes por la humildad, y la humildad les hacía siempre escoger los últimos empleos, dejando á otros aquellas ocupaciones en que había más esplendor. En fin, nuestra perfección no nos pide que hagamos cosas extraordinarias y singulares; por lo mismo que son extraordinarias y singulares, son

menos frecuentes las ocasiones de ejercitarlas, y nuestra perfección es cosa diaria y se debe poner en lo que hacemos habitualmente, en lo que nos ocupa de continuo, en lo que tenemos entre manos, en lo que llena los días y los años de nuestra vida; porque Cristo N. S. ha dicho, que la cruz la hemos de llevar diariamente, *quotidie*, siguiendo en pos de El.

De aquí se sigue que la perfección á que Dios nos llama depende de nuestras acciones ordinarias, porque estas son las acciones propias de nuestro estado, y, por consiguiente, son las que Dios quiere especialmente de nosotros, ya que se contenta con que hagamos *bien* lo que, como cristianos y personas espirituales, tenemos que hacer cada día. Por otra parte, es cierto que lo que nos santifica es la voluntad de Dios; que la voluntad de Dios es la que da precio á todo lo que hacemos; que, sin la voluntad de Dios, nuestras mayores acciones son nada, y con ella nuestras menores obras son ó pueden ser de inmenso mérito. Debo, pues, sacar de todo esto que no seré perfecto delante de Dios sino por el cumplimiento de mis obligaciones comunes, por lo que hago cada día interior y exteriormente, que si todo lo hago bien, puedo llegar, como San Juan Berchmans, á una elevada santidad. Añadir á cada obra el *bene* del sagrado Evangelio: orar *bien*, rezar *bien*, hablar *bien*, esto es, como Dios quiere que lo hagas, sin falta ninguna, ni delante de Dios ni delante de los hombres; esta es la llave de oro de una santidad que puede ser grandísima, y de la que nadie se puede excusar por áspera, difícil y

extraordinaria. ¿Qué hizo Jesucristo por espacio de treinta años? Nada señalado en la estimación del mundo; pero porque hacía la voluntad de su Padre, estas acciones, abatidas á los ojos de los hombres, eran el objeto de las complacencias de Dios.

¡Qué consuelo para nosotros! No es necesario ir á buscar muy lejos nuestra perfección, que no está en los confines de la tierra. Está cerca y aun dentro de nosotros porque el *reino de Dios*, que es la santidad, *está dentro de nosotros*, como ha dicho Cristo N. S. Tan es así, que aquella santidad que consistiese en olvidar mis obligaciones diarias, los deberes de mi estado, de mi profesión ó de mi casa, que no tuviese por objeto el mejor desempeño de mis obligaciones, sería para mí una perfección mal entendida, que Dios no reconocería, que el mundo mismo reprobaría, que podría llenarme de orgullo y exponerme á mil faltas. Al contrario, la perfección de una vida común es aprobada de Dios y de los hombres: edifica, no ensoberbece, ni está sujeta á la vanidad. Se tiene por muy fácil, y lo es especulativamente, mas para mantenernos largo tiempo y constantemente en su práctica, ¡cuántas dificultades hay que vencer, cuánta violencia es forzoso hacerse, y por consiguiente, cuánto mérito podemos conseguir delante de Dios!

Entra dentro de ti y mira si eres de aquellas personas que buscando una santidad ficticia, ó imaginaria, olvidan la real y positiva, que está á su disposición. De las que creen que sólo se puede ser santos en el claustro ó en el desierto y, con ese pretexto, se olvidan de santificarse en el estado en que el Señor las

ha colocado, y procura desde hoy imitar á Nuestro Señor, que todo lo hacía bien, porque en todo veía la voluntad de su Eterno Padre.

Punto II

Cómo debemos hacer las obras ordinarias para que nos santifiquen.

Considera que nuestra perfección no consiste sólo en hacer las obras ordinarias: hay que añadir á la obra puramente exterior ciertas circunstancias que las elevan y engrandecen: esto es, no basta hacer las cosas que son propias de nuestro estado, de nuestra vocación ó de nuestro empleo: es necesario, como meditaste en el primer punto, hacerlas bien, de manera que se pueda decir de nosotros con proporción lo que se decía del Hijo de Dios: *Hizo bien todas las cosas.*

Hacer todas las cosas bien, es hacerlas con exactitud, con fervor y con perseverancia. Con exactitud: de suerte, que no se omita alguna voluntariamente y con descuido ó culpa, ni se quite la menor parte del tiempo señalado. Esta exactitud mira también á la hora, al lugar y al modo; porque no hacerlas en la hora señalada, en el lugar conveniente, con el modo que se prescribe, son otras tantas imperfecciones que disminuyen el valor de la obra, pues son otras tantas trasgresiones de la voluntad de Dios, que en todo es ordenada y se extiende á todo, sin olvidar las más menudas circunstancias.

Con fervor: no quiere decir con gusto sensible, porque aunque el fervor esté comúnmente acompañado de este gusto, no siempre le es

inseparable. Al contrario, puede alguno ser muy fervoroso y tener á veces, porque Dios así lo permite, ó para mayor mérito ó para probar nuestra fe y constancia, natural disgusto en lo que hace, sentir repugnancia y no hallar en la oración más que sequedad y frialdad; antes entonces suele ser cuando el fervor es mucho más sólido y meritorio, cuando nos hace obrar resuelta y deliberadamente á pesar de las repugnancias y de las sequedades.

Con perseverancia: y esto es lo que cuesta más que todas las cosas, y lo que hacía decir á San Bernardo, hablando de la vida religiosa, que si se mira en ella cada ejercicio en particular, no es ni con mucho tan cruel como el martirio, pero que si se miran todos los ejercicios juntos y se considera su duración, no hay martirio más insufrible. Así se ven muchos religiosos y muchos cristianos en el mundo, fieles á sus prácticas y á sus obligaciones, en ciertos tiempos y en ciertos días en que están muy fervorosos; pero hallar quien camine siempre con igual paso, quien no tenga vicisitudes y mudanzas, quien practique con la misma atención y la misma continuación al día siguiente lo que hizo en el día anterior; y sobre todo, quien no decaiga ni se canse jamás hasta el último instante de su vida, es una especie de milagro, porque no hay virtud más difícil para el hombre que la constancia.

Estas son las tres reglas que debo observar para continuar sin desfallecer en el camino de la perfección: exactitud, fervor y perseverancia; pero al mismo tiempo, ¿no hallo aquí suficientes motivos para humillarme y llorar mis infidelidades? No me pedía Dios N. S. más

que el hacer bien lo que hago cada día, para darse por satisfecho de mi fervor y buen deseo; pero, de ¿cuántas omisiones no soy culpable, de cuánta flojedad y tibieza? ¡Qué mal lo hago todo, aun aquello que es en sí tan sencillo y tan ordinario! ¡Cuánto más cuidado pongo en cualquier cosa que se roza con el mundo, con mis deberes sociales, y aun con la moda y los caprichos mundanos, que con lo que debo á Dios y á mi alma! ¡Qué confusión y qué vergüenza! ¡Qué diré á Dios cuando me arguya de que para todo lo terreno tengo exactitud, fervor y perseverancia, y sólo para con El y para mi perfección soy torpe, frío é inconstante!

Entra dentro de ti, pide á Dios perdón, proponiéndote cambiar en lo porvenir.

Punto III

Con qué espíritu debemos hacer nuestras obras ordinarias.

Considera que para que nuestras acciones ordinarias nos santifiquen, nos falta alcanzar un grado último de perfección que debemos darles, y es como el alma y la vida de ellas; esto es, hacerlas con espíritu interior y purísimo deseo de agradar á Dios, porque todo lo demás es sólo el barniz exterior y como el cuerpo de la santidad. Lo que las vivifica, anima y consagra es el motivo porque las hacemos y la intención que nos proponemos al hacerlas. Hacer las cosas por carácter, por capricho, por inclinación, por costumbre, por respetos humanos, por ostentación, por interés, esto no es hacerlas para Dios ni por Dios; y no

teniendo Dios en ellas parte, ¿qué caso puede hacer de ellas, y cómo pueden serle agradables? *Todo el mérito de la hija del Rey, viene,* con la gracia de Dios, *de lo más interior y de lo íntimo del corazón* [1]. De aquí se deduce que, aunque hiciese yo las acciones más heroicas, si Dios no es el fin de ellas y no las hago para agradarle, como no son de alguna gloria para su divina Majestad, las mira Dios con ojos por lo menos indiferentes, y no puede darme por ellas recompensa alguna.

¡Verdad terrible si la medito bien! porque si traigo á la memoria muchísimas de mis acciones, y las examino con el peso de esta balanza, ¿cuántas hallaré que no tendrán mérito alguno? Verdad es que en lo exterior mis obras aparecen buenas, y aun á veces loables ante los ojos de los hombres; pero en el fondo, ¿cuántas veces las hago con una ligereza de espíritu y una distracción interior que me quita todo buen pensamiento y todo buen afecto; cuántas veces por cierto hábito que he adquirido con el tiempo y que sigo como por rutina y maquinalmente, y á lo más por cierto decoro y por razones puramente naturales, y algunas veces por necesidad y por fuerza en otras, y acaso en muchas ocasiones por una vana complacencia y deseo secreto de singularizarme entre los demás? Todo esto, ¿qué vale delante de Dios? Y mi vida, ¿no está compuesta en gran parte de acciones semejantes, y no es verdad que paso el tiempo haciendo las cosas como si no las hiciese, y no sirviéndome de nada, todo cuanto hago para mi perfección?

Tanto más infeliz soy, y más digno de casti-

1 Ps. XLIV.

go en esto, cuanto que no hay acción alguna, por pequeña que sea, que no pudiera referirla á Dios, y que referida á El, no me fuera de gran mérito; porque Dios, en las obras no tanto considera la acción exterior, cuanto el interior espíritu, y en esto debemos reconocer la sabiduría y bondad de su providencia. No nos dió su Majestad á todos los mismos talentos, no nos ha puesto en estado de ejercer los mismos empleos, mas porque á todos nos llama á la perfección, quiso que entre todas nuestras acciones no hubiese ninguna tan obscura y tan vil que no pueda ser ennoblecida por la rectitud y pureza de intención, y que de esta suerte no contribuya á elevarnos á nosotros mismos á la santidad. De aquí es que debo llorar mucho al verme tan pobre y tan desnudo de los dones espirituales, habiéndome sido tan fácil enriquecerme y crecer sin cesar de virtud en virtud. Cada acción de mi vida podía aprovecharme, ¡mas qué sé yo si ha habido una sola que Dios haya juzgado digna de El, y me haya sido de alguna utilidad para el aprovechamiento de mi alma! ¡Oh qué pérdida! ¡Cuánto debo llorarla y cuánto me obliga á doblar mi cuidado y á aumentar todo mi celo para recuperar lo perdido!

Coloquio.—¡Oh divino Jesús! que para facilitarme la santidad quisiste llevar una vida oculta y sencillísima á los ojos de los hombres. Haz que siempre tenga delante de mí tus divinos ejemplos, que tus acciones sean mi principal estudio, tus máximas la regla de mi vida; que en cada obra me acuerde de ti para ver cómo lo hacías tú, hasta que llegue á copiarte en mí, ya que eres el divino original de todos los predestinados.

Propósitos.—Sea Jesucristo N. S. el principio y

fin de todas nuestras acciones, aun las más pequeñas é insignificantes, por la rectitud de intención y deseo de agradarle en todas ellas.

8 DE FEBRERO

La casa de Nazaret escuela de humildad.

Preludios.—(Los mismos.)

PUNTO I

De la humildad del Verbo de Dios hecho hombre por nosotros.

Considera que el misterio de la Encarnación es incomprensible al entendimiento humano, y que Dios sólo puede formarse una justa idea de El. San Pablo nos lo declaró en esta sola palabra: *El Verbo de Dios se anonadó á sí mismo.* Este es el gran misterio escondido en Dios por toda la eternidad, y revelado en el tiempo. ¿Qué cosa es la Encarnación del Verbo? Es *el anonadamiento* de Dios. Esto lo dice todo. Se anonadó el Dios de la Majestad. ¿De qué manera? Porque siendo Dios, se hizo hombre, y del hombre á Dios, hay una distancia infinita. Después de este misterio no hay cosa que espante en la vida de Jesucristo; porque el que un Dios hecho hombre abrace la pobreza, la obscuridad, los menosprecios, los tormentos, la cruz, son consecuencias de la humanidad de que se revistió por nosotros. Mas que un Dios, no obstante ser Dios, haya querido hacerse hombre, eso es á lo que no pudo llevarle sino un exceso de amor, y en lo que no pudo empeñarle otra cosa más que una caridad sin límites. Si un hombre se redujese al estado de

un vil insecto, se diría que se había destruído á sí mismo, ¿pero qué es esto en comparación de un Dios, de un Dios obscurecido, de un Dios oculto é ignorado en una pobre casita de una pobrísima aldea?

No se contenta la Sagrada Escritura con enseñarnos que el Hijo único de Dios se hizo hombre, sino que se vale de un término que nos da á conocer que escogió lo más grosero y más despreciable del hombre, que es la carne: *El Verbo se hizo carne.* Esta carne sujeta á tantas miserias, la juntó Dios consigo. Pero ya que Dios se hizo hombre, ¿no debía á lo menos hacerse desde el principio hombre perfecto, esto es, libre de las flaquezas de la infancia, y entrar en el mundo de la manera que fué formado el primer hombre? No: quiso Dios ser concebido en las entrañas de una Virgen; quiso morar nueve meses en el seno de su Madre como los otros niños; quiso nacer niño como ellos, y sujetarse á todas las flaquezas de esta edad; quiso pasar oculto y obscurecido la mayor parte de su vida, obedeciendo á María y á José, poniendo en Nazaret cátedra de humildad para enseñarnos el camino del cielo.

Pero no sólo hizo esto; aunque se hiciese niño, podía haber nacido Monarca y Soberano. Pudo hacerlo, mas no quiso: quiso hacerse *esclavo.* Es verdad, según el testimonio y expresión del Apóstol, que *Tomó sólo la forma de esclavo* y que bajo esta apariencia de esclavo, era en la realidad Rey, y Rey del universo; pero esto mismo es lo que debe asombrarnos; que el que era Señor y Rey de todo el mundo se haya abatido hasta tomar la forma

de esclavo, para humillarse más y anonadarse y pasar treinta años de su vida en la más completa obscuridad, desconocido del mundo que venía á salvar, despreciado por él y ejercitándose en oficios pobrísimos.

Mas ¿no debo añadir para mi confusión una cosa que es casi más difícil de entender y creer; esto es, que á vista del abatimiento de un Dios alimente yo dentro de mi corazón tan gran orgullo que desconozco la humildad? ¿Sufro, acaso, con gusto la menor humillación? ¿Puedo sobrellevar la menor palabra que me hiera? ¿Recibo con docilidad y sin enfado el menor aviso que se me dé? ¿En qué me parezco á mi divino maestro? ¿Yo que sólo vivo para nutrir mi amor propio con todo linaje de vanidades y mentiras? ¿Yo que estoy tan lejos de quererme bajar como mi Salvador, que quisiera ir subiendo siempre, y de grado en grado llegar á alturas que ni merezco ni debo ambicionar? *Tierra y ceniza, ¿por qué te ensoberbeces?* Esta reprensión del Espíritu Santo conviene á todos los hombres, pues todos de su naturaleza son materia de desprecio; pero te conviene sobre todo á ti por tu desmedido orgullo y vanidad.

Entra dentro de ti, compárate con Jesús al que llamas tu maestro, confúndete, avergüénzate y propónte ser más humilde en adelante.

Punto II

La gloria que sacó Dios N. S. de la humildad del Verbo.

Considera que al mismo tiempo que el Verbo divino se humilló tan profundamente hasta anonadarse, de esta misma divina humillación

sacó Dios su mayor gloria, y por ella el Hijo de Dios reparó la gloria de su Padre y obró la salvación de los hombres. ¿Cuántos méritos, cuántos efectos maravillosos de gracia y santidad produjo la humillación y la obscuridad de Jesucristo? Sobre ella se fundó toda nuestra justificación, y ella nos enriqueció con todos los tesoros de la misericordia del Señor. De suerte que esta humillación ha sido más gloriosa para Dios, más provechosa para los hombres, más fecunda en sagrados frutos y admirables obras, que todas las manifestaciones de esplendor y majestad con que se dejó ver el Salvador. ¡Oh poder infinito del Altísimo! ¡Oh abismo de sabiduría! ¡Qué incomprensible sois, Señor, y qué adorable en vuestros consejos! Sobre la más espantosa humillación sabéis establecer vuestra más sublime grandeza, y en el más prodigioso abatimiento halláis con qué engrandeceros, y con qué salvarnos y santificarnos.

Esta misma es, con justa proporción respecto de mí, la virtud y el poder de la humildad. Sean los que fueren los designios que tuviere Dios sobre mí, he de estar persuadido de que jamás hará Dios cosa grande en mí sin que la humildad sea el principio y fundamento de todo lo bueno. Desde el instante que quisiere ser algo, he de procurar ser nada, y desde el momento en que yo consintiere en ser nada, vendré á ser delante de Dios capaz de todo. Por este camino llegaron los Santos á tan alta perfección, y por el mismo puedo yo llegar adonde llegaron ellos. Sin humildad no hay verdadera virtud; porque así como la soberbia es el origen de todos los males, así la humildad

lo es de todas las virtudes y de todos los bienes. Ella atribuye á Dios todo lo bueno y al hombre todo lo malo, que es lo que le toca. Ella engendra la verdad en nuestro entendimiento y nos hace conocer la infinidad de nuestra nada en todos los órdenes de la vida, y que á sólo Dios se debe toda honra y toda alabanza. Virtud dichosa que hace hallar gracia delante de Dios y de los hombres, que nos vuelve magnánimos, enseñándonos á confiar sólo en Dios, fuertes con la fortaleza de Dios y terribles á los mismos demonios.

Así vemos que Dios ha escogido siempre las almas más humildes para emplearlas en sus mayores obras; levantó á la más humilde de las vírgenes hasta la divina Maternidad; unos pobres pescadores fueron los instrumentos con que Dios convirtió al mundo. Aun la gloria de su Verbo, la vimos cuando se humilló haciéndose carne [1]. Por el contrario, ¿qué castigos no ha ejecutado con los soberbios? Tenemos muchos ejemplos aun en hombres que eran tenidos por santos, pero cuyas infelices caídas permitió Dios para castigar su orgullo. Aunque Dios no me haya castigado á mí con tanto ruido ni con tanta severidad, ¿no es castigo bastante que todo cuanto haya hecho hasta ahora, por santo que haya parecido á los ojos humanos, lo haya perdido por mi necia vanidad y mi secreta soberbia? ¿Qué será al fin de mi vida, si colmado de años y consumido de trabajos, me hallo, con las manos vacías, porque una falsa y vana gloria me haya robado todo el mérito de mis obras?

1 Verbum caro factum est, et vidimus gloriam ejus.—Joann., I.

¡Oh dulcísimo Jesús, Dios escondido en Nazaret y anonadado por la humildad! Todo cuanto te rodea, la obscuridad en que te ocultas, el silencio en que reposas, todo publica la humildad de tu corazón. ¡Oh Maestro de la humildad! Aquí me tienes postrado en tu presencia, para aprender de Ti la virtud de la humildad. Conózcate á Ti y conózcame á mí, para que, iluminado y abrasado con las llamas de tu amor, siempre y en todas partes te atribuya lo que es tuyo, y me atribuya lo que es mío. Confieso no haber entendido la verdadera humildad. Ahora conozco, ahora veo que la virtud de la humildad no rebaja ni envilece; antes me sublima, pues me hace semejante á Ti, que eres por esencia noble. ¡Oh benignísimo Jesús! En lo sucesivo estaré yo siempre á tu lado. Aquellos que desean sobresalir, aspiren á situación más elevada; yo ambicionaré, hasta donde pueda, lo más humilde, seguro de que allí estaré contigo. Nada deseo sino estar en tu compañía; contento estaré en cualquiera sitio, si estoy al lado de tu cruz.

Punto III

Debemos imitar la humildad de Cristo Nuestro Señor en los misterios de la Encarnación y de la vida oculta.

Considera que en este misterio de un Dios encarnado hemos contraído con su Majestad una particularísima alianza: alianza en virtud de la cual somos hermanos de Jesucristo, y Jesucristo es nuestro hermano. No solamente somos por esta alianza sus hermanos, sino también sus miembros, y componemos con

este Dios-Hombre un mismo cuerpo místico. El lazo que forma entre Jesús y nosotros esta unión tan perfecta, es el estado de humillación á que quiso abatirse por nosotros. Si no hubiera salido de su gloria, ni hubiera tomado carne semejante á la nuestra, sería siempre nuestro Dios y nosotros siempre sus criaturas; no le pertenecemos, pues, tan estrechamente, sino porque Jesús bajó hasta el abismo de nuestra nada y se hizo pequeño como nosotros.

Según esto, ¿cuánto no debemos amar los abatimientos, pues nos han levantado tanto y nos han sido tan provechosos? Pero ¿no es cosa extraña que seamos tan opuestos á las humillaciones, y que no queramos tener parte alguna en ellas? Cuando no se trata más que de adorarlas en la persona de Jesucristo y de discurrir acerca de ellas, usamos las más vivas y más eficaces expresiones: es más, cuando se trata sólo de meditarlas en la oración, á veces se enternece uno hasta derramar lágrimas; pero cuando se ofrece alguna ocasión de imitarlas y tomar alguna parte en ellas, entonces toda la suavidad que se hallaba en las humillaciones de Jesús se desvanece, y todo el amor á la cruz se apaga. Un desprecio, aunque no sea más que imaginario, basta para oprimirme el corazón y para llenarme de amargura: ó me quejo sentidísimamente, ó si disimulo mi tristeza, me ocupo continuamente en pensar en mi desprecio, y lo tengo presente en todas ocasiones.

¿Es este el honor y agradecimiento que debo á un Dios tan humillado por mí? Para igualarme de alguna suerte consigo, no se desdeñó

Jesucristo de hacerse semejante á mí en todas mis miserias; y no hay cosa á que yo tenga más horror que á hacerme semejante á El en esto mismo que tanto le acercó á mí, y que me ha dado con Jesús una semejanza para mí tan gloriosa. Pues considere yo que es necesario que haya proporción entre la cabeza y los miembros; y ¿qué proporción, qué alianza puede haber entre su humildad y mi soberbia? ¡Qué indignidad, decía San Bernardo, y qué confusión, que debajo de una cabeza coronada de espinas vivan los miembros en placeres y delicias! Bien puedo decirme á mí mismo: ¡Qué monstruosidad y qué contradicción, que debajo de una cabeza que tan voluntariariamente se abajó por mí, yo que me tengo por uno de sus miembros, que debo mirar como insigne felicidad el serlo, muchas veces tenga por escándalo sus abatimientos, y los aparte tan lejos de mí! ¿No es esto renunciar al mismo Dios, y separarme de Jesucristo? Desde el instante en que los miembros no comunican con su cabeza, no reciben de ella virtud alguna, y corren peligro de caer en mortal desfallecimiento. Así debo explicarme mi tibieza, mi poco aprovechamiento en la virtud. El espíritu de Cristo, que es espíritu de humildad, no mora en mí, sino á lo más en las palabras, pero no en el corazón; y Jesucristo dijo que El era humilde de corazón, no de palabra sólo ó de rostro como soy yo tal vez, sino de corazón, porque la humildad vive en el alma y es el corazón de toda la vida espiritual y de las virtudes.

¡Oh cristiano! Teme, pues, que Dios castigue tu secreta soberbia con pecados manifies-

tos y vergonzosos; camina á la humildad por las humillaciones, estudia en la humildad de Belén, de Nazaret, y sobre todo, de la cruz, esa ciencia divina; ten delante de ti el crucifijo como modelo de humillación y perpetua reprensión de tu orgullo; medita sobre tu nada y la de todas las cosas del mundo y empezarás alguna vez á ser humilde de corazón.

Coloquio.—Vos, Señor, sois el que en la humildad de Belén, de Nazaret, y, sobre todo, en la infinita humillación de la cruz me enseñáis este medio tan necesario para curar los males que la soberbia ha causado en mí hasta ahora; de todos los pecados, y de esta fuente emponzoñada, se originaron todos ellos. Sólo vuestras humillaciones, Señor, podían repararlos, y por esta causa, por tantos años, me predicasteis amor á la humillación. Vuestro ejemplo es para mí una lección preciosísima. ¡Ah Señor! ese mismo ejemplo me confunde. Ahora que lo tengo presente me siento movido, y me parece que estoy dispuesto á sufrir todos los desprecios; pero ¡qué presto pasan de mi memoria estas ideas, y qué poco me basta para borrarlas! Entre todas las virtudes no hay alguna que se adquiera con más dificultad que una humildad sincera. Pero, Señor, ayudadme, fortificadme en el propósito que me habéis inspirado de trabajar hasta desarraigar de mi corazón la raíz de toda soberbia.

Propósitos.—Aprovechar cuantas ocasiones se presenten de ejercitarnos en actos de humildad, abrazándonos con la humillación exterior é interior.

9 DE FEBRERO

La casa de Nazaret, escuela de espíritu de pobreza.

Preludios.—Echa una ojeada con el espíritu á aquella modestísima casa, en donde todo escasea, menos la santidad, y pide á Dios espíritu verdadero de pobreza dentro de tu vocación.

Punto I

Pobreza de Cristo nuestro Señor.

Considera cómo desde su nacimiento empieza Jesucristo á poner por obra el designio que había formado de vivir y morir pobre. El soberano Autor de todas las cosas, y á quien por consiguiente, todas las cosas pertenecían, podía nacer en medio de las riquezas y de la abundancia, parecía que este estado convenía más, no solamente á la divinidad de su persona, sino al fin á que era enviado, porque viniendo á la tierra para atraer á sí todos los hombres y para sujetarlos á su ley, no podía obligarlos mejor á seguirle que con el esplendor de las riquezas. A lo menos los judíos habían concebido esta idea del Mesías que esperaban, y creían que se dejaría ver con esplendor y los colmaría de bienes temporales. ¡Pero qué diferentes son los juicios del Señor, y cuán superiores á los nuestros! El Mesías deseado de las naciones nace, en fin, pero en tal pobreza, que Belén es una cueva, y Nazaret una pobrísima casa de un modesto carpintero. Porque quería persuadir desde luego con su ejemplo al mundo esta verdad, que después había de enseñar en su Evangelio: *Bienaventurados los pobres.*

Por esta causa, pues, se hizo pobre toda su vida; y como la primera lección que nos había de dar era la bienaventuranza de los pobres, este es el primer estado en que se deja ver á nuestros ojos, y en que nos representa su adorable Humanidad. Ejemplo más poderoso que todos los discursos; ejemplo que nos descubre

manifiestamente el mérito y valor de la pobreza, pues fué digna de que Dios la escogiese, y la prefiriese á todas las riquezas del siglo; ejemplo el más propio para inspirarnos, no sólo estimación de la pobreza, sino también amor á ella, pues la vemos consagrada en la persona de este Dios Salvador, que se redujo á ella y la abrazó para nuestro ejemplo.

Porque una de las más funestas enfermedades que contrajo el hombre en el paraíso, es la codicia de los bienes terrenos, que San Pablo llama raíz de todos los males. Para convencerse, basta mirar lo que pasa en el mundo, donde no se encuentra quien no adolezca de ese mal. Lo mismo el pobre que el rico, el viejo que el joven, todos, aun los mismos niños, sienten ese desordenado apetito. ¿De dónde viene esa inquietud, esa agitación que padecen todas las clases de la sociedad? De la sed de oro, de la ambición de riquezas. Ciegos los hombres por la codicia, van en pos de bienes perecederos, que no son sino humo y vapor que desaparece por el aire.

Para curar este mal consagra Jesús y diviniza la pobreza, escogiéndola para sí como una preciosa herencia y una especie de segunda naturaleza, se desposa con ella como con esposa queridísima que le seguía á todas partes. Entremos en la cueva de Belén, pasemos de allí á Egipto, visitémosle en Nazaret, acompañémosle en sus viajes apostólicos, en una palabra, sigámosle desde el establo hasta la cruz, y siempre le veremos pobre. En el nacimiento yace en un pesebre, envuelto en pobres pañales. En Egipto pasa muchas hambres. En Nazaret gana el pan con su sudor. En la vida

pública no tiene donde reclinar la cabeza. En la cruz está desnudo. De suerte que, si predica la pobreza, la practica mejor que la enseña. Goza en tratar con los pobres, los llama bienaventurados, y dice que á evangelizarlos ha venido, y que de ellos es el reino de los cielos. Condena á los ricos, poniendo muy en duda su salvación. ¿Qué más pudo hacer para curar la llaga cancerosa que corroía la humanidad?

Pues todavía no le bastó lo que hizo en su vida mortal, y quiso hacer más después de glorioso, perpetuando y practicando con creces la pobreza de Belén y de Nazaret. La Eucaristía es como un monumento levantado en honra de la pobreza. Veamos nuestros templos y altares, morada perpetua de Jesús sacramentado. Al lado del palacio de un grande, se ve una miserable capilla donde se hospeda el Dios del cielo. ¿Quién no se avergonzaría de cubrir su mesa con los paños que á menudo cubren los altares?

¡Oh Dios mío, qué distintos son mis pensamientos de los vuestros! Lejos de amar vuestra pobreza, huyo de ella. Muy lejos estoy de decir: Dios es mi todo; Dios es la parte que me ha caído en herencia, y otras expresiones que usaban los santos enamorados de ti. Me gusta lo cómodo y regalado, y en nada, Señor, me parezco á ti.

Punto II

Riqueza divina de la casa de Nazaret.

Considera que lo que en aquella morada falta de bienes de la tierra, sobra de riquezas del cielo; y como esas son las que valen, po-

demos decir que Nazaret no es pobre sino en apariencia. La palabra pobreza parece dura, aunque tan alabada por Cristo, y es porque no entendemos que, despojándonos del afecto á los bienes terrenos, echamos de encima una carga insoportable. La codicia es un tormento, el apego á lo que uno tiene le hace avaro é injusto, le quita la caridad con los pobres, le inutiliza para hacer obras pías ó ayudar á ellas. Si tiene fe, debe temer el cargo que le ha de hacer el justo Juez del uso de sus bienes, y su fe será un torcedor que no le dejará sosegar. Bien podemos entender por qué llama el Señor espinas á las riquezas.

El alma desprendida goza paz y santa libertad, ya conserve sus bienes, ya sea que el Señor la prive de ellos con un revés de fortuna, en el que dirá como Job: Dios me lo dió, Dios me lo quitó, sea su nombre bendito.

No hay duda sino que la falta de los bienes temporales lleva consigo multitud de privaciones y molestias. Consideremos, sin embargo, aquellas palabras de San Agustín: *El que no tiene á Dios, nada tiene; el que tiene á Dios, lo tiene todo.* En efecto, el que tiene á Dios y está unido á su divina voluntad, halla en Dios todos los bienes. Mira á un San Francisco, descalzo, vestido con un saco, falto de todo, que con decir: *Dios mio y todas las cosas,* se halla más rico que todos los monarcas de la tierra. Pobre se llama aquel que desea bienes que no tiene; pero el que nada desea, y se contenta con su pobreza, es completamente rico. Nada tienen y nada les falta á los amadores de Dios, porque cuando carecen de los bienes de la tierra, vueltos á Jesús exclaman:

¡Jesús mío, tú sólo me bastas! y con esto quedan resignados y contentos.

Los santos no sólo tuvieron paciencia en la pobreza, sino que procuraron despojarse de todo, para vivir desembarazados y desnudos del afecto á las criaturas y unidos totalmente al Criador. Si no tenemos ánimo para renunciar todos los bienes de la tierra, vivamos, por lo menos, contentos en el estado en que plugo al Señor colocarnos; no busquemos las riquezas temporales sino las eternas, infinitamente más preciosas; convenzámonos de lo que decía Santa Teresa, á saber: que *cuando menos tengamos de los bienes de la tierra, más tendremos de los del cielo.*

La abundancia de los bienes temporales es el visco ó liga del alma, que la impide volar hacia Dios, y al contrario, la pobreza es el medio para llegar á El sin obstáculo. Jesucristo dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* En las otras bienaventuranzas, á los mansos, á los limpios de corazón prométeseles el cielo para lo futuro; pero á los pobres se promete el cielo aun en esta vida; porque aun aquí gozan los pobres de un paraíso anticipado. Pero han de ser pobres *de espíritu,* es decir, que no sólo no ambicionen bienes temporales, mas ni aun los deseen, contentos, como exhorta el Apóstol, *con tener que comer y con qué vestirse.* ¡Oh bienaventurada pobreza! exclamaba San Lorenzo Justiniano, que nada posee y que nada teme! Siempre está alegre el pobre, más que si nadase en la abundancia; porque las molestias temporales que experimenta le sirven para el aprovechamiento del alma. Mas el avaro, di-

ce San Bernardo, anda siempre hambriento, como un mendigo, porque cuantas más riquezas tiene, más desea, y no llega jamás á saciarse de los bienes de la tierra; pero el pobre, al contrario, como señor de todo, lo desprecia porque nada desea.

¿Y qué diremos de la corona prometida á los pobres de espíritu en el cielo? Se os da el cielo por la tierra, Dios por las criaturas, ¿no es bastante ganancia?

Anímate, pues, á desprender tu corazón de todo. Mira á Jesús que todo lo dejó por ti. Codicia sus riquezas de gracia, virtudes y méritos. No es rico Jesucristo sólo para sí, sino para todos, y de un modo semejante, los que poseen sus riquezas tienen la virtud de enriquecer á otros.

Di como el Apóstol: «Á todo renuncié, mirándolo como detrimento y daño de mi alma; y así como se desprecia el estiércol y la basura, lo desprecié todo con el fin de ganar los tesoros de Jesucristo» [1].

Punto III

Los ricos y los pobres del mundo.

Considera que hay dos géneros de pobres en el mundo: los unos no son pobres más que en el efecto y por la necesidad de su estado, sin serlo de corazón ni de afecto; los otros lo son de corazón, sin serlo realmente y en efecto. La pobreza de los primeros es una pobreza forzada que ellos mismos lloran, y de que se quejan; de donde se sigue que no es esta la pobreza de Jesucristo, la cual fué una pobre-

1 Filip., III.

za voluntaria. La pobreza de los segundos es una pobreza cristiana y agradable á Dios, su corazón está desasido de las riquezas que tienen, y, según las máximas del Apóstol, las poseen como si no las poseyeran. Esta pobreza de espíritu, el no estar apegado á los bienes terrenos es indispensable para salvarse, porque, ó Jesucristo se engañó en la elección que hizo del estado de pobreza, ó el mundo se engaña en el apego que tiene á las riquezas de la tierra. Jesucristo, siendo la sabiduría increada, es incapaz de engañarse en cosa alguna, luego es forzoso concluir que el mundo yerra y se engaña.

Considera, por último, que para no ser de los ricos del mundo, anatematizados por Cristo, es indispensable, á lo menos, ser pobres de espíritu y arrancar del corazón las espinas, que son los deseos de poseer sin medida.

Un pobre de espíritu no se afana por cosa alguna de este mundo. Se contenta con lo necesario. Poco falta á un pobre que está contento. Todo falta al rico que es avaro. Poco basta á la necesidad, nada basta á la codicia. ¡Qué rico es el hombre que posee á Dios! ¡Y cuán pobre el que lo ha perdido! Ciertamente es feliz el que no desea sino á Dios, y miserable quien no se contenta con Dios. Dios no puede llenar un corazón si no está enteramente vacío. Todo lo tendrás, cuando nada desees; todo lo poseerás, cuando nada tengas.

¿Tú dices que eres rico, y que de nada necesitas, y no te acuerdas que te dice el Señor que eres ciego, pobre y miserable? ¿Qué es lo que se dice cuando se llama á un hombre avaro? Se dice ordinariamente de un hombre á quien to-

do falta; sin fe, sin esperanza, sin caridad, sin mansedumbre, sin paciencia, sin misericordia, sin paz, sin reposo, sin consuelo, y sin humildad. Sólo el pobre de espíritu es quien puede decir: yo soy rico, no necesito de nada, no deseo cosa alguna, porque Dios me basta.

Coloquio.—¡Salvador mío! ¡qué herencia tan rica es ciertamente la pobreza! ¡Se conceden realmente con abundancia los bienes á aquellos que todo lo dejan por vuestro amor! Este es aquel tesoro evangélico que hace al hombre feliz, y que vende cuanto tiene para comprarle. ¿Quién temerá perderse caminando sobre las huellas de vuestros pasos? ¿Se puede nacer más pobre que Vos nacisteis? ¿Se puede tener una vida más pobre que la vuestra en Nazaret, y se puede morir más pobremente que Vos? Vos erais rico, y acá en la tierra os hicisteis pobre; yo soy pobre, y quiero llegar á ser rico. Vos lo teneis todo y habéis querido que todo os falte. Yo nada tengo, y no quiero que me falte cosa alguna. ¿Por ventura soy yo el que me engaño, ó sois Vos? Yo soy el que no tengo fe, porque tengo por bienaventurados aquellos á quienes Vos declaráis miserables, y juzgo que son miserables aquellos á quienes Vos llamáis bienaventurados.

Propósitos.—Procura, según tu estado y condición, desasirte de todo lo que te ata al mundo y sus riquezas, y ama la limosna, creyendo firmemente que lo que das al pobre lo das á Cristo.

10 DE FEBRERO

La casa de Nazaret modelo de virtud y pureza de intención.

Preludios.—Imagínate ver al Niño Jesús trabajando en su humilde taller de carpintero, pero tan fijo su corazón y su voluntad en el Eterno Padre, que los ángeles acuden á admirar la perfección de sus obras, y pide al divino Infante no buscarte á ti en nada de lo que haces, sino sólo el complacer y servir á Dios N. S.

Punto I

Jesucristo en Nazaret modelo de purísima rectitud de intención en todas sus obras.

Considera con qué pureza de intención y con qué deseo de agradar á su Eterno Padre lo hace todo en Nazaret el divino Jesús. Aun cuando en la Encarnación se había consagrado al Padre celestial perpetuamente para toda su vida, nunca por esto dejó de consagrarle todos y cada uno de los actos de su vida oculta, como luego con igual perfección le consagró los de su vida pública. Jamás trató de agradarse á sí mismo, ni buscó la gloria humana, ni obró nada por instinto natural, ni por sólo costumbre ó sola necesidad. Ninguna obra hizo, ni grande ni pequeña, que no mirase derechamente á cumplir la voluntad divina y agradar y aplacar á la divina Majestad de Dios, ofendida y olvidada de los hombres. Y como lo que Dios premia y remunera no es tanto la obra exterior como la intención purísima de agradarle y cumplir su voluntad, de ahí que las humildes obras de carpintería, los oficios domésticos en que se ejercitaba el más humilde de los hijos de los hombres, fuesen delante de Dios obras tan nobles, tan divinas y meritorias, como los milagros y maravillas de la vida pública y que la misma redención del mundo por el derramamiento de su preciosa sangre en el Calvario. Medita qué maravillosamente practica el divino Niño en Nazaret, los tres grados de pureza de intención que de El aprendieron los santos.

Primeramente, en todo cuanto hace, solamente pretende y busca la gloria de su Padre, de modo que en todas las cosas su contento es en Dios y en que está allí cumpliendo y haciendo la voluntad de Dios. En segundo lugar, está tan unido con su Eterno Padre, que toda su gloria no la quiere tanto por lo que á El le enaltece, como por la gloria que resulta á Dios. Y por último, en todo lo que hace no mira sino agradar y contentar á Dios de manera que sólo tiene en cuenta el gusto y beneplácito del Eterno Padre, prescindiendo de todo sacrificio, incluso el divino de la Cruz.

Al ver esta pureza divina de intención en Nazaret, exclama tú con San Bernardo: ¡Oh amor santo y casto! ¡Oh dulce y suave afecto! ¡Oh rectitud pura del alma! Por eso más pura y acendrada, porque no queda en ella mezcla de cosa propia; por eso más suave y más dulce, porque todo lo que en ella se siente es divino. Por medio de ella transformada nuestra voluntad en la divina, como la nube que recibe la claridad del sol, se transforma en su claridad, así nuestra gloria será la de Dios y veremos á Dios en todas las cosas y todas las cosas las veremos en Dios.

Punto II

La pureza de intención como medio de santificar nuestras obras.

Considera, en primer lugar, que la rectitud de intención sustrae á nuestros actos del dominio de la naturaleza y de las pasiones, para hacerlas pasar al imperio de la gracia y al del orden sobrenatural. Su benéfica influencia

alcanza igualmente á las malas obras, á las buenas y á las indiferentes, pues destruye las malas, mejora las buenas y convierte en buenas las que por su naturaleza son indiferentes. ¡Qué pérdida, qué desdicha si me privo del fruto de esas obras por una negligencia culpable en proponerme en ellas un buen fin! ¿Qué es en sí la ofrenda de un vaso de agua ó de dos denarios? Y sin embargo, si la hago mirando á Dios y por agradarle, aceptará esas ofrendas, las alabará y recompensará además magníficamente. La intención, dice San Agustín, es el ojo del alma, y la buena intención es la que hace la buena acción. El barco va hacia donde le dirige el timón, y la obra al fin á que la intención la encamina.

He aquí por qué San Pablo nos invita á levantarlo y á santificarlo todo y cada cosa con la intención, sin exceptuar ni un movimiento ni una palabra. Y todavía desciende hasta las cosas más viles y que nos son comunes con los animales. Luego si la intención puede espiritualizar las cosas más materiales, si puede hacernos adquirir títulos á la gloria de Dios, ¿qué poder de santificación no tendrá en esa multitud de acciones piadosas propias del cristiano?

Procura, pues, hacerlo todo *á mayor gloria de Dios,* base y pedestal en que se funden tus obras; huye de la vanagloria, ladrón sutil que te saltea y roba sin que te des cuenta de ello y se introduce en el corazón de tus mejores obras, vicio tenaz y tan feo como que quiere quitar á Dios lo que á El sólo le toca, que es la gloria, única cosa que El á nadie puede dar, y que te quita ó por lo menos te merma

el mérito de cuanto haces. En todo busca á Dios y su santísima voluntad, sin parar mientes ni en tu interés, ni aun siquiera en el fruto espiritual que pudiere seguirse, sino sólo en hacer el beneplácito del Señor. Así cultivando esta purísima intención, te verás libre de la envidia, cuando veas que otros hacen ó tienen lo que ni haces ni tienes tú, te hallarás indiferente para todo, puesto que en nada te buscarás á ti sino á Dios; no pretenderás ni agradar á los hombres, ni que ellos te agradezcan lo que haces ó trabajas.

Punto III

Cualidades que debe tener la buena intención.

Considera que la intención debe ser recta y lo es, cuando el alma mira á Dios, què siendo el principio debe ser también el fin de todo cuanto hacemos. Cuando un cristiano en las obligaciones de su estado y en los pormenores de su conducta busca á Dios y su gloria, por medio del cumplimiento de su santa voluntad, marcha por el camino derecho y puede estar seguro de que aun en las cosas y negocios terrenos indispensables á su estado cumple la voluntad divina.

También debe ser la intención pura, no buscándonos á nosotros mismos, porque á veces, ciertamente que se busca á Dios, en las obras de celo y de caridad y en los ejercicios de piedad y devoción, pero ¿qué raro es también no buscarse uno á sí propio? ¿Dónde está la persona tan espiritual que elevándose hacia Dios se olvida del todo de sí, de sus propios gustos é intereses, de su vanidad y propia satisfacción?

El ojo simple de que nos habla Jesucristo es la pura intención, y como el ojo no puede mirar nunca fijamente más que á un solo objeto, del mismo modo nuestra alma sólo debe fijarse en Dios. La intención sería pura si el corazón lo fuese también, pues el corazón dirige la intención, cómo ésta dirige la obra externa. De mi corazón es, pues, de quien debo desconfiar en mis designios y en los principios que me impulsan á obrar. No se puede servir á dos señores, ni amar dos cosas opuestas á la vez, y como nuestro corazón ha sido hecho para amar á Dios, todo aquello que no se refiera á Dios empaña la pureza de intención en nuestras almas. La intención recta, por consiguiente, ha de tener esta divisa: *Todo por Dios;* y la intención pura esta otra: *Todo para Dios sólo.*

Examinemos detenidamente si la intención que preside á nuestros actos tiene las condiciones de rectitud y de pureza que son necesarias para la santificación de nuestras obras, y como en éstas sólo se corona el fin, debemos considerar que de nada nos servirá comenzar por el espíritu si concluímos por la carne ó el amor propio. Recojámonos, pues, antes de comenzar cualquiera obra, y hagámosla preceder de la antorcha de la fe, á fin de referirlo todo á Dios. Pero velemos igualmente cuando la estemos haciendo, para no perder de vista el fin que desde luego nos hemos propuesto. A veces solemos tener briosos arranques, pero con frecuencia nos falta la constancia. En más de una ocasión podría el Señor decirnos, como San Pablo á los Gálatas: «Habéis comenzado bien lo que Yo os había inspirado para mi gloria: ¿por qué no lo habéis conti-

nuado del mismo modo?» Acción santa; motivo más santo aún; he aquí los comienzos de algunas de vuestras obras; pero en su continuación, nada ó casi nada hay en ellas digno de alabanza.

Si se despojase á nuestras pretendidas buenas obras de todo lo que no tiene por principio más que la actividad natural, la costumbre, la condición de nuestros caracteres, y si además se las limpiase de lo malo que con lo bueno hay mezclado en ellas ¿qué les quedaría digno de la alabanza de Dios?

Coloquio.—¡Oh Jesús mío! Purificad mis intenciones y renovadlas con frecuencia para que, imitándoos, no busque en mis acciones lo que sea de mi agrado, sino aquello con que cumpla mejor la voluntad santísima de vuestro Padre.

Propósitos. - Forma diariamente por la mañana una intención general de hacer y padecer todo lo del presente día, con el propósito de agradar y buscar en todo solamente á Dios. Pero aunque esta recta intención vale en realidad para todas las obras del día, procura, para mayor aprovechamiento y mérito, renovar esa misma pureza de intención, al menos al principio de las obras más principales.

11 DE FEBRERO

La casa de Nazaret modelo y origen de la paz interior de nuestra alma.

Preludios.—Oye voces de ángeles que cantan sobre la casa de Nazaret, como un día sobre la gruta de Belén: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*, y pídele te dé á gustar la paz del alma que El vino á traer desde el cielo á los suyos.

Punto I

Jesucristo es nuestra paz.

Considera que ya la sagrada Escritura había llamado á Cristo N. S. *Príncipe de la paz,*

y al mirar la paz divina que reina en la casa de Nazaret, reflejo por la unión de entendimientos y voluntades de la del cielo, verás con qué razón lo llamó así, pues El es no sólo Príncipe sino Rey, origen, principio y modelo de la paz de nuestras almas. Como Verbo divino, Jesús es la paz eterna, porque es en todo el orden, la armonía y el principio de toda la hermosura, el que une á todas las criaturas con Dios y á las criaturas entre sí y El que por medio de su sangre lo pacificó todo en el cielo y en la tierra [1].

Para conocer la paz infinita del alma santísima de Jesús que se refleja en todas sus palabras y acciones, y de la que fué como tabernáculo y sagrario durante treinta años la casita de Nazaret, era preciso poder penetrar en aquel divino Corazón y ver la divina armonía de la humanidad y la divinidad, de todos sus afectos y deseos, maravillosamente sometidos á la suprema voluntad de Dios.

Si yo quiero que esta paz reine también en mi corazón, necesito establecer en él el orden y la subordinación de mis afectos al principio de toda armonía, que es Dios, ya que la paz no es otra cosa más que la tranquilidad que produce el orden. Pero mientras sea yo juguete de pasiones no dominadas, ni tendré paz conmigo, ni con los demás, ni me podré llamar hijo de Dios, pues sólo los pacíficos merecen nombre tan excelso.

Vuelve tus ojos á la casa de Nazaret y allí verás el divino templo de la paz, y por consiguiente, en medio de la estrechez y la pobreza, verás la dicha inseparable de la paz del

1 Colos., I, 20.

alma. Allí nunca, ni turbación en los corazones, ni agitación en las palabras, ni desunión en los afectos, porque allí está Jesús, el que vino á traernos la paz, que no es seguramente la paz del mundo, falsa y pasajera, sino la que aleja del alma toda turbación [1] y toda tristeza. Allí en silencio y dulce tranquilidad se desliza la vida de aquella sagrada Familia en una paz inalterable, reflejando la tranquilidad del cielo, hermosa paz como la hermosura increada que llena y penetra aquella casa de Dios. ¿Por qué en tu corazón no vive esa paz que Jesucristo vino á traer á la tierra? Porque para que tengas paz, es preciso antes que obtengas victorias sobre ti mismo, pues la paz supone la victoria. Lucha, pues, generosamente con tus afectos, con tus vicios y pecados y tendrás la dicha de oir de boca del divino pacificador de las almas aquellas palabras que dijo á los Apóstoles: *Yo os dejo mi paz, no se turben más vuestros corazones.*

Sé humilde y caritativo con todos, pues sólo la humildad y la caridad te harán ser querido de Dios y de los hombres. Con esas virtudes, no hijas de la humana política, sino de la gracia de Dios, dominarás todos los vicios que siembran la cizaña en los corazones, y tendrás paz contigo y con los demás, y será tu corazón y tu casa lo que debe ser, fiel trasunto del corazón del Rey de la paz y de la santa casa de Nazaret.

1 Joann., XIV, 27.

Punto II

Que es imposible la paz del corazón sin la sumisión completa á la voluntad é inspiraciones de Dios.

Considera que siendo Dios, según dice San Agustín, el soberano bien y el fin del hombre, el corazón de éste no puede estar en paz sino en tanto que está unido á Dios, y no está unido á Dios en esta vida sino por medio de una sumisión completa á su voluntad y á su ley. El pecador quiere vivir en la independencia, y se precipita en un abismo de desdichas en el que su corazón se convierte en su mayor enemigo; la fe le condena y le espanta, y su misma conciencia le despedaza. Por eso dice Dios que no es posible que haya paz para los impíos. Porque este sólo pensamiento: soy el objeto de la cólera de Dios, estoy expuesto en cada momento á condenarme, ¿no es más que suficiente para formar en el alma del pecador una especie de infierno? Con razón, pues, decía el Sabio hablando á Dios: No tenéis, Señor, para castigar á los pecadores sino abandonarlos á ellos mismos, sin armar á las criaturas para que de ellos os venguen.

Consulta á la experiencia para acabar de convencerte de esta verdad. ¿Has visto á ningún pecador gozar de la verdadera paz? Quizá lo aparenten, pero ¿qué es lo que pasa en el fondo de sus corazones? ¿Cuál es su vida? Una esclavitud en que gimen bajo la tiranía de las pasiones y de los vicios que les dominan; una dependencia perpetua del mundo y de sus leyes; una sumisión servil á las criaturas, es decir, al capricho, á la vanidad, á la ligereza,

y quizá á la infelicidad misma; un compromiso para sufrir mucho, para condenarse y perderse, pues no creas que al sacudir el yugo de Dios son por eso más libres. En lugar de la servidumbre honrosa á que renuncian, se reducen á la esclavitud más vergonzosa, y en vez de las cruces saludables de que huyen, cargan con otras que ninguna utilidad les reportan, y, en cambio, son tan duras y tan pesadas, que los agobian. ¿Cuál es su vida? Una serie de desórdenes que los hace al mismo tiempo criminales y desdichados; una ambición, por ejemplo, que no pueden satisfacer, ó una avaricia que no dice jamás «basta», ó un amor propio que les hace sentir las más insignificantes desatenciones, ó una envidia que los devora, ó un odio que los envenena, ó una cólera que los enloquece; porque desean siempre lo que no tienen, y no se contentan nunca con lo que poseen, y que tengan celos del uno, ó fragüen intrigas contra otro, ó que rompan sus relaciones con éste, ó que estén llenos de animosidad contra aquél, apenas pueden soportarse á sí mismos: de tal modo el pecado les proporciona pesares, disgustos, mortificaciones y reveses.

Saca de todo esto que no es posible la paz estando mal con Dios. Perpetuo banquete es la buena conciencia y no la tendrás nunca si, ó vives en pecado, ó no cumples tus deberes con generosidad para con Dios. Pide á Nuestro Señor gracia para luchar contigo, date mucho al propio vencimiento y la paz nacerá en tu corazón.

Punto III

Es imposible carecer de paz interior estando sometidos á Dios.

Considera que si el alejamiento de Dios es incompatible con la paz del espíritu, la paz del corazón debe ir unida á la sumisión, á la voluntad y á las inspiraciones de Dios. Así lo comprendía el real profeta David cuando exclamaba: Sí, Dios mío; para los que aman vuestra ley hay una paz interior, que no es justo, ni aun posible, que la haya para los mundanos; porque siendo vuestra ley, como es, el principio del orden, es esencialmente el principio de la paz.

Esta paz has de considerar que es inquebrantable con Dios, con el prójimo y contigo mismo. Es inquebrantable con Dios, porque ¿qué es lo que puede turbar tu paz con Dios si vives sometido á su voluntad divina? Si te envía aflicciones, las recibes como pruebas que quiere hacer de tu fidelidad; si permite contra ti persecuciones, y aun calumnias, lo bendices, y en lugar de quejarte las recibes como motivos de alegría y pruebas del Señor para aumentar tu mérito; si te quita la salud, no pudiendo trabajar para El, te consuelas pensando que padeces por su amor; si tienes pérdidas de fortuna, le das gracias, porque, ya que no puedas honrarle con tus bienes, puedes glorificarle con tu pobreza; si tu fama es atacada, te regocijas, porque esto te proporciona ocasión de hacer un sacrificio por El; si nada de cuanto emprendes te sale bien, lo adoras agradecido, porque lo que El dispone

te ha de convenir mejor que todo cuanto consideres como más beneficioso para ti. En una palabra, quiere sólo lo que Dios quiere, y renuncia á lo que El no quiere, y de este modo gozarás de la paz de Dios; ó más bien, Dios mismo, según la expresión de San Pablo, será tu paz.

Paz inquebrantable con tu prójimo; porque estando sometido y obediente á la ley de Dios, nada habrá en ti de todo aquello que altera la paz entre los hombres. Esto es, no habrá en ti ni resentimientos, ni envidias, ni arrebatos del mal humor, ni soberbia, ni esas acrimonias que son como la semilla de la desunión y de la discordia. Tu situación será entonces la que declara el Salmista: «Con los que aborrecían la paz era pacífico». Sabrás pagar bien por mal, no tendrás enemigos, pues no los debe tener un cristiano, sabrás sufrir las flaquezas ajenas, y no sólo tendrás paz, sino que la paz te acompañará adonde quiera que vayas. ¡Qué felicidad la de un cristiano así, y cuánto bien puede hacer en las almas! ¿Eres tú de ese modo? ¿Y por qué no lo has de ser? Mira lo que te falta y procura conseguirlo.

Paz inquebrantable contigo mismo. Porque estando sometido á la ley de Dios, tendrás todas tus pasiones en calma, ó cuando menos sujetas á la razón, y así sometidas no turbarán tu corazón, y ni te dejarás llevar de la cólera, ni la tristeza te dominará ni serás juguete de ninguna pasión. Obedecerás á Dios, y al obedecerle, todas tus pasiones te obedecerán. Dios reinará en ti, y por una consecuencia natural hará que tú reines sobre ti mismo.

Mira, pues, á cuán poca costa puedes con-

quistar esa paz tan preciosa, por la que no se te pide más que la sumisión á la ley de Dios; sumisión obligatoria y á la que, sin embargo, va unido, aun en esta vida, un don tan inestimable como es la paz del espíritu. Aplícate á conquistarla uniéndote á Dios, pues en ninguna parte, sino en Dios, se encuentra. Búscala en una perfecta sumisión á la fe y á su santa ley, y á los deberes todos de tu estado, y si observas esta doble regla, tendrás á la vez la paz del espíritu y la paz del corazón, esto es, la verdadera paz cristiana.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, verdadero pacificador de las almas! Enséñame esa ciencia difícil de la paz, para que nada me turbe y nada me espante de cuanto me pueda ocurrir. Que ni la prosperidad, ni la humillación, ni nada, me robe la paz del corazón; que en todo vea á Dios y su voluntad santísima; que la gracia me fortifique y aliente para que siempre vivas tú en mi corazón, y yo en el tuyo como mansión de paz y bienandanza.

Propósitos.—Ver en todo la voluntad de Dios; dominar tus pasiones; no hacer caso alguno de las máximas del mundo. Esos tres medios te bastan para nunca perder la paz del corazón.

12 DE FEBRERO

La casa de Nazaret escuela de toda perfección.

Preludios.—Visita por última vez aquella morada de toda santidad, examina una por una las virtudes celestiales que allí resplandecen, y pídele al Niño aquella que más necesites para parecerte á tu divino Maestro y Capitán.

Punto I

Jesucristo modelo de perfección en todas sus obras.

Considera que al crear al hombre dijo un día Dios Nuestro Señor: Hagamos al hombre á

nuestra imagen. ¿Y dónde está el hombre por excelencia, tipo y dechado de los hombres? En Jesucristo, que es el primero y último de los nacidos de Adán, según dijo el mismo Señor en el Apocalipsis. «El primogénito de toda criatura, y aquel por quien todas fueron criadas». De Jesucristo, pues, debemos entender á la letra las citadas palabras: *Hagamos al hombre á nuestra imagen.* Y en efecto, en El hallamos la imagen de Dios en toda su perfección, porque el Verbo es la imagen de la bondad del Padre, y esta imagen sustancial y divina se refleja en su humanidad. Todas las perfecciones de la divinidad se reproducen por una misteriosa comunicación en Jesús, que por eso es la perfecta imagen de Dios.

En Jesús, pues, todo es santo, santos sus pensamientos, santas sus obras. Tal debía ser el Pontífice eterno. «Santo, inocente, inmaculado, muy distinto de los pecadores y más alto que todos los cielos», como dice San Pablo á los hebreos. Siendo, como es, el tabernáculo de la divinidad, ¿cuánta será la santidad de Jesús?

Acércate ahora á la morada oculta en donde está el Dios escondido y contempla los resplandores de toda virtud en el divino Infante, lee en este libro de oro, mira este espejo sin mancilla, y entrando dentro de ti mismo avergüenzate de la corrupción de tu corazón carnal.

Repara una por una todas las virtudes, las interiores como las exteriores, las que se relacionan con Dios, como las que santifican el trato con los hombres, y en todo, en lo grande y en lo pequeño, á través de aquel exterior

humilde de un Dios que se esconde tras la nube de su humanidad, verás la perfección infinita en todas las obras y el modelo acabado de todos los santos. Lo mismo cuando trabaja que cuando ora, cuando habla que cuando calla, todo lo hace con una santidad infinita, interior y exterior; jamás la sombra de un defecto, ó de una imperfección, se deslizó en uno solo de sus actos, considerados en su sustancia y en su modo; en cada momento, cualquiera que fuese su ocupación, era digno en la tierra, como en el cielo, del cántico de los ángeles: *Sanctus, Sanctus, Sanctus.*

Todo lo hizo, además, con una sabiduría infinita, con un orden admirable, conformándose siempre con los designíos de su Eterno Padre y con las obligaciones de su edad y estado. Siempre se acomodó á las circunstancias, haciendo cada cosa, dónde, cuándo y como era necesario hacerla.

Además todo lo hizo con una bondad infinita, refiriéndolo todo á la gloria de Dios y á nuestra salvación. Sabía que multiplicando los actos de adoración, de obediencia, de anonadamiento de sí mismo, y las demás virtudes, hasta en los al parecer mínimos pormenores de su conducta, desagraviaba más ampliamente á la divina Justicia, ultrajada por el pecado, aumentaba el tesoro de méritos y de gracias, que preparaba á los hombres y les hacía más fácil la salvación.

Considera, por último, en qué te pareces á tu divino modelo, y la conciencia te dirá que en nada. El todo lo hizo *bien*, y tú todo lo haces mal. El no buscaba sino la gloria de Dios, y tú no buscas sino la tuya propia. Anímate á

estudiar en el divino ejemplar de toda perfección, y á copiar en tu alma los rasgos de las virtudes que más necesites.

Punto II

Debemos aspirar, á imitación de Jesucristo en Nazaret, á hacerlo todo con la mayor perfección posible.

Considera que á obrar de ese modo nos debe mover, ante todo, la voluntad de Dios, que para eso nos puso por ejemplar visible á su divino Hijo. No podíamos imitar á Dios invisible, pero para eso «*Se hizo carne y habitó entre nosotros*» para que no tuviésemos excusa en no seguir sus divinos ejemplos. Ahora bien, la manera de obrar de Jesús, como lo has meditado, es hacer todas las cosas con suma perfección, y de aquí la obligación que tenemos de hacer todas nuestras obras de la mejor manera que podamos. Así lo exige también de nosotros Jesús por su oficio de modelo y de maestro de los hombres. Un maestro resulta deshonrado por el poco anhelo con que le escuchan sus discípulos, y por esto Dios ha declarado que sólo tendrá gracias y bendiciones para los que no hagan su obra con negligencia. Añadamos que por el dominio que tiene Jesucristo Redentor sobre nosotros, todas nuestras acciones le pertenecen, pues por la gracia de su sangre, son suyas lo mismo las más comunes que las más importantes en el orden sobrenatural, además de que todas ellas son homenaje de nuestra obediencia, y, según el lenguaje de la Iglesia, ofrendas de nuestra servidumbre. Deben ser, por lo tanto, dignas de El y darle toda la gloria que le es debida.

También exige esa perfección nuestro amor á Jesucristo. Nada le es, en efecto, más agradable que vernos ocupados en hacer santamente y con toda la perfección que podamos nuestras obras. De este modo nos parecemos á El, vivimos su vida y compartimos su deseo más ardiente, que no es otro que el que glorifiquemos á su Eterno Padre por medio de nuestros actos, como El le glorificó con los suyos. Si por el contrario, en nuestras obras se mezcla algún defecto, Jesucristo no ha sacado de su gracia todo el fruto que deseaba, ni de mi cooperación toda la gloria que se prometía.

Cotèja, alma mía, la santidad de Jesús con tus imperfecciones. Jesús, dechado de virtud; yo, abismo de miserias y pecados. Y, sin embargo, Dios quiere que me santifique. *La voluntad de Dios es vuestra santificación,* dice San Pablo [1]. Para esto me ha criado y me ha hecho hijo suyo, y esto he prometido en el bautismo. Me preguntaré frecuentemente con San Bernardo: ¿A qué has venido al mundo, á la religión, á la vida espiritual? En honor de Jesús emprenderé una nueva vida. No sólo no dilataré más mi conversión, sino que á imitatación de los santos, y del Santo de los santos, procuraré hacer todas mis obras de modo que den á Dios toda la gloria posible.

Punto III

Recompensas que debemos esperar si hacemos las cosas con toda la perfección posible.

Considera primeramente la satisfacción interior y espiritual que produce el cumplir con

[1] I Tesal., IV.

lo que debemos á Dios y á nuestras obligaciones. En segundo lugar, el caudal de merecimientos que con esto granjeamos. El mérito de las cosas sobrenaturales sobrepuja incomparablemente al de las cosas naturales del cielo y de la tierra. En tercer lugar, la gloria que, obrando con perfección, damos á Dios. El menor acto de virtud cristiana realizado por un alma justa, el nombre sólo de Jesús pronunciado con sólida piedad, la señal de la cruz hecha con devoción, menos todavía, un paso, una palabra vivificada por el espíritu de Dios y la pureza de intención, agradan más á Dios y le procuran más gloria que todas las acciones puramente naturales de las criaturas, pasadas, presentes y venideras. Y si miramos, no ya al tiempo de esta vida presente, sino á la vida interminable que nos espera, ¡cuántas ventajas recogeremos en la eternidad de esa acción, al parecer insignificante, que no ha durado más que un momento! San Bernardo dice que las buenas obras son la simiente de la eternidad, y que así como el árbol y el fruto están encerrados en la simiente, del mismo modo en cada obra buena está encerrada la gloria eterna, ó un aumento de ella.

Saca, pues, de todo esto gran deseo de la perfección. Los deseos santos son como las alas que nos levantan de la tierra. El que verdaderamente desea la perfección, no deja nunca de caminar hacia adelante, y el que no deja nunca de caminar, al fin llega al término.

Haz después una resolución firme de entregarte del todo á Dios. Muchos son llamados á la perfección; siéntense movidos á ella por la gracia, la desean, mas porque les falta esta

resolución, viven y mueren en una vida tibia é imperfecta. No basta desear la perfección, es menester también una firme resolución de obtenerla. ¡Cuántas almas se alimentan solamente de deseos, y no dan un paso en el camino de Dios! Tales son los deseos, de que habla el Sabio, que consumen al perezoso. Al perezoso todo se le va en deseos, pero nunca se resuelve á emplear los medios propios de su estado para hacerse santo.

Resuélvete, además, á escoger lo mejor, es decir, no sólo lo que es del gusto de Dios sino lo que ha de dar más gloria á Dios. Muchos santos han hecho voto de adelantar cada día en la perfección. Sin embargo, para ser santo no es necesario hacer este voto, mas es preciso que todos los días procures dar algún paso en la perfección. Y conviene obrar pronto, y no aguardar á mañana; porque ¿quién sabe si después tendremos tiempo? En la otra vida se acabaron ya el tiempo y los medios de obrar bien y de merecer; después de la muerte, lo que está hecho, hecho queda por toda la eternidad.

Coloquio. Yo os bendigo, ¡oh Señor! por haber colocado tan cerca de mí la santificación y la salud de mi alma. Por esto mismo mi flojedad no tendrá excusa, si me atrevo á buscar alguna dificultad para llegar á la perfección que Vos esperáis de mí, pues para llegar á ella, no tengo ni aun que mudar de ocupación, porque me basta hacer bien lo que hago. Y puesto que es preciso que yo ejecute esas acciones, haced, Señor, que no sea tanta mi ceguedad que las haga mal, cuando en cada una de ellas, bien ejecutada, hay un germen de inmortalidad y de bienaventuranza para mí.

Propósitos.—En todas las obras purifica tu intención, y encamínala á la gloria y servicio de Dios Nuestro Señor.

13 DE FEBRERO

Sobre la vida pública de Cristo nuestro Señor.

Preludios.—Contempla á Jesús despidiéndose de su santísima Madre para ir á bautizarse y dar principio á su vida pública, y pide perfecto desprendimiento de todos los vínculos de la carne y sangre para ir sólo adonde te llame la voz de Dios.

Punto 1

Conducta de Jesucristo en su vida pública con su Eterno Padre.

Considera que á la vida oculta y contemplativa de Jesús debía suceder la vida pública y activa. El momento determinado en los eternos decretos de Dios había llegado. Va, pues, á concluir para Jesús aquella existencia tan apacible de cuyas dulzuras gozaba, hacía más de veinte años, en la feliz casa de Nazaret. Es necesario que renuncie á ella para entrar en la vida pública, en la carrera tan agitada y penosa del celo evangélico. Es necesario que renuncie á la compañía de su amantísima Madre, de todos sus parientes y amigos, para ir á vivir en medio de hombres enemigos, groseros y envidiosos. Ha llegado el tiempo en que el Dios oculto se manifieste en público y empiece una vida de terribles humillaciones, pero al mismo tiempo de apostolado y de gloria. Jesús va á presentarse, ya como guerrero que reune á su pueblo, y por el sacrificio de su vida le asegura la victoria, ya como doctor infalible y de infinita sabiduría, que da testimonio de la verdad y por la verdad muere, ya como pontífice que se inmola por su pueblo

y siempre y en todo caso, su vida pública aparece como vida de infinita actividad, en la que todo un Dios por su palabra, sus milagros, su paciencia y sus virtudes infinitas, se entrega cuanto es para la salvación del mundo.

Para compendiar en esta meditación la vida maravillosa y pública del Salvador del mundo, y la que luego hemos de seguir paso á paso, mira en El el divino ejemplar de los varones apóstolicos, estudiando en primer lugar su modo de proceder para con su Eterno Padre. Vida de oración constante, de obediencia absoluta á la volundad de Dios, de trabajos y sudores por la divina gloria, son los tres caracteres de la vida apostólica. Considera cómo los refleja en sí el divino Salvador de los hombres.

Contempla, en primer lugar, á Jesucristo orando. Aunque no tiene más que tres años para la predicación, dedica días enteros de este tiempo tan corto á la oración, porque sabe que para convertir almas, lo primero es orar. Después de las fatigas del día, en lugar de entregarse al necesario sueño, se retira á los montes y lugares desiertos para orar en el silencio de la noche. Medita las circunstancias de esta oración divina. Es una oración que se hace en la soledad, es una oración acompañada de los testimonios exteriores del más profundo respeto: ora de rodillas ó postrado, con el rostro en tierra. Es una oración que consiste en los más puros y heroicos sentimientos de caridad; se ofrece á su Padre como una víctima pronta á inmolarse para reparar su gloria y salvar á los hombres. Echa una mirada sobre ti. ¿Oras? ¿Cumples los preceptos de la ley

del Señor? ¿Trabajas por la gloria de Dios? Aprende, con el ejemplo de Jesucristo, á cumplir cristianamente tus deberes para con Dios, y no seas de los cristianos que para todo tienen tiempo menos para mirar por su santificación y salvación.

Mira á Jesucristo obedeciendo. No está sometido á la ley, El es su primer autor, y viene á sustituirla con otra mucho más perfecta. No obstante, como en ella ve la expresión de la voluntad divina, observa todos sus preceptos con una divina exactitud. Recuerda lo que nos dice el Evangelio de su fidelidad en venir á orar al templo, en santificar el día de sábado, en celebrar la Pascua. Lleva el respeto de la ley hasta honrar á sus ministros en los escribas y fariseos.

Míralo trabajando por la gloria de Dios. Los tres años de su vida pública se consagran á la predicación del Evangelio. Admira con qué celo aprovecha todas las ocasiones de hablar á los hombres de la salvación y de la obligación de servir á Dios. Represéntate á este Dios Apóstol en medio de sus discípulos, y rodeado de un gentío innumerable; con qué fuerza y con qué dulzura al mismo tiempo reprende á los pecadores; con qué paciencia repite bajo diversas formas las mismas verdades á los espíritus sencillos y groseros que tienen trabajo en comprenderlo; con qué abnegación de sí mismo trabaja día y noche por la salvación de las almas. ¡Oh divino Jesús! Apenas apareces en tu vida pública, se ve que eres el Rey y modelo de los Apóstoles y el divino Salvador del mundo. Envíame un rayo de tu divina luz para que comprenda y siga tu celes-

tial doctrina, y merezca contarme entre tus discípulos y seguidores.

Punto II

Conducta de Jesucristo para consigo mismo.

Considera y admira la divina humildad de Cristo nuestro Señor, cómo oculta en la obscuridad su sabiduría y su poder; cómo prohibe muchas veces á los que ha curado que publiquen sus milagros; cómo huye del entusiasmo del pueblo, que quiere proclamarle rey. Contempla su desnudez y su pobreza, que es tan excesiva que muchas veces no tiene ni aun un poco de pan para sostener sus fuerzas, ni una piedra donde reclinar su cabeza, y ¡cosa admirable! El, que prodiga los milagros cuando se trata de las necesidades del prójimo, los rehusa cuando se trata de sus propias necesidades. Su mortificación es continua. Se renuncia, se crucifica en todas las cosas: su vida no es más que una cadena de fatigas, de ayunos, de sudores y de vigilias.

En lo exterior, contempla la sencillez de sus vestidos, la gravedad de sus pasos, la modestia divina de su rostro, la reserva de sus palabras y miradas, la serenidad y dulzura retratadas en sus facciones, que atraen á todos los hombres, en una palabra, reconoce en El lo que habían anunciado los profetas: «Ved á mi siervo, á mi elegido, en el cual ha puesto mi alma todas sus complacencias. Derramaré mi espíritu sobre El».

Penetra luego en el alma sagrada de Jesucristo; estudia sus admirables virtudes; su pureza de intención, por la que dirige á su Pa-

dre todas sus obras, su caridad, que no permite á su Corazón más que dos afectos, el celo de la gloria de Dios y el celo de la salvación de los hombres, su desasimiento de sí y su divina humildad, cuando el pueblo, oyéndole, arrebatado exclamaba á su alrededor: «Jamás habló ningún hombre así». Su resignación y paz profunda cuando sus enemigos querían apedrearlo, su tranquilidad interior cuando echaba á los mercaderes del templo ó confundía á los fariseos, su valor invencible cuando decía la verdad á los grandes y poderosos, en una palabra, admira y adora postrado en tierra á la santidad increada que se ha hecho carne para que puedas estudiar é imitar sus divinos ejemplos en todas las virtudes. Compárate con tan soberano modelo y propón imitarlo mejor en adelante.

Punto III

Conducta de Jesucristo con respecto al prójimo.

Considera la reserva y prudencia divina de Jesucristo en sus relaciones con el prójimo. Sus conversaciones eran raras y cortas. Sus palabras están siempre llenas de sabiduría celestial. Temía en algún modo estar en medio de los hombres, y no obstante, ¿qué podía temer de su trato? Y los hombres, por el contrario, ¿cuántas gracias no podían recoger de aquel que tenía palabras de vida eterna? No obstante, Jesucristo evita las conversaciones cuanto su ministerio le permite, y prefiere al trato con los hombres, el silencio, la oración y la soledad. Tolera con una dulzura enteramente divina el odio y las persecuciones de los fari-

seos, la grosería de sus discípulos, los malos é indignos tratamientos de los que quieren escarnecerlo como á un insensato.

Acoge con bondad y con cierta predilección á los pequeños y á los ignorantes, al pueblo humilde, á los pobres, á los niños y á los pecadores. Testigos Zaqueo, la Samaritana, la mujer adúltera, la Magdalena. No escaseaba los milagros cuando llevaban á su presencia un endemoniado, un paralítico, un afligido; así está escrito de él, *que ha pasado haciendo bien*. Su único fin, en todo, era instruir, convertir y salvar á los hombres. No hablaba sino del reino de Dios, del valor del alma, de la obligación de creer y amar á Dios, de la necesidad de renunciarse y vencerse, de la felicidad de los sufrimientos y de la pobreza. Mansísimo cordero, sólo se convertía en león de Judá cuando anatematizaba al mundo y sus máximas, á los hipócritas y endurecidos, á los que voluntariamente cerraban los ojos á la luz de la verdad, que era el mismo Jesús. Jamás se vió tanta majestad unida con tanta modestia, ni tanta sabiduría hablando parábolas tan sencillas. Su vida toda, su doctrina, aun prescindiendo de sus milagros, prueban que es Hombre-Dios, porque sólo un Dios encarnado por el hombre puede hablar y obrar como hablaba y obraba nuestro divino Salvador.

Coloquio.—Divino Jesús, jardín hasta ahora cerrado en Belén y Nazaret, abre tus puertas para que los hombres admiren tu hermosura; mística y sellada fuente, derrama tus aguas de vida y lleva al mundo la fecundidad de la gracia; que un nuevo diluvio inunde la tierra, no para perderla, sino para salvarla; que la vida de la gracia, brotando, Señor, de tus labios, que tienen palabras de vida eterna, y

de tu corazón divino, corra á torrentes por el mundo. Que ya que eres tan bueno, que por ti mismo has venido á predicar la buena nueva á los hombres, que te oigan, Señor, y que no se pierdan las almas. Que yo sea dócil á tus llamamientos, que oiga tus palabras como tus discípulos y no como los Escribas y Fariseos y saque de tu vida y predicación el fruto que deseas.

Propósitos.—Oir la voz de Cristo con humildad y sencillez de corazón, dispuesto á practicarla y á obedecer en todo á nuestro divino Maestro.

14 DE FEBRERO

Del bautismo de Cristo N. S.

Preludios.—Imagínate á Jesús pidiendo el bautismo á su santo Precursor, y pasando por pecador siendo la misma inocencia, y pide gracia para conocer esta humildad, y dominar tu orgullo y castigarlo, á fin de que seas digno discípulo del humildísimo Jesús.

Punto I

De la humildad de Jesús al pedir á San Juan que le bautizase.

Considera cómo Cristo N. S., apenas se despidió de su Madre santísima, se dirigió al río Jordán, donde el Bautista predicaba y bautizaba á los pecadores que querían recibir su bautismo. Púsose el divino Jesús con maravillosa modestia y atención entre el humilde pueblo; allí estuvo oyendo el sermón del que sólo era su voz y luego le pidió que le bautizase. Considera las causas de este hecho maravilloso de Cristo N. S. La primera, fué para comenzar su oficio de predicador y Maestro, dándonos ejemplo de humildad, bajándose el Maestro á su discípulo, el Redentor, á su redimido, el Hijo de Dios á su Precursor

y criado, y el Autor de la santidad tomando figura de pecador; porque siendo Cristo sabiduría infinita y Maestro de todos y purísimo y sin mancilla, quiso pedir el bautismo como si fuera pecador, y esto sin haber ley que le obligase, así como cuando niño quiso ser circuncidado como los demás niños, que fueron concebidos en pecado.

De aquí sacaré que el principio de las cosas grandes ha de ser la humildad, disponiéndonos con ella, para que Dios nos tome por instrumentos para obrar cosas de mucha gloria suya. Y por esta causa, dice Isaías, que los que se han de salvar echarán raíces hacia abajo y producirán frutos hacia arriba, que es decir: primero, por la humildad se han de esconder debajo de la tierra, como las raíces del árbol y después se manifestarán por obras muy gloriosas como el árbol se manifiesta por los frutos. Por tanto, si deseas que la torre de perfección que pretendes edificar suba hasta el cielo, procura humillarte hasta el abismo, porque cuanto más alto ha de ser el edificio, tanto ha de ser más hondo su cimiento.

También sacaré de aquí, que la humildad es gran disposición para el bautismo y la penitencia, y para alcanzar la limpieza del alma que en estos Sacramentos se comunica, reconociéndome por pecador, y necesitado de lavarme y purificarme de mis culpas. Abraza, pues, esta soberana virtud, la cual recoge el agua viva de la gracia y la virtud de la sangre del Salvador, sacrificada en el ara de la cruz con muchos tormentos, para limpiarnos con ella de la lepra de los pecados.

La segunda causa de este hecho fué, para

hacer primero lo que había de enseñar, porque el ejemplo es la mejor predicación y en vano predicas á los demás ni los aconsejas, si luego tú haces lo contrario. Por eso la palabra de Dios, ó el buen consejo, muchas veces no produce fruto, porque lo que se edifica con la palabra se destruye con el ejemplo, como hacían los Escribas y Fariseos y por eso los llamó el Señor sepulcros blanqueados.

¡Oh Cordero inocentísimo, que quitas los pecados del mundo! ¿qué á Ti con este bautismo? ¿Qué á Ti con gente sucia y manchada con pecados? Tú, Señor, quieres ser tenido por pecador sin serlo, y yo suspiro por ser tenido en opinión de justo, siendo pecador. ¡Oh, si quedase consumida mi soberbia con tan raro ejemplo de humidad!

Punto II

Bautiza San Juan á Cristo nuestro Señor.

Considera cómo luego que Cristo N. S. pidió á San Juan el bautismo, estando ya para bautizarle, el Espíritu Santo le reveló cómo aquel hombre era Cristo, el Mesías; y rehusando bautizarle, le dijo: «Yo, Señor, debo ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes á ser bautizado de mí? Cristo N. S. le respondió: «Así nos conviene cumplir toda justicia».

Aquí ponderaré lo primero, de parte de San Juan, el grande gozo que sintió su alma cuando conoció á Cristo, renovándose el júbilo que tuvo cuando le conoció en el vientre de su madre. Con este gozo juntó grande reverencia y humildad, confesando de sí mismo que era pecador, necesitado de que Cristo N. S. le lava-

se con su bautismo; y lleno de admiración por verle tan humillado, dijo aquellas palabras: ¿Tú vienes á mí para que te bautice? ¿Tú, Dios infinito? ¿Tú, Salvador del mundo y perdonador de los pecados? ¿Tú, que me santificaste en el vientre de mi madre, vienes á mí? ¿Á mí, tu criatura? ¿Á mí, tu esclavo? ¿Y para que yo te bautice con mi bautismo de agua sola, siendo Tú autor del bautismo de gracia? ¡Oh humildad profundísima de mi Señor! Semejantes afectos tengo yo de procurar, especialmente cuando fuere á comulgar, ejercitándome juntamente en los dos conocimientos de Dios N. S. y de mí mismo, y en los afectos que de ellos proceden.

Lo segundo, ponderaré mucho la maravillosa respuesta de Cristo N. S.: «*Así nos conviene á Mí y á ti cumplir toda justicia*»; esto es, todo lo que es obra de santidad, á Mí humillándome á ser bautizado, y á ti obedeciéndome en bautizarme. Con la cual nos dió á entender que toda nuestra santidad está basada en humildad y obediencia, abrazando los tres grados que tienen ambas virtudes. El primero, es sujetarse á los mayores, que tengan por cualquier título alguna autoridad sobre mí. El segundo, más perfecto, es sujetarse también á los iguales, gustando de darles la mayor honra y el mejor lugar, y de obedecerlos en lo que desean, siendo bueno, como si fueran superiores, que me lo mandaran. El tercero, perfectísimo, es sujetarse también á los menores, con tanto rendimiento y prontitud como si fueran mayores, y en este grado las ejercitó Cristo N. S. este día, y son la suma de toda la justicia y santidad. Demás de esto, con estas dos virtu-

des cumplimos toda justicia para con Dios, para con nosotros y para con nuestros prójimos, porque nos mueven á respetar y obedecer á Dios, á mortificarnos y despreciarnos á nosotros mismos y á dar buen ejemplo á nuestros prójimos, ganándoles la voluntad y teniendo paz con ellos. Todo esto comprendió Cristo N. S. en esta respuesta; y así con este espíritu tengo de alentarme al ejercicio de estas dos virtudes, diciéndome á mí mismo: así te conviene cumplir toda justicia, no parte, sino toda; no con corazón desmedrado, sino entero y perfecto; y aunque seas grande en el mundo y tengas cualquier dignidad, te importa cumplir toda esta justicia humillándote y obedeciendo, como Cristo lo hizo con su Precursor.

Lo tercero, ponderaré cómo San Juan obedeció luego con los tres grados que tiene la perfecta obediencia, de puntual ejecución, pronta voluntad y rendimiento de juicio. Y así, por obedecer á Cristo N. S., le bautizó, porque gusta Dios que sus siervos rindan su juicio al divino, y no sean porfiados, como lo fué San Pedro no queriendo dejarse lavar los pies; y perdiera la amistad de Cristo si durara en su rebeldía.

Mira cómo obedeces tú, y si á veces ocultas una interior soberbia y amor propio con capa de humildad. Examina, además, si llenas toda justicia, esto es, si cumples bien y como Dios quiere las obligaciones todas de tu estado y profesión.

Punto III

El Padre Eterno ensalza y premia la humildad de su divino Hijo.

Considera cómo viendo el Padre Eterno tan humillado á su Hijo, se tuvo por obligado á honrarle, porque siempre quiso cumplir la verdad de aquella sentencia que dice: «*El que se humillare, será ensalzado*» [1]; y en lo mismo que se humilla el hombre, en eso suele ensalzarlo Dios. Los medios que el Padre Eterno tomó para honrar á su Hijo en esta ocasión, fueron tres excelentísimos, los cuales meditarás para tu enseñanza y ejemplo.

El primer medio fué abrirse los cielos con un resplandor maravilloso; y dice San Mateo, que se abrieron para El, por su respeto y para su honra, para significar que Cristo N. S. era hombre celestial y venido del cielo, y, por consiguiente, que su vida y doctrina, su ley y toda ssus obras eran celestiales. Además, para significar que se abrirían las puertas del cielo á todos los que le imitasen, porque á su imitación se harían también los hombres celestiales.

El segundo medio que tomó el Padre para honrar á su Hijo, fué enviar sobre El al Espíritu Santo en figura de paloma. Se puso ésta sobre su cabeza para declarar con aquella figura exterior la plenitud del divino Espíritu que tenía dentro de sí desde el primer instante de su concepción; y vino en forma de paloma para significar la pureza y mansedumbre de Cristo, para que todos entendiesen que, aun-

1 Luc., XIV, 11.

que se bautizaba con bautismo de penitencia, no era pecador ni tenía que ver con pecadores, sino justo y purísimo, como paloma sin mancha de pecado, ni doblez ni engaño alguno. Para significar que no solamente estaba limpio de pecados, sino que era el Cordero de Dios que quitaba los pecados del mundo, porque como la paloma en tiempo de Noé trajo la señal de haber cesado las aguas del diluvio, así ahora es señal de que con la presencia de Cristo, y por sus merecimientos, se acabaría el diluvio de pecados que anegaba el mundo.

El tercer medio que tomó el Padre para honrar á su Hijo, fué decir con voz formada en el aire, no terrible y espantosa, sino suave y amorosa: *Este es mi Hijo amado, en quien me he agradado.* Cada palabra tiene particular misterio. Dice *Este*, como si dijera: Este que parece puro hombre mortal y pasible; Este que se humilla hasta parecer pecador, siendo bautizado con bautismo de pecadores; Este sobre quien bajó esta paloma, Este es mi Hijo. Y no es mi Hijo adoptivo, como los demás justos que le han precedido, sino natural y unigénito mío; no es engendrado ahora en este bautismo, sino engendrado desde mi eternidad, tan antiguo es como yo, tan sabio y tan bueno, porque es Dios como yo; y así por excelencia es mi amado, á quien yo amé y amo sobre todas las cosas criadas y por criar, y con amor infinito, como me amo á mí mismo; y en El me agrado y me alegro, y me precio de tenerle por Hijo, porque El siempre me agrada y hace todas las cosas que me dan gusto; y así, no tenía necesidad de este bautismo, para que Yo me agradase de El; porque

antes me agradaba de tal manera, que sin El ninguno me puede agradar, y por El me agradarán todos los que le imitaren.

Ultimamente, ponderaré cómo por los merecimientos de Cristo N. S. se comenzó en este día á manifestar el misterio de la Santisima Trinidad en la voz del Padre Eterno, y en la paloma, que representaba al Espíritu Santo. Y, por último, cómo Cristo N. S. instituyó entonces su bautismo, muy diferente del bautismo de San Juan, concediéndole la virtud y eficacia que por estas tres señales milagrosas se representaban. Abrirnos las puertas del cielo, darnos la gracia y dones del Espíritu Santo, y hacernos hijos adoptivos de Dios, agradables á sus ojos, con fe y conocimiento de la Santísima Trinidad, en cuya virtud y nombre se da. Todo esto lo hace el bautismo con tanta plenitud, que ahora quien muere, luego que es bautizado, entra en el cielo sin detenimiento, y recibe la herencia de hijo de Dios, viendo claramente á la Santísima Trinidad, con cuya vista es bienaventurado.

Coloquio. ¡Oh Padre Eterno! gracias os doy por la honra que hicisteis á vuestro Hijo cuando se humillaba por vuestro amor; gózome del amor y de las complacencias que tenéis en El, por quien os suplico me ayudéis, para que á su imitación haga siempre lo que os agrada, de modo que os agradéis en mí. ¡Oh Salvador mío! sea para bien la honra que vuestro Padre y el Espíritu Santo os hacen en este día, aprobándoos con tales testimonios, para que seáis nuestro Maestro y Redentor; hacedme, Señor, agradable á vuestro Padre celestial, y digno de que quiera tomarme por su hijo.

Propósitos.—Empieza á amar la humillación, que ella lavará y purificará tu alma y por ella merecerás que Dios te alabe y ensalce y que se te abran las puertas del cielo.

15 DE FEBRERO

Jesús en el desierto.

Preludios.—Mira á Jesús en el desierto haciendo penitencia por pecados que no El, sino tú, has cometido, y pídele amor á la soledad y al retiro.

PUNTO I

Retírase nuestro divino Maestro al desierto.

Considera cómo Cristo N. S., en siendo bautizado, lleno del Espíritu Santo se partió del río Jordán, dejando la compañía de San Juan y de la gente que allí estaba; considera la causa por qué hizo esto, que fué para ejercitar algunas virtudes propias de los que están llenos del Espíritu de Dios.

La primera fué su querida humildad, huyendo las alabanzas y las honras mundanas; porque la muchedumbre del pueblo que había visto y oído las maravillas que pasaron en su bautismo, no cesaran de alabarle y honrarle; y así, quiso huir y esconderse, no porque El tuviese peligro de vanidad, sino para enseñar con este ejemplo á los que le tenemos, que huyamos los lugares y ocasiones de nuestras alabanzas, especialmente á los principios, cuando la virtud está tierna y corre peligro de perderse en flor con el viento de la vanidad.

Lo segundo, se fué del Jordán, para significar que los varones llenos de Espíritu Santo, aunque no desprecian las ceremonias exteriores, cual era el bautismo de sola agua, en cumpliendo con sus obligaciones, luego se retiran á la soledad, y á ejercicios de virtud

más levantados y espirituales, porque no se diga de ellos lo que el mismo Señor dijo de los fariseos, que hacían grande caso de ceremonias exteriores: Este pueblo solamente me honra con los labios, y su corazón está lejos de Mí, y ¡ay de vosotros, hipócritas, que limpiáis por defuera el vaso y el plato, y de dentro estáis llenos de inmundicias!

Lo tercero, se retiró del Jordán, para significar que quien está lleno del divino Espíritu y ha visto los secretos del cielo y gustado en la oración la suavidad de Dios, luego desea huir el ruido y tráfago de la gente, para rumiar á sus solas lo que ha visto y entregarse más de veras á la contemplación de lo que se le ha mostrado. ¡Oh dulcísimo Jesús! llénname del Espíritu Santo, de que estabas lleno, para que comience á imitar el ejemplo que me diste, retirándome á orar á sus tiempos del modo que te retiraste.

Saca del ejemplo de Cristo N. S. á huir siempre que puedas del ruido y tráfago del mundo y refugiarte en la soledad. Allí estarás más libre de peligros, hablarás más y mejor con Dios, y alcanzarás el espíritu de oración que no tienes, porque vives mucho en la disipación y en medio del mundo.

Punto II

Por qué causas se retiró Jesús al desierto.

Considera que dice el Evangelio que el Espíritu impelió y guió á Cristo N. S. al desierto, donde estuvo cuarenta días.

Aquí se ha de ponderar, qué espíritu movió á Cristo, con qué modo, á qué lugar, por qué causas, y en qué se ocupaba.

Lo primero, Cristo N. S. no fué movido á esta jornada por espíritu de vanidad ni por ímpetu de pasión ni por espíritu humano, sino por el Espíritu Santo, de quien estaba lleno; en lo cual se nos enseña la diferencia que hay entre los hijos de Dios y del Adán celestial, y los hijos de este siglo y del Adán terreno; porque éstos en sus obras son movidos por ímpetu del espíritu malo, que es espíritu del demonio, ó mundo, carne, ó espíritu propio, torcido é inclinado á su propio parecer y propia voluntad; pero aquellos son movidos del buen espíritu, siguiendo sus inspiraciones é impulsos celestiales, y si me precio de hijo de Dios, he de procurar en todas mis obras seguir el impulso de su divino Espíritu, y no su contrario; no dejarme guiar de mi propio juicio ó voluntad, ni de mis torpes pasiones, sino sólo de la razón; y sobre todo de la voluntad de Dios, representada para mí en mis superiores.

Lo segundo, el modo cómo este Espíritu movió á Cristo fué, como dicen los Evangelistas, con presteza, con eficacia y con suavidad, porque siendo bautizado, al punto le impelió eficaz, pero suavemente, como quien le guiaba y llevaba de la mano: en lo cual se ven las propiedades del Espíritu Santo, en sus inspiraciones á lo bueno, porque es enemigo de dilaciones y tardanzas, y de tibieza y flojedad en las obras, y juntamente de violencia y repugnancia en ellas disponiendo todas las cosas con fortaleza y suavidad; y los que son hijos de Dios, le han de obedecer con la misma presteza y eficacia y gusto, alegrándose de seguir su dirección sin divertirse á otra cosa.

Lo tercero, el lugar adonde le impelió y

guió fué al desierto: de suerte, que no le movió á ir á Jerusalén ó á lo poblado de las ciudades, para conversar y tratar con los hombres, sino por entonces le inspiró que fuese al desierto y soledad, para que antes de manifestarse al mundo ejercitase algunas obras de virtud señaladas para nuestro ejemplo y enseñanza. Lo primero, para que ejercitase la humildad; porque así como cuando nació fué puesto en un pesebre entre animales, para entrar en el mundo con humillación, así ahora antes de manifestarse al mismo mundo, vivió cuarenta días entre las bestias del desierto el que era Señor de los ángeles, para humillarse por el hombre, que por su pecado se había hecho como bestia. Lo segundo, para que gastase todo aquel tiempo en ejercicios de penitencia y oración, para los cuales es muy á propósito la soledad y el desierto. Y así los ejercitó Cristo N. S. con gran gusto, diciendo aquello de los Cantares: Voy al monte de la mirra y al collado del incienso; esto es, á ejercitar la penitencia y la oración, la mortificación y la contemplación, y todo con grande alteza. ¡Oh espíritu santísimo, inspiradme y guiadme al monte de la mirra y al collado del incienso para que pueda seguir al Salvador! ¡Oh Salvador mío, pues por mi ejemplo vais al desierto, llevadme en vuestra compañía, enseñadme á buscar dentro de mí la soledad, y á ejercitar la oración y penitencia en ella!

Deduce de todo esto, que si deseas ser útil para la salvación de las almas y dedicarte á obras de celo, antes has de empezar por ser santo tú y vivir vida de espíritu y de retiro

porque si no, no sólo no te salvarás, sino que te expones tú á perderte y condenarte.

Punto III

Sobre el ayuno de cuarenta días de Cristo N. S. en el desierto.

Considera cómo Cristo N. S. ayunó allí cuarenta días y cuarenta noches, ponderando las causas y circunstancias todas de este ayuno.

Las causas principales fueron dos. La primera, para satisfacer por la gula de nuestros primeros padres, y juntamente por todos tus placeres sensuales y por las glotonerías y embriagueces del mundo, porque en la misma materia que los hombres pecaron, quiso Cristo N. S. padecer trabajos en satisfacción de sus culpas, para que yo aprenda á castigar mi gula con ayunos, pues así ayuna Cristo N. S. por ellas. La otra causa fué, para enseñarnos cómo los bautizados que desean servir á Dios N. S. han de procurar domar con ayunos los bríos de la carne para sujetarla al espíritu, y su primera batalla ha de ser para vencer al enemigo doméstico, que es la carne, de la cual se aprovecha el demonio para sus tentaciones. Y también los que han de ser ministros del Evangelio han de pelear de la misma manera, castigando, como dice el Apóstol San Pablo, su cuerpo, y poniéndole en justa servidumbre, porque no les suceda que predicando á otros queden reprobados ellos. Por tanto, si quieres que no se te cierren los cielos que te abrió el bautismo, enfrénate con el ayuno, porque la gula echó á nuestros primeros

padres del paraíso, y la abstinencia te ayudará para que seas en él admitido.

Lo segundo, este ayuno fué rigurosísimo, sin comer ni beber cosa alguna por espacio de cuarenta días, para enseñarnos que nuestro ayuno ha de ser con el mayor rigor que pudiéremos, sin pedir milagro, con tal que no destruyamos la naturaleza ni perdamos las fuerzas necesarias para el divino servicio, contentándonos, como dice el Apóstol San Pablo, con tener el sustento necesario, y ofreciendo nuestros cuerpos á Dios N. S. en hostia viva.

Lo tercero, este ayuno fué largo y prolijo, para significar la constancia que hemos de tener en las obras de penitencia, perseverando hasta alcanzar la perfección, porque aunque Cristo N. S. no prolongó su ayuno más de cuarenta días, pero dispuesto estaba para dilatarle más tiempo, si fuera necesario. Y con esto confirmó el ayuno de cuaresma, que la Iglesia guarda con rigor, con cuyo ejemplo me animaré á guardarle con perfección, ordenando este ayuno á cuatro fines. El primero, en satisfacción de mis pecados El segundo, en agradecimiento de los beneficios recibidos. El tercero, para impetración de las virtudes que me faltan. El cuarto, para disponerme á la gloria de la resurrección, que espero como premio de mis trabajos.

Lo cuarto, este ayuno, aunque riguroso por una parte, por otra fué suave; porque como se saca de los Evangelistas, en todo ese tiempo no tuvo hambre, porque la virtud de la divinidad, y la dulzura de la divina contemplación, hacían que la carne no sintiese trabajo en su ayuno; como ni le sintieron Moisés y

Elías, el uno por estar en el monte conversando con Dios, y el otro porque iba al monte á conversar con Él y había sido confortado con el pan que le dió el ángel; en lo cual se nos avisa que la oración y devoción hacen suave el ayuno, premiando la ayuda que de él reciben con el gusto que le añaden.

Coloquio. -¡Oh dulcísimo Jesús! gracias te doy por el ayuno tan riguroso que hiciste en satisfacción de mis pecados; por él te suplico los perdones y me ayudes, para que de hoy más mi cuerpo se mortifique y ayune, absteniéndose de manjares, y el espíritu ayune apartándose de vicios y de todo aquello que me separa de ti. Dame gusto en la abnegación y mortificación, para que empiece alguna vez á ser verdadero discípulo tuyo.

Propósitos.—Mortificarnos, no sólo cuando nos lo manda la Iglesia, sino siempre que podamos, para dominar la carne y someterla al espíritu, así como mi espíritu lo someteré á Dios.

16 DE FEBRERO

Sobre las tentaciones de Cristo en el desierto.

Preludios.—Mira á Jesús en el desierto, luchando generosamente con Satanás, y pide luz y gracia para conocer y vencer en tus luchas con el mundo, el demonio y la carne.

Punto I

De las tentaciones de Cristo N. S. en general.

Considera que Cristo N. S. fué guiado al desierto, entre otros fines, para que *fuese tentado del demonio*, en lo que se ha de ver que es propio del Espíritu Santo poner á los hombres perfectos en lugares y ocasiones donde sean tentados, para descubrir en ellos la eficacia de su gracia, dándoles gloriosas victorias y medios de conseguir grandes merecimientos.

Así, pues, aunque yo no tengo de ponerme temerariamente en tales ocasiones, pero si me hallare en ellas porque Dios me envía, puedo presumir que vienen por providencia y permisión del divino Espíritu, para que con su ayuda adelante en virtud y merecimientos.

Asimismo has de considerar que Cristo N. S. quiso ser tentado inmediatamente después del bautismo y del ayuno, porque, aunque no era principiante en la virtud, quiso pasar por la ley ordinaria de los que comienzan la carrera de la virtud, los cuales son tentados apenas se dedican á servir á Dios. Item, para hacerse semejante á los demás hombres en todas las miserias, que no son culpa ó frisan con ella, y para que sabiendo por experiencia qué es ser tentado, se compadeciese, como dice San Pablo, de los que lo son, y con la victoria de sus tentaciones nos enseñase á vencer las nuestras y nos diese ánimo y esfuerzo para vencerlas. De aquí es que, aunque por el discurso de los cuarenta días fué tentado con varias tentaciones, como dan á entender San Lucas y San Marcos, pero al fin de ellas fué tentado con tres tentaciones visibles, en las cuales, como en semilla, están todas las demás, para que por ellas sacásemos el modo de pelear contra las otras.

De aquí sacaré tres avisos muy importantes para cuando fuere tentado. El primero es no afligirme ni desconsolarme, teniéndome por desfavorecido de Dios; porque pues mi Salvador fué tentado siendo Hijo de Dios, no es mucho que yo lo sea. El segundo, acudir con grande confianza á este Señor por remedio y ayuda en mis tentaciones, diciéndole: Rey

mío, pues sabéis qué es ser tentado, compadeceos de mí y quitadme la tentación ó dadme fuerzas para vencerla. El tercero, es prevenirme para las tentaciones con oración y ayuno como este Señor se previno. También debo sacar de la meditación de las tentaciones de Cristo: Primero, gran confianza en la divina Providencia, pues tan gran cuidado tiene de sus hijos y de los que por El pelean en el desierto de esta vida. Y segundo, que los ángeles asisten invisiblemente á los que pelean para ayudarlos, y cuando vencen se alegran con ellos y solemnizan nuestras victorias. Y lo tercero, tener paciencia y sufrimiento, aunque las tentaciones se multipliquen y prolonguen, porque á su tiempo hará Dios que cesen, apartando de mí al demonio; pero no tengo de asegurarme en esta vida, porque no sin causa dice el evangelista San Lucas, que Satanás huyó de Cristo hasta otro tiempo, para significar que si ahora se va volverá después á probarme de nuevo con nuevas tentaciones, quizá más fuertes; pero quien me ayudó á vencer las unas, me ayudará á vencer las otras.

¡Bendita sea, oh Padre celestial, tu divina Providencia! Gracias te doy por el cuidado que tuviste de tu Hijo unigénito, y por la honra que le hiciste en esta victoria. Por El te suplico tengas cuidado de mí y me ayudes para que me fíe de Ti.

Punto II

De las dos primeras tentaciones de Cristo N. S.

Considera cómo pasados los cuarenta días de ayuno tuvo el Señor hambre, y el demonio,

que le andaba mirando cuanto hacía, no perdió esta ocasión de verle necesitado y hambriento, y con especie de piedad le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan». Como quien dice: Usa de la potestad que tienes de hacer milagros para remediar tu necesidad y hambre, provocándole con esto á tener afecto desordenado á la comida.

En lo cual se han de considerar los varios modos que tiene el demonio para tentar de gula. A los regalados tienta poniéndoles delante el deleite de la comida, haciéndoles atropellar la ley de Dios: A los necesitados tienta, provocándoles á remediar su necesidad por medios ilícitos. A los presuntuosos tienta con capa de piedad falsa y mentida, y de este modo tentó á Cristo N. S., y por una vía ó por otra, desea mucho vencer á los que tratan de espíritu en este vicio de gula; porque siendo vencidos de vicio tan bajo, quedan acobardados para otras peleas más graves.

Cristo N. S., con humildad le respondió con un lugar de la divina Escritura: No vive el hombre de solo pan, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios; que fué decirle: no quiero hacer milagros por tu persuasión, ni para mi regalo, pues Dios puede sustentarme por otros caminos, y yo creo á lo que está escrito en la Escritura cerca de esto, y confío en su providencia que no me faltará. Con lo cual nos enseña el modo de vencer las tentaciones que se fundan en necesidades temporales, y en falta de sustento ó regalo, que es por la humildad y fe en la palabra de Dios y confianza en su providencia; porque si

no niega Dios la comida á los hijos de los cuervos, ¿cómo la negará el Padre celestial á sus propios hijos, si confiadamente la piden?

La segunda tentación fué de vanidad. Considera cómo el demonio tentó á Cristo N. S. de vanidad y presunción y demasiada confianza. Llevóle al pináculo del templo de Jerusalén, y díjole. «Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; porque escrito está que ha dado Dios cuidado de Ti á sus ángeles, y en sus palmas te llevarán para que no recibas daño.» Como quien dice: si haces esto, los que lo vieren creerán en Ti y alabarán á tu Padre celestial.

Aquí se ha de ponderar: lo primero, las propiedades del demonio en sus tentaciones para no dejarnos engañar de sus astucias, porque en la primera tentación procura conocer las inclinaciones y estudios de cada uno, y de ellas toma ocasión para armarle nuevos lazos y tentaciones más fuertes y sutiles. De suerte que, no solamente toma ocasión para tentarnos de las necesidades que padecemos y de las malas inclinaciones que tenemos, sino de las buenas, instigándonos á usar de ellas con indiscreción, ó con intención torcida, ó con otras circunstancias malas, traspasando los límites de la razón. A los confiados en Dios, instiga que confíen con demasía, para que den en presuntuosos. A los celosos de la gloria de Dios atiza para que den en iracundos é insufribles; y si ve que son letrados, y que fundan su virtud en los dichos de la Sagrada Escritura, de ella se aprovecha para encubrir su tentación, procurando engañarles.

Lo segundo, ponderaré la contradicción del

mal espíritu y del bueno, que se descubre en este hecho: porque el buen espíritu llevó á Cristo N. S. á la soledad, para huir de las vanas alabanzas de los hombres y de la vanagloria que suele nacer de ellas; pero el mal espíritu le sacó de la soledad, y le puso en el pináculo del templo delante de mucha gente, provocándole á buscar estas alabanzas con título fingido de la gloria de Dios.

Lo tercero, consideraré la mansedumbre admirable de Cristo N. S. en dejarse tomar del demonio y llevar desde el desierto hasta el pináculo del Templo; y por último, el modo cómo venció esta tentación, respondiendo al demonio: «Escrito está; no tentarás á tu Señor Dios». Que fué decirle: no se han de hacer milagros por vanidad y sin necesidad, y la confianza en Dios no ha de ser tan temeraria y presuntuosa. En lo cual se echa de ver, cómo la humildad y discreción con el reposo y mansedumbre, vale mucho para vencer las tentaciones de vanidad coloreadas con apariencia de virtud. La humildad dispone para alcanzar esta luz y discreción.

Sé humilde, no presumas de ti, huye las ocasiones, y tienes mucho adelantado para vencer las tentaciones. Si tantas veces has caído ha sido por tu temeridad en arrojarte en el peligro.

Punto III

De la tercera tentación de Cristo N. S.

Considera cómo llevando el demonio otra vez á Cristo N. S. á un monte muy alto, desde allí le mostró todos los reinos del mundo y sus grandezas, y le dijo: «Todas estas cosas y la

gloria de ellas es mía, y las doy á quien quiero: yo te las daré á ti, si postrado en tierra me adorares».

Aquí ponderaré la sed rabiosa que el demonio tiene de mi condenación; pues todo el mundo, si fuera suyo, me lo diera, porque yo haga un solo pecado mortal. De donde sacaré una grande estima de mi salvación y un propósito muy firme y eficaz de no hacer por todo lo que tiene el mundo cosa contra ella, aprendiendo de mi enemigo á estimar el bien eterno con desprecio de todo lo temporal y perecedero. Porque derechamente contra esta tentación dijo Cristo N. S.: ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo y ser señor de él, si su alma se condena?

Lo segundo, consideraré cuán propio es del demonio, padre de las mentiras, engañar á los hombres con falsas promesas de lo que ni es suyo, ni lo puede dar á su voluntad, y esto hace algunas veces por medio de nuestra imaginación, formando torres de viento y esperanzas de grandes bienes si hacemos algo que es pecado mortal. Otras veces lo hace por medio de hombres mundanos y de lisonjeros y amigos falsos que nos persuadan injustas pretensiones con esperanzas engañosas de salir con ellas.

Y á todos los pecadores les promete gloria, placeres, honores, dinero, mil cosas que no puede dar, ó que si las da, se disipan como humo, con tal que, postrados en tierra, adoren al demonio. Y lo mismo promete á los que engaña ofreciendo mandos y señoríos si renuncian á la fe y á la verdadera doctrina, y siguen la falsa de los enemigos de Dios.

Considérese cuán grave es el pecado mortal, especialmente de avaricia y ambición, pues no es otra cosa que, postrado en tierra, adorar á Satanás. Y por esto dice San Pablo que la avaricia es adoración de ídolos, porque el dinero es como un ídolo dentro del cual está el demonio, á quien adora el avariento. Y por esto dijo Cristo N. S. que es imposible servir á dos señores, esto es, á Dios y al dinero.

Y medítese sobre el modo cómo Cristo N. S. venció esta tentación, diciendo con gran imperio al demonio: «Vete de aquí, Satanás, porque escrito está: á tu Señor adorarás, y á El sólo servirás». En lo cual mostró Cristo N. S. el grande celo que tenía de la honra de Dios; porque viendo la desverguenza de Satanás, indignado contra él, le arrojó de sí, y le hizo huir vencido, corrido y atemorizado. Y con este ejemplo me enseña cuánto me importa vestirme de santo celo contra los enemigos de la fe y de la Iglesia, echándolos de mí con grande brío y valor, preciándome de no hincar la rodilla, ni sujetarme á otro que sólo Dios, y por El á todos los que El quiere; pero á ninguno contra El, porque esta santa libertad espanta á los demonios y los hace huir.

Coloquio.—¡Oh Dios de las batallas, que armado de tu celo peleaste contra el príncipe de este mundo y le echaste de él con tu virtud! ayuda mi flaqueza para que yo también le venza y le aparte de mí con tu gracia. Dame templanza contra la codicia de la carne, y pobreza de espíritu contra la codicia de los ojos, y humildad contra la codicia del corazón. ¡Oh Cordero mansísimo, no me dejes en manos del lobo furioso! Líbrame de él por tu misericordia, para que no me derribe de tu gracia en el abismo de la culpa.

Propósitos.—Huir todas las ocasiones, qué es el modo de obtener la victoria en las tentaciones, y sobre todo en las de la carne.

17 DE FEBRERO

De la necesidad y conveniencia de las tentaciones, y del modo de vencerlas.

Preludios.—Mira al mundo como lo vió San Antonio, lleno de infinitas redes que tienden los demonios con infernal astucia por todos los lugares y estados, y pide luz al Señor para conocer los ardides de Satanás y gracia para vencerlos y no caer en la tentación.

Punto I

Necesidad y conveniencia de las tentaciones.

Considera que luego que se tiene la resolución de servir á Dios, es menester prepararse para la tentación. El Espíritu Santo nos advierte que nada se debe temer más algunas veces que no padecer tentaciones, porque suele ser señal, ó de que Dios nos abandona, ó de que el demonio nos menosprecia y nos mira como gente suya, de quien está seguro. No combate contra nosotros porque nosotros no resistimos. Los mayores Santos, para serlo, fueron tentados. El Santo de los Santos, Cristo nuestro Redentor, fué tentado; porque, siendo nuestra Cabeza, quiso participar de nuestras miserias para comunicarnos su fuerza; fué nuestro modelo, y quiso enseñarnos con su ejemplo el modo de pelear con las tentaciones, y como vino á redimirnos, quiso, sujetándose á la humildad de la tentación, alcanzarnos la gracia necesaria para resistir. La tentación es la mayor parte de las veces efecto de los celos del demonio, y de lo que nos aborrece; otras, conse-

cuencia de nuestra depravación. Mientras dure la oposición de la carne con el espíritu, siempre tendremos combates. ¡Ay Señor! que llevo conmigo á mi mayor enemigo; si Vos no peleáis en mí, y conmigo contra mí, estoy perdido.

Considera además, que la tentación, ordinariamente, es prueba que Dios permite por conveniencia nuestra. Lo primero, la permite para probar y hacer brillar nuestra virtud. «Porque eres agradable á Dios, dijo el ángel á Tobías, quiso que fueses probado por la tentación». Lo segundo, para hacernos conocer nuestra flaqueza y lo mucho que el hombre debe desconfiar de sí mismo, y lo poco que se puede contar sobre nuestra virtud. Lo tercero, para obligarnos á recurrir á su divina Majestad, porque la experiencia de nuestra debilidad para resistir á tan poderosos enemigos nos pone en la dichosa precisión de recurrir á aquel, que es nuestra única fortaleza. Lo cuarto, la permite el Señor para purificarnos; porque así como el fuego purifica el oro, así la tentación prueba y purifica al hombre justo. Lo quinto, permite Dios las tentaciones para darnos ocasión de ejercitar y adquirir las virtudes; porque no se pueden adquirir sin ejercitarlas, y en las tentaciones es donde mejor se ejercitan. Lo sexto, también las permite Dios para darnos medios de conseguir la corona, que no se merece sino peleando, y no se pelea donde no hay enemigos; y, en fin, permite las tentaciones para apartarnos de cierto ocio que nos tiene en una peligrosa seguridad, adonde nos suele llevar la paz, y para animar nuestra vigilancia y nuestro fervor.

Señor, yo no os pido que me libréis totalmente de las tentaciones, pues me pueden ser ventajosas; lo que os suplico es que no me dejéis caer en ellas, y que me enseñéis á pelear valerosamente como peleasteis Vos en el desierto con Satanás y como pelearon vuestros santos.

Punto II

De las tentaciones voluntarias y de las que no lo son.

Considera que jamás nos es permitido exponer nuestra salvación, y que es exponerla el arrojarnos voluntariamente en la tentación. No huir del peligro cuando se puede hacer es exponerse voluntariamente á la tentación, y en este caso ningún cristiano puede esperar los auxilios de la gracia. ¿Con qué título puedes tú esperarlos en ese caso? ¿A título de fidelidad? A ese título Dios no te los ha prometido. ¿A título de misericordia? Te has hecho indigno de toda misericordia. En esta situación no sólo no puedes presumir de obtener esa gracia, sino que debes temer que Dios no te la ha de dar; porque Dios ha dicho claramente: «Quien ama el peligro, en él perecerá».

¿Puedes en estas circunstancias contar con el auxilio del cielo y pedirlo? Si fuese para mi gloria, puede responderte Dios, si la caridad ó la necesidad te hubiera puesto en el peligro, mi providencia no te faltaría, como no faltó á los santos; pero habiéndote entregado, sin motivo, á todo lo que en el mundo hay de más peligroso, reuniones, casinos, amistades, libros perversos, conversaciones, teatros, etc., ¿qué otra cosa puedes esperar sino que la mano de Dios te abandone y te deje caer en

el abismo de la culpa? Si te arrojas al fuego, ¿cómo no te has de abrasar?

Considera que si Dios estuviera siempre dispuesto á combatir por nosotros cuantas veces nos agrade, se habrían engañado miserablemente los santos al huir del mundo, al lanzar tantas invectivas contra los escándalos de los mundanos. Pero Dios niega su auxilio eficaz al pecador que se expone voluntariamente á la tentación, por el honor de su gracia y para que ésta no sirva de pretexto á nuestra temeridad, y también para castigar nuestra presunción, pues exponerse voluntariamente á la tentación es tentar á Dios mismo, y este pecado no puede quedar mejor castigado que con el abandono de Dios.

Y no ya de una, sino de tres maneras tientas á Dios al exponerte voluntariamente á la tentación. Porque le tientas en su omnipotencia, pidiéndole un milagro sin necesidad. Tientas á Dios en su misericordia, queriendo extenderla más allá de los límites en que á Dios plugo encerrarla; lo tientas en su veracidad con tu hipocresía, queriendo usar de disimulo con Dios rogándole que te libre de la tentación, á la que tú mismo te expones.

Dirás que el mundo es un semillero de tentaciones. ¿Pero por qué vives en el bullicio del mundo? Si vives por disposición divina, las tentaciones que en él te asedian no son tentaciones invencibles para ti, pues Dios te defiende; mas si vives por tu gusto y sin obligación necesaria que á ello te fuerce, entonces vas contra la ordenación de Dios y te expones al peligro voluntariamente, y en él no puedes esperar otra cosa más que perecer.

Es más, aun en las tentaciones involuntarias debemos luchar sin tregua ni descanso. En efecto, considera que Dios quiere que uses de sus gracias conforme á tu calidad de cristiano, y que cristiano es lo mismo que hombre de guerra, y de una guerra continua del espíritu contra la carne, del hombre interior contra el hombre exterior. Y esta es la razón por la que San Pablo, hablando de las virtudes cristianas, parece no reconocer otras más que las virtudes militares, por lo que hace de la fe escudo, coraza de la justicia, casco de la esperanza, y nos recomienda en mil pasajes de sus epístolas que nos revistamos de estas armas espirituales.

Dios, por su parte, te prepara gracias proporcionadas á tu estado, y como tienes que sostener una guerra peligrosa y difícil, no te da gracias de paz como las que dió al primer hombre, porque esas no son las que te convienen, sino gracias de guerra: de defensa, de ataque y de resistencia, porque éstas son las que has de necesitar. Y es porque las tentaciones son asaltos que da el enemigo de las almas, y las gracias que Dios te concede en este caso han de servir para rechazar esos ataques de Satanás.

Deduce, pues, de todo esto, que en vano quieres vencer la tentación si no dejas la ocasión voluntaria de pecar: la reunión peligrosa, la amistad culpable, la lectura disipada. ¿Cómo va á permitir Dios que así te rías de El y abuses de su gracia? Caerás, y mil veces caerás, y no te levantarás más del pecado.

¡Dios mío! dame luz para ver los peligros mil á que me expongo, y fortaléceme para

huir de ellos, porque si no me pierdo irremisiblemente, como tantos se han perdido.

Punto III

Para vencer las tentaciones es necesaria la mortificación de la carne.

Considera que la primera de las máximas en materia de guerra es debilitar al enemigo, y tu enemigo, según San Pablo, es la carne, esa carne esclava de la concupiscencia. Preciso es, pues, domarla por medio de la mortificación si queremos que la gracia triunfe de la tentación. Así, el primer efecto de la gracia debe ser extinguir la concupiscencia mortificando la carne. No querer mortificar tus pasiones y querer, no obstante, que la gracia te sostenga, es querer que la concupiscencia y la gracia te dominen al mismo tiempo.

Piensa que los santos todos combatieron á la tentación por medio de la mortificación de la carne. ¿Crees, acaso, que la gracia es en tus manos de otro temple que en las de tan grandes santos? Jamás me persuadiré, decía Tertuliano, de que una carne nutrida en el placer pueda entrar en liza con los tormentos y con la muerte. Y esto que dijo á propósito de las persecuciones, que fueron como las primeras tentaciones exteriores del cristianismo, has de aplicarlo á tus tentaciones interiores y exteriores.

Pero al llegar aquí dirás: ¿De qué manera he de mortificar mi carne? Como principio general, has de entender que esta mortificación de la carne es necesaria en todas las condiciones y estados, y más necesaria aún para los

grandes y ricos y para todos aquellos que están más expuestos á la tentación.

Mortifica tu carne con el ayuno, no creyendo, como muchos epulones, que estás en el mundo sólo para gozar y comer y regalarte, gastando en un banquete lo que sería la hartura de muchas familias por largos días. Una carne regalada es materia dispuesta para todo linaje de pecados. Cualquier penitencia que te impone la Iglesia te parece difícil; el cilicio te horroriza, la disciplina te crispa los nervios, el ayuno no te lo permite la salud; y luego el mundo, el demonio y aun la carne, te imponen tales leyes en la moda, en el vestido en el trasnochar, que te serían insufribles si no te las mandara el demonio.

Mortifícate en los ojos no mirando lo que no puedes desear; en los oídos, no oyendo lo ilícito y peligroso; en la lengua, no ofendiendo con ella á Dios ni al prójimo, y con esa mortificación, que es la cruz diaria del cristiano, podrás seguir á Cristo al desierto y al Calvario. No te creas dispensado de mortificarte siempre y en todo, porque Jesucristo á nadie exceptuó y menos á los ricos, cuando dijo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame».

Acuérdate de que Dios, en su ley, no hace acepción de calidades ni de estados; piensa que eres cristiano, como los demás, y que estás más en peligro de pecar que otros. Añade al ayuno y á la penitencia la palabra de Dios y las buenas obras. La palabra de Dios, que debe iluminarte y fortificarte contra toda clase de tentaciones. La palabra de Dios, que te dice que si cedes te quedará un eterno remor-

dimiento, pero que, si resistes, gozarás para siempre de una dulce satisfacción. Rindiéndote á la tentación, quedas esclavo; resistiéndola, te haces rey. Se padece en el combate, pero ¡qué consolación es el vencer! Porfiada es la pelea, pero es necesaria en esta vida, que es una milicia. ¿Qué temes? Dios está contigo; con El eres más fuerte que tu enemigo, el cual no puede vencerte si tú no quieres. No daña el sentir, si no hay consentimiento, ni eres culpado en tener inclinaciones malas; y cuanto más te cueste el combatirlas más gloria y recompensa te resultará de su vencimiento, porque la resistencia es la que te corona. Cuando seas tentado sube con el pensamiento al paraíso, y mira allí lo que te expones á perder: baja al infierno, y mira lo que vas á ganar. Considera bien lo que se te prepara en el cielo, y con estas ideas vencerás.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! cuán grato me es el que me hayáis humillado. Probadme, Señor, probadme con la tentación, si esa es vuestra voluntad. Mas no, que conozco mi pobreza y mi debilidad; son tan grandes, que no hallo á qué compararlas. Si es necesario que yo sea tentado, dadme fuerza para vencer la tentación, y no permitáis que me sorprenda ni logre ventaja mi enemigo. Ayudadme, Señor, y no os fieis de mí. Tenedme junto á Vos, y no temeré á todos los demonios del infierno que vengan á asaltarme. Socorredme, Dios de los ejércitos: defendedme contra mis enemigos; disipad á los que os aborrecen; sostenedme, fortificadme, y no permitáis que el demonio se lisonjee de haberme vencido hallándome yo al abrigo de vuestro patrocinio.

Propósitos.—Huir todos los peligros, y acudir á Dios apenas asome la tentación interior ó exterior.

18 DE FEBRERO

Del reino de Cristo [1].

Preludios.—Represéntate las sinagogas, pueblos y ciudades que Jesucristo recorrió predicando el Evangelio, y pídele la gracia de ser obediente á su voz para someterte prontamente al cumplimiento de su voluntad.

Punto I

Jesús, nuestro Rey inmortal, nos invita á seguirle.

Considera por medio de una piadosa suposición que el cielo, lleno de bondad, da á la tierra un monarca superior en cualidades y perfección á todo lo que el entendimiento humano puede imaginar. A los títulos de legitimidad une todas las dotes que inspiran la admiración, la confianza y el amor. Este Príncipe perfectísimo y amabilísimo invita á sus vasallos para que le sigan en una expedición que emprende. Jamás existió guerra, ni más justa, ni más santa, ni ventajosa, aun para los pueblos de cuya conquista se trata. Véanse las condiciones que dicho monarca propone á los que quieran seguirle: verle constantemente á la cabeza de sus súbditos, participando de todas sus fatigas y peligros, alimentado, alojado y vestido como el último de sus soldados; ningu-

1 Pone San Ignacio de Loyola esta meditación al principio de la 2.ª semana de los santos ejercicios, y antes de la Encarnación y vida oculta de Cristo N. S. El método que seguimos no nos permitía ponerla en su propio lugar; pero no pudiendo omitir meditación tan importante y maravillosa, nos ha parecido que este era lugar á propósito para ella. Análoga advertencia hacemos respecto de otras meditaciones del Santo Padre, pues, como se ve, en este orden de meditaciones diarias no cabe seguir del todo el plan de los santos ejercicios.

no de ellos tendrá que hacer ni sufrir nada que no haya hecho antes su Príncipe. El éxito de la empresa está asegurado; ninguna acción meritoria quedará sin recompensa, y de los frutos de la victoria, que serán inmensos, participarán todos los vencedores, según el valor de que cada uno haya dado muestras en el combate. A este llamamiento, ¿qué responderán los fieles súbditos? ¡Qué generosa emulación animará todos los corazones! ¿Qué responderán los vasallos á tan justa invitación y propuesta, manifestada por rey tan venerado y excelente? Todos, sin duda, se ofrecerán á seguirle con gran prontitud, y si alguno hay que se niegue á expedición tan gloriosa, será en todo el mundo vituperado y tenido por vil, y si es caballero, por cobarde y perverso.

Pues ese grande, ese amable Príncipe es Jesucristo, Hijo de Dios, Creador y Redentor del género humano. Viene á la tierra á combatir contra el pecado, la primera de todas las rebeldías que turbó el imperio de su Padre y del suyo; viene á restablecer el reinado de la gracia sobre la naturaleza; mas para subyugar á sus enemigos no empleará otras armas que las de sus beneficios. Lleno de gracia y de verdad, posee en un grado infinito todas las perfecciones de la divinidad y de la humanidad. Legislador que si da preceptos, va delante con el ejemplo, y consuela y comunica gracia interior para cumplirlos; y si da consejos, son posibles, útiles, honoríficos y dirigidos á nuestra mayor dicha, seguridad y gloria.

Finalmente, Rey tan bueno, desinteresado y generoso, que si nos convida á luchar contra

los enemigos de nuestras almas á ejemplo suyo, es porque nos ama, es por honrarnos y enriquecernos, es porque desea que le seamos semejantes, es porque pretende coronarnos de su mano, es por hacernos con ventaja, participantes eternamente de su misma felicidad.

Este Rey soberano y Señor de cuanto existe, dirigiéndose á todos aquellos que por el Bautismo han llegado á ser sus súbditos, les habla de esta manera: «Mi voluntad es atraer á mí á todos los hombres, para hacerlos vivir de mi vida y hacerlos felices con mi felicidad. Mi Padre me puso por Rey en la santa montaña y me dió á todas las naciones por herencia; quiero entrar en posesión de mis dominios, reinar sólo sobre los entendimientos y los corazones, someter los hombres á mi ley para salvarlos y, vencedor pacífico, quiero conducir á la gloria eterna á aquellos cuyas cadenas rompa. En esta lucha yo iré delante; sufriré el primero cansancio, hambre, sed y toda suerte de privaciones. Seré el primero en pelear. Animo, pues estáis seguros de la victoria, que para cada uno de mis soldados fieles tengo preparado un reino. Quien quiera participar de mis trabajos y de mis penas en esta guerra, será también partícipe de mi triunfo, y la recompensa será proporcionada á la generosidad del esfuerzo».

¿Qué responderemos á Jesucristo, nuestro amable rey? ¿Que le seguiremos? ¿Que pelearemos á su lado? Eso es demasiado poco. Lo menos que merece su invitación es que caminemos sobre sus huellas como los primeros soldados de su milicia. Más aún: debemos proponernos distinguirnos en su servicio extra-

ordinariamente como El nos distingue por sus gracias de elección y de su predilección, entregándonos á los más rudos combates contra el orgullo, la sensualidad y la estimación del mundo, haciendo al Salvador la ofrenda más generosa y completa de nosotros mismos.

Punto II

Todo nos induce á seguir á Jesús.

Considera primeramente la dignidad y los derechos de Aquel que hace este llamamiento á nuestra alma, y la gloria de la empresa á que se trata de concurrir.

Nos llama Jesucristo, el Rey inmortal de todos los siglos, Aquel que ha podido llamarse y es igual á Dios, el esplendor de su gloria, la figura de su substancia, el Rey de todos los reyes. Aquel en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, que con todos estos y otros muchos títulos es designado en los sagrados libros.

Jesús, que tiene además sobre nosotros los derechos más sagrados. Primeramente tiene el de sus perfecciones infinitas. Como Dios que es, tiene sobre nosotros un dominio eterno, absoluto é imprescriptible. Nosotros no podemos pertenecernos á nosotros mismos. Si no somos de Dios por amor, seremos de las pasiones, del orgullo, de la codicia, y luego seremos de Dios por justicia en el infierno. Unicamente nos queda la elección. ¿Y qué es más honroso y más dulce?

Por el derecho de la creación, todo cuanto tenemos y lo que somos pertenece á Dios. El nos lo ha dado y El nos lo conserva; pertene-

cemos á El más que el hijo á su padre. También somos de Jesucristo por derecho de conquista, pues nos ha hecho pasar de la esclavitud de Satanás á la feliz libertad de los hijos de Dios. Una cosa es nuestra cuando la hemos pagado con nuestro dinero; más todavía, cuando nos ha costado grandes trabajos, y mucho más si la hemos comprado con nuestra sangre. Y desde este punto de vista, ¿no somos el precio de los trabajos, de los sufrimientos y de la muerte de Jesucristo?

Por derecho de donación y herencia somos de Jesucristo, porque su Eterno Padre le dió la dominación de todas las cosas. Y, por último, lo somos también por derecho de elección, porque le hemos escogido por nuestro rey en el Bautismo y hemos ratificado luego nuestra elección en la Confirmación y demás sacramentos.

Veamos ahora para qué nos llama. Nos llama para la empresa más noble y más santa que se pueda imaginar. Todo en ella es grande. Los enemigos á quienes hay que combatir: mundo, demonio y carne. Las armas del combate, que son la fe, la oración, la humildad, la paciencia, en suma, todas las virtudes cristianas. Los compañeros de armas, esto es, todas las almas generosas que la gracia de Dios ha formado, engrandecido y, en cierto modo, divinizado. El caudillo es el Hijo de Dios en persona, que combate por nosotros con su gracia y que, vencedor ya en las personas de tantos elegidos, quiere todavía vencer en las de cada uno de nosotros, y de nosotros servirse para conquistar el corazón de nuestros hermanos. ¿Y qué decir del fin de la

empresa? Ese fin es glorificar á Dios y salvar á los hombres, destruyendo el error y el vicio, para afirmar la verdad y la virtud. ¿Puede concebirse otro fiñ más excelente?

Punto III

Resoluciones enérgicas y generosas.

Considera y deduce de todo lo dicho, que Jesucristo nos llama á la más noble y más heroica empresa que se nos puede proponer, en la que todo es grande y nobilísimo; que los enemigos con quienes hemos de combatir son el demonio, el mundo y nuestro mismo corazón; que nuestras armas son la fe, la humildad, la paciencia, la mortificación, la caridad, el celo y todas las virtudes.

Deduce, además, que los compañeros de combate son los héroes más ilustres que se han visto en el mundo, los Apóstoles, los mártires, los penitentes, todos los santos, en una palabra, que el Jefe es el mismo Jesucristo, que combate en nosotros por su gracia, y que ya vencedor en tantos santos, quiere ser también vencedor en cada uno de nosotros y en el corazón de todos los hombres; que el motivo y fin del combate es volver á todos los hombres la libertad, la gloria y la felicidad eternas.

Que si Jesucristo nos pide sacrificios, El los hizo primero si humildad, El fué el primero en humillarse, si nos pide mortificación, El se mortificó primero y se abatió hasta el anonadamiento y se renunció hasta la cruz: que la misma cruz sólo para El dejó de tener algún consuelo, pero para sus siervos está llena de divinas dulzuras.

A la vista de estas razones y, sobre todo, de estos ejemplos, no se concibe que haya quien no se anime á pelear al lado de Cristo, y prefiera vivir una vida sin gloria ni provecho, precursora de eterna desdicha, á luchar en una guerra tan gloriosísima y provechosa. Pero los que más se quieran distinguir en servicio de su Rey eterno, los que aspiren á seguirle con mayor afecto y amor, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, sino que desnudándose del amor del mundo y rindiendo su propia carne y sensualidad, le harán oblaciones de mayor estima y momento, y, determinados á ir en pos cerca de su persona, le dirán así en un fervoroso

Coloquio.—¡Eterno Señor de todas las cosas! aquí en presencia de vuestra infinita Majestad, de vuestra gloriosa Madre y de todos los santos de la corte celestial, hago en este día mi oblación y digo que, si ha de ser para vuestro mayor servicio y alabanza, quiero, deseo y es mi determinación deliberada imitaros, con vuestro favor y ayuda, en pasar todo género de injurias, vituperios y pobreza de espíritu, y también efectiva y real, si fuere de vuestro agrado elegirme y admitirme en tal estado y profesión de vida. Y pues que de Vos procede todo buen deseo, confirmad hoy los míos con vuestro auxilio poderoso, y dadme firmeza y perseverancia.

Propósitos.—Seguir de cerca á Jesucristo, mi Rey, con la imitación de sus virtudes, ya que El y no otro es el camino, la verdad y la vida; ya que para esto nos ha dado ejemplo, para que sigamos sus pisadas.

19 DE FEBRERO

De la necesidad, ventajas y práctica de la imitación de Jesucristo.

Preludios.—Imagínate oir á Jesucristo que te dice: "Sígueme„. Pídele gracia para poder contestarle: "Te seguiré, ¡Señor! adonde quiera que vayas„.

PUNTO I

De la necesidad de la imitación de Cristo.

Considera que el Padre Eterno ha puesto á su divino Hijo en el mundo como modelo, al que necesariamente se han de parecer todos los predestinados, y que sólo reconoce El por hijos adoptivos de su gracia á los que llevan en su alma la imagen de su Hijo unigénito. Recuerda que este divino Redentor dijo de sí que El era único maestro, camino, verdad y vida, puerta del cielo y mil otras preciosísimas figuras, que todas vienen á enseñarnos una sola cosa: que para salvarnos y santificarnos es de absoluta necesidad que vayamos tras las huellas de Cristo, tomando cada día nuestra cruz y siguiendo sus pasos. Los Santos todos no han hecho otra cosa que, por el ejercicio de las virtudes, transmutarse en Cristo, y todos han pasado su vida copiando en sus almas la imagen viva del ejemplar divino, que Dios nos propone á todos en el Calvario.

Esta necesidad de imitar á Cristo se deduce también del lamentable estado en que se halla el entendimiento humano, el cual, obscurecido por el pecado para todo lo bueno, necesita luz de verdad y de buen ejemplo, y Jesucristo es la luz que alumbra á todo hombre que viene á

este mundo, y el que no va tras de Cristo vive en tinieblas.

Piensa, pues, que tu ignorancia es grande, y que estás continuamente expuesto á tomar lo falso por verdadero y pronto á inclinarte á lo que halaga á tus pasiones, y que sólo puedes librarte de los escollos del error, que por todas partes te cercan, siguiendo á Jesucristo, que va delante de ti iluminándote con la celestial antorcha de sus divinas virtudes.

Considera, además, que si para evitar el mal y practicar el bien te falta la suficiente luz, la energía y el vigor para resistir al primero y abrazar el segundo te faltan aún con más frecuencia. Para adquirirlos no hay otro medio que la imitación de Cristo, tanto por los ejemplos que te da, como por la gracia con que los acompaña. ¿Por qué? Porque un soldado es siempre más valeroso cuando combate al lado de un esforzado capitán, como lo demuestra, entre otros, el caso de Simón Macabeo, que viendo vacilar á sus tropas al ir á atravesar un torrente lo pasó él primero, logrando de este modo que todos sus soldados le siguiesen. Pues Jesús, con sus divinos ejemplos, hace más, pues es un modelo vivo y vivificante que al mismo tiempo que hace brillar á tus ojos la luz de sus divinas obras, y que te impulsa á imitarle por la hermosura de sus ejemplos, te da para seguirlos la fuerza de su gracia. Marcha, pues, valerosamente por los senderos que te ha trazado, y no temas desfallecer, porque El es el sostén de los que le siguen.

Yendo San Wenceslao con los pies desnudos durante una noche de crudo invierno para vi-

sitar al Santísimo Sacramento en las iglesias, el criado que le acompañaba se iba quejando del frío excesivo que sentía. Pon, le dijo el Santo, tus pies sobre las huellas de los míos. El acompañante así lo hizo, y apenas dió algunos pasos comenzó á sentir que del hielo pisado por el santo rey salía un suave calor que maravillosamente le confortaba. ¡Imagen conmovedora de lo que sucede todos los dias á las almas generosas y fieles que se deciden á seguir al Señor, que quiso beber hasta las heces el cáliz de todos los sufrimientos para no dejarte más que algunas gotas de amargura! Las espinas del camino desgarraron sus pies, y ya casi no tienen púas para traspasar los tuyos.

Necesitas, además, de la imitación de Jesús para endulzar tus penas. Todo lo que tú sufres, puede decirte Jesús, lo he sufrido antes que tú, más que tú y lo he sufrido por ti. ¿Eres pobre? Esa condición la escogí con preferencia á las demás. ¿Ves atacado tu honor? ¿Acaso respetaron el mío? Recuerda mi silencio en medio de la calumnia y de los oprobios. ¡Mira á tu Dios vestido con la túnica blanca, símbolo de locura, en la corte de Herodes! ¡Contémplame clavado en la cruz! ¿Te abandonan tus amigos y el mismo cielo parece desampararte? Yo experimenté todos esos martirios. Mezcla, pues, tus lágrimas con las mías, y no serán las tuyas tan amargas. Una cruz llevada entre dos es menos pesada, y, sobre todo, ten en cuenta que el discípulo no es más que su Maestro.

Punto II

Ventajas de la imitación de Cristo.

Considera que la imitación de Jesucristo es el gran medio de santificar tus obras, porque nada puedes proponerte que no sea perfecto desde el momento en que te aplicas á imitar al modelo infinitamente acabado de toda bondad y perfección. Si te asocias á las intenciones de Jesucristo y las tomas como tuyas, no puedes tener otras mejores, porque Jesucristo sólo buscaba en todos sus actos la gloria de su Eterno Padre y la santificación y salvación de las almas.

Considera, después, que la perfección de la vida cristiana, que no es otra cosa que la vida de Dios en el hombre, consiste en imitar al Salvador, cuyo espíritu tuvo que vivificar dos cuerpos: el suyo natural y su cuerpo místico que es la Iglesia. Y ser como principio de dos vidas: la que terminó en la cruz y la que continúa en las almas justas; y no pudiendo ya sufrir ni merecr en su propia persona, quiere glorificar á su Padre hasta la consumación de los siglos por medio de las acciones santas y los sufrimientos de sus miembros, que son los cristianos.

De aquí has de deducir que la vida del cristiano no es, por decirlo así, sino una prolongación de la vida de Jesucristo. Cuando oras, continúas su oración; cuando trabajas, su vida laboriosa; cuando sufres, prolongas sus sufrimientos; en una palabra, Jesucristo es quien obra, piensa y sufre en ti, si sigues el movimiento y las inspiraciones de su espíritu. Je-

sucristo está en ti, como su Padre está en El, y en cierto modo obra en ti como su divinidad obra en su humanidad sacratísima.

Lo mismo puedes pensar respecto de tus virtudes. Si están moldeadas en las virtudes del Hijo de Dios, nada dejarán que desear, y á este grado de perfección puedes llegar, si aplicándote á imitar á Jesucristo, asimilándote sus virtudes, consigues llegar á ser su fiel imagen. Piensa que el instrumento más imperfecto sólo produciría obras maestras si fuese siempre dócil á los impulsos que recibe del artista divino; porque todo aquello en que Dios pone su mano recibe, por este solo hecho, un valor infinito.

Considera, por último, que la imitación de Jesucristo cumple todos los designios que Dios tiene sobre ti, porque Dios quiere que tengas con El una triple semejanza: de naturaleza, de virtudes y de gloria. De estas tres semejanzas Dios te da la primera y la última, y tú concurres con su gracia á conseguir la segunda.

Piensa que el Verbo hecho carne vino á mostrarte en persona, cómo Dios obra y vive, para que todos tus actos se conformen con esta acción y esta vida divina. La imitación de Jesucristo es, por lo tanto, la deificación del hombre, y á producir en ti la más completa semejanza que sea posible con Jesucristo es á lo que se encaminan todas las gracias que recibes de Dios.

Mira cómo las aprovechas, cuánto te falta para lo que Dios pide de ti, y anímate á seguir más de cerca á Cristo Jesús.

Punto III

De la práctica de la imitación de Cristo.

Considera que conocer á Jesucristo es el primer paso para llegar á imitarle, y por eso San Pablo exhortaba con insistencia á los cristianos de su tiempo á considerar y estudiar al Hombre-Dios, dado á los hombres, no solamente para pagar su rescate, sino como libro vivo y divino donde se instruyeran en su celestial vocación.

Sobre este estudio y como plan divino debe estar construído el verdadero tabernáculo del Señor, esto es, el alma cristiana. No debes, pues, concretarte á echar una ojeada superficial sobre ese modelo, sino estudiarlo exterior é interiormente en sus obras, afectos, deseos y aspiraciones, hasta adquirir de El un conocimiento exacto. Tal es la única ciencia de que se gloriaba San Pablo, y que pedía á Dios para sus discípulos, ciencia tan rara entre los cristianos de hoy que Jesucristo tendría que hacernos la reconvención que hizo á sus Apóstoles la víspera de su Pasión: «¡Hace tanto tiempo que estoy entre vosotros y no me conocéis!»

El segundo medio para llegar á la imitación práctica de Jesús, es amarlo y amarlo mucho. Todo agrada en aquel á quien se ama; se imitan sus obras, sus pensamientos y su lenguaje, casi sin advertirlo, y de tal modo llega uno á asimilarse á su amigo, que en cierto modo se convierte en otro él.

De tres especies puede ser el amor que tengas á Jesucristo: de estimación, de afecto ó de interés. ¿Buscas tu bien en el amor que tienes

á Jesucristo? Pues ya has visto las ventajas que te proporciona el imitarle. ¿Tiene tu amor por origen la excelencia infinita de Jesucristo? Pues la propensión que, como todo hombre, tienes á elevarte, te excitará á imitar á quien es la misma grandeza. ¿Es, por último, el afecto el que te inclina á unirte con el divino Redentor? Pues como no hay verdadera unión sin semejanza de costumbres, la necesidad de imitar á Jesucristo se impondrá á tu corazón con una fuerza irresistible.

Para llegar á esta imitación has de procurar también comparar tu vida con la del Salvador, porque ningún pintor puede copiar un cuadro si no mira alternativamente al modelo y á la copia para ver si resulta la necesaria conformidad entre uno y otra, y para añadir, quitar ó modificar lo que sea necesario para llegar á un parecido perfecto.

¿Se halla en ti ese parecido tan excelente como indispensable? Como sobre este punto has de ser juzgado, preciso es que tú mismo te juzgues de antemano. ¿Has llegado á esa perfección? ¿Podrá decirse que tu modestia, tu silencio y tu obediencia recuerdan la del Salvador, y que su vida se manifiesta en la tuya? ¿Piensas lo que Jesús pensaba de las riquezas, de los placeres, de los honores y de todo lo que el mundo estima, ó te pareces en esto y en todo al Salvador, como las tinieblas á la luz?

Si por tu desgracia es esto último, no te desanimes; antes bien esa consideración debe redoblar tu valor para esforzarte desde este momento en imitarle.

Coloquio. – ¡Oh Jesús, qué de ilusiones me he forjado en este punto capital! Confieso y reconozco con

vergüenza que estoy muy lejos de parecerme á Vos. Tomándome á mí mismo por guía, he seguido muy de lejos á Aquel que es la *verdad*, el *camino* y la *vida*. Reconozco mi falta y propongo de hoy en adelante ser la fiel reproducción de vuestros ejemplos para transformarme en Vos y entregarme enteramente á vuestro espíritu. Conoceros es amaros, y principalmente en la Sagrada Comunión es donde abrís los ojos á vuestros escogidos. ¡Venid, pues, á mí, revelaos á mi corazón y grabad en él vuestras virtudes y vuestras perfecciones!

Propósitos.—Unirme en todo cuanto haga á las intenciones y deseos del sagrado Corazón de Jesús.

20 DE FEBRERO

Que la grandeza del cristiano consiste en imitar á Jesucristo.

Preludios.—Imagínate oir la voz del Padre Eterno, que dice: "Mira y haz según el modelo que se te ha mostrado en el monte Calvario„, y pide conocer cada día más á Cristo Jesús para imitarlo.

Punto I

La grandeza del cristiano que imita á Jesucristo.

Considera que cuando Dios crió al hombre á su imagen, imprimió en el fondo de su alma una inclinación natural á imitarlo y á perfeccionar, con las acciones de su vida, la semejanza que tenía con Dios, y que había sido sólo bosquejada en la creación. Y en efecto, la perfección, gloria y dicha de la criatura, consiste en llevar la imagen de su Dios, pero en cambio toda la desgracia y culpa del hombre vinieron de haber querido imitar á Dios, mas no en lo que debía imitarlo. El ángel, en lugar de imitar su bondad, quiso imitar su grandeza igualándose con El, y Dios, para

castigar su orgullo, lo precipitó al fondo del infierno. El hombre aspiró á la ciencia universal del bien y del mal, que no pertenece sino á Dios, y Dios, para castigarle, lo condenó á la ignorancia y al error. ¿Qué hizo entonces el Verbo Eterno? Se hizo pequeñito, humilde y pobre; se puso en estado tal, que, no solamente el hombre puede imitar á Dios sin pecado y sin peligro, sino que toda su perfección y dicha consiste, no en imitar, como hacen los mundanos, á los reyes y poderosos de la tierra, poniendo en esto su gloria, sino en imitar y parecerse á su divina Majestad. Esta fué la obra divina de la encarnación.

Dios se hizo hombre, dice San Juan Crisóstomo, para que el hombre sea de alguna manera Dios por la semejanza; se ha hecho semejante á nosotros para obligarnos á imitarlo y hacernos semejantes á El. El Verbo Eterno se encarnó, no solamente para ser nuestro Salvador, sino también para ser nuestro modelo, ó, por mejor decir, para ser nuestro Salvador ha debido ser nuestro modelo, pues para ser nuestro Salvador, no solamente nos había de librar de la tiranía y poder del demonio y de las penas eternas, sino también de la esclavitud del pecado y de la tiranía de nuestras pasiones, y nos libró de ellas llevándonos á la práctica de las virtudes contrarias á estas pasiones, y nos lleva á la práctica de estas virtudes, tan contrarias á nuestras inclinaciones naturales, dándonos su divino ejemplo. Sólo Jesucristo ha podido decir: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón». Ignorábase aun el nombre de estas virtudes antes que Jesucristo se hubiese en-

carnado, pero ahora El nos ha hecho conocer la perfección de ellas, ha facilitado con su ejemplo y su gracia la práctica de la virtud, y nos hace inexcusables si no lo imitamos.

Esta es la razón porque Jesucristo nos dice que El es la puerta por donde necesariamente se ha de entrar para llegar á la vida, que es el camino que es menester seguir, que es la luz, que es el guía que nos conduce por él, que no nos podemos perder cuando lo seguimos, que no podemos dejar de perdernos cuando no vamos en pos de él, que cualquiera que hiciere profesión de seguirlo, debe necesariamente hacer resolución de imitarlo. De todas las acciones de su vida nos dice lo mismo que dijo Jesús cuando lavó los pies á sus discípulos: «Os he dado ejemplo, para que hagáis lo mismo que yo»; y en todas y en cada una de sus obras, el Eterno Padre nos dice á cada uno de nosotros: Mira á mi Hijo como tu ejemplar, y procura imitarlo; no será tu Salvador si no es tu modelo, ni le seguirás en su gloria si no le imitas en su vida.

¡Oh Señor y Dios mío, soberano Criador de cielo y tierra! ya que me ponéis este precepto, dadme esfuerzo para ejecutarlo, pues también Jesús nos dijo, que nadie iría á El si vuestra divina Majestad no lo traía. Traedme á Vos con vínculos de amor y de gracia, para que toda mi gloria y grandeza la ponga en conoceros y amaros, Dios verdadero, y al que enviasteis Jesucristo vuestro Hijo.

Punto II

La imitación de Jesucristo prenda segura de predestinación.

Considera que es dogma de fe que no nos salvaremos si no somos predestinados, pero que no seremos predestinados, si no nos parecemos á Jesucristo. Así lo dice san Pablo: «Todos aquellos que Dios previó con su ciencia infinita que serían del número de sus escogidos, los predestinó para ser conformes á la imagen de su Hijo» [1]. Y así, de la misma manera que no podemos salvarnos sin creer en Jesucristo, así no podemos salvarnos sin ser semejantes á El. Las dos cosas son igualmente necesarias. San Pablo da la razón, llamando á Jesucristo el primogénito de los predestinados: luego no lo seremos si no somos sus hermanos, y si para esto no tenemos relación y conformidad con El. Cristo N. S. es, según el mismo Apóstol, el Jefe y cabeza de todos los predestinados, luego no lo seremos si no somos sus miembros, ni somos miembros de Cristo si no nos unimos con El, si no nos animamos de su mismo espíritu y vivimos de su misma vida. ¿Vives acaso de la vida de Jesucristo, tú, que estás tan lleno del espíritu del mundo?

La predestinación, además, es efecto de la bondad de Dios, de su gracia y del buen uso de ella, por lo cual elige los buenos y desecha los malos. Dios no tiene esta bondad, y esta particular predilección, sino con aquellos que tienen semejanza con su Hijo. Porque así como

1 Rom., 8

ama á su Hijo en la Trinidad Santísima, con un amor necesario é infinito, porque es su imagen substancial, así sólo ama á las demás criaturas por la relación que tienen con su Hijo unigénito y por la semejanza que tienen con El. Si le son muy parecidas, las ama mucho; si no se le parecen, mas antes tienen con El contrariedad ú oposición, Dios las menosprecia, las aborrece y las reprueba. Todo lo que el Padre hace en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, se dirige á reproducir en nosotros esta semejanza. Si crió al mundo, si envió á su Hijo á la tierra, si nos dió su Espíritu Santo, si nos previene con su gracia, si nos colma de beneficios, si nos hace promesas, si nos amenaza, si nos premia, si nos castiga, todo es con relación á Jesucristo su Hijo N. S. y para formar en nosotros su imagen y semejanza. Dichosos, si no pusiésemos obstáculos; mas si los ponemos, lo serán también para nuestra salvación.

Por eso el Padre Eterno habló tres veces solas en el Nuevo Testamento: una en la ribera del Jordán, otra en el monte Tabor y otra en Jerusalén, y siempre fué para encomendar el amor y la imitación de su Hijo. Este es mi Hijo querido, dijo, objeto de mi eterna complacencia; á El debéis escuchar y El debe ser objeto de vuestra imitación. El Hijo pide con el mayor encarecimiento á su Padre, que así como El le es igual en todo, así sus escogidos se le parezcan en cuanto sea dado á su naturaleza. Esta es toda la gloria que pretende, y su Padre se la promete cuando dice: Yo te glorifiqué y te volveré á glorificar, porque el Padre glorifica al Hijo en todos y cada uno de los

predestinados: «*Et clarificavi, et iterum clarificabo*» [1].

¡Cuantas inquietudes nos cuesta la idea de nuestra predestinación! ¿Si seré predestinado, ó si me he de condenar? ¡Qué gran motivo de zozobra y de temor! ¡Pero qué gran dicha cuando se halla un fundamento sólido en que asegurarse en medio de tantas razones de temer! Muchas hay, aunque no todas, ni necesarias, ni infalibles. Mas la conformidad ó semejanza con Jesucristo, esa, sí, es señal infalible y necesaria Yo no seré predestinado si no me parezco á Jesucristo: es cierto y artículo de fe. Pero si me parezco á Jesucristo, si obro, pienso, amo, oro, perdono y todo lo hago como El, soy ciertamente predestinado.

¡Qué dichoso seré, oh Dios mío, si pongo toda mi confianza en un fundamento tan sólido! Nada será capaz de turbarme. Dadme luz y fortaleza para que en adelante sea Jesús mi único modelo, así como es mi única esperanza.

Punto III

Aplicaciones prácticas de los dos puntos anteriores.

Entra dentro de ti, y postrado á los pies de Cristo crucificado, que es tu modelo y tu juez, pregúntate á ti mismo: ¿Eres cristiano, es decir, llevas en ti la imagen de Jesucristo? La pregunta no es inútil, porque la duda tiene fundamento. Apenas tenías uso de razón cuando se te hizo esta misma pregunta. La inocencia de la edad te hizo responder entonces afirmativamente y con verdad; pero ¿lo podrás hacer ahora? Es cierto que tienes el nombre de

1 Joann., XII, 28.

cristiano; pero ¿cumples con las obligaciones de tal? Es cierto que tienes este carácter; pero ¿corresponde á él tu modo de vivir? ¿Crees que un poco de agua que te echaron en el bautismo te haya hecho perfecto cristiano? Eso fué necesario, pero no basta, ¿Qué es un cristiano? Es un hombre que hace profesión de seguir é imitar á Jesucristo. ¿Lo sigues tú? ¿Lo imitas tú? Si lo haces eres verdadero cristiano, pero ¿y si no lo haces así?

¿Qué es un cristiano? Es un hombre que toma á Jesucristo por modelo á quien imitar, su Evangelio y vida por regla de su modo de vivir, y que procura hacerse viviente copia de este divino original. De manera que los que lo vean juzguen ver á Jesucristo; porque tiene toda su semejanza, y puede decir con San Pablo, que vive de la vida de Jesucristo, ó bien, que Jesucristo vive en él. Este es, según el Evangelio, el retrato de un cristiano. ¿Es este el tuyo? Si le eres parecido, eres cristiano; pero si no, falsamente te atribuyes esta calidad. Serás cristiano de nombre, pero infiel en la realidad. Cristiano solamente en la apariencia, y gentil y enemigo de Cristo en la verdad. ¡Qué contradicción tan espantosa! Pues es menester ser copia de Jesucristo para ser verdadero cristiano. Cuando se quiere juzgar si una copia es parecida á su original, se compara la una con la ótra y se examinan todas las facciones. Si haces esta comparación, ¡qué confusión para ti! Si no, examina la copia manchadísima y borrosa y verás lo poco que te pareces á este divino modelo.

Jesucristo es humilde, tú eres vano y soberbio; El huyó las honras con horror, tú las bus-

cas con ansia; El es dulce y paciente, tú nada quieres sufrir; El perdonó las injurias más atroces, tú no quieres perdonar las más ligeras faltas contra ti; El amó hasta á sus verdugos, tú no quieres amar ni á tus prójimos; El fué pobre hasta morir desnudo, tú tienes excesivo apego á los bienes de la tierra; El vivió continuamente una vida austera y retirada, tú sólo buscas la vida muelle y mundana; El se privó de los gustos más inocentes, tú te permites los más peligrosos y puede ser que los más desarreglados; El obedeció hasta morir en cruz, tú no quieres obedecer aun en las cosas más fáciles; El no se buscó á sí mismo en nada, tú te buscas en todo, y no tienes otro fin que santificar tu amor propio. ¿Puede darse mayor oposición y desemejanza, y, por consiguiente, prueba más visible de reprobación? El Crucifijo que tienes delante y que te presentarán á la hora de la muerte para alentar tu confianza, te servirá de temor y de condenación; porque la muerte de Jesucristo te será inútil si su vida no ha sido tu regla; no te aprovecharán sus méritos si no te has aprovechado de su ejemplo, y no será tu Salvador si no ha sido tu modelo.

Coloquio.— ¡Señor mío Jesucristo! Este parangón me hace temblar. ¿En qué me parezco á Ti? En nada. Pero Señor, acuérdate de que soy tuyo y de que estoy lavado con tu sangre; dame gracia para que desde ahora empiece á restaurar en mi alma tu divina imagen, borrada por tanta mancha de pecado.

Propósitos.—En todas las obras, pensar cómo haría aquello Cristo N. S.

21 DE FEBRERO

Jesucristo, maestro, modelo y Juez de los cristianos.

Preludios.—Oye en el fondo de tu alma y con fe viva la voz del Padre: "Este es mi Hijo amado, escuchadle„; y pide fervientemente que se grabe en tu alma la imagen de Jesús crucificado.

Punto I

Jesucristo maestro y legislador de los hombres.

Considera cómo Jesucristo es el único que reune en sí todo cuanto es necesario para ser un maestro soberano y perfecto; no ignora cosa alguna; su ciencia no se funda en opiniones, sino que la bebe en las mismas fuentes de la verdad. ¿Quién es capaz de conocer los pensamientos de Dios, ni ha asistido jamás á sus consejos? Pero Jesucristo, su Hijo único, aquel que descansa y vive en el seno del Padre, nos ha revelado todos los misterios de la vida divina, y da inteligencia, conocimiento y espíritu de humildad á cuantos quieren ser sus discípulos. «Todos, dice San Juan refiriéndose á lo anunciado por los profetas, serán capaces de recibir sus enseñanzas», porque cuando se tiene á Dios por maestro se aprende pronto cuanto El nos enseña. «Yo soy, dice el Salvador en el libro de la *Imitación*, el que habla al corazón antes que al entendimiento; yo soy el que en un solo instante elevo al alma humilde, y en ese instante le hago aprender más en el orden de las verdades eternas que si hubiese pasado cien años estudiando en las academias de los hombres». Las

enseñanzas de Jesucristo, por último, están del mismo modo al alcance de los sencillos y de los pequeños que de los sabios y de los grandes, porque El nos instruye á todos con sus ejemplos antes que con sus palabras. Su lenguaje sencillo y divino pudo ser siempre entendido por todos los pueblos y por todas las naciones de la tierra.

Jesucristo, pues, es el único maestro que tiene derecho á nuestra fe absoluta y á nuestro corazón. Si escuchamos á la Iglesia y sus doctores, esto ha de ser solamente para aprender por medio de ellos lo que Jesucristo nos enseña. Acerquémonos frecuentemente, acerquémonos siempre á nuestro primero, único y verdadero maestro. ¿Adónde iríamos, si no vamos á El? Vos sólo, Dios mío, tenéis palabras de vida eterna, y por eso yo sólo por tu palabra creo, y en ella encuentro salvación, consuelo y vida. Muchas veces creemos, porque se nos hace ver la congruencia de los misterios; obramos, porque encontramos conforme la ley con nuestra razón; formamos nuestras resoluciones, porque nuestro entendimiento las aprueba; ¿es esto creer? Es necesario que sobre todas estas razones nos sintamos movidos por la eficacia de aquellas palabras: «Jesucristo lo ha dicho, Jesucristo lo ha hecho». La razón humana por sí sola, y sin el auxilio de la fe, es muy débil para mover nuestra voluntad é impulsarnos al cumplimiento del deber. ¿Qué puede la razón por sí sola para sostenernos y consolarnos en la tentación y en la aflicción? Una sola mirada, un suspiro dirigido á Jesús me proporciona más descanso y más consuelo que todos los humanos discursos.

Todas nuestras meditaciones deben, pues, comenzar por esta verdad fundamental: «Pasará el cielo y la tierra, pero la palabra de Jesucristo no pasará». Sentado este principio, escuchemos al Maestro que nos habla y arreglemos nuestra vida á las lecciones de su eterna sabiduría. El nos dice: «El que desprecia las cosas pequeñas no tardará en caer en faltas graves. El que es grande delante de los hombres es pequeño delante de Dios. Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico, no pobre de espíritu, entre en el reino de los cielos. Desgraciados de vosotros los que vivís aquí abajo en los placeres y los deleites de los sentidos. El que no se renuncia á sí mismo no puede ser mi discípulo». Encontraríamos tal vez algún modo de explicar ó de modificar estos oráculos divinos si quisiéramos acomodarlos á nuestro propio parecer; la razón nos dice quizá que hay en ellos cosas inconcebibles y que no comprende cómo puede hallarse la paz en la guerra, la gloria en los desprecios, las delicias y los consuelos en la cruz, pero yo no escucho más voz que la de mi Maestro. El lo ha dicho, y no lo hubiese dicho si no fuese verdad.

Pues yo creo y quiero vivir según esta fe viva, sobrenatural y práctica; esta es toda mi filosofía. ¿Por qué creemos en la Trinidad y en la Eucaristía? Porque Jesucristo nos ha revelado esos misterios. ¿Pues por qué no hemos de conducirnos del mismo modo en lo que se refiere á las verdades prácticas y morales? ¿Qué puede impedir el que así lo hagamos, si lo queremos de veras? Solamente falta que hagamos una resolución firme y que pidamos

con grande fervor el auxilio de la gracia á El, que nos ha dicho que está dispuesto á darnos la verdadera luz.

Punto II

Jesucristo, imagen y modelo de los predestinados.

Considera que no hay cosa más terrible que la incertidumbre de nuestra predestinación. «Yo me estremezco, dice San Bernardo, y se erizan mis cabellos siempre que resuenan en mis oídos ó vienen á mi pensamiento aquellas terribles palabras: Nadie sabe si es digno de amor ó de odio» [1]. ¿Me ha perdonado Dios? ¿Estoy en gracia? Y si estoy en gracia ¿perseveraré hasta el fin? ¿Se puede pensar seriamente en esto, no contar con seguridad alguna de que así sea, sino por el contrario tener muchas razones para temer por el recuerdo de la vida pasada, y vivir tranquilo? Preguntémonos con santo temor en el fondo de nuestra alma: ¿soy yo del número de los elegidos? Sintamos bien todo el peso de esta dificultad, y dejémonos llevar de una humilde desconfianza, que puede sernos muy útil.

Pero después de haber considerado vivamente toda la extensión del peligro, ¿no habrá nada que pueda librarnos de esta incertidumbre? Solamente una revelación especial de vuestra predestinación, dice el Santo Concilio de Trento, podrá sacaros de esta duda. ¡Una revelación especial! Y ¿puedo yo, debo yo desear, esperar ó pedir esa revelación? No; pero tenemos una revelación general y común á todos tan capaz y más capaz todavía en

1 Eccl., xi, 17.

cierto sentido, de calmar las ansias de nuestro espíritu que una revelación particular, porque yo podría dejarme llevar de una ilusión en una revelación particular ó tomar por revelación lo que no lo fuese en realidad, mientras que las revelaciones generales son seguras é infalibles en todos los sentidos, tan seguras é infalibles como es la religión misma, que profesamos. Ahora bien, esa revelación general se encuentra en aquellas palabras de San Pablo: «Los que Dios ha previsto que sean semejantes á Jesucristo su Hijo, esos son los que ha predestinado á la gloria». Yo no soy semejante á Jesucristo ni pongo los medios para llegar á serlo, pues tengo razón de temblar por mi salvación.

¡Bienaventurados los que sufren! ¡Bienaventurados los que lloran! ¿Por qué son bienaventurados? Porque en todas estas cosas se asemejan á Jesucristo y Dios los trata como trató á su propio Hijo, ó porque si Dios compadecido de ellos, les evita algunos sufrimientos, ellos se tratan á sí mismos como saben que Jesucristo fué tratado. Entrar en religión es una prueba de predestinación; ¿por qué? porque se supone que es entrar en un género de vida muy parecido al que el Salvador llevó mientras estuvo en la tierra.

Imitemos la dulzura, la obediencia, la sencillez, la pobreza de Jesucristo y todas sus virtudes; seamos, á su imitación, humildes, pacientes, llenos de caridad, laboriosos, castos, celosos de la gloria de Dios, porque, mientras lo hagamos así, Jesucristo no puede desecharnos.

Esta semejanza perfecta, dirá alguno, es

solamente de consejo. Es verdad; pero para distinguirla de la que es de precepto encontramos muchas veces grandes dificultades; y sucede con frecuencia que, por no aspirar á la que es de consejo, faltamos á la que es de precepto; ¿por qué violamos en tantas ocasiones los preceptos del Evangelio, sino porque tomamos maestros y modelos diferentes de Jesucristo? Pero, sea de precepto ó de consejo esta semejanza á que se nos llama, debemos pensar que, aun cuando no nos condenásemos por dejar de imitar á nuestro divino Maestro en las cosas que son de consejo, es evidente que nos salvaremos si procuramos imitarle en todo con todas nuestras fuerzas. ¿Qué más se necesita para mover á un hombre prudente y que conoce sus verdaderos intereses? El que todavía dude y no se sienta movido eficazmente por esta consideración, no comprende bien lo que es salvarse para siempre ó condenarse por toda una eternidad.

Punto III

Jesucristo, Juez soberano de vivos y muertos.

Considera que este es uno de los artículos del símbolo de nuestra fe. Desde el instante de la Encarnación, Dios depositó en Jesucristo el derecho de absolver y condenar; ¿y á quién podría convenir mejor este derecho que á aquel que ha pasado por todas las miserias de nuestra naturaleza, excepto el pecado, y que por lo mismo sabe por experiencia lo que es el hombre, y lo que al hombre cuesta el guardar la ley? ¿A quién podía corresponder mejor este derecho de juzgar al mundo que á

aquel que fué juzgado por los hombres y consintió que éstos le juzgasen de un modo tan indigno y tan injusto cuando vivía en medio de ellos? Esta debía ser necesariamente su recompensa gloriosa y la reparación de sus injurias. Un poco más pronto ó un poco más tarde, tenemos todos que caer necesariamente en sus manos; de El, por consiguiente, es de quien tenemos que temerlo ó esperarlo todo.

Cuando nos acerquemos á ese tribunal tremendo, delante del cual hasta el hombre más justo tiene motivos para estremecerse, ¿habrá algo que pueda darnos alguna tranquilidad, si no es una grande semejanza con nuestro divino juez? Estaré tranquilo delante de Jesucristo si me presento como una copia perfecta de Jesucristo. ¿Podrá El descargar su ira sobre quien se presenta con sus mismos caracteres? Cuando en el lecho de la muerte se presenta al cristiano el crucifijo, sus ojos ven siempre en él la esperanza única del moribundo; pero ¿cómo podrá consolarle esta idea si se encuentra en abierta oposición con aquel que debió servirle de modelo? ¡Allí una frente coronada de espinas, y aquí una cabeza que abrigó solamente pensamientos de ambición, de envidia ó de vanidad! ¡Allí unos pies y unas manos sujetos fuertemente á los clavos, y aquí una libertad desenfrenada y un empeño constante de correr por los caminos de sus antojos, y de no hacer otra cosa más que realizar sus caprichos! ¡Allí un cuerpo destrozado por los golpes, y aquí un afán continuo de comodidades y placeres! Finalmente, en Cristo una vida preciosísima sacrificada por la obediencia y la salvación de los hombres, y en

éstos una vida que se procura conservar largo tiempo huyendo de la sujeción, del trabajo y de las buenas obras.

Santa Teresa de Jesús no temía el juicio. «¡Ah! decía, yo tengo por juez al que he amado sobre todas las cosas, procurando hacer de mi vida una copia exacta de su vida». San Pablo no abriga tampoco temor alguno. «Yo llevo sobre mí las señales de mi Maestro, y estoy unido inseparablemente á su cruz; vivo yo, pero no soy yo, sino que es Cristo el que vive en mí», y por eso los santos no temen á su Juez, porque en El encuentran á su amigo, á su esposo y al modelo acabadísimo que han procurado imitar durante su vida.

Coloquio.—¡Oh soberano Maestro de toda verdad! ilústrame y enséñame para que merezca ser contado entre tus discípulos; pero haz que la ciencia mía sea estudiarte y conocerte más y más, y trasladar á mi alma tu divina imagen, para que me cuente entre los predestinados por tu Eterno Padre y seas para mí Juez misericordioso y benigno en el día de la cuenta.

Propósitos.—Regular todas tus ideas y tus obras por los principios del Evangelio y por las acciones de Cristo N. S.

22 DE FEBRERO

De la vocación de los Apóstoles.

Preludios.—Represéntate los distintos lugares de Galilea donde el Señor llama á muchos discípulos á que le sigan: ve, principalmente, la montaña donde pasa orando toda la noche anterior al llamamiento de los Apóstoles, y pide interno conocimiento del Señor, que dispone con suavidad y eficacia los corazones de los hombres, á fin de que lo ames más, y más de cerca lo sigas.

Punto I

Qué eran los Apóstoles al ser llamados por Cristo.

Considera la calidad de los Apóstoles que escogió Cristo N. S., comparándola con la

grandeza del fin para que los escogía, y ponderando las causas de esto. Porque, primeramente, queriendo escoger doce varones que fuesen doce fundamentos de su Iglesia, El por sola su misericordia los escogió y llamó poniendo los ojos, no en los nobles, ricos y poderosos, sino en unos hombres pobres, humildes, ignorantes y ejercitados en oficios muy viles, y á éstos escogió dejando á los otros.

Las causas que á esto le movieron son: la primera, porque como se humilló á ser hombre, y se hizo por nosotros pobre, humilde y despreciado, y vino á ser Maestro de humildad, quiso ejercitarla en todas las cosas y escoger discípulos pobres y humildes y acompañarse con ellos, porque siempre gustó Dios de tener su conversación con los sencillos y humildes de corazón.

La segunda causa fué porque deseaba Cristo N. S. que sus discípulos fuesen muy humildes en el espíritu, y que no se atribuyesen á sí mismos los grandes dones que pensaba darles, ni las gloriosas obras que pretendía hacer por medio de ellos. Y por esto, como dice el Apostol San Pablo, no escogió letrados, ni nobles ó poderosos, que suelen ser muy soberbios, sino idiotas, plebeyos y bien fundados en el conocimiento de su flaqueza. Por aquí echaré de ver cuánto me importa fundarme en profunda humildad si quiero que Dios me escoja para cosas grandes de su servicio, acordándome de lo que Cristo N. S. dijo á su Eterno Padre, alabándole porque había escondido los misterios de nuestra redención á los sabios y prudentes del mundo y reveládolos á los pequeñuelos.

De aquí procede la tercera causa, que fué

para que la conversión del mundo tan milagrosa no se atribuyese á fuerza humana, sino á virtud divina; porque no fuera posible que hombres tan pobres y despreciados persuadieran á un mundo tan soberbio y codicioso, una fe tan nueva, una doctrina tan levantada, una ley tan pura y una vida tan rigurosa como la evangélica, si la omnipotencia de Dios no hiciera esta obra, y si la diestra del muy alto no hiciera esta mudanza. Por la cual he de darle muchas gracias, reconociendo que esto mismo pasa en la conversión del mundo abreviado de mi alma; porque ninguna fuerza humana bastara á convertirme, si la virtud de Dios no me ayudara.

Punto II

Del modo maravilloso con que Cristo llamó á los Apóstoles.

Considera el modo maravilloso con que Cristo nuestro Señor llamó á estos Apóstoles, ponderando la suavidad, eficacia y palabras de este llamamiento; el cual fué muy diverso, porque á unos llamó disponiéndolos poco á poco, á otros á la primera vista, á unos con palabras acomodadas á su oficio, á otros con una sencilla palabra y con un imperio divino.

Primeramente, á San Andrés y á San Pedro fué disponiendo poco á poco, llamándolos, como dice San Agustín y otros Doctores, tres veces. La primera, para que le conociesen, admitiéndolos en su posada dos ó tres horas de la tarde, conversando con ellos como con otros muchos. La segunda, fué para que oyesen su doctrina y tuviesen con El mayor familiaridad. La ter-

cera vez los llamó para que, dejadas todas las cosas, le siguiesen perpetuamente. Esto trazó así Cristo N. S., para enseñarnos que los hombres de ley ordinaria suben por sus grados á la perfección, pasando por los tres estados de principiantes, y de los que aprovechan, y de los perfectos; porque la semilla de la divina inspiración, primero nos mueve á obras menores, y si la obedecemos luego nos mueve á crecer y subir á otras mayores, y perseverando en obedecerla, nos llena de obras perfectas. De donde sacaré cuánto me importa obedecer á cualquier inspiración y llamamiento interior, aunque sea á obras pequeñas, y á la oración ordinaria, porque con esta obediencia me dispongo para que su Majestad se digne de llamarme á cosas mayores y á otra oración más levantada.

Lo segundo, á otros llamó Cristo N. S. de repente, y á la primera vista, para mostrar la omnipotencia de su voluntad en llamar á los que quiere, y arrancarlos en un momento de donde están atollados, trocando de repente sus corazones. De este modo llamó á los hijos del Zebedeo cuando estaban pescando y remendando sus redes; y á San Mateo cuando estaba sentado en su banco cambiando y negociando con otros; y con estar tan atado, con una sencilla palabra lo desató, y diciéndole «*Sígueme*», le arrancó de golpe la mala inclinación habitual que tenía, y le hizo dejar las riquezas y el oficio y compañía, mostrando en esto la eficacia de su gracia y el poderío que tiene sobre la naturaleza.

En persona de estos varones he de considerarme á mí mismo enredado en los lazos de

mis pasiones desordenadas, tan flaco, que no puedo por mis fuerzas desenredarme, y tan rendido, que ni lo quiero ni lo deseo; antes gusto de estar así enredado y adorando como á ídolos las cosas terrenas y deleitables que me enredan con ellas; pero la misericordia de Jesucristo N. S. es tan grande, que con sola una palabra puede darme fuerza para desenredarme de ellas. ¡Oh Dios omnipotente! rompe con presteza mis ataduras para que nunca más sacrifique sino á Ti, sacrificio de alabanza, é invoque tu santo nombre. ¡Oh alma mía! no desconfíes de verte suelta y trocada, porque fácil es en los ojos del Señor de repente enriquecer al pobre, deshaciendo con una vista toda su miseria.

Lo tercero, ponderaré cómo Cristo N. S. llamó con imperio á Mateo y á otros, diciendo que le siguiesen, sin darles otra razón, aunque interiormente les descubría lo mucho que les importaba seguirle; pero á los cuatro pescadores con suavidad dijo: «Venid en pos de Mí y hareos pescadores de hombres»; aficionándolos con esta promesa á que le siguiesen. Como si dijera: No os quitaré vuestra inclinación, ni vuestro oficio, sino que mejorarlo he, trocándole en otro más perfecto, porque os haré pescadores, no de peces, sino de almas que pescaréis para el cielo con la red de vuestra predicación. Por donde se ve que Nuestro Señor gusta de acomodar su gracia á lo bueno que tiene la naturaleza, perfeccionándola en ello, para que caminando los dos en conformidad, alcancen su fin con más suavidad. Y así la gracia de la vocación propia del cristiano ayuda á quitar de la naturaleza las malas in-

clinaciones, como las de Mateo, y perfeccionar las buenas, como las de estos pescadores, cuyo llamamiento aplicaré á mí mismo, imaginando que Cristo N. S. me dice al corazón: Deja las redes con que pescas los deleites y bienes de esta vida, y vente tras Mí siguiendo mis consejos, y Yo te haré pescador de otros deleites y bienes celestiales; y también te haré pescador de hombres, que ganarás para el cielo con tu palabra y ejemplo.

De lo dicho concluye que el fin de la vocación apostólica abraza dos partes; es á saber: ir tras Cristo imitando perfectamente sus virtudes, y sacar del mar de este mundo almas que le sigan. Y esto segundo se ha de fundar en lo primero, porque sería gran locura sacar yo á otros del mar y anegarme dentro de él por no seguir á Cristo, siendo causa de que otros lo sigan.

Punto III

De la correspondencia de los Apóstoles á la vocación divina.

Considera la excelente obediencia que tuvieron los Apóstoles al llamamiento de Cristo, porque, como dicen los Evangelistas, estando Pedro y Andrés tendiendo las redes en el mar y los hijos del Zebedeo en el navío con su padre remendándolas, y Mateo actualmente ocupado en su oficio de alcabalero, en llamándolos el Señor, al punto lo dejaron todo por seguirle.

En esta obediencia descubrieron las tres excelentes perfecciones que tiene esta virtud. La primera perfección fué del entendimiento

y juicio, cautivándolo en servicio de Cristo sin replicar ni alegar las razones que tenían para dejar ó dilatar el cumplimiento de ella. San Pedro pudiera decir que tenía obligación de sustentar su hija y familia y disponer sus cosas. San Juan y Santiago, que tenían padre y madre ancianos y necesitados de su ayuda. San Mateo, que tenía trabadas cuentas con muchos y expuesto mucho dinero á negociación. Nada de esto alegaron, sino rindieron su juicio al mandamiento de Cristo, y arrojándose confiadamente en la divina Providencia le obedecieron con obediencia ciega.

La segunda perfección fué de la voluntad, la cual sujetaron prontísimamente á la de Cristo, descarnándose del amor que tenían á mujer, hijos, padres y deudos, y á su hacienda; y aunque era poca, pero, como dice San Gregorio, dejaron muchísima en cuanto dejaron la voluntad y deseo de tener otra cosa que á Cristo: y si todo el mundo fuera suyo, con la misma voluntad lo dejaran todo por seguirlo. Y á esta causa dijo San Pedro á Nuestro Señor: He aquí que hemos dejado todas las cosas.

La tercera perfección fué de la ejecución, la cual fué presta, puntual y alegre; y con tener presentes las cosas que amaban, luego lo dejaron todo. Los que tenían las redes tendidas en el mar, al punto las soltaron. Los que las estaban remendando, no dieron más puntada; y el que tenía los libros abiertos, y el dinero sobre las mesas, lo dejó como se estaba, con tanto gusto, que hizo un convite á Cristo y á sus discípulos y á otros publicanos en señal de alegría. ¡Oh milagros de la omnipo-

tencia de Dios! ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto!

Consideraré cuán grandes favores hizo Cristo Nuestro Señor á los Apóstoles por esta obediencia.

Lo primero, levantólos á la mayor dignidad de cuantas instituyó en su Iglesia, que es la del apostolado, haciéndolos sus legados y embajadores, para que con sus veces y autoridad fuesen á predicar por el mundo su ley evangélica.

Lo segundo escogiólos, como dice San Marcos, para que anduviesen siempre con El, teniendo con ellos muy estrecha familiaridad y dándoles parte de todos sus secretos; y así les dijo: «No os llamaré siervos, sino amigos; porque todas las cosas que oí á mi Padre las he manifestado á vosotros».

Lo tercero, comunicóles mayores gracias y dones que á todos los santos del Testamento Viejo y Nuevo que después de ellos sucedieron, así en género de santidad como de sabiduría, con la potestad de hacer milagros y las demás gracias que llaman *gratis datas*; por lo cual dice San Pablo, que tuvieron las primicias del espíritu y que son la gloria de Cristo.

Lo cuarto, prometióles que el día del juicio se sentarían con El en doce tronos, para juzgar las doce tribus de Israel, por haberle obedecido en dejar por El todas las cosas, y en esta vida les dió cien veces más de lo que dejaron. Y si es verdad, como dijimos, que con la voluntad eficaz dejaron todas las riquezas, honras y regalos que podían desear, lo que les dió, valía cien mil veces más que todo esto, porque les dió tales gracias, dones y consue-

los espirituales, que excedían incomparablemente á todo cuanto dejaron; y para que nos animásemos á hacer otro tanto como los Apóstoles, nos prometió lo mismo que á ellos.

Coloquio.—¡Oh Redentor mío! pues con tanta liberalidad premiáis la obediencia á vuestro llamamiento, justo es que yo os siga en esta vida para que llegue donde Vos estáis gozando de vuestra gloria.

Propósitos.—No hacernos jamás sordos al llamamiento de Dios.

23 DE FEBRERO

De cómo Cristo llama á todos á que se nieguen á sí mismos, tomen su cruz y le sigan.

(Dos Banderas.)

Preludios.—Mira cómo Cristo N. S. nos llama y quiere á todos bajo su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la suya. Contempla luego un campo espacioso en toda aquella región de Jerusalén, donde el capitán general de los buenos es Cristo N. S., y otro campo en la región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer, y pide conocimiento de los engaños del maldito caudillo, ayuda para guardarte de ellos, y conocimiento asimismo de la recta y santa vida que con su doctrina y ejemplo nos enseña nuestro sumo y verdadero Capitán.

Punto I

Lucifer, caudillo de los malos.

Considera á Lucifer sentado en un trono de fuego y humo, con una figura horrible y un rostro espantable, rodeado de innumerables demonios, los cuales se conciertan de hacer guerra á Cristo N. S. y levantar bandera contra la bandera de su Cruz.

Para esto arman lazos de tentaciones á los hombres, induciéndolos á los tres vicios que llama San Juan concupiscencia de la carne,

codicia de los ojos y soberbia de la vida. Primero los convidan á los regalos de los sentidos, de donde nacen los vicios de gula y sensualidad; luego á la codicia de hacienda y honra, de donde proceden la avaricia y ambición; después á la soberbia de la vida, que es apetito de su propia excelencia, con presunción de sí mismos y de su propio parecer. Llámase soberbia de la vida, porque es soberbia grande, viva y bulliciosa, que siempre vive y crece, y de ella brotan los demás vicios y pecados del mundo.

Pondera luego la rabia con que los demonios andan rodeando todo el mundo, sin dejar rincón alguno, buscando á quien devorar, ya como leones con fuerza y violencia, ya como dragones con astucia de razones aparentes, para engañar á los hombres y traerlos á su servicio.

El estrago que hacen es grandísimo, porque ganan, ó mejor, pierden á innumerables hombres: unos se rinden á la codicia de regalos, otros á la codicia de riquezas y honras mundanas, y otros á la soberbia y altivez de la vida, y, finalmente, acogen debajo de su bandera á todos los que son enemigos de la cruz de Cristo, los cuales, todos siguen las ideas y máximas del mundo y á la gloria mundana para confusión suya, porque su fin es la muerte eterna.

Con esta consideración, imitando al mismo Apóstol, me compadeceré con lágrimas de que haya tantos que sigan el bando del demonio, admirándome de que muchos sean tan locos que quieren seguirlo, sabiendo y creyendo que el premio de sus servicios ha de ser el infierno. Y haciendo reflexión sobre mi vida

pasada ó presente, lloraré haber estado algún tiempo en este engaño, suplicando á nuestro Señor me libre de él para siempre.

Punto II

De Cristo N. S., sumo capitán de los buenos.

Considera á Cristo N. S. sentado en un lugar humilde, con un rostro apacible y amoroso, rodeado de sus discípulos y de otra mucha gente, diciéndoles á todos: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame».

En las cuales palabras, al contrario del príncipe de este mundo, llama y convida á los hombres á tres cosas: Lo primero, á negarse á sí mismos, mortificando las tres codicias del mundo y los vicios que de ellas proceden, esto es, á que nieguen y mortifiquen el amor de regalos sensuales, y la codicia de la hacienda y honra vana, y la soberbia interior mortificando su propio juicio y propia voluntad, toda presunción y apetito de excelencia.

Lo segundo, los llama para que lleven su cruz, ofreciéndose á lo contrario de las tres codicias del mundo; conviene á saber: á sufrir trabajos y dolores, pobrezas y desprecios, y toda suerte de humillación y sujeción; porque la cruz especial de Cristo está compuesta de estas tres piezas: pobreza, desprecio y dolor, aunque en cada una se encierran muchas diferencias de trabajos que la acompañan; y esta cruz quiere que todos la lleven *cada día*, tomando la parte que cada día les cupiere, con perseverancia hasta la muerte.

Lo tercero, los llama para que le sigan, imi-

tando sus virtudes, y los ejemplos que les da en la abnegación y en llevar su propia cruz, porque está resuelto de no admitir en su escuela ni en su compañía á los que no se resolvieren de abrazarla y sentar plaza debajo de esta bandera; y así dice, que quien no toma su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo, ni es digno de estar conmigo.

Luego ponderaré cuán puesta está en razón esta vocación; porque si yo soy malo, y desde mi nacimiento inclinado á vicios y pecados, justo es que me niegue á mí mismo y que mortifique todas mis malas inclinaciones para librarme de los males que nacen de ellas. Y si los regalos, riquezas, honras y excelencias mundanas son cebo de todas las maldades, razón es quitar el amor desordenado de ellas para preservarme de tantas miserias. Y si es fuerza que en esta vida mortal me sucedan muchos trabajos, fatigas, dolores y tribulaciones, ¿qué cosa puede ser más cuerda que hacer de necesidad virtud, y abrazar mi cruz de buena gana, mereciendo la vida eterna con ella? Y si Jesucristo N. S. vino del cielo á llevar su cruz y abrazarse con dolores, pobrezas y desprecios, ¿qué mucho le siga yo, haciendo lo que hace mi Capitán, mi Rey y mi Dios?

¡Oh Capitán soberano, pues me llamas para que me niegue, ven tú á pelear conmigo contra mí, porque más fuerte ha de ser que yo quien ha vencerme á mí! Y pues quieres que lleve cada día mi cruz, dame cada día tu gracia para que no caiga ni desfallezca oprimido de ella.

Punto III

Razones que da el divino Capitán para que abracemos su bandera.

Considera las tres eficacísimas razones que trae Cristo N. S. para persuadirnos esta vocación.

La primera es: Quien quisiere salvar su alma, la perderá; y quien la perdiere por mí, la hallará. Que fué decir: vuestra salvación y vuestra vida eterna está en negaros, y llevar la cruz y seguirme, hasta perder la vida temporal por esta causa, si fuera menester, como yo la perdí; y quien la perdiere de esta manera, no la perderá del todo, porque yo se la volveré mejorada y eterna. Y al mismo modo puedo imaginar que me dice Cristo N. S.: quien por mí perdiere su hacienda, honra, regalo, amigos ó cualquier bien temporal, después lo hallará, y al contrario, quien lo quisiere ganar ó conservar contra mi voluntad, él lo perderá y con ello su alma para siempre.

La segunda razón es: ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿De qué os aprovechará haber alcanzado todos los regalos, riquezas, honras y excelencias del mundo, si al fin os condenáis? Preguntadlo á los que están ardiendo en el infierno, y os dirán: ¿De qué nos aprovechó la soberbia? Y la abundancia de riquezas, ¿qué bien nos hizo? Los regalos, las honras, las dignidades y todos los bienes de la tierra, ¿qué provecho nos han traído? Todo pasó como sombra, y ahora por nuestra maldad estamos en perpetuo tormento.

La tercera razón es: Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles y dará á cada uno según sus obras; que es decir: Yo tengo de venir á juzgar el mundo con el estandarte y bandera de mi cruz, y á los que no quisieron llevarla conmigo condenaré al fuego eterno con los demonios cuyo bando siguieron; pero á los que oyeron mi vocación y abrazaron mi cruz, llevaré conmigo á la gloria de mi Padre.

Ponderando estas tres razones, haré comparación de estos dos llamamientos, del que hace Lucifer al que hace Cristo N. S., del fin tan desastrado de los que siguen el uno, al fin tan dichoso de los que siguen el otro; y pues no es posible, como dijo el Redentor, servir juntamente á dos señores, y no podemos servir á Dios y á las riquezas, á Cristo y á las honras vanas, ni es posible asentar debajo de las banderas de dos capitanes tan contrarios, procuraré cerrar mis oídos á la sugestión de Lucifer y abrirlos á la vocación de Cristo, negándome á mí mismo, abrazando mi cruz y siguiendo á mi soberano Capitán debajo de su bandera. Para lo cual me ayudará á considerar, cuando llegue la hora de mi muerte, y cuando me vea presentado á juicio ante el tribunal de Cristo, á quién querría haber seguido, qué querría haber escogido. ¿Riquezas ó pobreza, honras ó desprecios, regalos ó aflic ciones, cumplimiento de mi propia voluntad ó abnegación de ella y de mí mismo? Y escogeré ahora lo que entonces querría haber escogido.

Y por no remitir solamente á la muerte y juicio el acierto de esta buena elección, aña-

do que el llamamiento del demonio, aunque á primera vista promete deleites, honras, riquezas, libertad y descanso, todo esto viene mezclado con tantas amarguras, que verdaderamente es trabajosísimo; y hasta los mismos condenados confiesan que vivieron cansados en el camino de la maldad, y que anduvieron por caminos muy ásperos y dificultosos. Pero al contrario, el llamamiento de Cristo, aunque es de abnegación y cruz, pero viene trazada por la divina Providencia, y ajustada á las fuerzas de cada uno, y mezclada con tantas dulzuras y gracias celestiales, que verdaderamente es suavísima en esta vida: de modo que los que han seguido el bando del demonio hallan grande alivio en seguir el de Cristo, y así les dice el mismo Señor: Venid á Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé; tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera; que es decir: Aunque mi yugo es de abnegación, es suave; y aunque mi carga es cruz, es ligera, con tal que seáis mansos y humildes como Yo; porque Yo doy á los humildes mi gracia, con la cual es ligero todo lo que de suyo es pesado y amargo.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Maestro, sobre cuyos hombros carga mi cruz y la de todos los mortales! concédeme que oiga tu llamamiento, abrazando los trabajos de la cruz, dejando á tu providencia los alivios para llevarla, para que, escogiendo en la vida lo que querría haber escogido en la muerte, reciba en tu juicio la corona de la gloria.

Propósitos.—Romper con todos los lazos que te pudieran embarazar el perfecto cumplimiento de la

voluntad de Dios, y el firme deseo de seguir de cerca á tu divino Capitán. Ofrécete para ir muy cerca de El en pobreza, al menos de espíritu, si no te pide la actual, y en sufrir por su amor toda suerte de trabajos.

24 DE FEBRERO

De la disposición necesaria para oir la vocación de Cristo N. S.

(Tres binarios.)

Preludios.—Imagínate que te hallas delante de Dios y de sus Santos con deseo de conocer lo más grato á su divina Majestad, y pídele acierto para elegir lo que sea de más gloria suya y más conducente á la salvación de tu alma.

Punto I

Del primer binario ó primera clase de hombres que desean su salvación.

Considera cuál es la disposición más conveniente para que la voz de Cristo N. S. halle entrada en nosotros y por ella alcancemos la vida eterna. Esta disposición declaró el mismo Señor en aquella memorable sentencia que dijo por San Lucas: «Cualquiera de vosotros que no renuncia las cosas que posee, no puede ser mi discípulo». En las cuales palabras no manda á todos que renuncien todas las cosas, dejándolas con efecto, pero sí con el corazon, quitando las aficiones desordenadas de ellas y estando preparados á dejarlas cuando fueren impedimento de su salvación, ó cuando el mismo Señor con especial vocación les inspirare que las dejen, por serles medio muy más conveniente y seguro para que se salven. Y debajo de todas las cosas se com-

prende hacienda, honra, dignidad y oficio; y más aún: padres, hermanos, hijos, amigos y conocidos, y cualesquiera persona ó cosa de la tierra cuyo amor desordenado puede impedirnos seguir á Cristo y salvarnos. Supuesto esto, figúrate tres suertes de hombres que desean su salvación y querrían disponerse para alcanzarla siguiendo á Cristo, para que veamos cuál de ellos acierta y de qué manera la podemos alcanzar.

La primera suerte es de aquellos que desean alcanzar el fin de su salvación, pero sin aplicar medios para ello, por la grande dificultad que sienten en ellos; querrían seguir á Cristo, pero no renunciar todas las cosas, y si desean renunciarlas y quitar sus aficiones desordenadas, no toman medios eficaces para quitarlas, como el enfermo que desea sanar, mas no querría las otras medicinas dolorosas necesarias para su salud, por el dolor y amargura que siente en tomarlas. Estos tienen disposición totalmente contraria á la divina vocación y al mandato de renunciar todas las cosas, y nunca alcanzarán salud espiritual, ni la vida eterna, porque ésta no se alcanza con solos deseos si faltan obras, y aunque parece que quieren salvarse y sanar, pero de verdad no quieren. Son de los que dijo el Espíritu Santo: El perezoso quiere y no quiere; quiere el fin, pero no quiere los medios; quiere ir donde está Cristo, pero no quiere ir tras Cristo; quiere la virtud, en cuanto buena, y no la quiere en cuanto dificultosa.

Haré reflexión sobre mí mismo para ver si tengo este mismo engaño en la pretensión de algunas virtudes, porque algunas veces digo

que deseo alcanzar la humildad y vencer la soberbia, pero no quiero humillarme ni que me humillen; y digo que deseo tener paciencia y vencer la ira, pero no querría sufrir, y así me quedo siempre soberbio é impaciente; porque la mortificación de las pasiones es medio necesario para vencer los vicios, y los ejercicios de las virtudes son necesarios para ganarlas.

Punto II

Del segundo binario ó segunda clase de hombres que desean su salvación.

Considera que la segunda suerte es de otros hombres, es la de los que desean su salvación y aplican medios para alcanzarla, pero medios trazados por su propio juicio y voluntad y no por la de Dios. Quieren seguir á Cristo y renunciar la afición desordenada de sus cosas, pero se aferran en que ha de ser con condición de quedarse con ellas; y aunque les sean ocasión de pecar, y aunque Dios los llame interiormente para que las dejen, no quieren y se entristecen, como el otro mancebo rico á quien dijo Cristo N. S.: «Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes». Estos son como los enfermos que quieren sanar y aplicar medicinas; pero no las que el médico escogiere, sino las que ellos señalaren conformes á su gusto, queriendo torcer la voluntad del médico para que las apruebe. Así, éstos quieren traer la voluntad de Dios á la suya, y no llevar la suya á la de Dios, y, por consiguiente, tienen disposición repugnante á la divina vocación de renunciar todas las cosas, y con riesgo de

condenarse; porque quizá nuestro Señor sabe que su cura está en dejar las cosas que poseen, para quitar las aficiones desordenadas y muchos pecados que proceden de ellas. Y generalmente debo creer que el remedio de mis enfermedades espirituales no está en los medios que yo escojo con mi juicio ciego, sino con los que ordenare Dios, que es médico de mi alma; al modo que Naamán, leproso, aunque deseaba mucho sanar de su lepra, no quería aplicar el medio que le señaló el profeta Eliseo, que era bañarse siete veces en el río Jordán, sino el medio fácil que inventó su propio juicio, que era tocándole el Profeta con su mano. Pero con efecto, nunca sanara si no mudara de parecer y se resignara en la voluntad del Profeta, porque Dios había determinado sanarle, no por el medio que él escogía, sino por otro que más le convenía.

También haré reflexión sobre mí mismo en otras cosas particulares de mi vida, para ver si tengo este engaño; porque si me confieso, es yerro no querer seguir los medios de mi cura que el confesor prudente señala, sino los que á mí se me antojan. Y si soy religioso, es gran engaño pretender la perfección de mi estado por los medios que yo escojo por mi juicio propio, queriendo traer la voluntad de los Prelados á que quieran lo que yo quiero, y no inclinar la mía á que quiera lo que ellos quieren; y así, me dirá Cristo N. S. lo que dijo á San Pedro en otro caso semejante: «*Adversario, vente tras mí*», porque no tengo de hacer yo lo que tú quieres, sino tú lo que yo quiero; no ha de seguir el maestro al discípulo, sino el discípulo al maestro, ni el súbdito ha

de gobernar al superior, sino el superior al súbdito.

¡Oh Maestro soberano! pues eres *camino, verdad* y *vida,* no permitas que yo vaya por otro camino que el tuyo, ni siga otra verdad que la tuya, ni viva otra vida que la que Tú vivías, caminando tras ti, que bajaste del cielo, no á cumplir tu voluntad, sino la de tu Padre, por el camino que El te señaló.

Punto III

Del tercer binario ó tercera clase de hombres que desean su salvación.

Considera que la tercera suerte de hombres más dichosa es de aquellos que desean alcanzar su salvación, la victoria de sus aficiones desordenadas y la perfección de las virtudes por los medios que Dios quisiere, resignándose totalmente en su voluntad, estando dispuestos para retener ó dejar todas las cosas que poseen con igualdad de ánimo, según que fuere ás conveniente para honra y gloria de Dios nuestro Señor y salvación de sus almas; como los enfermos que desean sanar y se arrojan en las manos del médico con determinación de tomar los remedios que él juzgare ser más conveniente para su salud, sin inclinarse de su parte más á uno que á otro.

Estos tienen admirable disposición para oir la divina vocación y recibir sus ilustraciones é inspiraciones, confiando siempre en la providencia de nuestro gran Dios y Señor, el cual, como dice el profeta Isaías, nos enseña las cosas provechosas y convenientes, y nos gobierna en este camino del cielo por sí mismo y

por medio de sus ministros; y los que se dejan gobernar de El, aceptando todos los medios que inspira y manda, alcanzarán un río de paz y un mar de santidad, y llegarán con seguridad al puerto de su salvación y perfección; porque la divina Providencia llama á cada uno para el estado y modo de vida que más le conviene.

Conforme á esto, comparando entre sí estas tres suertes de hombres, y viendo los daños y engaños de los primeros y segundos, debo escoger la suerte de estos terceros; y puesto en la presencia de Dios nuestro Señor, le diré muy de corazón como otro Saulo recién convertido: ¿Señor, qué queréis que haga? He aquí á tu siervo deseoso de servirte y seguirte; pero estoy muy enfermo con mis desordenadas aficiones; en tus manos me pongo, haz de mí lo que quisieres; dispuesto estoy á cumplir tu voluntad; inspírame y enséñame los medios más convenientes para la salud de mi alma, que yo me ofrezco con tu divina gracia á ejecutarlos, ora sea reteniendo las cosas que poseo, ora dejándolas todas por tu amor.

Algunos hay que quieren pasar más adelante, y, por imitar más perfectamente á Cristo N. S., desean y proponen cuanto es de su parte, ser pobres, despreciados y afligidos como El lo fué, antes que ser ricos, honrados y consolados, como otros justos lo han sido, aunque conservan siempre la indiferencia para tomar ó dejar todo esto según que Dios lo quisiere; porque no á todos quiere su Majestad hacer esta gracia de llamarlos para que le sigan con actual pobreza voluntaria en vida religiosa, ó para que padezcan injurias y

trabajos por su amor. Esta disposición debería procurar con todas mis fuerzas, á imitación del Apóstol, que decía: Guárdeme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo; porque yo aborrezco y desprecio al mundo, y el mundo también, con efecto, me aborrece y desprecia, tratándome como á un crucificado, que de todos es tenido por infame y desdichado.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno! concédeme tal disposición por tu misericordia, para que sea digno de que me llames á hacer y padecer cosas grandes de tu gloria. Inspírame deseo y aliento para seguirte muy de cerca, imitándote en sufrir y padecer por tu amor cuanto sea tu voluntad santísima, y no conservar, ni aun con el afecto, nada que pueda ser obstáculo á mi santificación.

Propósitos.—Escoger ahora, en todo lo que á mi perfección atañe, lo que hubiere deseado escoger en la hora de mi muerte.

25 DE FEBRERO

Que el reino de Jesucristo está en la Cruz.

Preludios.—Mira á Jesucristo en la cruz como en un tribunal en que te juzga, un altar en que te redime y un trono en que te salva, y pídele amor á la santa cruz, en la que está tu esperanza, tu vida y tu salvación.

Punto I

El reino de Jesucristo está fundado en la Cruz.

Considera que Jesucristo N. S. es rey de dolores, porque ha sufrido más que todos los hombres, y todo cuanto podamos sufrir es nada en comparación de lo que ha sufrido por nosotros; Jesucristo ha sufrido por todos y en todos los hombres y con más paciencia que to-

dos ellos. Ha pagado por nosotros las penas que debíamos por nuestros pecados; en Abel, fué muerto por su hermano; en Noé, despreciado por su hijo; ha sido peregrino en Abraham; inmolado en Isaac; vendido en José; expuesto y fugitivo en Moisés; apedreado en los profetas; atormentado y perseguido en los Apóstoles; muerto con innumerables suplicios en los Mártires, y aún lleva sobre sí nuestras flaquezas y enfermedades, porque El es el varón de dolores, el que está siempre cubierto de llagas por amor á los hombres.

Ha restablecido su reino y recuperado el imperio de los corazones por la Cruz. Este imperio le pertenecía por derecho de nacimiento, por donación de su Padre y por sus propios méritos; pero no tomó posesión de él sino en la Cruz, ni aceptó la calidad de rey hasta que se asentó en la Cruz como en un trono y ciñó á sus sacratísimas sienes la corona de espinas.

Gobierna, además, su reino y mantiene en obediencia á sus súbditos por medio de la Cruz. Todas las leyes de su reino se encaminan á la renuncia de las alegrías, riquezas y alabanzas del mundo, y á recomendar la pobreza, los sufrimientos y las lágrimas, el hambre y la sed, las persecuciones, los desprecios y las ignominias. Tal es la conducta que el Hijo de Dios sigue con sus súbditos para elevarlos á la perfección y prepararles á recibir el sello divino y el carácter de su semejanza. En la primitiva Iglesia produjo estos excelentes efectos por medio de la persecución de los tiranos, y en los tiempos presentes se sirve de las enfermedades, de las tentaciones y de los sufrimientos del espíritu y del cuerpo para impri-

mir en nuestras almas la imagen de la hermosura divina y darle los últimos toques de su semejanza.

Por esto, habiendo pedido Santa Gertrudis á nuestro Señor que le revelase á qué debía dedicarse, le fué respondido: «Quiero que aprendas de mí á sufrir en la cruz». Imaginémonos que nos ha dicho lo mismo y que para conseseguirlo nos ha dictado, como á ella, las reglas siguientes.

1.ª Pensad cuánto amaría un rey á aquel de sus favoritos que se le asemejara perfectamente, y juzgad de mi amor cuando sufrís en la Cruz por mí.

2.ª Considerad, en segundo lugar, el respeto que toda la corte profesaría á dicho favorito, y juzgad por esto de la gloria que recibiréis en el cielo y de la estimación en que allí os tendrán.

3.ª Considerad, por último, cuánto consuelo recibe una persona afligida al verse consolada por un tierno amigo que de este modo comparte su dolor, y por esto vendréis en conocimiento de la ternura de mi corazón y de las caricias que os haré en el cielo por las menores penas que por mí hayáis sufrido en vida por seguirme é imitarme.

Punto II

La gloria de Jesucristo está en la Cruz.

Considera que San-Pablo nos enseña esta verdad, cuando nos dice que Jesucristo se anonadó á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, y que por esto Dios lo ha elevado á una soberana gran-

deza y le ha dado un nombre que sobrepuja á todo nombre, es decir, una grandeza que está por encima de toda grandeza. ¿Pero cuándo fué elevado á la gloria de un nombre que sobrepuja á todo nombre? Después de su muerte en la Cruz, porque entonces fué reconocido por verdadero Dios y no hay nombre que esté por encima del nombre de Dios.

De aquí se sigue que la mayor gloria de Jesucristo está en la Cruz, pues en la Cruz es donde se manifiesta con más esplendor la gloria de su divinidad y sus atributos infinitos, especialmente los de su sabiduría, poder y bondad. Esta bondad se manifiesta en el hecho de haber querido morir por los hombres y por las manos de los hombres, y sube de punto al considerar que si es una muestra de grande amor morir por los amigos, ¿qué será el morir por los enemigos? Y si es difícil encontrar quien dé la vida por un hombre justo, ¿qué exceso de amor no será el darla por los pecadores? Sólo Jesucristo es capaz de semejante amor.

En la Cruz aparece el poder de Cristo de una manera incomparable, tanto por haber vencido en ella á todas las potestades del mundo y del infierno, como por habernos, por la Cruz, abierto el cielo donde nos hace entrar como en triunfo, y ya también porque de este modo ha conquistado un poder absoluto en el universo.

La Cruz glorifica también de una manera extraordinaria su sabiduría, porque con la Cruz ha logrado al mismo tiempo satisfacer á la misericordia y á la justicia, destruyendo el pecado y justificando á los pecadores, y tam-

bién porque ha confundido á la falsa sabiduría del siglo por la sabia locura de la Cruz, haciendo de ésta la escuela de la verdadera sabiduría donde tan divino y excelente Maestro nos enseña la ciencia de los santos y nos traza en su cuerpo, señalado por las llagas, á modo de sangrientos caracteres, el libro divino de todas las virtudes.

Tengamos siempre sentimientos de amor, de veneración y de respeto hacia la Cruz, pues Jesús puso en ella toda su gloria y la nuestra, librándonos de la vergonzosa servidumbre del demonio y haciéndonos hijos de Dios y herederos de su gloria.

No dejemos pasar ningún día sin tributarle nuestros homenajes padeciendo en ella como Jesucristo, pues somos esclavos de la Cruz: en ella hemos sido rescatados con la preciosa sangre del Cordero, que por haber sido nuestro fiador, es hoy nuestro acreedor y nosotros deudores suyos.

Frecuentemos, sobre todo, esta escuela para aprender en ella la sabiduría del cielo y conocer cuán horrible es el pecado y con cuánto cuidado debemos evitarlo, viendo el rigor con que Jesucristo lo castigó en sí mismo, siendo la propia inocencia, por salvarnos.

Aprendamos también, viendo á un Dios que permanece en la Cruz para redimirnos, sin hacer caso de las burlas de los judíos, ni de la promesa de creer en El, si bajaba de la Cruz, á conformarnos con la divina voluntad en nuestras aflicciones, sometiéndonos gustosos á los designios de la Providencia.

Punto III

Quien quiera procurar la gloria de Cristo y hacerle reinar en los corazones, debe amar la Cruz.

Considera que la paciencia es la virtud característica de los Apóstoles, y San Pablo escribió que dos eran las señales de su apostolado, la paciencia y los milagros, colocando en primer lugar la paciencia, porque es más necesaria y aun más eficaz que los milagros para procurar la gloria de Dios y la conversión de los pecadores. Recibe Dios de ella más honor, porque su justicia queda satisfecha y glorificada por nuestros sufrimientos, y en los pecadores produce mayores efectos para su conversión. Así lo demostró el mismo Hijo de Dios, que conquistó á unos pocos discípulos por los efectos de su poder milagroso, mientras que atrajo á todo el mundo por la virtud de su Cruz. Los sufrimientos y las ignominias de su muerte tuvieron más fuerza para trocar los corazones, abriéndoles las puertas del cielo y cerrando las del infierno, que todas las predicaciones y todos los milagros de su vida. Deben, por lo tanto, cuantos quieran extender la palabra de Dios y tratar los asuntos que tocan á los intereses de su gloria y á la salvación de las almas, ser sumamente pacientes y mortificados y estar firmemente resueltos á llevar su cruz y á sufrirlo todo por un motivo tan importante. Predicando desde la Cruz como San Andrés, es decir, predicado el Evangelio por hombres crucificados á sí mismos, es como se convierten las almas. Así, y sólo así los santos ganaron el mundo para Cristo. Ningún espectácu-

lo hay más admirable ni más digno de Dios que ver á un cristiano gozoso, como los Apóstoles, en la tribulación, por parecerse é imitar á Jesucristo.

Si quieres, pues, dar gloria á Cristo, no te quejes nunca de tu cruz, llévala hasta con alegría; mírala como á tu gloria y pon ésta sólo en padecer, que ese, y sólo ese, es el gran atajo para la perfección y la rica mina de tus merecimientos.

Coloquio.—¡Oh salvador del mundo! Vuestra Cruz contiene toda la ciencia que necesito aprender para glorificaros y salvarme; nuestra salvación va unida á la Cruz que lleváis sobre los hombros; lleváis, Señor, con ella, la enseña de la vida eterna. En los brazos de la Cruz ocultáis vuestra fuerza que levanta y sostiene todas las cosas. La vida de los hombres no tiene un apoyo mejor. Necesario es que suframos con Vos si queremos reinar como Vos.

Propósitos.—Sufrir con Cristo y por Cristo si queremos reinar con Cristo.

26 DE FEBRERO

Del camino real de la santa Cruz.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La Cruz es el camino real de los cristianos para ir á Dios.

Considera que Jesucristo nos ha trazado con su sangre el camino del cielo y le ha señalado con su llagas. Este es el pensamiento del Apóstol, cuando nos dice que Jesús nos ha abierto un camino nuevo de vida por el velo del santuario, esto es, por su cuerpo sacratísi-

mo y ensangrentado. Jesucristo es quien nos ha trazado este camino en su propio cuerpo, traspasado por los clavos y las espinas, para que estuviese abierto por todas partes y pudiésemos entrar en la vida eterna por tantas sendas, como heridas se abrieron en la carne inocente del Cordero. El día de su muerte se rasgó el velo del templo para mostrarnos que el cielo estaba ya abierto y que su santa humanidad, desgarrada en el Calvario, era el verdadero camino para llegar á Dios.

Todo los santos miran las llagas de Jesucristo como el camino del cielo, y por eso no hay uno que no viva en las llagas del Salvador y que no more en ellas como en un lecho de delicias celestiales. Por esta misma razón ningún cristiano puede ir al reino de los cielos por otro camino, como lo reconocía San Francisco de Asís cuando decía á sus religiosos: «Hermanos míos, tened siempre ante los ojos el camino de la santa Cruz, por el que Nuestro Señor nos ha conducido. Los que son carnales y sensuales no le aman, y si entran en él alguna vez, salen muy pronto, buscando otras vías que su propio espíritu les representa como más agradables, aunque en realidad no son más que precipicios».

El camino de la santa Cruz es, pues, el único camino de la vida; sufrir con Jesucristo y por Jesucristo y como Jesucristo, es el camino de la gloria, el camino de la celestial Jerusalén, el camino del reino de Dios. Por este camino llegó á él el buen Ladrón, que en un mismo día estuvo en la Cruz y en el paraíso con su Maestro. ¿Puede darse camino más corto ni atajo más abreviado?

¿Por qué hemos de temer abrazar la Cruz, cuando por ella únicamente podemos llegar al cielo? La salvación está en la Cruz, la vida está en la Cruz; en la Cruz encontraremos un asilo contra nuestros enemigos, la dulzura de la gracia, la fuerza del alma, la alegría del espíritu, la perfección de las virtudes y la cima más alta de la santidad. Todos los santos han andado por ese camino; el Hijo de Dios pasó por él el primero. ¿Cómo nos atreveremos á buscar otro camino que este camino real, que es el de la santa Cruz?

Punto II

Jesucristo nos invita á tomar la Cruz y seguirle.

Considera que Jesucristo lo ha dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz todos los días y sígame». Esta sentencia encierra todo el espíritu de la perfección cristiana, y puede decirse que todos los medios de nuestra santificación dependen de ella. Por esta razón debemos oirla con respeto y meditar exactamente todas las circunstancias, que son otros tantos poderosos motivos que nos obligan á seguirla fielmente.

La primera de esas circunstancias es la dulzura de los términos con que nos llama nuestro divino Capitán. No nos dice: por voluntad ó por fuerza me seguiréis y llevaréis vuestra cruz; sino: «si alguno quiere venir en pos de mí», esto es: si queréis, seguidme, pero si no queréis, no os llevaré á la fuerza. ¿Puede darse un consejo ni más divino, ni más lleno de dulzura y ni más á propósito para ganar los corazones?

La segunda circunstancia es su extensión; á nadie se excluye, como no quiera ser excluído. Si nuestro Señor dispensase á algunos de llevar su cruz, podrían los demás tener motivos de queja; por eso dice á todos, según hace notar San Agustín: Venid en pos de mí quien quiera que seáis: hombres y mujeres, señores y siervos; si queréis salvaros, tenéis que ir por este camino. Nadie, ni rey ni pontífice, está libre de la Cruz.

Pero es preciso también, y esta es otra de las circunstancias que hemos de tener en cuenta, negarse á sí mismo. El Hijo de Dios había dicho antes: «Quien no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo»; pero, no contento con eso, añade ahora: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo», con lo cual da á entender bien á las claras que es más difícil renunciarse á sí mismo que renunciar á sus bienes, aunque ambas cosas son necesarias para la perfección cristiana.

Además, quien quiera ir en pos de Jesucristo ha de tomar su cruz, y no una vez ó dos solamente, sino todos los días, ya mortificando su carne y sus vicios y pasiones, ya humillándose, ya, como dice San Agustín, abandonándose á la justicia divina como un criminal que va al suplicio, según la expresión de San Juan Crisóstomo; ó, en una palabra, sufriendo todas las contradicciones y todas sus penas, sin turbaciones, ni inquietud, como, guardada la proporción debida, sufre Dios todos los ultrajes y ofensas de los pecadores sin perder un momento su reposo.

Nos dice, además, que le sigamos, no que

vayamos delante de El, porque por mucho que suframos nunca sufriremos como El. ¡Quién no se alienta á padecer con alegría al ver á un Dios ir delante de nosotros, trazándonos con su ejemplo el camino de la Cruz! Si El no hubiera tenido la bondad de enseñarnos el camino, ¿quién hubiera tenido valor para entrar en él? ¿Quién se hubiera atrevido? ¿Quién habría podido hacerlo?

Punto III

Los ejemplos de Jesucristo nos alientan á abrazarnos con la Cruz.

Considera que el ejemplo de Jesucristo debe causar en nuestros corazones prodigiosos efectos para animarnos á los sufrimientos y desear la Cruz. Nos da vigor, alegría y constancia contra la flaqueza, la tristeza y el cansancio; vigor, porque el deseo de la gloria, que es en nosotros natural, anima nuestro valor y lo hace más generoso, sobre todo cuanto está fortificado y sostenido por la gracia; alegría, porque el pensamiento, auxiliado por la divina gracia, de que por muy pesada que sea nuestra cruz es sumamente ligera comparada con la del Salvador, basta para hacerla agradable, si amamos á Jesucristo. Este ha sido el mayor motivo de alegría para todos los santos. «Los demás se mofarán, dice San Juan Crisóstomo, de que funde la mayor alegría en sufrir afrentas; pero los que saben que este es el deseo de Jesucristo y que en ello cifra sus delicias, estiman que es la más grande felicidad de la tierra».

Pero Jesucristo no se contenta con darnos

fuerza y alegría en nuestros sufrimientos, además nos da la perseverancia hasta el fin. Y no se satisface con consolarnos una vez para abandonarnos otra, sino que siempre hace con nosotros oficio de consolador. Por esto el Apóstol no dice que Jesús nos ha consolado, sino que nos consuela, porque su auxilio está siempre presente, y añade que nos consuela en todo tiempo, esto es, no en una ni en dos ocasiones, sino en todas.

Repite, pues, con frecuencia estas palabras: «Maestro, yo os seguiré dondequiera que fuereis», y haz este ofrecimiento sin ningún interés, ni esperanza, ni fingimiento, no sea que el Señor nos diga, reprendiéndonos con su ejemplo, que «las bestias del campo tienen sus madrigueras y los pájaros del cielo sus nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza».

Debemos, pues, en vista de estas divinas enseñanzas, ofrecernos á Dios sin tardanza y sin decir, como el joven del Evangelio: Señor, estoy resuelto á seguiros, pero permitidme antes hacer los funerales á mi padre. Porque Jesús puede contestarnos: «Dejad á los muertos el cuidado de enterrar á sus muertos».

Ofrecernos sin presunción, no diciendo como Pedro: ¿Por qué no he de poder seguiros desde ahora? Porque sin Dios no podemos nada, y caeremos si presumimos de nuestras propias fuerzas.

Cuando estemos en la aflicción no temamos que Dios nos abandone. Digámosle, por el contrario, con confianza: «No temeré los males que me cercan, porque Vos estáis conmigo».

Cuando sintamos desfallecer nuestro valor

pensemos que Jesucristo ha sufrido por nosotros, y animados con su ejemplo tengamos la seguridad de que, tan pronto como imploremos su asistencia, nos hará sentir los efectos de su misericordia.

Deduce, pues, de toda esta meditación, que, como dice admirablemente el Kempis.[1]: «En la cruz está la salud, en la cruz está la defensa contra los enemigos, la cruz nos infunde suavidad celestial, la cruz da fortaleza al alma, en la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz se halla la suma virtud y la perfección de la santidad. No hay salud para el alma, ni esperanza de la vida eterna, sino en la cruz. Toma, pues, tu cruz, sigue á Jesucristo é irás á la vida eterna.

Coloquio.—¡Ojalá, Dios mío, que fuese yo digno de padecer algo por el nombre de Jesús! ¡Cuán grande sería mi gloria, cuánta alegría causaría á todos los Santos y cuánta edificación sería para el prójimo! ¡Con cuánta razón debía padecer algo por ti, cuando tanto sufren muchos por el mundo! Que yo aprenda, Señor, á morir á mí mismo, para empezar á vivir para ti.

Propósitos.—Prepárate, como bueno y fiel siervo de Cristo, á llevar con fortaleza la cruz de tu Señor, sacrificado por tu amor.

27 DE FEBRERO

De las bodas de Caná y primer milagro de Cristo N. S.

Preludios.—Mira con la imaginación la sala en que se celebra el convite, contempla á los convidados, á la Santísima Virgen y á su Divino Hijo, y pide conocimiento interno del Verbo divino hecho hombre para más amarle y seguirle.

1 Lib. II, cap. 12.

Punto I

Jesucristo y la Virgen santísima en las bodas de Cand.

Considera la benignidad de Cristo N. S. en aceptar este convite por tener ocasión de hacer bien y confirmar en la fe á sus discípulos. Admira la pureza, modestia y gravedad con que estaba en la mesa en medio de aquellos regocijos, que aceptó para santificar el matrimonio y dar muestras de bondadosa amistad, enseñándonos que el varón espiritual en todo lugar ha de serlo, sin derramarse á cosa profana ni hacer cosa indigna de la santidad del Señor, en cuya presencia está.

Pondera luego la compasión de la Virgen, pues en viendo la falta del vino, sin que nadie se lo pidiese, se movió á procurar el remedio de esta necesidad por medio de su Hijo, mostrando en esto el agradecimiento y amor que tenía á los que la convidaron. Y lo mismo hace ahora por sus devotos, compadeciéndose de sus necesidades, aun cuando se olvidan ó descuidan de pedirle remedio de ellas, porque, como dice San Agustín, cuanto la Virgen es mejor que todos los santos, tanto es más solícita de nuestro bien que todos ellos.

Pondera la confianza con que hizo la Virgen aquella brevísima petición: No tienen vino, como quien estaba cierta de las entrañas de piedad de su Hijo, que bastaba ponerle delante la necesidad presente, para que quisiese remediarla, si convenía, pues no le faltaba amor ni poder para ello. ¡Oh Virgen gloriosa! mirad la falta que tengo de la fervorosa caridad y devoción, y pues pedisteis remedio pa-

ra una necesidad material, pedidle también para estotra mía, diciendo por mí á vuestro Hijo benditísimo: Este mi siervo no tiene amor divino; dádsele con abundancia para que os sirva con fervor. A imitación de la Virgen he de ejercitar este modo de orar, que con su ejemplo me enseña, representando á nuestro Señor mis necesidades y faltas con grande amor, confianza y resignación, fiándome de su liberalidad y misericordia, que me dará el remedio cuando más me convenga. Y así, puedo orar diciendo á nuestro Señor: Padre mío, no tengo fervor; Dios mío, no tengo humildad, no tengo paciencia ni obediencia; mirad mi miseria, y compadeceos de ella.

Considera luego la respuesta de Cristo N. S.: ¿Qué tienes que ver conmigo, mujer? No ha llegado mi hora. Cerca de esta respuesta, al parecer tan desabrida y seca, ponderaré las causas misteriosas de ella. La primera, fué para descubrir que era más que hombre, y que también era Dios, cuyo es propio hacer la obra que se le pedía, en la cual había de seguir su traza y el tiempo que Dios tenía señalado, sin anticiparlo por respetos de carne y sangre; enseñándonos en esto que no hemos de afligirnos demasiadamente con nuestras necesidades queriendo anticipar la hora que Dios N. S. tiene para su remedio, sino que me he de arrojar en su divina providencia para que El me remedie en su hora, que será la mejor y más conveniente.

La segunda causa fué para enseñarnos cuán apartado estaba de todo carnal amor de parientes. Por lo cual no se halla escrito que haya llamado á la santísima Virgen con esta

tierna palabra de madre, sino de mujer, como se ve en este lugar, y en la cruz cuando la encomendó al amado discípulo. De donde aprenderé á desasirme de las criaturas si el amor carnal me ha de llevar tras sí el corazón, procurando estimar sobre todas las cosas el cumplimiento de la divina voluntad.

La tercera causa fué para ejercitar á la Virgen santísima y darla ocasión de mostrar sus excelentes y maravillosas virtudes, porque con esta respuesta, ni se turbó, ni quejó, ni respondió palabra alguna; y lo que más admira, no perdió la esperanza de ser oída, con cuyo ejemplo he de animarme á tener paciencia y no perder la confianza cuando Dios no oyere mis peticiones ó dilatare el oírme, porque, con la constancia, alcanzamos de Dios lo que pretendemos.

Punto II

Milagro de las bodas de Caná.

Considera cómo la Virgen dijo á los que servían á la mesa: Cuanto os dijere mi Hijo, hacedlo. En las cuales palabras mostró la santísima Virgen heroica confianza, porque cuando su Hijo la dijera expresamente: Yo haré lo que me pedís, no pudiera Ella decir otra cosa de lo que dijo. También demostró tener grande luz para conocer el corazón de Cristo N. S. y su inagotable bondad, aconsejando á los servidores que obedeciesen á su Hijo, indicándonos que para alcanzar de Dios lo que pedimos no hay remedio más eficaz que, con la confianza, juntar la obediencia á cuanto Dios nos manda; porque cuanto fuéramos más obedien-

tes, tanto Dios acudirá más á nuestras oraciones.

Finalmente, pondera el amor que la Virgen tenía al silencio y brevedad de palabras, pues todas las que dijo fueron breves, muy medidas y ponderadas. Y en particular éstas he de estampar en mi corazón, como dichas por tal Madre y maestra, procurando cumplir cuanto me dijere Cristo N. S., ora me lo diga por sí mismo con secretas inspiraciones, ora por medio de mis superiores. ¡Oh Virgen soberana, maestra de todas las virtudes! enseñadme á practicar las que aquí ejercitasteis, para que por ellas agrade á vuestro Hijo y sea digno de alcanzar lo que pretendo.

Considera luego cómo Cristo N. S. mandó á los ministros llenar de agua seis tinajas, que allí estaban, y luego las convirtió en vino excelentísimo. Pondera la obediencia de los servidores, porque sin réplica ni dilación rindieron su juicio é hicieron lo que Cristo N. S. les mandaba, y por este medio, sin pensar, alcanzaron lo que deseaban. De donde sacaré cuán seguro es obedecer á Dios y á sus vicarios sin escudriñar con vana curiosidad la causa de lo que me mandan, así por no ser engañado de la serpiente astuta, que por este camino engañó á Eva, como también porque muchas veces Nuestro Señor, para darnos lo que pedimos, suele mandarnos algo que parece contrario porque aprendamos á rendir nuestro juicio á su obediencia; y si obedezco en las cosas que me humillan ó desconsuelan, por este camino me ensalzará y consolará.

Luego ponderaré la omnipotencia de Cristo N. S., el cual con sólo querer mudó el agua

en vino, gozándome de tener un Salvador tan poderoso y suplicándole trueque mi corazón y le mude de malo en bueno, de frío en fervoroso y de imperfecto en perfecto. Pondera también la gran liberalidad de este Señor en pagar los servicios que se le hacen, pues por un vaso de vino que le dieron en el convite, y ese de ruin vino, volvió seis hidrias llenas de excelentísimo vino. Y lo mismo hace ahora, premiando un cáliz de agua fría con una medida llena y colmada, y al religioso da cien veces más de lo que deja por su amor. Y finalmente, á las almas que tratan de oración las da á gustar de los seis afectos celestiales, esto es, de los actos heroicos de seis excelentes virtudes: caridad para con Dios, misericordia para con los prójimos, celo de la divina gloria y de la salvación de las almas, devoción ferviente, con gran prontitud á todas las cosas del divino servicio, gratitud con alabanza y acción de gracias por los beneficios recibidos, y obediencia con resignación para hacer y padecer por Dios cuanto le fuere agradable. ¡Oh Salvador omnipotente y dadivoso! á Ti sólo quiero por Señor y por Dios y todas mis cosas; embriágame con el vino de estos seis afectos, llenándome con ellos hasta lo sumo de la perfección propia de mi estado para que, encendido como serafín con estas seis alas, vuele á unirme contigo y nunca cese de amarte y alabarte por todos los siglos.

Punto III

Efectos prodigiosos del milagro de las bodas de Caná.

Considera los efectos de este milagro; pondera el gozo de la Virgen cuando vió que su

esperanza había salido cierta. ¡Oh, cuán confirmada quedaría en la confianza! ¡Y qué gracias daría á su Hijo por este favor! También pondera cuán poderosa es la intercesión de esta Señora, pues habiendo dicho Cristo que no era llegada su hora, por la oración de su Madre la apresuró, de modo que esta oración fué causa de que llegase la hora de aparecer y manifestarse Jesús como Mesías y Dios omnipotente, la cual sin Ella no llegara entonces. Y es de gran ponderación que Cristo N. S. tomó á su Madre por instrumento de la primera santificación, que fué la del Bautista, y del primer milagro, que fué éste; y apresuró ambas obras por medio de Ella, para enseñarnos que Ella había de ser nuestra medianera para alcanzar con gran presteza los bienes espirituales y temporales, las obras de santidad y de milagro que Dios hace en sus escogidos; y así, he de gozarme grandemente de tener tal Madre, por una parte tan solícita de mi bien, y por otra tan poderosa para negociarle. ¡Oh Madre mía! muéstrate conmigo Madre en abreviar con tus oraciones la hora de mi remedio, para que, libre de tibieza, comience á servir á tu Hijo con fervor.

Pondera luego cuán confirmados quedaron en la fe los discípulos de Cristo con la vista de este milagro, pues dice San Juan que por esto creyeron en El con nuevo fervor de fe y con grande gozo viendo la omnipotencia de su Maestro, alegrándose de estar en su compañía, fiados de que no les faltaría nada teniéndole consigo; y no sin causa quiso Nuestro Señor que el primer milagro fuese en cosa temporal, tan casera y necesaria, para confirmar

la fe de los que estaban rudos y principiantes en las cosas de Dios, disponiéndolos poco á poco para otras mayores.

Mira la gran admiración del que presidía el banquete cuando gustó la suavidad de aquel excelente vino, pues sin poderse reprimir hizo llamar al esposo y le reprendió porque no guardaba la costumbre de los hebreos, que primero daban el vino bueno y después el ruin, y El había guardado el mejor vino para la postre. Pero no alcanzó las trazas de Dios en este caso, el cual no quiso dar el vino escogido, hecho por su mano, hasta que se acabó el otro y se comenzó á sentir su falta, por dos causas altísimas. La primera, para que tengamos mayor estima de lo que Dios nos da, habiendo primero experimentado nuestra propia miseria, y viendo la buena coyuntura en que acude á remediarnos. La segunda, para significar que no da Dios los contentos del espíritu hasta que se mortifican los de la carne, ni llueve el maná del cielo hasta que se acaba la harina que se sacó de Egipto; y como dice san Bernardo, no se mezclan bien estos dos géneros de vinos y consuelos celestiales y terrenos. Y así, es menester que se acabe en mí el manjar terreno para que guste del celestial, aunque algunas veces da Nuestro Señor á gustar el celestial para que desechemos con facilidad el terreno. ¡Anímate, alma mía, á mortificar los regalos sensuales, para que seas digna de alcanzar los eternos para todos los siglos!

Coloquio.—¡Oh bondadosísimo Jesús, todo amor y misericordia para los que en ti creen con fe viva y te aman! Admiro, Señor, tu inagotable caridad con

los hombres. Apenas apareces en tu vida pública, empiezas á hacernos bien. Dispuesto estoy á hacer cuanto me mandares. Creo en ti, espero en ti, te amo sobre todas las cosas, confiando en que un día me llevarás al eterno convite de la gloria.

Propósitos.—Acudir en todas mis necesidades á Jesús por medio de María.

28 DE FEBRERO

Del valimiento de la Santísima Virgen con su divino Hijo y del amor y devoción á tan gran Señora.

Preludios.—Oye á la Virgen, que te dice, como en las bodas de Caná: Haz lo que te mandare mi Hijo. Mira á este divino Jesús haciendo lo que su Madre le pide, y suplica al Hijo te enseñe á amar á su santísima Madre.

Punto I

Del valimiento y poder de la Santísima Virgen para con su divino Hijo.

Considera que en el milagro de las bodas de Caná se puso de manifiesto, no sólo la bondad de María, que intercede sin ser rogada, sino su poderoso valimiento. Su divino Hijo responde, al parecer, secamente á su petición; pero inmediatamente, y aun apresurando la hora de su divina manifestación en el mundo, cumple con creces los deseos de su Madre, empezando á darnos á entender que no puede negar nada á Aquella á quien ha concedido la omnipotencia de la misericordia, y confesándose como deudor á la Madre, á la que debió la vida y el sér en el mundo.

En Caná se vió palpablemente, para consuelo de todos los necesitados, que para obtener algo de Dios es preciso dirigirse á María.

Que Ella es la Madre de todos los justos, la Abogada de todos los pecadores y necesitados, la Reina de todos los escogidos. Jesucristo la había de hacer Madre de todos los hombres en el Calvario en la persona de San Juan, porque desde que Ella dió la vida á un Dios se la dió á todos los hombres, y desde que cooperó con su divino Hijo á la salvación del mundo, se hizo por sus dolores la madre de todos los que sufren y lloran.

Por eso, así como nadie llega al Padre sino por medio de su divino Hijo, así nadie llega al Hijo divino sino por medio de la Madre. El Padre nada niega á su Hijo, ni el Hijo niega nada á su Madre. Nadie puede salvarse sino por los méritos del Hijo, y nadie puede salvarse sino por la intercesión de la Madre. El Hijo es nuestro medianero con el Padre, y la Madre es nuestra medianera y abogada con el Hijo. Así los santos llaman á Jesús la cabeza de la Iglesia, y á María el cuello. Jesús es la fuente de la gracia, María es la concha donde se deposita. Jesús es el sol del mundo, María es la luna. Nada se produce en el orden de la naturaleza sin la influencia del sol y de la luna: y nada se produce en el orden de la gracia sin la influencia de Jesús y de María, y aunque la luna recibe toda su virtud del sol, concurre también á la generación de todo lo que existe. Así, aunque María lo recibe todo de su Hijo, concurre á la santificación de todos los hombres.

¡Oh Madre de Dios y Madre mía! ¡Oh refugio de todos los pecadores y de todos los miserables! Cuánto me gozo con saber que depende de Vos mi salvación. Vuestro Hijo es mi

Salvador, es verdad, pero también es mi Juez; me anima su bondad, pero me intimida su justicia. Como me reconozco pecador, no me atrevo á ponerme en su presencia. Pero en Vos, amada Madre mía, no hallo nada que me atemorice. Vos sois Madre de gracia, no de justicia; no habéis querido ser Madre, sino para darnos un Salvador. ¿Seríais Madre de Dios si no hubiese pecadores? Les estáis como obligada por la sublime dignidad á que habéis sido elevada, y por lo mismo los amáis, y los miráis con benignidad, y los favorecéis con tanta clemencia.

Por pecador que yo sea, no puedo desesperar de mi salvación. ¿Qué tengo que temer si quiero convertirme, teniendo un Abogado todopoderoso con el Padre, y una Abogada tan poderosa con el Hijo? Quiero ser hijo vuestro para ser hijo de Dios: quiero ser del número de vuestros siervos para entrar en el número de los predestinados.

Punto II

Por qué debemos amar á la Virgen nuestra Señora.

Considera algunas de las infinitas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen Nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar y después de su divino Hijo.

La primera es, porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de

Dios, y amando más á la que por su mayor santidad merece ser más amada.

La segunda razón es, por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador, el cual por el grande amor que la tiene quiere qne todos la amen y sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se le hace. Luego si amo de veras á Cristo, tengo también de amar á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor.

La tercera razón es, porque es Madre nuestra y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor: pues es propio de hijos amar á sus madres, y más tales madres que con tal amor les aman.

La cuarta razón es, por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan á amarla como á suprema bienhechora mía después de Dios, orando continuamente por nosotros como abogada y medianera para con su Hijo, estando solícita de nuestro bien, de modo que, no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos la pidan algo representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de Caná de Galilea pidió vino para los convidados, movida de sola compasión, y, como dijo San Agustín: Como es mejor que todos los santos, así es más solícita de nuestro bien que todos ellos. Considera, además, que María es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por lo cual dice San Anselmo, que algunas veces somos oídos más presto invocando el nombre de la Virgen que invo-

cando el nombre de su Hijo; no porque el Hijo no sea incomparablemente más poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque, como también es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oirnos, por nuestros pecados; mas la Virgen como no es juez, sino abogada, acógese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la divina Justicia y hace que, con presteza, nos socorra.

De lo dicho anteriormente se saca lo que dice también San Agustín, que la devoción cordial á la Virgen es señal de la predestinación, porque con gran solicitud procura esta señora para sus devotos todos los medios, hasta que alcanzan su fin y los lleva consigo á la gloria. ¡Oh Madre amantísima! con todo mi corazón deseo amaros y serviros como á madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme entre vuestros hijos; echad raíces de sólida devoción en mi corazón para que cumpla el deseo de vuestro Hijo, ocupándome con gran solicitud en vuestro servicio.

Punto III

En qué se muestra la devoción á María Santísima.

Considera la devoción que el Espíritu Santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Virgen nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra, las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiración y deseo del Espíritu Santo.

Lo primero lo muestra en venerarla con

una adoración menor que la que se da á Dios, pero mayor que se da á todos los demás santos, y por excelencia se llama hiperdulía; y en razón de esto, la atribuye algunos nombres propios de sólo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en Ella. Y así, vemos que la llama Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo, y pídela lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males y mostrarnos á Jesús, fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Virgen, alcanzándolo de Nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar á esta Señora, y usar las palabras de la Iglesia, con el espíritu y ternura que Ella las dice.

Lo segundo, muestra esta devoción en que por divina inspiración dedica templos, muchos y muy suntuosos á honra de la Virgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando Nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su respeto; y para este fin también instituye congregaciones y religiones consagradas al servicio de la Virgen, la cual las toma bajo su amparo, haciéndoles extraordinarios favores, así en general como en especial á los que con especialidad se dedican á servirla, sin distinción de personas, porque cualquiera que la sirve halla gracia y favor en sus ojos, y yo le hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

Lo tercero, muestra esta devoción en la frecuente memoria y recurso que tiene á Ella en todos tiempos, señalando para esto muchas estividades al año, y casi cada mes una, y en

algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y misa; y para cada día ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y con sonido de campana nos avisa tres veces cada día que la saludemos con el *Ave María*, y finalmente aprueba y exhorta el uso del rosario en honra suya, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes. Y, por último, también aprueba infinidad de devociones concediendo grandes indulgencias á los que las rezaren, para provocarnos al ejercicio de ellas, acudiendo nuestro Señor á confirmarlas con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre y por el que desea que todos le tengamos.

Ve cual es tu devoción á María. Si consiste en la imitación de sus virtudes y en ser buen hijo suyo, no ofendiendo nunca á su divino Hijo y viviendo en estado de gracia, ó si tu devoción es como la de tantos que se contentan con rezar mal algunas plegarias y luego llevan el corazón lleno de toda clase de culpas y de vicios. No es devoto de la madre el que ofende al Hijo. No seas tú de esos falsos devotos, y si lo has sido promete á la Virgen cambiar en adelante.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tanto deseáis que honremos á vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devoción ayudándome á ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita. ¡Oh Virgen santísima, que os halláis triunfante y gozosa en el cielo á la diestra de Jesús! Acordaos de los pobres pecadores que á Vos claman en este valle de lágrimas, y pues sois vida y dulzura y esperanza nuestra, amparad-

nos durante toda nuestra vida, y muy especialmente en la hora de nuestra muerte, para que por vuestra mediación y amparo alcancemos de Jesús, vuestro Hijo, el perdón de nuestras culpas y la eterna bienaventuranza.

Propósitos.—Esmérate en llamarte hijo de la Virgen, y en vivir como corresponde á tal hijo.

ÍNDICE

Al lector. 5
Breve método de orar. 17
Método para hacer la meditación. 23

ENERO

1 *Del misterio de la Circuncisión.* 27

I. La Santísima Virgen y San José en el misterio de la Circuncisión.—II. El Niño Jesús en la Circuncisión.—III. De la Circuncisión espiritual que pide Cristo á los suyos.

2 *Del dulcísimo Nombre de Jesús.* 32

I. Por qué Cristo Nuestro Redentor se llamó Jesús.—II. Cómo se le puso al Redentor el nombre de Jesús.—III. Grandezas del nombre de Jesús.

3 *Del modo de llevar gloriosamente el santo nombre de Jesús.* 38

I. El dulce Nombre de Jesus, sello divino del cristiano.—II. Llevar dignamente el Nombre de Jesús es imitar las virtudes de Cristo, Señor Nuestro.—III. Cómo recompensa Dios á los que llevan dignamente el nombre de Jesús.

4 *Sobre la entrada del año nuevo.* 44

I. El año que empieza nos recuerda lo ilusorio y vano de nuestra vida.—II. El año que empieza nos recuerda la brevedad de nuestra vida.—III. El año que empieza debe infundirnos nuevos deseos de nuestra santificación.

5 *Sobre el aprovechamiento del tiempo.* 52

I. Lo que vale el tiempo.—II. Modos de perder el tiempo.—III. Debemos reparar el tiempo perdido.

(Meditaciones para la octava de la Epifanía.)

6 *De la adoración de los Reyes Magos.* 58

I. De la jornada de los Reyes Magos.—II. Los Magos en Jerusalén.—III. Los Magos en Belén.

7 *Los Magos en Belén.* 65

I. ¿Qué hacen los Magos en Belén?—II. ¿Qué ofrecieron los Magos al Niño de Belén?—III. ¿Qué reciben los Magos en la cuna de Belén?

8 *De los presentes que los Magos ofrecieron á Jesús.* 70

I. El oro, el incienso y la mirra, símbolos de las virtudes cristianas.—II. El oro, el incienso y la mirra simbolizan las grandezas de Jesús.—III. Cómo el Niño Jesús agradece y corresponde á los dones que se le ofrecen.

9 *Los santos Magos modelo de fidelidad á la gracia.* 76

I. Los santos Reyes correspondieron generosamente á la inspiración de la gracia.—II. Los Magos siguen prontamente la luz de la gracia.—III. Los Magos siguen con perseverancia la luz de la gracia.

10 *De nuestra fidelidad en corresponder á las inspiraciones de la gracia, á ejemplo de los santos Reyes.* 82

I. Necesidad que tenemos de ser fieles á las divinas inspiraciones.—II. Valor de esas divinas inspiraciones, que tanto y tan fácilmente despreciamos.—III. De la prontitud en corresponder á las inspiraciones de la gracia, á imitación de los santos Reyes.

11 *Tres funestas consecuencias de la resistencia á la gracia de Dios personificadas en el rey Herodes.* 90

I. Herodes turbado por su resistencia á la gracia.—II. Herodes cegado por su resistencia á la gracia.—III. Herodes endurecido por su resistencia á la gracia.

12 *Del abuso de las gracias.* 96

I. Terrible cuenta que daremos á Dios de las gracias recibidas.—II. Del abuso de las gracias exteriores.—III. Del abuso de las gracias interiores.

13 *Del regreso de los Magos á su tierra.* 102

I. Los Magos despidiéndose de la Sagrada Familia.—II. Los Magos en su viaje de regreso.—III. Los Magos en su país.

14 *La Virgen santísima en la presentación de Jesús en el templo.* 108

I De la necesidad de ofrecerse enteramente á Dios nuestro Señor.—II. De cómo Jesús se ofreció á su Eterno Padre.—III. Cómo cumplió Cristo N. S. su ofrecimiento al Eterno Padre.

15 *Qué debemos imitar de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.* 115

I. Debemos imitar el espíritu de sacrificio de Jesús y de María en el misterio de la Presentación.—II. Debemos imitar la fidelidad de Jesús y de María en el exacto cumplimiento de la ley.—III. Debemos imitar la conformidad de Jesús y de María con la voluntad de Dios en el misterio de la Presentación.

16 *Profecía del anciano y santo Simeón.* 121

I. La profecía del Santo Simeón.—II. Jesucristo, ruina y resurrección de muchos.—III Jesucristo, blanco de contradicción.

17 *Jesucristo señal de contradicción entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo.* 127

I. Oposición absoluta entre Jesucristo y el mundo.—II. ¿Qué cosa es el mundo?—III. Que es imposible ser de Cristo y al mismo tiempo del mundo.

18 *La profecía del anciano Simeón acerca de María.* 136

I. La Virgen Santísima y el anciano Simeón.—II. Maravillosos frutos que sacó la Virgen santísima de los dolores que le profetizó Simeón.—III. Frutos que para nosotros han tenido los dolores de María.

19 *De tres divinas cualidades atribuídas á Cristo nuestro Señor en el cántico de Simeón.* . . 145

I. Jesucristo N. S. es la luz del mundo.—II. Jesucristo N. S. es la gloria de Israel.—III. Jesucristo, Señor nuestro, es la salvación de todos los pueblos.

20 *De la huída á Egipto.* 152

I. La orden del ángel á San José.—II. De las virtudes que ejercitó la Sagrada Familia en la huída á Egipto.—III. La Sagrada Familia en Egipto.

21 *De la obediencia de Jesús, María y José en la huída á Egipto.* 158

I. Obediencia de Jesús, santísima en sus motivos.—II. Obediencia penosísima en su ejecución.—III. Obediencia provechosísima en sus efectos.

22 *Degollación de las inocentes y vuelta de Egipto.* 166

I. Los Santos Inocentes.—II. Vuelta de la Sagrada Familia á la tierra de Israel.—III. La Sagrada Familia en Nazaret.

23 *El Niño Jesús en el templo.* 171

I. Espíritu con que iba la Sagrada Familia á Jerusalén á adorar en el templo.—II. Por qué se quedó el Niño Jesús en el templo.—III. Jesús entre los doctores.

24 *El Niño perdido.* 179

I. La santísima Virgen y San José echan de menos al Niño Jesús.—II. La santísima Virgen y San José encuentran al Niño.—III. La Virgen santísima y su divino Hijo en el templo.

25 *Fiesta de la conversión de San Pablo.* 186

I. San Pablo ó Saulo antes de su conversión.—II. San Pablo ó Saulo en su conversión.—III. San Pablo después de su conversión.

26 *De cómo el cristiano pierde á Jesús y del modo de buscarlo y encontrarlo.* 194

I. Cómo se pierde á Jesús.—II. Cómo hay que buscar á Jesús.—III. Cómo se halla á Jesús después de haberle perdido.

27 *Jesús en Nazaret.* 201

I. Jesús obedece en Nazaret.—II. Jesús trabaja en Nazaret.—III. Jesús en Nazaret crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

28 *De cómo debemos adelantar en perfección, á imitación de Jesús en Nazaret.* 207

I. De cómo debemos adelantar en perfección á imitación de Jesucristo.—II. Motivos de adelantar en el camino de la perfección.—III. De los medios de adelantar en la perfección.

29 *De la tibieza en el servicio de Dios, como rémora á nuestro aprovechamiento espiritual.* . . 214

I. Desorden y peligro de la tibieza.—II. Principios y causas de la tibieza.—III. Remedios de la tibieza.

30 *De la falsa piedad, otra rémora á nuestro aprovechamiento en la virtud.* 221

I. En qué consiste la verdadera y sólida piedad.—II. En qué consiste la piedad falsa ó falsificada.—

III. De la diferencia entre la piedad verdadera y la piedad falsa.

31 *De tres medios para conocer nuestro adelantamiento en la virtud*. 230

I. Progresos hechos en la victoria de las tentaciones.—II. Progreso en el amor á los sufrimientos y á la cruz de Cristo.—III. Progresos hechos en la práctica de tus ejercicios espirituales.

FEBRERO

1 *La presencia de Dios como gran medio de aprovechamiento espiritual*. 241

I. Obligación que tenemos de ejercitarnos en la práctica de la presencia de Dios.—II. Utilidad del ejercicio de la presencia divina.—III. Práctica de este ejercicio.

2 *Fiesta de la Purificación de la santísima Virgen*. 249

I. Virtudes que ejercitó la Virgen Nuestra Señora en el misterio de la Purificación.—II. La Virgen santísima ofrece al Eterno Padre su divino Hijo.—III. La Virgen santísima rescata á su divino Hijo.

(Meditaciones sobre la vida oculta de Cristo N. S.)

3 *Vida oculta de Cristo N. S. en la casa de Nazaret*. 254

I. Cuán escondida fué la vida de Jesucristo por espacio de treinta años.—II. Ocupaciones de Jesucristo en su vida oculta.—III. De la paz y quietud de la casa de Nazaret.

4 *Vida interior de Jesucristo en la casa de Nazaret*. 261

I. El entendimiento de Jesucristo en su vida oculta.—II. El corazón de Jesucristo en su vida oculta.—III. Principios de las obras exteriores de Jesucristo.

5 *La casa de Nazaret, escuela de recogimiento y soledad.* 270

I. Jesucristo, en la casa de Nazaret, modelo divino de soledad y recogimiento.—II. De los bienes de la soledad interior.—III. De los bienes del silencio.

6 *La casa de Nazaret, escuela de amor de Dios y de los hombres.* 280

I. Jesús en Nazaret, maestro de amor de Dios y de los hombres.—II. Amor que debemos tener á Jesús nuestro divino modelo.—III. Amor que debemos tener á nuestros prójimos, tomando por modelo á Jesús.

7 *La casa de Nazaret, escuela de perfección de nuestras obras ordinarias.* 289

I. Nuestra perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.—II. Cómo debemos hacer las obras ordinarias para que nos santifiquen.—III. Con qué espíritu debemos hacer nuestras obras ordinarias.

8 *La casa de Nazaret escuela de humildad.* . . . 298

I. De la humildad del Verbo de Dios hecho hombre por nosotros.—II. La gloria que sacó Dios N. S. de la humildad del Verbo.—III. De cómo debemos imitar la humildad de Cristo N. S. en los misterios de la Encarnación y de la vida oculta.

9 *La casa de Nazaret, escuela de espíritu de pobreza.* 306

I. Pobreza de Cristo N. S.—II. Riqueza divina de la casa de Nazaret.—III. Los ricos y los pobres del mundo.

10 *La casa de Nazaret modelo de virtud y pureza de intención.* 314

I. Jesucristo en Nazaret modelo de purísima rectitud de intención en todas sus obras.—II. La pureza de intención como medio de santificar nuestras obras.—III. Cualidades que debe tener la buena intención.

11 *La casa de Nazaret modelo y origen de la paz interior de nuestra alma.* 320

I. Jesucristo es nuestra paz.—II. Que es imposible la paz del corazón sin la sumisión completa á la voluntad é inspiraciones de Dios.—III. Es imposible carecer de paz interior estando sometidos á Dios.

12 *La casa de Nazaret escuela de toda perfección.* 327

I. Jesucristo modelo de perfección en todas sus obras.—II. Debemos aspirar, á imitación de Jesucristo en Nazaret, á hacerlo todo con la mayor perfección posible.—III. Recompensas que debemos esperar si hacemos las cosas con toda la perfección posible.

(Meditaciones sobre la vida pública de Cristo N. S.)

13 *Sobre la vida pública de Cristo N. S.* 334

I. Conducta de Jesucristo en su vida pública con su Eterno Padre.—II. Conducta de Jesucristo para consigo mismo.—III. Conducta de Jesucristo con respecto al prójimo.

14 *Del bautismo de Cristo N. S.* 340

I. De la humildad de Jesús al pedir á San Juan que le bautizase.—II. Bautiza San Juan á Cristo. N. S.—III. El Padre Eterno ensalza y premia la humildad de su divino Hijo.

15 *Jesús en el desierto.* 348

I. Retírase nuestro divino Maestro al desierto.—II. Por qué causas se retiró Jesús al desierto.—III. Sobre el ayuno de cuarenta días de Cristo N. S. en el desierto.

16 *Sobre las tentaciones de Cristo en el desierto.* . 354

I. De las tentaciones de Cristo N. S. en general.—II. De las dos primeras tentaciones de Cristo N. S.—III. De la tercera tentación de Cristo N. S.

17 *De la necesidad y conveniencia de las tentaciones y del modo de vencerlas*. 363

I. Necesidad y conveniencia de las tentaciones.—II. De las tentaciones voluntarias y de las que no lo son.—III. Para vencer las tentaciones es necesaria la mortificación de la carne.

18 *Del reino de Cristo*. 371

I. Jesús, nuestro Rey inmortal, nos invita á seguirle.—II. Todo nos induce á seguir á Jesús.—III. Resoluciones enérgicas y generosas.

19 *De la necesidad, ventajas y práctica de la imitación de Jesucristo*. 378

I. De la necesidad de la imitación de Cristo.—II. Ventajas de la imitación de Cristo.—III. De la práctica de la imitación de Cristo.

20 *Que la grandeza del cristiano consiste en imitar á Jesucristo*. 384

I. La grandeza del cristiano que imita á Jesucristo.—II. La imitación de Jesucristo prenda segura de predestinación.—III. Aplicaciones prácticas de los dos puntos anteriores.

21 *Jesucristo, maestro, modelo y Juez de los cristianos*. 392

I. Jesucristo maestro y legislador de los hombres.—II. Jesucristo, imagen y modelo de los predestinados.—III. Jesucristo, Juez soberano de vivos y muertos.

22 *De la vocación de los Apóstoles*. 399

I. Qué eran los Apóstoles al ser llamados por Cristo.—II. Del modo maravilloso con que Cristo llamó á los Apóstoles.—III. De la correspondencia de los Apóstoles á la vocación divina.

23 *De cómo Cristo llama á todos á que se nieguen á sí mismos, tomen su cruz y le sigan*. (Dos Banderas.) 407

I. Lucifer, caudillo de los malos.—II. De Cristo N. S., sumo capitan de los buenos.—III. Razones que da el divino Capitán para que abracemos su bandera.

24 *De la disposición necesaria para oir la vocación de Cristo N. S.* (Tres binarios.) 414

I. Del primer binario ó primera clase de hombres que desean su salvación.—II. Del segundo binario ó segunda clase de hombres que desean su salvación.—III. Del tercer binario ó tercera clase de hombres que desean su salvación.

25 *Que el reino de Jesucrito está en la Cruz.* 420

I. El reino de Jesucristo está fundado en la Cruz.—II. La gloria de Jesucristo está en la Cruz.—III. Quien quiera procurar la gloria de Cristo y hacerle reinar en los corazones, debe amar la Cruz.

26 *Del camino real de la santa Cruz.* 426

I. La Cruz es el camino real de los cristianos para ir á Dios.—II. Jesucristo nos invita á tomar la Cruz y seguirle.—III. Los ejemplos de Jesucristo nos alientan á abrazarnos con la Cruz.

27 *De las bodas de Caná y primer milagro de Cristo N. S.* 432

I. Jesucristo y la Virgen santísima en las bodas de Caná.—II. Milagro de las bodas de Caná.—III. Efectos prodigiosos del milagro de las bodas de Caná.

28 *Del valimiento de la santísima Virgen con su divino Hijo y del amor y devoción á tan gran Señora.* 440

I. Del valimiento y poder de la santísima Virgen para con su divino Hijo.—II. Por qué debemos amar á la Virgen nuestra Señora.—III. En qué se muestra la devoción á María Santísima.

A. M. D. G.

246.71
G199
44970
GARZÓN, S. J., FRANCISCO DE P.
AUTHOR
Meditaciones Espirituales.
TITLE
Segunda Edición. Tomo I.
DATE DUE | BORROWER'S NAME
STORAGE - CBPL
44970
NO 45
IN U. S A